

*Selecta*

NIDIA  
RESTOVICH

*Una  
mujer  
en el cruce  
de los Andes*

SEGUNDA PARTE

AMAR EN TIEMPOS DE GUERRA



Amar en tiempos de guerra  
Una mujer en el cruce de los Andes II

*Nidia Restovich*

*Selecta*

SÍGUENOS EN  
**me**gustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

*Para Ángel, mi amado padre,  
que fue siempre un ferviente admirador  
del general José de San Martín.*

## Prólogo

Querido lector:

Esta novela es la segunda parte de una bilogía, pero puede leerse en forma independiente sin ninguna dificultad. Sin embargo, si en algún momento del relato necesitas aclarar algunas cuestiones que se te escapan, consideré oportuno, para su mejor comprensión, agregar al final del libro una especie de hoja de ruta que contiene un raconto de los hechos narrados en la anterior, llamada: *Una mujer en el cruce de los Andes*.

Ahora, como autora, me gustaría muchísimo más que ignorases esa síntesis y, solo si esta novela llegase a gustarte, leyese también la anterior.

Deseo decirte que tal vez mi profundo amor a la historia, y sobre todo a la historia argentina, hizo que esta bilogía sea la que más he disfrutado escribir, tanto en su etapa de investigación en diferentes fuentes y documentos, que fue ardua e intensa, como en el armado y la redacción del relato amoroso. Aunque no te imaginas lo complejo que resultó hacer coincidir los conflictos, idas y venidas ficcionales de esta relación tan fuerte y apasionada entre Juan y Mercedes, con los avatares reales de las guerras independentistas sudamericanas, sin hacerle trampas, en el proceso, a los hechos que sucedieron en esa gloriosa época. No sé si lo logré o no, pero puedo asegurarte que disfruté enormemente haciendo el intento. Porque de eso se trata escribir, del intenso placer que nos genera crear relatos bellos usando como herramienta fundamental la palabra y pensar, además, que estos puedan llegar a emocionar y conmover a algún lector con la misma fuerza con la que nos conmovió a nosotros al escribirlo. Ojalá así sea.

La autora

## Capítulo 1

# ENTRE LAS LUCES DE LA GUERRA

*“En estas cruentas épocas de luchas, la línea entre la vida y la muerte a veces puede resultar tan delgada que aterra”.*

*Santiago de Chile; mediados de octubre de 1817.*

Hacía tres meses y medio que Mercedes había llegado a la casa de su tía y ya se había acoplado a las rutinas y a los habitantes de su nuevo hogar con simpatía, paciencia y donaire. Se levantaba todos los días al amanecer, desayunaba y luego ayudaba a las criadas con las labores de limpieza más livianas. Algunas mañanas también desmalezaba el jardín y cortaba flores que luego ubicaba en los jarrones con agua de la sala, en otras iba al mercado, acompañada de su madrina o de una sirvienta, para realizar las compras semanales. En las largas tardes de invierno, la joven se entretenía bordando, tejiendo, leyendo los innumerables libros de la amplia biblioteca de Gertrudis, practicando en el piano de cola o cosiendo uniformes para el ejército que San Martín preparaba para su próxima campaña al Perú. Como la lucha seguía librándose en el sur, la ciudad de Santiago permanecía tranquila y se podía circular libremente, aunque los militares argentinos la habían ocupado por completo. En ese contexto y al igual que lo que ya había sucedido en su Cuyo natal, había muchos ciudadanos chilenos que estaban inconformes con el nuevo gobernador, O’Higgins, y con las onerosas cargas que la guerra estaba imponiendo sobre sus ya menguados bolsillos. Por otra parte, Mechi había retomado su correspondencia con Sol, así se había enterado de que su sobrinito, al que llamaron Facundo, había nacido hacía más de dos meses, que tenía el color de cabello y de ojos de su padre y estaba creciendo saludable y fuerte, amamantado por su orgullosa madre y bajo el

cuidado y las atenciones de ambas familias. La muchacha se entristecía al pensar que no podía disfrutar de los primeros meses del pequeño, al que ya amaba profundamente solo con saberlo hijo de su adorado hermano, pero regresar a Mendoza no era una opción, ya que su sacrosanta madre continuaba empeñada en casarla con ese hombre que bien podría ser su padre.

Su cuñada le había enviado también un paquete en encomienda con su gruesa trenza cobriza, la que Mechi, luego de cortársela a la altura de la base del cuello, había dejado guardada en la cómoda de Sol al irse al ejército y, como el cabello de la joven había crecido ya lo suficiente como para atarse una pequeña cola, ella aprovechó su trenza para enrollarla alrededor de esta y colocarla con invisibles en un rodete artificial, sobre su nuca, perdiendo así definitivamente su aspecto de varón.

Además, contra toda protesta y aprovechando un cargamento de telas traídas directamente desde Francia, su tía le había hecho confeccionar a medida un nutrido y colorido guardarropa nuevo, compuesto por camisas y calzones de fino algodón, armados corsés, medias de seda, vestidos de calle y de fiesta, pellizas, jubones, mantillas, guantes, peinetones, botas de cuero y zapatos de raso, lo que hacía que el aspecto de la chica se hubiese modificado totalmente, volviendo a ser una bellísima muchacha que deslumbraba a lugareños y extranjeros. Sin embargo, y a pesar de recibir muchas invitaciones a tertulias y fiestas, la joven se negó de plano a asistir a estas, porque decía que la aburrían y que nada tenía que hacer ni buscar allí. Lo que callaba era que ella seguía amando a Juan como el primer día y, si no podía casarse con él, tampoco iba a hacerlo con nadie más, aun cuando su tía no estaba de acuerdo con su decisión. Durante el día la chica se mantenía ocupada de continuo y trajinaba de aquí para allá en un intento de no pensar, pero sus noches eran desoladoras, permanecía despierta durante horas, dando vueltas en su cama con el precioso rostro de su capitán torturando su mente, recordando sus besos y caricias prohibidos, preocupada por su seguridad, angustiada porque él pudiese estar pasando frío o incomodidades o peor aún, que estuviera herido y ella no estuviese a su lado para cuidarlo.

En la ciudad se sabía que las escaramuzas continuaban en el sur y los patriotas enviaban cada vez más refuerzos para sostener la lucha, pero el fuerte de Talcahuano seguía siendo inexpugnable. Con la excusa de que su tía permanecía enferma, Mercedes había solicitado una extensión de su licencia en el ejército por dos meses más, de miedo a que mamá Leonor volviese a aparecerse con la idea fija de casarla a la fuerza y ella tuviese que salir huyendo nuevamente, entre gallos y medianoche. Para gestionarla, había tenido que volver a disfrazarse de

varón, y se la habían concedido rápidamente, sin embargo, ya tenía decidido que, de continuar las cosas como estaban, ella iba a pedir la baja en forma definitiva. Por otra parte, la convivencia con su madrina era excelente y, a pesar de que la mujer nunca abandonaba sus gestos secos y sus comentarios ácidos, ambas disfrutaban enormemente de estar juntas, compartiendo una marcada afición por el mate amargo y las tortas fritas, el mismo humor negro, igual pensamiento político, idéntico fervor por la causa patriota y, por sobre todo, una enorme devoción por Dalmacio, a quien las dos recordaban entre lágrimas agridulces y sonrisas cómplices, rememorando viejas anécdotas de las épocas en las que él vivía y en las que el mundo todavía era un lugar seguro y no contaminado por la infausta guerra.

Los domingos Gertrudis y la chica asistían, infaltablemente, a la misa de la catedral y en las frías tardes de Santiago Mercedes acompañaba a la mujer a tomar el té con sus amigas chilenas o a pasear por la plaza mayor y el centro de la populosa ciudad.

Lamentablemente, hacía más de un mes que esos paseos se habían visto interrumpidos o arruinados por la continua e insistente presencia de Carlos Arribas, un teniente coronel chileno, soltero, alto y apuesto, de cabello castaño claro y ojos color café que tenía treinta años de edad y se había enamorado perdidamente de la muchacha, y la perseguía a sol y a sombra. Daba la impresión de que él se pasaba todo el día vigilando la casa de su tía en espera de que Mechi saliese a hacer alguna diligencia, porque bastaba que la joven asomase su rostro por la puerta del frente para que él se apareciese a su lado con cualquier excusa y se pegase a ella como una lapa. Una vez le acarreaba la canasta de los mandados, otra le sostenía una sombrilla sobre su cabeza para que el sol no arruinase su delicada piel, según él mismo decía, y todos los domingos, indefectiblemente, se sentaba al lado de la chica en los largos y rústicos bancos de madera de algarrobo de la iglesia, para contemplarla con “ojos de carnero degollado” durante toda la santa misa. Al principio ella lo había tratado con amabilidad, y se limitaba a responder a los comentarios y halagos del hombre con monosílabos, pero luego su presencia constante había comenzado a ahogarla. “¿Es que este buen señor no tiene otra cosa útil que hacer que perseguirme?”, se preguntaba la pelirroja, ofuscada porque ese continuo asedio ya pasaba de castaño oscuro y se había intensificado más luego de que, una semana atrás, el oficial le propusiese matrimonio, propuesta que la muchacha declinó, de inmediato, con firme cortesía. No era que el teniente coronel fuese malo, de hecho, era apuesto, amable, solícito y hasta simpático a veces, pero,

evidentemente, era corto de entendederas, porque con todos los desprecios que ella le había hecho él ya debería haberse mandado a mudar desde hacía varios días. ¡Pero nada! El oficial persistía con su asedio y sus halagos como si el rechazo no hubiese existido nunca, hasta le había vuelto a regalar flores que ella había tirado a la basura en un santiamén, y costosas joyas que la chica había devuelto religiosamente, ya que no quería tener compromisos de ninguna clase con él. Ni con él ni con nadie, porque la dolorosa verdad era que en su corazón atormentado solo seguía habiendo cabida para Juan y, aunque él no fuese libre, ella igual le era fiel hasta con el pensamiento.

Sobre llovido, mojado, el día 20 de octubre de 1817, en horas de la mañana, Mercedes y Gertrudis se encontraban sentadas en el amplio sillón, cosiendo uniformes militares y conversando animadas, cuando sintieron tocar la puerta y, al ir Vicente a abrir, se encontró con la imponente y elegante figura de doña Leonor Gutierrez Prado. La matrona pasó a su lado a tranco largo y sin decirle ni buen día, para dirigirse directamente a la sala donde se hallaban ambas mujeres, seguida de cerca por Luis y don Hipólito.

Al ver a su mellizo parado contra el marco de la puerta y contemplándola fijamente, la joven corrió hacia él y lo abrazó con fuerza, llorando por la emoción de volver a estar a su lado. El muchacho la apretó contra su pecho en silencio y escondió la cara en el hombro de su hermana para que no lo vieses lagrimear, porque él también la había añorado con locura y venía muerto de la preocupación y el miedo a no encontrarla allí. Luego la chica se apartó para mirar con fijeza a su madre, buscando una señal o una palabra que le indicase que la había extrañado en esos largos meses de separación, o que se había preocupado por ella para poder, a su vez, correr a abrazarla y pedirle perdón por haber huido tan intempestivamente. Pero nada, el rostro de su progenitora permanecía rígido e inescrutable. Instantes después, la mujer, seria e inmovible, desvió la vista con decisión y se dirigió a Gertrudis, para reclamarle con tono seco:

—¿Cómo es esto? ¿Por qué rayos me escribiste que Mercedes no se encontraba contigo?

La solterona se levantó del sillón y encaró a su hermana con gesto beligerante: —Mi ahijada siempre estuvo aquí conmigo, solo que ella no quería que tú la encontraras porque no deseaba que la obligaras a casarse con este vejestorio —le retrucó, mintiendo para proteger a la chica y mirando a Hipólito con desprecio.

—¡Tú no te metas en lo que no te incumbe! ¡Mercedes ya tiene casi diecinueve años y es hora de que se case, porque yo no voy a estar toda mi vida para

mantenerla y velar por ella! —le gritó su hermana con enojo, al tiempo que la señalaba con el dedo y la contemplaba con sus negros ojos agrandados de furia.

—¡Solo si ella lo quiere! —la interrumpió la otra con rabia, alzando el mentón antes de írsele encima con determinación.

—¿Y quién te ha dado a ti el derecho a opinar en esto? ¡Mi hija necesita un hombre que la cuide y la quiera e Hipólito es el más indicado! —argumentó Leonor señalando a quien quería como su futuro yerno. Mientras tanto, el hombre miró hacia el piso, avergonzado por tener que ser testigo y partícipe de una escena tan bochornosa y humillante para la chica y para él mismo. A un costado de la fuerte discusión que se había entablado entre las dos mujeres, Luis continuó abrazando a Mechi contra su pecho, feliz de ver que se encontraba sana y protegida, en tanto que las hermanas continuaban gritándose con furia.

—¿Indicado para quién, para ti? ¡Porque la niña no lo puede ver ni en pintura! —contraargumentó Gertrudis, achicando los ojos y frunciendo los labios.

—¿Y a ti que te importa? ¡No eres quién para meterte en esto! ¡Eres solo una uva arrugada y reseca! ¡Y ella no es tu hija, es mía! —le soltó Leonor con tono cruel y gesto furioso, después se alarmó al observar el rictus de dolor de su hermana cuando ella le enrostró, indirectamente, que nunca había tenido hijos y nunca los iba a tener.

—¡Ya lo sé, pero yo la quiero como si lo fuera y no voy a permitir que le arruines la vida casándola contra su voluntad! —le retrucó la solterona con gesto de dolor, pero tono firme.

—¡Basta! ¡Cálmense las dos, por favor! —intervino Luis, inquieto y alarmado al ver el rumbo cruel y errado que estaba tomando la disputa.

—¡Tú no te metas! —lo amonestó su madre, luego giró de nuevo hacia su hermana y le espetó—: Mira, Gertrudis, por más que patalees tú no puedes hacer nada para impedir este matrimonio.

—¡Sí que puedo, por supuesto que puedo, tanto puedo que ya lo hice! —le informó la otra, con un párpado latiéndole de pura furia al ver que Leonor seguía siendo la misma déspota y egoísta que le había amargado a ella la juventud y la vida y que ahora pretendía hacer lo mismo con su sobrina.

—¿Qué hiciste qué? —la interrogó la matrona, antes de írsele encima nuevamente.

—He hecho mi testamento nombrando a Mercedes como mi heredera universal en vida, ella es ahora la dueña de todo lo mío, es más, puede hasta echarme a patadas de esta casa si se le ocurre, así que la niña ya no necesita que nadie la mantenga porque tiene lo suyo, que es mucho más de lo que tienes tú y de lo que

este hombre puede darle —le informó Gertrudis con tono altivo y gesto firme, al tiempo que señalaba a Hipólito con un movimiento de su frente. La chica observó a su madrina con desconcierto, asombro y emoción, porque la mujer jamás le había hablado de esa decisión, pero se quedó muda y quieta, sin animarse a intervenir en la fuerte discusión.

—¿Fuiste capaz de desheredar a tus otros sobrinos para heredarla solo a ella? —Se horrorizó su hermana, con gesto furioso e incrédulo en tanto que se llevaba una mano al pecho.

—¡Sí que lo hice, mi dinero es mío y se lo dejo a quien se me antoje! ¡Así que te jodes y te recontra jodes, Leonor! Ya no podrás manejar la vida de mi ahijada como si fuese tu monigote, ahora ella es el capitán de su propio barco y puede elegir su destino como yo lo hice —afirmó Gertrudis, mirando a Mechi con gesto orgulloso.

—¿Y de qué te sirvió a ti? Para lo único que te fue útil tu famosa independencia es para convertirte en una solterona reseca, amargada y avinagrada, incapaz de provocar un sentimiento de afecto en nadie —se burló la matrona con crueldad, dolida porque sabía que con esa decisión la otra le había quitado la posibilidad de decidir por su hija, si es que alguna vez la había tenido, cosa que dudaba mucho, ya que Mercedes siempre había sido un alma rebelde y libre que nunca se había doblegado ante sus órdenes y jamás lo iba a hacer.

—¡Eso es mentira, mamá! ¡A lo largo de todos estos años, mi madrina me ha brindado mucho más afecto que usted, ha sabido comprenderme y apoyarme mejor que usted y yo la quiero, la quiero muchísimo! —intervino la muchacha en tanto que se acercaba a su tía para abrazarla, angustiada por la crueldad y frialdad de su progenitora para con Gertrudis.

—¡Y yo también! —la secundó Luis con decisión, luego frenó su impulso y miró a Gertrudis avergonzado, al recordar todas las veces que había huido de ella como si la mujer tuviese la viruela y la peste bubónica las dos juntas, antes de continuar—: Bueno, tampoco tanto, pero sí le tengo aprecio a mi tía, madre, y me molesta que usted la desprecie de esa forma. Si fue su decisión heredar solo a Mechi, yo estoy de acuerdo y no voy a enojarme por eso, al contrario, le agradezco profundamente que haya protegido a mi hermana cuando usted la obligó a escapar de casa con su terquedad y su autoritarismo —terminó él con gesto serio, reprochándole por todo el sufrimiento que había padecido por la ausencia de su melliza durante casi diez meses.

Luego de suspirar con gesto derrotado y cansado, Leonor le preguntó a su hija:

—¿Qué piensas hacer ahora?

—Quedarme aquí viviendo con mi madrina, si es que ella me acepta, por supuesto —le aclaró la joven con gesto firme.

—¿Y no te importa deshonorar la palabra dada por tu padre en su carta? —la interrogó la matrona, recordándole su supuesta traición.

Cuando oyó esto, Hipólito no pudo sostener más esa farsa e intervino en el diálogo, dirigiéndose a la madre: —¡Basta, doña Leonor, es suficiente! Usted y yo sabemos que esa carta de Dalmacio nunca existió, que fue solo una estrategia urdida por usted y avalada por mi cobardía para convencer a Mechi, y yo no debí haber aceptado jamás participar en ella.

Al escucharlo, Mercedes sintió que el mundo entero se le venía encima. Tomándose del brazo de su hermano, recordó todo el dolor que había soportado en ese largo tiempo al pensar que su amado padre había traicionado su confianza, comprometiéndola sin siquiera consultarla y en realidad todo había sido una sucia mentira. Con lágrimas de angustia e impotencia que le invadían los ojos, contempló fijamente a su progenitora y le preguntó con una profunda pena: —¿Cómo fuiste capaz, mamá?

—¿Y qué querías que hiciese, si tú ibas camino a convertirte en una solterona como tu tía? —le respondió Leonor, con voz firme, pero mirando hacia el suelo con gesto avergonzado.

—¿Y eso qué? ¿Usted cree que es Dios? ¿Qué sabe usted si yo no puedo ser más feliz si permanezco sola, antes que estar al lado de un hombre que no quiero? —le recriminó la chica ya llorando abiertamente.

—Lo siento mucho, Mercedes, perdóneme, fue un error gravísimo prestarme a ese engaño —intervino de nuevo el hacendado con gesto contrito.

La muchacha lo miró con gesto serio y desolado y suspiró agotada antes de contestarle con tono de fingida calma: —No puedo perdonarlos, ni a usted ni a mi madre, porque no solo me traicionaron a mí, sino al honor y la palabra de mi padre. Váyanse, por favor.

—Vamos, mamá, creo que ya has hecho y dicho bastante —dijo Luis con amargura. Después abrazó y besó en la frente a su hermana e inclinó la cabeza en un respetuoso saludo a su tía, antes de tomar a Leonor del brazo y partir hacia afuera con tranco decidido. El hacendado los siguió por detrás, cabizbajo y arrepentido de haberse dejado convencer por la matrona de hacer ese viaje de locos con destino a la nada, porque la chica nunca había sido ni sería para él. Sin embargo, pensó Hipólito, ese largo y frío cruce no había sido del todo en vano, porque le había permitido conocer más a Leonor, la cual, a medida que la travesía avanzaba, había comenzado a mostrarse más alegre y distendida,

dejando entrever un atisbo de la fogosa y temperamental mujer que había sabido mantener a Dalmacio enamorado durante casi treinta años. Además, el haber tenido que dormir pegados para compartir el calor corporal en las noches que pernoctaron a la intemperie, sumado a la morena belleza que ella aún conservaba más allá de las arrugas y las canas, había comenzado a despertar en él sensaciones y ansias que creía dormidas hace tiempo. Gracias a Dios Luis jamás los había dejado solos, porque hubo largos días en los que el hombre no supo muy bien qué hacer con esa mezcla de sentimientos confusos y deseos insatisfechos. Al final, reflexionó el hombre, tal vez Mercedes había tenido razón al decir que era mucho más lógico que él se casase con su madre y no con ella. Ahora que, con el geniecito que se gastaba la matrona: ¿quién se animaba a ponerle el cascabel al gato? Sonrió con ironía y lástima de sí mismo.

Esa misma tarde, luego de dejar a Leonor e Hipólito hospedados en una fonda cómoda y limpia, Luis volvió a casa de su tía para poder charlar a solas con su hermana y ponerse al día con lo sucedido durante ese largo tiempo. La chica lo recibió exultante, le preparó pasteles caseros con almíbar para agasajarlo y lo colmó de mimos y felicitaciones por el nacimiento de su hijito, pero no se atrevió a revelarle que había suplantado su identidad, en cambio prefirió dejarlo en la tranquila creencia de que ella había estado siempre cómoda y segura con su tía. El chico le contó que su madre había decidido iniciar el regreso a Mendoza al día siguiente, por eso le había encargado a él que consiguiese dos arrieros que los guiasen y provisiones para alimentarse durante la travesía. Por otra parte, la piedra que llevaba cargando sobre el pecho hacía más de diez meses se había pulverizado en el instante en el que volvió a ver ese rostro amado tan idéntico al suyo y él también estaba ansioso por volver junto a Sol y Facundo y por continuar ocupándose de la administración de su abandonada finca.

—Perdona a mamá, por favor, sé que ella está arrepentida, solo creyó que hacía lo mejor para ti, hermanita —le pidió Luis con un gesto apenado, antes de abrazarla con fuerza contra su pecho para despedirse.

—No te preocupes por eso, sabes que nunca me duraron demasiado los rencores, solo necesito tiempo para poder procesar todo esto, ¿entiendes? Y te prometo que el día en que pueda perdonarla y perdonarme a mí misma voy a volver a Mendoza, porque mi corazón siempre estuvo y estará junto a ustedes. Además, alguien tiene que encargarse de malcriar a Facundito, ¿sí o no? —le respondió la joven con una sonrisa triste, antes de tomar entre sus manos el rostro de su otro yo, tan querido y tan igual al propio, y plantarle dos sonoros besos en las mejillas. Cinco minutos después, la muchacha lo veía alejarse a

trote lento, con sus cobrizos rulos despeinados al viento y la frente en alto, en tanto que sentía un fuerte nudo en la garganta y pensaba que ser capaz de soltar y dejar partir a los seres amados era también una parte importante del duro camino a la adultez, que ella había iniciado desde el mismísimo día en el que decidió darle un cambio de rumbo radical a su destino.

Pero las sorpresas no daban señales de acabar ni por asomo ya que, a la mañana siguiente, Mercedes sintió llamar a la puerta de calle, fue a atender ataviada con un vestido en tono rosado, con el jubón bordado en rosa oscuro y con su trenza arrollada en un rodete alto y elegante y, al abrir, se encontró cara a cara con el mismísimo doctor Paroissien.

—Buen día, señorita. Ando buscando al soldado Luis Gutierrez Prado, me dijeron que se encontraba viviendo aquí —le informó el galeno, asombrado del enorme parecido que esa preciosa joven tenía con su sucio asistente.

Cuando pudo recomponerse del susto y aliviada de que el médico no la hubiese reconocido, usando su voz femenina, dulce y modulada, la chica le respondió:

—Efectivamente, él vive aquí, pero se encuentra de viaje en este momento. Soy Mercedes, su hermana melliza.

—Encantado de conocerla muchacha. ¿Tiene usted idea de cuándo estará de vuelta?

—Habló de dos o tres días, pero si usted quiere dejarle algún recado, yo puedo transmitírselo a su regreso —le dijo ella con tono amable y solícito.

—Se lo agradecería mucho, necesito que le diga que, dentro de pocos días, pensamos trasladarnos con el hospital de campaña hasta la zona de combate, ya que se está preparando una batalla decisiva para tomar el fuerte y se sospecha que va a haber muchas bajas. En este contexto un ayudante tan valioso como Luis me resulta indispensable así que, si su tía ya se encuentra repuesta, necesito que él acorte su licencia y se presente lo antes posible en el cuartel general —le informó el doctor con gesto serio y preocupado.

—No se preocupe, le haré llegar su mensaje ni bien él esté de vuelta, pero no le prometo nada porque nuestra tía continúa delicada —le advirtió Mechi, ya que preveía que esta vez no iba a acompañarlo, porque no podía arriesgarse a estar de nuevo cerca de su capitán luego de que la última noche que pasaron juntos estuvo a punto de entregarse a él.

—Y, en servicio a su patria, ¿no podría cuidarla usted para que él pueda venir con nosotros? Siento insistir tanto, pero su hermano es el mejor asistente que he tenido en toda mi carrera y de veras que lo necesito mucho —le repitió el médico con tono implorante.

—Haré lo que pueda, doctor, quédese tranquilo —le respondió la muchacha, arrebolada de la vergüenza por ese halago y pensando que el galeno debía estar muy desesperado para decirle eso, luego de todos los insultos que ella le había enrostrado, en su papel de pillete, cuando Juan estuvo herido.

—De veras que ha sido un enorme placer conocerla, señorita Mercedes —se despidió Paroissien, con una galante inclinación de cabeza, antes de volver a colocarse su gorro militar, subir a su potro roano y partir al galope.

Cuando la chica regresó a la sala, su tía la interrogó: —¿Quién era ese hombre?

—El jefe del hospital de campaña.

—¿Y qué buscaba aquí?

Con un largo suspiro y previendo la perorata que seguiría a continuación, la joven le informó: —Quiere que “Luis” viaje con él a Talcahuano como su asistente.

—¡Jamás, ¿me escuchas? ¡Jamás! ¡Sobre mi cadáver, mocosuela! Ahora que tu madre ya no va a obligarte a casarte no hay ninguna necesidad de que vuelvas a disfrazarte como un espantajo y arriesgues tu vida inútilmente. ¡A la guerra los hombres, que es para una de las pocas cosas que sirven! Además, sabes que tienes lo mío, así que ya puedes echarte a leer en un sillón y contratar un esclavo para que te abanique por el resto de tus días y nadie puede decirte ni pio — argumentó Gertrudis, en tanto que la miraba con ojos chispeantes y ofuscados.

La chica la contempló con una sonrisa benevolente, antes de responderle con tono calmo:

—Ya lo sé, madrina, si no pienso ir, dentro de dos días, cuando el supuesto Luis vuelva de su viaje, va a enviar una carta al cuartel pidiendo su baja del ejército. ¿Conforme?

—Conforme, además tú ni por asomo puedes volver a acercarte a ese bombonazo de capitán que tienes, que corres más peligro estando con él que cercada por todo el ejército de godos con cañones y estandartes incluidos — completó la solterona con gesto alarmado, lo que provocó que la muchacha se descostillase de la risa.

—Tranquila, tía, que eso también lo tengo muy claro, igual le advierto que pienso trabajar cosiendo para afuera para ganarme mi sustento, porque no quiero tocar un centavo de su dinero mientras usted viva. Si quiere dejarme su herencia a futuro lo acepto, pero lo suyo es suyo. ¿Está claro? —le advirtió la chica ya más seria. Luego fue hasta Gertrudis, se sentó a su lado, la abrazó de costado y apoyó la cabeza en su hombro huesudo antes de terminar: —¡Ay, madrina, usted es un personaje!

—¡Pero miren quién habla! —comentó la mujer con socarrona ironía, en tanto que agregaba con tono lamentoso—: Para bien o para mal, creo que has heredado de mí mucho más que mi dinero, mi niña.

## Capítulo 2

# CUANDO EL DESTINO NOS HACE TRAMPAS

Esa tarde Mercedes se puso un elegante vestido de calle de talle alto y color verde botella, se colocó un discreto peinetón y una mantilla negra por encima de su rodete, tomó la canasta de mimbre que utilizaba para hacer mandados y, acompañada de Lola, una joven y simpática criada mulata que trabajaba en la casa desde hacía tres años, partió hacia el mercado con la intención de adquirir papas, tomates y cebollas que necesitaba la cocinera para preparar la cena de esa noche. Mientras caminaba por las veredas empedradas del centro, alejándose del polvo levantado por las gruesas ruedas de las carretas de los lecheros y aguateros, la chica iba esquivando a vendedores ambulantes y pregoneros y utilizaba su mantilla para ocultar su rostro de los oficiales que, vestidos con sus impecables uniformes, dialogaban parados en las esquinas y a la caza de jóvenes bellas. De repente, la muchacha sintió un ligero y elegante carruaje que frenaba a su lado y, luego de eso, una voz masculina que la llamaba con tono implorante. “¿Otra vez ese hombre? ¡Santo Dios! ¿Es que a este cristiano le gusta que lo desprecien?”, pensó ella, resoplando molesta antes de recomponerse y girar hacia él, con una mueca resignada que pretendía parecerse al asomo de una sonrisa, para decirle:

—Buen día, Carlos, ¿qué necesita?

“*A usted*”, pensó el teniente coronel, maravillado como siempre por la exótica belleza de la joven, pero no se atrevió a decírselo, en cambio, enfundado en su impecable traje militar, él le dijo con gesto solícito: —Buen día, Mercedes. Quería pedirle si sería tan amable de venir a dar un paseo conmigo en mi volanta. Es que me urge hablar con usted, es importante.

—Usted sabe que eso es imposible, señor, porque daría lugar a murmuraciones.

Dígame aquí lo que necesite —le contestó la chica con cortesía y tratando de ocultar un gesto de hastío.

En lugar de responderle el hombre se bajó del transporte con gesto decidido y, ante la mirada de asombro y alarma de ambas mujeres, alzó en brazos a Mechi, la sentó en el asiento del vehículo y subió él de inmediato a su lado, para después tomarla con fuerza de la cintura, al ver que la joven pretendía bajarse. Así, él la sostuvo contra su cuerpo y, a la vista de todo el mundo, le ordenó al cochero que partiese rápido. Como ella comenzó a gritar desafortunadamente pidiendo auxilio, el oficial le tapó la boca con una mano, en tanto que le pedía con tono de ruego: —Por favor, no grite, no quiero hacerle daño, solo quiero conversar a solas con usted, nada más.

“¿Pero es que este papanatas se volvió loco? ¿No se da cuenta de que, al raptarme así, en plena calle y a la vista de todo el mundo, está comprometiendo mi reputación para siempre? ¿Qué pretende él?... Justamente eso”, adivinó la muchacha con un gesto de pánico, como ella había rechazado su propuesta de matrimonio, el muy ladino había decidido comprometer su buen nombre y honor ante los demás para que su tía la obligase a admitirlo como su esposo. ¡Es como para arrancarse los cabellos de pura rabia! Pensó ella, pero no pudo reclamárselo porque él mantenía una mano grande fuertemente apretada contra sus labios, al tiempo que usaba su otro brazo para enlazar los de la chica ajustándolos contra su frágil torso, para así mantenerla inmovilizada. Contemplando cómo ella se retorció furiosa, él fue consciente del momento exacto en el que Mercedes adivinó su desesperada estrategia y supo que, si los ojos mataran, él ya estaría en posición vertical y con dos metros de tierra sobre su cabeza. Se quedó sosteniéndola callado durante las más de treinta cuadras que debieron atravesar hasta llegar a su destino, una discreta fonda de dos pisos ubicada en las afueras de la ciudad, en donde el teniente coronel había alquilado una habitación con la intención de mantenerla uno o dos días encerrada allí, o el tiempo suficiente como para que la muchacha y su tutora se convenciesen de que no les quedaba otro camino que aceptarlo. Evidentemente, los dueños del lugar ya deberían haber sido advertidos y sobornados con dinero, porque nadie protestó ni se acercó a ayudarla cuando lo vieron pasar y subir las escaleras, con ella colgando como una bolsa de papas sobre los hombros de él y dando alaridos. Al llegar al cuarto, con movimientos metódicos y rápidos, Carlos tomó unas largas y resistentes tiras de tela y ató las muñecas de la joven a los barrotes de hierro de una cama rústica pero limpia, luego procedió a amordazarla con la misma tela, para evitar que ella siguiese ensordeciendo a toda la cuadra con sus insultos y, al

final, se sentó a su lado, en la orilla del colchón, con la intención de hablar. Sin embargo, al ver que la pelirroja alzaba sus rodillas intentando golpearlo, cambió de táctica y, con gesto terco y decidido, se trasladó a los pies de la cama, atrapó las pantorrillas de la chica y las apretó contra sus muslos para inmovilizarla. Después tomó aire porque la lucha lo había agotado, además, le parecía increíble que alguien tan pequeño pudiese tener tanta fuerza. ¡Y qué rosario de insultos, madre santa! Su cuyana tenía el vocabulario de un bucanero cuando se enfurecía, pero él la amaba igual, era la primera vez en su vida que se apasionaba de una forma tan posesiva e irracional con una mujer y era ella o ninguna, se dijo el oficial antes de comenzar a hablar:

—Cálmese, Mercedes, ya le dije que no pienso hacerle daño, lo único que pretendo es que me acepte como su esposo, nada más. Es que no me ha dejado otro camino con su terquedad. Debe entender que yo soy el hombre indicado para usted: tengo dinero, casa propia, buenas influencias y una destacada posición en el ejército, nada le va a faltar a mi lado y, si es mi destino morir en esta guerra, hasta puede convertirse en una viuda acaudalada. Por si todo eso fuera poco, yo la amo con locura y sé que puedo lograr que usted también me quiera con el tiempo. ¿Por qué es tan necia? —En ese instante él se detuvo, al ver que la joven se retorció tratando de soltarse y lo observaba con ojos asesinos, para luego continuar con tono apesadumbrado:

—Quédese quieta, por favor, usé telas en lugar de sogas para no hacerle mal, pero si sigue tironeando así va a lastimarse igual. Mañana temprano voy a ir a casa de su tía a pedirle formalmente su mano, pero es necesario que usted pase, por lo menos, esta noche aquí para lograr que ella acepte, y sí, ya sé que es comprometer su honra y su buen nombre, pero usted no me ha dejado otra opción —terminó el oficial, antes de levantarse y dirigirse hacia la salida, avergonzado e incómodo, porque el contacto de sus manos en esas blancas y suaves pantorrillas desnudas lo había excitado más de la cuenta, y no era para eso por lo que la había llevado allí.

Mechi había escuchado todo su monólogo con los ojos abiertos de asombro y horror: ¿es que ese animal no pensaba tomar en cuenta su opinión, sus deseos ni sus decisiones? ¿Se pensaría que ella era solo un mueble decorativo que iba a quedarse quieta en donde la pusieran? Por centésima vez en su vida maldijo haber nacido mujer y maldijo su belleza que terminaba atrayendo como un imán a cuanto idiota sin cerebro andaba suelto. Igual, pensó, cuando el teniente coronel le dijese a Gertrudis que ella debía obligarla a casarse porque estaban de por medio la honra y el buen nombre de la chica, su madrina se le iba a reír a

carcajadas en la cara. ¡Bien sabía la mujer que ella ya había tirado esos valores a la alcantarilla desde hacía tiempo, había dormido y convivido con hombres durante meses, viéndolos desnudos o haciendo sus necesidades, e incluso, había estado a punto de entregarse a un oficial casado! Aunque esto último, gracias a Dios, su tía no lo sabía, pero la joven estaba segura de que sí lo sospechaba. Si alguien ya había puesto en entredicho su honradez había sido ella misma con sus decisiones locas y atolondradas, pero claro, este pazguato no tenía la obligación de saber todo eso y el muy torpe estaba convencido de que había raptado a una damisela casta, dulce y pura, criada entre algodones y a la que iba a poder amedrentar con facilidad. No obstante, se había equivocado de medio a medio, no por nada ella era la hija de un valiente, y ningún hombre iba a venir a querer torcerle el brazo y el destino así como así. Con los labios apretados en una inamovible determinación, Mercedes decidió escapar de allí cuanto antes porque, a pesar de que el teniente coronel había prometido respetarla, ella había visto un brillo de deseo insatisfecho en el fondo de sus ojos que la asustó, además, si había sido capaz de cometer esta locura quién sabía que más podría intentar luego de que su madrina lo echase con gritos destemplados, como ella estaba segura de que la solterona iba a hacer. La muchacha intentó de todas las formas aflojar los lazos, pero resultó imposible, lo único que logró fue despellejarse las muñecas, pero, con respecto a su mordaza, aprovechó que la tela se le metía dentro de la boca para masticarla y desgastarla de a poco, hasta lograr cortarla. Viendo que el hombre no volvía, ella arrastró su espalda hacia atrás, contorsionándose hasta lograr atrapar con sus dientes una de las tiras que la ataban a la cama y, soportando la incomodidad y el intenso dolor en el cuello al tener que mantenerlo torcido, realizó el mismo proceso. Si bien el tiempo parecía transcurrir lento, dos horas después de haber sido encerrada la chica logró soltarse, desentumeció primero sus músculos agarrotados por la inmovilidad y corrió hacia la puerta. Por supuesto la encontró cerrada por fuera con llave. Mirando hacia todas partes halló un ventanuco alto, tan pequeño que era dificultoso que su cuerpo pasase a través de él, pero siempre se podía probar, pensó. Calculó que estaba ubicado a un metro y medio del piso, por lo cual iba a ser difícil llegar hasta allí. Notando que ya era noche cerrada y él podía retornar en cualquier momento, se apresuró a correr una pesada cómoda debajo de la ventana y a colocar una silla de madera sobre esta, para luego subirse sobre ambos y comprobar, con enorme alegría, que era posible abrirla desde adentro. Al hacerlo y asomar medio cuerpo hacia afuera, surgieron dos nuevas dificultades: la primera era que la abertura se hallaba demasiado alto y, si se

tiraba desde allí, corría peligro de descalabrarse alguno que otro hueso, la segunda consistía en que, si bien su torso pasaba bien por el hueco, su cuerpo se atascaba a la altura de las caderas, envueltas en amplias faldas que le dificultaban el movimiento. Rápidamente la joven solucionó ambas cuestiones, en primer lugar, tomó la sábana de la cama y la rasgó en cuatro partes que fue anudando una a la otra, luego ató esta improvisada soga a un hierro empotrado en la pared, que se utilizaba como perchero. Después se quitó las faldas, se quedó solo con los calzones y la enagua y, trepando de nuevo por la cómoda y la silla, lanzó su vestido por la ventana. A continuación, tomándose con firmeza de la sábana, se desplazó ajustadamente hacia afuera y comenzó a bajar, con los pies apoyados contra el muro de adobe y las manos agarradas con fuerza a la tela. ¡De algo tenía que servirle haber vivido toda su vida en zona de montañas y haberlas escalado más de una vez, por supuesto, ataviada con los cómodos pantalones de Luis! Cuando llegó abajo y desembocó en el patio de atrás, volvió a colocarse su ropa vigilando los alrededores y corrió hacia un cerco lateral de ligustros, para después saltar ágilmente sobre él y dirigirse hacia el frente del lugar. Allí encontró tres caballos atados al palenque, seguramente de parroquianos que estarían bebiendo, acodados en el mostrador de la fonda. De repente la chica identificó al alazán de Carlos Arribas, de seguro, pensó, él habría devuelto el carruaje y había regresado en su potro. En ese instante Mercedes puso alas en sus pies, montó sobre el animal y partió a todo galope hacia el centro de Santiago. Una hora después, aterrada y pálida como un cadáver, luego de perder el rumbo varias veces en la oscuridad de la noche y de tener que preguntar a dos pregoneros para que le indicasen la dirección correcta, la muchacha llegó de nuevo a casa de su tía.

Al verla entrar, Gertrudis detuvo sus paseos y, con las piernas flojas de puro alivio, corrió a abrazarla en tanto que le preguntaba:

—¿Qué pasó, mi cielo? ¿Te hizo algo malo ese hombre?

—No, tía, gracias a Dios pude escaparme en su caballo, pero está loco, me encerró y me ató a una cama con la intención de comprometerme para que me viese obligada a aceptarlo —le dijo la joven, asustada y temblando.

—Cuando Lola me contó todo lo imaginé, y mandé a Vicente y los criados a buscarte por toda la ciudad, pero yo me quedé por si regresabas. ¡Mañana mismo voy a denunciar este atropello!

—¿Y ante quién, madrina?

—¡El cabildo, la milicia local, ante el mismo cuartel general si es necesario! ¡No podemos tolerar semejante abuso! —le respondió la mujer, con gesto

decidido.

—No tendría caso, tía, la ciudad está en manos de militares y los poderes civiles son muy débiles ante ellos. Además, Carlos es un teniente coronel de prestigio. ¿A quién piensa usted que van a creerle? —argumentó la chica, meneando la cabeza con tono pesaroso.

—¿Y entonces qué hacemos, le permitimos que se salga con la suya y te casas con él? ¡Porque mira que ese oficial no va a dejarte en paz! Además, hasta puede encarcelarte con la excusa de que robaste su caballo —acotó la solterona, antes de volver a pasearse de un lado al otro con nerviosismo.

—No, madrina, ni muerta me caso con ese hombre y menos luego de lo que pasó —afirmó la joven con gesto triste.

—Entonces tienes que regresar mañana mismo a Mendoza, porque este ya no es un lugar seguro para ti. Estoy convencida de que ese tipo no va a animarse a ir a buscarte allí.

—Es que no quiero volver a convivir con mi madre luego de lo que me hizo, y tampoco quiero dejarla sola a usted en medio de esta guerra —protestó Mercedes, después se sentó en el sillón con un cansancio de siglos y empezó a llorar quedamente.

—Pero yo ya no puedo protegerte, mi amor, como tú bien has dicho, la ciudad está tomada por los militares y ni siquiera todo mi dinero puede defenderte de ellos. Tienes que regresar a tu hogar.

—¿Y si ese hombre me sigue también allí?

—¡Pues te casas y ya! ¡Qué complicada eres, niña! ¡Al fin que el candidato es buen mozo y tiene buena posición! Además, mi cielo, tú eres demasiado hermosa como para quedarte solterona, y es muy triste llegar a viejo sin hijos ni nietos que te alegren la vida y se preocupen por ti, tienes mi espejo para mirarte, mi vida, no cometas mi error —la conminó Gertrudis con gesto apenado.

—No, madrina, jamás voy a casarme sin amor —le respondió la muchacha con firmeza.

—¡A ver! ¿Y entonces qué hacemos? —la interrogó su tía con tono exasperado.

La chica suspiró resignada y luego decidió: —Voy a volver a disfrazarme de Luis y a aceptar la propuesta de Paroissien para trabajar de nuevo con él, es la única forma de que Carlos no me encuentre.

—¡Acabáramos! ¡Eso jamás! Sería lo mismo que sacar un pasaje de ida directo al cementerio. En ese lugar se mueren los soldados como cucarachas, mi hijita. ¿Es que pretendes matarme de un disgusto? —la increpó la solterona, más

alterada aún.

—Pero no voy a apartarme del hospital, madrina, de veras —le aseguró la muchacha.

—¡No me tomes por tonta, Mercedes Gutierrez Prado! ¿Tú te crees que yo nací ayer? Si te necesitan, vas a meterte de lleno en el combate, aunque más no sea para retirar heridos, y ahí cualquier bala puede alcanzarte, como que eres la digna hija de mi Dalmacio —le retrucó Gertrudis ya furiosa.

—¿Por qué dijo “mí”? —le preguntó Mechi con duda. Al ver que su madrina se ponía roja y miraba hacia el piso haciéndose la desentendida, volvió a repetirle—: ¿Usted dijo “mi Dalmacio”, por qué?

La mujer la contempló con gesto cansado y, luego de suspirar con pena, le reveló el secreto que había tenido enterrado en el alma durante más de treinta años: —Porque yo siempre amé a tu padre, lo amé con locura, por eso jamás me casé.

Luego de quedarse observándola, muda del asombro y la impresión, la joven la acorraló: —¿Ustedes fueron amantes?

—No, qué va, no sé qué hubiese hecho si a tu papá se le hubiese dado alguna vez por esas, pero no, él siempre tuvo ojos solo para Leonor, sin embargo, quiero creer que me tuvo aprecio y que fui su mejor amiga y confidente.

—Por eso usted siempre se llevó tan mal con mamá —supuso la chica.

—No, mi cielo, mi mala relación con tu madre viene desde la niñez, de las raíces de nuestros cabellos si quieres, siempre pensamos distinto y tus abuelos la preferían y consentían en todo, por eso es tan caprichosa... pero yo fui la que le presenté a Dalmacio y no puedo dejar de pensar que ella me lo quitó.

—Y para no seguir sufriendo se vino a vivir a Chile —adivinó Mercedes con gesto apenado.

—Eso sí es cierto, mi vida, vine aquí porque no podía soportar seguir viéndolos juntos y felices mientras el estómago se me retorció de pura amargura... por eso, Mechi, no cometas mi error, no arruines tu vida por un hombre que jamás podrá ser para ti, porque no pienses que me olvido de que ese capitán está en Talcahuano.

—No es así, madrina, las situaciones son distintas porque, por un lado, mi padre nunca la quiso a usted, en cambio Juan me ama tanto como yo a él y, por el otro, su esposa tiene una tisis avanzada... y yo sé que le sonará muy cruel lo que voy a decirle, pero a ella no le quedan muchos años de vida y, el día que su mujer ya no esté, tal vez sí podamos estar juntos.

—Pero ahora vive, y tú tienes que respetar ese lazo sagrado —insistió

Gertrudis con pena.

—Y lo voy a hacer, tía.

—¿Me lo juras? —la acorraló la mujer.

—Sí, madrina, le juro por lo más querido que tengo que es mi padre, que voy a mantenerme firme en eso, pero usted tiene que dejarme ir. Como usted misma dijo, *yo escribo mi propio destino* —afirmó la joven.

—Pero estás usando renglones torcidos, mi cielo —se lamentó la solterona.

—Puede ser, pero son mis renglones y es mi vida —terminó la muchacha, antes de comenzar a caminar cabizbaja hacia su cuarto, porque tenía mucho para hacer y muy poco tiempo, ya que sospechaba que el teniente coronel no iba a tardar en venir a buscarla. Y no se equivocó porque una hora después, mientras ella escapaba en su potro casi a medianoche, por la parte de atrás de la casona y disfrazada de Luis, Carlos Arribas llegaba al lugar con un grupo de cinco soldados, a detenerla con la excusa de que la chica le había robado su alazán, el cual se encontraba atado a las verjas del frente de la casa. En medio de los gritos de protesta de Gertrudis, los militares registraron el lugar de cabo a rabo, pero lo único que encontraron de la joven fue el vestido color verde botella que había llevado puesto ese día. El teniente coronel amenazó a la dueña de casa con encerrarla en la prisión si no revelaba el paradero de Mercedes, pero la mujer se mantuvo firme y le dijo que lo desconocía, y él no quiso caer tan bajo de utilizar a esa señora para hacer aparecer a quien amaba, así que, con la frente baja, ordenó a sus hombres que se retirasen de allí.

## Capítulo 3

### JUNTOS OTRA VEZ

*“El nombre de una mujer me delata. Me duele una mujer en todo el cuerpo”. El amenazado, Jorge Luis Borges.*

Dos días después, el doctor Paroissien y un grupo de sesenta asistentes, entre los cuales se encontraba Mercedes en su papel de Luis, junto a dos escuadrones que sumaban más de doscientos hombres, partieron hacia el sur, en un viaje largo, tortuoso y agotador que terminaría recién a principios de diciembre, cuando arribaran a Talcahuano de noche y en medio de un intenso combate.

A mediados de 1817, las montoneras realistas, encabezadas por José María Zapata y José Antonio Pincheira, que eran armadas por el resuelto coronel Ordóñez, el cual dominaba las vías marítimas, habían comenzado a atacar, distraer y agotar a las tropas de O’Higgins. Ordóñez se convertía así en el mejor estratega español de su tiempo y sus fuerzas sumaban ya más de dos mil soldados, los que servirían de base a la siguiente campaña que iniciaría más tarde el general Osorio. Al comprender lo grave de la situación, el general patriota chileno había ordenado la salida de diferentes columnas revolucionarias para batir a las guerrillas de matuchos, en medio de las lluvias intensas y la violencia desatada contra la población por ambos bandos. Pero al jefe godo le llegaban cada día más refuerzos y la lucha recrudecía con virulencia.

El fuerte de Talcahuano, bastión protector de la resistencia española, estaba situado entre dos protegidas bahías, a setenta y cinco metros sobre el nivel del mar, y presentaba un emplazamiento geográfico único que le permitía contar con dos puertos de aguas abrigadas y profundas, en los cuales había numerosas embarcaciones mercantes y de guerra recaladas en la orilla, que lo abastecían y lo escudaban de los ataques por mar.

Desde Santiago habían arribado también al lugar los oficiales napoleónicos enviados por San Martín: el teniente general Miguel Brayer, el ingeniero militar Alberto Bacler d'Albe, y el mayor Jorge Beauchef. De inmediato se habían diseñado planos precisos del fuerte, demostrándose, en teoría, lo inútil y arriesgado de cualquier ataque frontal, pero O'Higgins estaba decidido a tomar Talcahuano a como diese lugar, así que, tan pronto se habían presentado esos refuerzos desde la capital, a fines de noviembre, el jefe chileno había pasado revista, en las afueras de Concepción, a los más de 3 300 efectivos que formaban su ejército, ordenando luego que se desplegasen frente a las fortificaciones godas ocupando el cerro de los Perales e intimidando a Ordóñez a rendirse. El oficial realista le había respondido que se defendería hasta morir y había abierto fuego de inmediato con su numerosa artillería que se escuchaba detrás de los muros.

Días antes, en la junta de jefes militares, se habían enfrentado dos planes: por un lado el de O'Higgins, que planteaba atacar por la bahía de San Vicente mientras, en una acción de distracción, se amagaba por el frente del fuerte; por el otro, el de Brayer, el jefe que era resistido por el resto de los oficiales por ser extranjero, que consistía en un ataque a la izquierda goda que era más fuerte en el cerro del Morro, al que consideraba la llave para poder tomar Talcahuano, para luego converger junto a las otras posiciones encerrando a Ordóñez en un movimiento de pinza. Era un asalto de tremenda audacia que podía llegar a convertirse en un dramático fracaso, pero el grupo de jefes había terminado aprobando este segundo plan, preparándose al ejército para la acción.

El 5 de diciembre de 1817, un vendaval había obligado a las naves realistas a refugiarse en el puerto y, a la noche siguiente, había empezado el asalto final.

A las tres de la madrugada se iniciaba el avance del ejército patriota, dividido en dos brigadas, la primera, al mando de Las Heras, en dirección al fuerte. El mayor Beauchef encabezaba esta columna, la que debía atravesar los fosos, romper las empalizadas, asaltar el Morro, que era el lugar más alto y en el cual se concentraba la artillería pesada, y luego converger hacia el centro de las defensas para bajar el puente levadizo y permitir el ingreso de la caballería al mando del teniente coronel Freire. A su vez, los artilleros debían pasar por el puente y adueñarse de las baterías realistas, para redirigir sus tiros hacia las defensas españolas y las naves de guerra. Bacler d'Albe y sus improvisados zapadores, por su parte, deberían tirar abajo los muros y ensanchar el acceso, tan pronto Beauchef lograra su objetivo.

Este último, al frente de cuatro compañías de cazadores, inició el silencioso ataque, pero, al alcanzar el foso, fueron descubiertos y contraatacados desde las

murallas. Los revolucionarios se lanzaron al agua y treparon las defensas, en medio del caos generado por los disparos desde las alturas. Finalmente, pudieron entrar al interior del reducto. Los sorprendidos realistas abandonaron sus posiciones y se replegaron, disparando a quemarropa sobre los asaltantes. Beauchef recibió una grave herida en el brazo derecho, sin embargo, antes de caer al agua, ordenó que continuasen. Para esos momentos, la brigada encabezada por Las Heras logró ingresar a la fortaleza, desbandando a los defensores, pero sufriendo numerosas pérdidas.

Horas antes, en otro ámbito de la contienda, la flotilla patriota de Manning, con las lanchas que había preparado el ingeniero Arcos, había tomado por asalto la *Sebastiana*, que era una cañonera realista, pero las bajas de los asaltantes habían sido tantas que casi todos los revolucionarios resultaron heridos y la nave no pudo hacerse a la mar por falta de personal para maniobrarla. Manning tuvo que resignarse a volver a Concepción con sus heridos y abandonar el barco recién conquistado. En otro sector, la brigada del teniente coronel Conde también había llegado hasta el foso, pero no había logrado dar un paso más y tuvo que retroceder con grandes pérdidas.

Los batallones de Las Heras, por su parte, continuaban su avance. Después de ocupar el castillo de Morro, se habían dirigido al rastrillo para adueñarse del puente levadizo, pero las baterías que los acibillaban desde las alturas paralizaron su ataque. Así, los revolucionarios se enfrentaron a una segunda línea de defensas y un foso que separaba la plaza conquistada del cerro que deseaban tomar, al tiempo que los fugitivos lograban reorganizarse. Esto, sumado a la retirada de Conde, hizo que la situación se volviese insostenible, por eso O'Higgins, al darse cuenta de que el sacrificio de Las Heras sería inútil, ordenó la retirada cuando amanecía. Finalmente, Ordóñez logró controlar de nuevo la situación, al defender con sus tropas el paso del puente, impedir el avance de los revolucionarios y recuperar el total de sus posiciones, mientras en el fondo del foso, empapados en agua, barro, pólvora y sangre, quedaban abandonados los cadáveres de casi doscientos jóvenes soldados patriotas.

A partir de esa derrota O'Higgins ordenaría abandonar Talcahuano y regresar a Santiago. Sin municiones y sin cartuchos, el general chileno solo se limitaría a prolongar el sitio, sin volver a intentar ninguna acción ofensiva, pero obligando al jefe goda a mantener el fuego de su artillería sobre la región de pantanos que rodeaban la plaza y sobre los caminos que se dirigían a Concepción. Dos

jornadas después de esta cruenta batalla, el 8 de diciembre de 1817, se anunciaría el arribo a Chile de una nueva expedición realista al mando de Osorio.

Esa medianoche del 6 de diciembre, el último grupo enviado desde la capital con Paroissien y su hospital de campaña a la cabeza llegaba a la zona de combate en medio del sonido y los destellos lejanos de los disparos, el olor de la pólvora, el humo, la sangre y los alaridos de dolor y de muerte de los soldados. A pesar de la oscuridad que no permitía ver más que a dos metros de distancia, el jefe médico ordenó armar rápidamente la tienda principal, distribuyó catres para los heridos y organizó a sus asistentes en tres grupos de veinte hombres cada uno: el primero se quedaría allí, para atender a los soldados que fuesen llegando, y los dos restantes debían tomar el instrumental básico de primeros auxilios y desplazarse, custodiados por un pelotón de fusileros, hasta la zona de batalla, para retirar a los hombres heridos de la refriega, hacerles torniquetes y brindarles una primera cura, ya que era sabido que la mayoría de los combatientes fallecían desangrados y por falta de una rápida atención. Mercedes, en su disfraz de Luis, fue asignada al tercer grupo de tareas y se les recomendó que llevaran con ellos también armas para su defensa y sogas, porque los que iban llegando del frente les informaron que había muchos soldados caídos en el foso y, debido a que se encontraban muy malheridos, no podían salir de allí por sí mismos. Fueron enviados a cubrir la zona donde combatían los bravos granaderos del general Las Heras, que estaban intentando tomar el puente levadizo y entre los que se incluían algunos escuadrones de cazadores. Con el corazón batiéndole como un tambor, la chica pensó que, si su capitán seguía con vida, seguramente estaría peleando en ese lugar junto a su jefe. Al acercarse al centro de la refriega, iluminada por el resplandor espaciado de los cañonazos, el panorama se volvió cada vez más desolador, ya que el camino estaba regado de muertos o moribundos y aturdido por ensordecedores alaridos de dolor o locura. Vieron a un hombre que se arrastraba por el pasto usando solo la fuerza de sus brazos, porque la bala de un cañón le había arrancado ambas pantorrillas, y a otro que aullaba su tormento con la mitad de su rostro y cabellos quemados por la pólvora. De inmediato los vendaron precariamente y los cargaron sobre improvisadas camillas que algunos asistentes trasladaron hasta la tienda hospital. Mientras atendía a los heridos Mechi miraba hacia todas partes aguzando la vista, buscando tanto a Juan como a sus compañeros de escuadrón, pero la

oscuridad y la demencia de la guerra parecían haberlo devorado todo. Luego continuaron su marcha. Avanzaban corriendo, agachados, con el mosquete listo en una mano, los elementos médicos en la otra y el fusil al hombro, vigilando hacia todas partes y tratando de esquivar las balas que pasaban silbando sobre sus cabezas. Cuando estaban a veinte metros del foso, en un instante el cielo se iluminó de golpe y una bala de cañón cayó a varios metros de distancia de la joven, llevándose con ella la vida de dos ayudantes del hospital y el brazo de otro, a la vez que la onda expansiva la lanzaba a tres metros de donde se encontraba antes y la dejaba sorda y atontada por unos minutos.

Desde su lugar en el puente levadizo sobre el que estaba tratando de avanzar junto a sus soldados, el capitán Williams oyó la explosión y la claridad que iluminó todo de golpe por unos segundos le permitió ver a la chica en el mismísimo momento en el cual volaba por los aires. Su corazón se detuvo un instante y, a partir de allí, la guerra, las órdenes recibidas y las que él mismo había impartido a los suyos dejaron de tener sentido para él, y lo único que le importó fue llegar hasta ella para ver si estaba herida y sacarla de allí lo más rápido posible. Con esa firme intención comenzó a retroceder en la oscuridad, alumbrándose solo con los breves destellos que dejaban las balas, porque llevar una antorcha hubiese significado convertirse en un blanco perfecto. Luego de correr más de cincuenta metros como un enajenado, arribó al lugar donde la había visto caer, pero no la encontró. Desesperado, comenzó a llamarla entre los gritos de la lucha, pero nada. Mientras giraba hacia todas partes buscándola, una momentánea luz le permitió hallarla. Ella estaba arrodillada a orillas del foso, revoleando una sogá por sobre su cabeza, a la que lanzó hacia adentro, de seguro con la intención de enlazar a alguno de los heridos que clamaban por ayuda, enterrados en el barro y el agua de la cavidad. Aliviado de encontrarla viva y en movimiento corrió hacia ella, al tiempo que observaba atento las alturas del Morro para cubrirla, con la firme decisión de eliminar a cualquier enemigo que apuntase hacia la muchacha. De hecho, antes de llegar hasta Mercedes, el oficial usó primero su fusil y luego su mosquete para eliminar a dos matuchos que se habían asomado entre las piedras y disparaban a quemarropa hacia el foso.

La joven estaba tirando de la sogá para sacar a un granadero herido del pozo cuando escuchó la voz de su capitán, llamándola más allá de los sonidos ensordecedores de la contienda y, al reconocerla, casi deja caer al soldado del puro alivio de hallarlo con vida. Sintiendo que sus brazos perdían fuerza y no podían seguir sosteniendo el peso muerto del caído que se había desvanecido, ella observó hacia todas partes y, cuando lo vio correr hacia ella, a seis metros de

distancia, la emoción no le permitió articular palabra, así que lo miró, en un mudo pedido de auxilio que él interpretó rápido, por eso se acercó prestamente y se arrodilló a su lado para ayudarla. Juntos lograron sacar al otro hombre y, antes de que ella comenzase a atenderlo, el oficial la abrazó, apretándola fuertemente contra su pecho a la vez que repetía su nombre una y otra vez, desahogándose de la tensión y el miedo que había tenido de encontrarla muerta y de la angustia por haber pasado casi cinco largos meses sin verla.

En tanto que la muchacha hacía un ajustado torniquete sobre la parte alta del muslo del herido y por encima de su lesión, el capitán recargó sus armas al tiempo que le ordenaba:

—No se le ocurra volver a acercarse al foso, tiene que salir ya mismo de aquí y resguardarse en el hospital.

—Entonces venga usted conmigo —le pidió ella contemplándolo con intensidad, para volver a llenarse los ojos con su apostura y su belleza después de todo ese tiempo de separación.

—No sea terca, yo tengo que regresar junto a mis hombres —le retrucó él, en tanto que vigilaba los alrededores y ultimaba a un godo que se había acercado a ellos apuntándoles con su mosquete.

—¿Usted se cree que yo soy tonta, que no sé que los están acribillando como a ratas? ¡Usted va a meterse en la boca del lobo, y no va a salir vivo de allí, se lo aseguro! —le gritó ella con impotencia.

—Es mi profesión y es mi vida —le dijo él con tono firme, al tiempo que se ponía de pie.

—Se equivoca, es la mía también, porque yo no voy a poder seguir viviendo si usted se muere —afirmó la chica contemplándolo fijamente y con tono triste pero seguro, luego de incorporarse con lentitud.

Al escucharla, el oficial no pudo seguir conteniéndose más y allí, en medio del caos y la barbarie de la batalla, con los destellos de la guerra iluminando el cielo y la tierra, la tomó del cuello para acercarla a él y la besó con pasión, ante los ojos asombrados del herido que había recuperado la conciencia hacía segundos y de dos asistentes que no podían creer que esos dos hombres se estuviesen besando de esa forma, a la vista de todos y con el mundo cayéndose a pedazos.

Después el capitán la soltó de repente y corrió de nuevo hacia el puente levadizo, para acaudillar a sus hombres en la lucha ya cuerpo a cuerpo, con sable y bayoneta, para lograr entrar dentro del fuerte. Con un profundo sentimiento de pérdida, Mercedes supo que esta vez no podía seguirlo, porque ella no era muy diestra en ese tipo de combate y lo único que iba a lograr era que él se distrajesse

por cuidarla y lo terminaran matando antes de tiempo. Así que, con un suspiro resignado, se puso a hacer lo que mejor sabía: primero corrió hasta el ayudante que había perdido parte de su brazo hacía segundos, le ató un torniquete y vendó apretadamente el muñón para detener el sangrado, luego le hizo señas a dos compañeros que llevaban un catre de tiro para que se acercasen a llevar hasta el hospital al hombre que ella había sacado del foso. Después tomó el brazo sano del asistente, lo colocó sobre sus hombros y comenzó a alejarlo casi a rastras del silbido cercano de las balas. Mientras avanzaban, la joven llevaba en sus manos un mosquete cargado, al tiempo que vigilaba con atención los alrededores, aunque su corazón se encontraba en el puente y en los alaridos y gritos que venían desde allí, donde los escuadrones de Las Heras se batían en un duelo a muerte con los realistas que defendían la entrada.

En un momento, surgiendo silenciosamente de la oscuridad, desde un costado, apareció un matucho que los tomó desprevenidos y, antes de que Mercedes alcanzase a detonar su mosquete, ensartó con su bayoneta al ayudante y le traspasó el vientre al cejo. Gritando de la rabia y la impotencia, al ver que su compañero caía al piso, agonizante, la chica tomó puntería y disparó a su enemigo a quemarropa y a menos de dos metros de distancia, robándole la vida de un tiro en la frente. En tanto que comprobaba, con profunda pena, que el patriota también estaba muerto, ella vio que los otros asistentes se alejaban cada vez más. Cuando estaba volviendo a cargar el mosquete, escuchó gritos pidiendo auxilio que provenían desde el foso y volvió a correr hacia allí. Al llegar se asomó y entrevió a un joven revolucionario que debería tener más o menos su edad, este se hallaba hundido en el agua hasta la cintura y trataba de trepar por el costado barroso de la cavidad, resbalando una y otra vez. Aprovechando un momento de menos ruido, la muchacha hizo bocina con las manos y le gritó:

—¡Espere! Voy a lanzarle una cuerda para sacarlo de allí.

El chico le respondió desde el fondo con tono desesperado: —Gracias, pero apúrese, porque me quebré una pierna al caer y no puedo salir solo.

Como respuesta, la joven lanzó la soga hacia la oscuridad calculando el lugar de donde provenía la voz y, un minuto después, el soldado la encontraba y se agarraba fuertemente a ella. —No se suelte por favor y trate de ir apoyando el pie sano sobre la pared, para aliviar el peso, voy a empezar a subirlo —le pidió la muchacha, al tiempo que enroscaba la cuerda alrededor de su muñeca y retrocedía con las mejillas rojas por el esfuerzo, en tanto que el chico empezaba a ascender. Tres minutos después ella lo vio asomar la cabeza por el borde, entonces se arrodilló y estiró los brazos, lo tomó de las axilas y lo alzó hacia

arriba, agradeciéndole a la virgen que él fuese liviano, porque los brazos ya le quemaban por tanto esfuerzo. Como Mercedes vio que el pie del joven estaba rotado hacia adentro, en una posición macabra y extraña, buscó dos ramas de mediano grosor, trató de enderezar la pierna lo mejor que podía, asustada por los alaridos de dolor del herido, y las aseguró alrededor de la pantorrilla, sujetándolas con una venda apretada que sacó de su bolsa de primeros auxilios. Cuando se disponía a ayudarlo a levantarse, la joven sintió los pasos de un enemigo que se acercaba a ella espada en mano y gritando como un desaforado y rodó a toda velocidad hacia un costado al tiempo que el arma del otro se enterraba en la tierra, en el mismísimo lugar donde la chica se encontraba solo un segundo antes. Rápida como el viento, se incorporó de golpe y tomó la espada del revolucionario para defenderse y defenderlo ya que, si de ella dependía, no iban a volver a ultimarle a otro paciente. Con el corazón alocado de miedo se puso en guardia, tratando de recordar las enseñanzas de Juan, al tiempo que veía que el otro arrancaba su acero del piso y la enfrentaba con un gesto fiero. Los dos minutos siguientes la joven los recordaría en el futuro como los más aterradores de toda su vida. El realista era, evidentemente, un espadachín experimentado, porque avanzaba atacándola sin piedad y sin darle cuartel, y lo único que ella podía hacer era aprovechar que era más liviana y ágil y esquivar sus mandobles, girando hacia los costados, o interponer su sable para frenar los golpes que el otro le dirigía.

Desde el piso, el soldado herido observaba impotente cómo su pequeño y valiente compañero, mucho menos diestro, se iba derecho al matadero y pensaba que él lo iba a seguir de seguro, porque después de despenar al colorado ese feroz combatiente iba a seguir con él. Cuando vio que el matucho hería al chico en un brazo, el quebrado patriota, en un acto de desesperación, hizo lo único que podía hacer por el otro en esas circunstancias: tomó un puñado de tierra y lo lanzó a los ojos del aguerrido godo, dejándolo ciego los segundos suficientes como para que el audaz muchachito pudiese enterrar el sable en el estómago de su contrincante y le quitase la vida en el proceso.

Después de eso Mercedes recargó su fusil y su mosquete y, ayudando primero al chico a levantarse, pasó el brazo del otro por encima de su fino cuello y comenzó a caminar, lo más rápido que él podía seguirla, hasta la tienda hospital. Cuando habían avanzado unos diez metros vieron a un oficial de granaderos a caballo que se dirigía al galope hacia el puente gritando como un desaforado: — ¡Retirada, retirada! ¡Conde se ha rendido y O Higgins ordena la retirada!

Entre los destellos de los cañonazos y los alaridos del combate, la muchacha

fue testigo del momento exacto en el que Las Heras y los cazadores que habían logrado sobrevivir al intento de asalto se formaban en escuadras y, lo más lenta y ordenadamente que se podía, comenzaban a retroceder. Contempló también asombrada que los realistas, en lugar de perseguirlos para ultimar a los que pudiesen, se replegaban hacia el interior del fuerte y comenzaban a alzar de nuevo el puente levadizo. Tratando de ver en medio de la oscuridad, aunque ya comenzaban a vislumbrarse las primeras luces del amanecer, ella detuvo su marcha y comenzó a llorar en silencio, en tanto que imploraba:

—¡Que él esté entre los vivos, virgencita del Carmen, por favor que esté vivo!

Y la patrona y protectora del Ejército de los Andes la escuchó porque, con el horizonte empezando a pintarse de violeta, rosado y amarillo y el lento mugir de las vacas como marco, la joven vio venir a Juan, con el uniforme embarrado, roto en dos partes y cubierto de sangre propia y ajena, la cara manchada de pólvora, que destacaba el color azul de sus ojos, y rengueando de una pierna, pero sable en mano, con la frente en alto y acaudillando a sus hombres. Con una sonrisa de alivio Mercedes notó que él miraba hacia todas partes con gesto desesperado, seguramente buscándola, y pensó que ese inglés ladino la conocía más que nadie, porque sabía que ella no se iba a ir de allí en tanto pudiese ayudar. Para calmarlo y llamar su atención, alzó una mano hacia arriba y comenzó a moverla a izquierda y derecha. Al verla, a pesar del dolor, el agotamiento y la amargura de la derrota, él esbozó una enorme sonrisa, antes de tirar su espada en el pasto y correr a toda velocidad los setenta metros que lo separaban de la muchacha, la cual permaneció quieta, de pie, contemplándolo con fijeza y esperando, con su compañero herido tirado en el suelo a su lado y con una mirada dulce y acariciante que lo decía todo. Al llegar junto a ella, sin importarle que sus subordinados los estuviesen viendo, el oficial volvió a abrazarla, la apretó fuerte contra su amplio pecho y se permitió llorar en silencio por la emoción de que ambos hubiesen sobrevivido a esa infausta noche. Sin embargo, no corrieron la misma suerte los más de doscientos soldados patriotas que ese aciago día tuvieron, como único premio a su patriotismo, una tumba colectiva en el fondo del foso, del cual sus compañeros no pudieron retirarlos por temor a terminar, ellos también, asesinados por los disparos que seguían llegando desde las alturas. Y los cadáveres se quedaron allí, con sus carnes que se pudrían, contaminaban las aguas y eran alimento de las aves carroñeras, como un cruel y amargo recuerdo del último intento del ejército revolucionario por tomar el soberbio e inexpugnable fuerte.

El enorme campamento patriota se había ubicado a orillas de un tupido monte

y a unos trescientos metros de una pequeña población pesquera. Se encontraba además a cinco kilómetros de distancia del fuerte. A pesar de encontrarse en pleno diciembre, al estar cerca de la costa el clima mediterráneo hacía que el aire fuese más fresco y, abriendo las telas que oficiaban de puerta en las tiendas, se podía descansar cómodamente durante las noches. No obstante, en esos primeros dos días, agobiada por el intenso trabajo en el hospital y la cantidad de heridos, Mercedes no durmió en un catre, sino que se limitó a dormir, sentada en sillas del hospital y atenta al llamado de sus pacientes. Por suerte, el corte de su brazo había sido superficial y ni siquiera necesitó puntadas, motivo por el cual estaba cicatrizando muy rápido.

En los días siguientes a la cruenta batalla, muchos de los revolucionarios heridos terminarían falleciendo en manos de la fiebre, la infección, la hemorragia y la gangrena, volviendo a repetirse, para la chica, la labor sin descanso para tratar de atender a los convalecientes y aliviar su dolor y las terribles imágenes de la parca, que se los arrancaba sin culpa ni piedad de los delgados brazos con los que la joven, inútilmente, intentaba retenerlos hora tras hora.

El día posterior al combate, Juan ayudó a transportar a los sobrevivientes, reorganizar los armamentos y el alimento de la tropa, traer agua del río y designar diferentes tareas a los soldados de su escuadrón, sin tomarse tiempo más que para almorzar. A pesar de que se había mantenido siempre a menos de cien metros del hospital, sabiendo que Mechi se encontraba trabajando allí junto a Paroissien y atento a que ella saliese para poder abordarla, la joven solo abandonó el lugar a las dos de la madrugada, cuando todos los heridos ya estaban atendidos y dormitaban, muchos de ellos ayudados por altas dosis de láudano para paliar los intensos dolores. En algún momento de la clara noche de verano el capitán se había sentado en el pasto, a unos cuarenta metros de allí, con un cansancio de siglos y con su espalda agarrotada por el esfuerzo de la pelea y apoyada contra el grueso tronco de un ciprés, pero con todos los sentidos en alerta, cuando la vio aparecer llevando una lámpara de aceite en su mano. Estaba hecha una calamidad, con el rostro más sucio que nunca, el cabello, ahora mucho más largo, pegoteado y alborotado, el uniforme de granadero manchado en todas partes por el barro y la sangre, el gesto triste y unas oscuras ojeras que denotaban su agotamiento. Por la forma cuadrada del torso de la chica y su abdomen redondeado, él pudo adivinar, debajo de la ropa de ella, a su querida y ridícula almohada sostenida con vendas apretadas contra su cuerpo para disimular sus curvas. Sin embargo, él ya no se engañaba, sabía toda la hermosura

que ella escondía detrás de ese torpe y eficaz disfraz, sabía de su bondad, generosidad y entrega para con los demás, y sabía que nunca la había amado tanto como la amaba ahora, luego de esos largos meses de separación en los que la había extrañado con desesperación y le había hecho tanta falta que había habido días en los cuáles, creyéndola perdida para siempre, había llegado a sentir que vivir o morir le daba exactamente igual. En el amargo silencio, más insondable aún por la derrota, y roto solo por el sonido de los grillos, la fue siguiendo despacio, al tiempo que se mantenía a unos treinta metros de distancia para que ella no notase su presencia. La vio entrar a una tienda de campaña y salir, diez minutos después, con un atado de ropa en los brazos y mirando hacia todas partes con gesto desconfiado, en tanto que se dirigía hacia el río. Escondido detrás de otro árbol, el oficial sonrió, tal y como él sospechaba, sabiendo lo pulcra que ella era debajo de todo su camuflaje de grasa y tierra, la muchacha había esperado el amparo de la noche para poder bañarse a solas y con tranquilidad. Al igual que aquella vez en la que él había descubierto su verdadera identidad, la siguió, atraído como por un imán. Se justificó tras la excusa de cuidarla de un posible ataque de realistas que merodeasen por el campamento, aunque sabía certeramente que, luego de lo terrible que había sido el combate, ningún bando iba a tener ganas de acercarse al otro, al menos por varios días. Lo que deseaba en realidad con toda el alma era volver a ver ese glorioso cuerpo desnudo. Así que al notar que ella, luego de encontrar un remanso escondido entre altos juncos, se detenía y colgaba un uniforme limpio y dos amplios paños sobre las ramas bajas de un añoso árbol que llegaban casi hasta la orilla, él se echó boca abajo sobre el pasto y se dedicó a contemplarla con avidez y un deseo cada vez más profundo. Volvió a vivir, casi con la misma intensidad, esos preciosos instantes de hacía casi un año atrás cuando la había visto despojarse con lentitud de sus ropas, sus apretadas vendas y su torpe almohada, para mostrarse ante sus ojos completamente desnuda y tan bella como una diosa pagana y, al igual que aquella vez, su impenitente erección, apretada contra la hierba húmeda de rocío, hizo que debiera arrodillarse para tratar de atenuar el dolor y la incomodidad. Solo que ahora había corrido mucha agua bajo el puente y habían sucedido demasiadas cosas entre los dos como para seguir allí, escondido y ocultando ese deseo ciego que solo ella podía provocarle. Así que, en un brote de rebeldía e ignorando por completo su conciencia, que le repetía que lo que estaba haciendo no estaba nada bien, reptó hasta esconderse detrás de un grueso tronco de sauce y se desnudó él también con rapidez, justificándose de nuevo con la excusa de que tenía la sangre de sus enemigos y compañeros

impregnada en la ropa y en el cuerpo y que necesitaba con urgencia un buen baño para arrancarse de la piel tanto olor a muerte. No en el fondo, sino en la superficie de su mente, él sabía que solo estaba engañándose a sí mismo, que en realidad eran sus formas femeninas, suaves y tibias las que le hacían hervir la sangre y lo atraían hacia ellas como el fuego a la polilla. Cuando salió de su escondite, totalmente excitado y con la mente embarullada, volvió a verla con su piel blanquísima a la luz de la luna llena y de espaldas a él, enjabonando su cabello dorado rojizo con energía. A pesar de que el capitán se fue acercando lo más lento posible al agua, para no asustarla, el chapoteo de sus pies al entrar en la corriente la alertó y se giró con rapidez hacia él, después se internó y se alejó hacia atrás en el río con un gesto de espanto.

—No se asuste, por favor, soy yo —le advirtió Juan, como si esa fuese una razón suficiente para tranquilizarla y creyendo que no lo había reconocido.

“¡Es que precisamente porque es usted es que estoy asustada, y más después de ver esa cosa suya otra vez tan alzada!”, pensó ella, tratando de controlar su pánico y el cosquilleo que había sentido en el bajo vientre cuando lo vio entrar al agua con ese cuerpo moreno, tan bello y perfecto al que no había podido dejar de contemplar. Él siguió sumergiéndose despacio, envalentonado por el deseo que había podido leer en esos preciosos ojos verdes de ella y, cuando ya se hallaba a dos metros de distancia, Mechi rompió esa mágica y lujuriosa conexión que se había creado entre los dos al alzar una mano frente a su pecho para detenerlo con un gesto de advertencia.

—¡Quédese quieto ahí! ¡No se atreva a acercarse más o voy a empezar a gritar como una loca!

—No sea exagerada, no tengo intenciones de violarla si eso es lo que le preocupa, y no creo que le convenga gritar porque tendría que dar muchas explicaciones y no serían a su favor —le retrucó el muchacho, frustrado al ver que el momento se le había escapado de las manos y la chica había vuelto a rechazarlo como tantas otras veces.

—¿Qué está haciendo aquí? —lo interrogó la joven, con gesto desconfiado y alerta, al tiempo que se hundía en el agua hasta el mentón.

—Lo mismo que usted, bañándome, ¿no lo ve? —trató de excusarse el oficial, antes de sumergirse más para tranquilizarla.

—¡Mentira! Si eso fuera cierto se hubiese traído jabón, cosa que no veo por ninguna parte. ¡Usted me siguió! —lo culpó Mechi frunciendo el ceño con enojo.

—No se dé tanta importancia, mocosa. Si me acerqué a usted es justamente

para pedirle que me preste el suyo, porque me olvidé el mío en la tienda — inventó Juan para salir del paso.

—¡Ah sí, cómo no! Elija uno de mis cinco dedos que me lo chupo —le contestó la muchacha, en tanto que alzaba una mano con enojo.

Esas palabras le trajeron al muchacho imágenes tan lujuriosas a la mente que sintió un fuerte tirón en su entrepierna y se puso como una piedra, ladeó la cabeza a un lado y la miró serio por unos instantes, pero, al ver el gesto furioso de ella, adivinó que lo había dicho con total inocencia. Luego él sonrió con lentitud y con gesto seductor estiró su mano, con la palma vuelta hacia arriba, y le rogó: —Présteme su jabón por favor, prometo devolvérselo rápido, de verdad que yo también estoy muy sucio.

—No pongo en duda eso, lo que me extraña es que no haya venido a bañarse más temprano con los otros soldados —comentó ella con gesto interrogante. Por toda respuesta él volvió a estirar su mano con gesto comprador. Ni muerto iba a contarle que no había podido venir porque había estado todo el día como un perrito faldero, vigilando la puerta del hospital para poder verla.

Con gesto desconfiado ella se estiró también y le entregó la pastilla de jabón. Él le retribuyó con una enorme sonrisa y, a continuación, comenzó a enjabonarse concienzudamente el cabello y las axilas, al tiempo que veía que ella volvía a nadar hacia atrás alejándose de él, con la vista fija en la espuma que chorreaba por sus pectorales y con un gesto que estaba a mitad de camino entre la fascinación y el miedo. Minutos después Juan se zambulló para enjuagarse y, al emerger, nadó hacia ella de nuevo y le alcanzó el jabón.

—Gracias, Mechi.

—De nada —le respondió la joven con gesto desconfiado.

El capitán la miró en silencio, asombrado como siempre de la belleza de su cara limpia, la había anhelado tanto, quería decirle tantas cosas, pero terminó abordándola con una pregunta que sonaba a reproche: —¿Por qué vino otra vez a este infierno?

Mercedes lo contempló callada, dudando sobre si debía contarle la verdad o no, pero luego de unos instantes su tendencia a la sinceridad pudo más y le respondió: —Porque un tonto teniente coronel chileno se encaprichó conmigo y, como lo rechacé, me secuestró para comprometer mi buen nombre y obligarme a aceptar su propuesta de matrimonio.

—¿Le hizo daño? —exclamó el oficial con gesto alarmado.

—No, qué va, corté con los dientes las telas con las que me había atado a la cama y me escapé por una ventana, el problema es que me siguió hasta lo de mi

tía y, bueno, no podía quedarme allí y tampoco volver a Mendoza, Paroissien dijo que me necesitaba y... en fin, aquí estoy otra vez...

—Parece que siempre la persiguen los oficiales... —comentó él con sorna.

—Y los tontos —le retrucó ella con un dejo de picardía.

—¡Gracias! —exclamó él con una leve inclinación de cabeza.

—Por nada, usted se ha ganado esos títulos con creces.

Juan la contempló en silencio, enamorado hasta los huesos de su voz, sus gestos, sus rápidas e inteligentes respuestas, podía pasarse horas enumerando todo lo que lo atraía de esa chica y no iba a poder terminar nunca, porque siempre aparecía algo nuevo que lo hacía amarla más y más y más cada vez. Estar allí con ella, bromeando como en los viejos tiempos, como si no fuese de madrugada y no estuviesen los dos sumergidos hasta el cuello y como Dios los trajo al mundo, le parecía una situación irreal, casi dantesca, pero que no cambiaría por nada ni quería que acabase jamás. Le picaban las manos y la boca de las ganas de abrazarla y besarla con pasión, y su sexo dolorido pulsaba del deseo de enterrarse muy profundo dentro de ella, pero no iba a hacer nada de eso, porque no podía traicionar de esa forma la confianza que ella estaba depositando en él esa noche, a pesar de todo lo que la había defraudado meses atrás al proponerle que se convirtiese en su amante. De repente el capitán sintió que el alma se le llenaba de un dolor agrídulce y necesitó decirle lo que le había quedado atascado en la garganta esa última noche de la tienda:

—Perdóneme, Mercedes, me porté como una bestia, no la culpo por huir de mí porque tuvo todas las razones, perdóneme. Yo solo quería decir en mi defensa que no compré esa chacra con la intención de llevarla allí como mi amante, de veras que solo quería un lugar donde usted pudiese estar libre, segura y tranquila, sin presiones de su madre ni de nadie, hasta iba a proponerle que me la fuese pagando de a poco con lo que cosechase en ella para no herir su orgullo... no soy tan ruin, Mechi... después me enteré lo de la enfermedad de mi mujer y comencé a sentir que tal vez sí podía haber un futuro juntos para nosotros dos... No sé qué me pasó, creo que tuve terror de que usted no me esperase, de que se casase con otro... también me volví loco de deseo, me atonté... yo sé que no es su culpa, pero usted no se imagina lo hermosa y deseable que es, aun con ese disfraz de espantajo, a veces quisiera que pudiese entrar en mi mente y verse a través de mis ojos para que entendiese la magnitud de mi amor, la amo tanto, tanto que a veces me duele...

—No me diga esas cosas... no está bien... —lo amonestó ella casi en un susurro y evitando mirarlo.

—¿Por qué no si es lo que siento, lo que me pasa? Yo sé que no tengo derecho a pedirle nada, ni a esperar paciencia y fidelidad de usted, porque usted es libre y yo no y...

—¡Basta, cállese por favor! —lo interrumpió la chica, al tiempo que se llevaba las manos a los costados de su cabeza y cerraba los ojos como si estuviese a punto de estallar, luego los abrió para contemplarlo fijamente, antes de confesarle con voz estrangulada y cortada de a ratos por un sollozo bajito—: Yo tampoco soy libre, Juan, perdí mi libertad desde el mismísimo instante en que me encadenó a sus ojos azules en esa fiesta de Mendoza. ¿Qué sabe usted lo que yo siento? ¡Yo siempre lo amé! ¿No lo entiende? No sé por qué fue usted, pero fue verlo y morirme de amor y cuando supe que era casado ya era tarde... ¿Y sabe qué? Usted también me duele en todo el cuerpo... y yo ni siquiera sé qué es lo que deseo, pero el dolor está ahí, latente, retorciéndome el vientre de frustración cada vez que lo veo... así que deje de preocuparse porque vaya a fijarme en otros hombres, para eso primero tendría que verlos... y no los veo... yo solo lo veo a usted... —terminó llorando a mares, en tanto que lo miraba con impotencia.

Él se acercó despacio, con una emoción dulce y triste que le cerraba el pecho y la abrazó con fuerza, pegándola a él y acariciando su corto cabello en un vano intento por consolarla. La mantuvo así durante varios minutos, hasta que sintió que ella comenzaba a calmarse, después el contacto contra su piel suave y tibia y sus senos húmedos y blandos apoyados en su pecho hicieron que su sexo volviese a reaccionar con intemperancia y se endureciese y apretase contra la entrepierna de la muchacha. Inquieto y avergonzado le dijo con tono bajo: —¿Qué vamos a hacer, mi amor?

—Pues no sé lo que vamos a hacer, lo que sí tengo bien claro es lo que no vamos a hacer, así que ya puede alejar esa cosa suya de mi cuerpo —le respondió ella con tono amonestador, avergonzado y juguetón, antes de recomponerse e interponer sus manos entre los dos para apartarlo con firmeza.

Como siempre, ella usaba su humor ácido para echar un balde de agua fría sobre sus ardores y los de ella misma, pensó él, en tanto que se separaba con una media sonrisa que intentaba esconder un gesto apenado, pero con la certeza de que se merecía el reto. Luego alzó la vista y le reveló con voz atormentada: —¿Tiene una idea de cuánto la extrañé?

—No, pero sí sé cuánto lo extrañé yo a usted —le contestó la muchacha, antes de desviar la mirada con pudor.

Aún en la penumbra silenciosa del río, solo interrumpida por el croar de alguna

rana, Juan se dio cuenta de que a Mechi se le había puesto la piel de gallina y estaba temblando, así que, con un suspiro resignado, le propuso:

—Como veo que tiene frío y supongo que no va a aceptar salir del agua hasta que yo no me vaya, voy a hacerlo yo primero, pero pienso quedarme apostado a unos metros de la orilla para cuidarla, porque no estoy muy seguro de que no anden merodeando realistas.

—Acepto su propuesta siempre y cuando se ponga de espaldas al río y no voltee por ningún motivo hasta que yo también esté vestida, a cambio yo le aseguro que tampoco voy a mirarlo —le contestó ella con un mohín caprichoso. Él asintió con una sonrisa pesarosa y comenzó a nadar hacia la costa con un ritmo regular y parejo. Al principio ella se mantuvo quieta, de espaldas a él, pero luego su curiosidad pudo más y se giró hacia la orilla en el instante exacto en el que su capitán emergía del agua, con su cuerpo moreno, flexible y delgado, pero de músculos marcados por el esfuerzo de la lucha y se quedó estática. Paseó lentamente su mirada por su cabello oscuro que chorreaba agua, sus hombros anchos, sus caderas estrechas, su trasero firme y perfecto, sus muslos gruesos y se negó a apartar la vista, atraída como una abeja por el polen, al tiempo que sentía vergonzosas punzadas que se desplazaban desde su vientre hasta su pubis y le calentaban la sangre. Lo vio llegar hasta los paños que ella había llevado, tomar uno y comenzar a secarse concienzudamente con desparpajo.

—¡Ey, eso es mío! ¿Por qué no se trajo uno propio? ¿No era que había venido a bañarse? —protestó ella desde el centro del río.

—¿No era que no iba a mirar? —le recordó él, girando hacia ella con una ceja alzada y una sonrisa ladeada, totalmente excitado y sin el más mínimo asomo de pudor, después comenzó a reír a carcajadas al ver que las mejillas de la joven tomaban el color de la grana antes de volver a ponerse de espaldas con rapidez. Aunque no la viese, era tan fuerte la conexión que él tenía con esa dulce pelirroja que había sentido el momento exacto en el que ella había empezado a contemplarlo, y eso había hecho que su sexo volviese a reaccionar y se alzara hacia esos curiosos y rasgados ojos verdes. Cinco minutos después, nuevamente vestido con su ropa sucia, él le gritó al tiempo que se dirigía hacia el monte: —Voy a alejarme para que pueda cambiarse.

Cuando lo perdió de vista por completo, ella salió del agua. Escondido detrás de un grueso sauce, el oficial pudo contemplar de nuevo y con la misma sensación de irrealidad el maravilloso ritual que transformaba a la preciosa y femenina muchacha en un sucio y torpe espantajo: la vio ponerse la camisa y los calzones, apoyar esa odiosa almohada rectangular sobre su abdomen y por

debajo de sus senos y vendarse apretadamente desde abajo de las axilas hasta el pubis, para convertir sus formas sinuosas y esculturales en un globo amorfo con piernas y brazos delgados. La vio colocarse primero el uniforme y las botas militares y desparramar luego ese potaje que él suponía una mezcla de tierra y gasa rancia por sus cabellos, sus manos y su rostro, para oscurecerlos en el proceso. Al final, la observó hacer un bollo con los paños y la ropa sucia y comenzar a caminar hacia el campamento con ojos vigilantes. Cuando ella pasó a su lado el oficial salió de su escondite y emparejó su paso al de ella, meneando la cabeza con pesar al tiempo que comentaba: —Debí haberla bañado a la fuerza ese día en El Plumerillo, antes de partir hacia el cruce de los Andes.

—Pues yo me alegro de que no lo haya hecho, porque ahora mi hermano está más que tranquilo y feliz con su esposa y su hijito; ¿le dije que se llama Facundo? Y Luis asegura que es idéntico a nosotros dos —le contó ella con una sonrisa soñadora.

—¿No me diga que estuvo con su mellizo?

—Pues sí, vino a buscarme a Chile hace un tiempo, acompañado de mi madre e Hipólito.

—¿Y cómo es que logró que no la arrastrasen de nuevo hacia Mendoza? —volvió a interrogarla él con curiosidad y alarma.

—Por dos razones, la primera es que mi irascible madrina los sacó con cajas destempladas y les dijo que, como ella me había nombrado su heredera universal, yo ya no necesitaba un hombre que me mantuviese, además, Hipólito confesó que lo del acuerdo matrimonial con mi papá había sido solo un invento de mi madre para convencerme y, por una vez en su vida, doña Leonor Sánchez de Gutierrez Prado tuvo que agachar las orejitas e irse con el rabo entre las patas.

—¡No puedo creer que su madre le haya hecho algo así! —exclamó él con gesto incrédulo e indignado.

—Para que vea por qué preferí meterme en esta maldita guerra antes de seguir conviviendo con esa déspota —comentó Mechi con tono triste.

—No me mienta ni se mienta a usted misma, usted tomó esa decisión por amor, no por odio, porque usted no sabe odiar y es la mujer más generosa y buena que he conocido. ¿O por qué se cree que la amo tanto? —le dijo el oficial, antes de detenerse y tomarla de los hombros para contemplarla con intensidad, al ver que estaban llegando al linde del bosque y tendrían que separarse antes de internarse en el silencioso campamento.

—No me diga esas cosas, por favor... —le rogó ella en tanto que trataba de apartarse.

—No voy a decírselas si eso le incomoda, pero no puede pedirme que deje de sentir las, yo puedo mandar sobre mi mente, pero no en mi corazón, porque él ya no me pertenece a mí, para bien o para mal, fue suyo desde el mismo segundo en que la conocí.

—Ay, Juan... —se lamentó la joven, alzando con lentitud su mano para acariciar las pupilas cerradas de él con tristeza, luego desplazó sus dedos finos por sus mejillas, ásperas por la incipiente barba, para llegar hasta sus labios gruesos, recorrerlos y maravillarse con su suavidad. En un momento él estaba estático y disfrutando de la tierna caricia y al siguiente había alzado su mano con rapidez para retener la de ella y, después de abrir su boca, comenzaba a succionar sus dedos índices y medio con devoción y con sus ojos profundamente azules enlazados en los de ella. Mercedes sintió una intensa punzada de placer recorriéndola desde las yemas hasta su pubis y gimió con ahogo. Al oírla, su capitán volvió a enlazar su cintura con una mano al tiempo que con la otra la tomaba de la nuca para acercarla a él y besarla con pasión. Ella le respondió al inicio con el mismo incontenible deseo y enlazó con ansias su lengua a la de él al tiempo que acariciaba sus cabellos oscuros, pero minutos después, al sentir las manos del muchacho bajando hacia sus glúteos y apretándola contra su erección, reaccionó y lo empujó, apartándose con enojo antes de reprocharle: — ¡Suélteme! ¡Usted borra con el codo lo que escribe con la mano! ¡Acaba de pedirme perdón y decirme que va a respetarme, hágalo entonces!

—¡Usted es la que empieza y luego no se aguanta! —le reclamó él, en tanto que resollaba y alzaba un dedo con furia.

Ella lo miró anonadada por unos momentos antes de preguntarle: —¿Yo? Pero si lo único que hice fue...

—¡Ser usted, lo único que hizo es ser usted! —exclamó el oficial con impotencia y alzando los brazos al cielo, luego giró sobre sí mismo, se alejó con grandes trancos en dirección a su tienda y la dejó estática, agitada y desconcertada.

## Capítulo 4

### EL FINAL DE UNA MÁSCARA

Al día siguiente, en horas de la tarde, mientras Mercedes ponía paños fríos en la frente de un herido agonizante, cuyo cuerpo mutilado había comenzado lentamente a destilar el olor nauseabundo de la carne infectada, uno de los asistentes vino a buscarla, y le informó que Las Heras solicitaba su presencia en el cuartel de campaña. Deteniendo su labor y prendiéndose el uniforme con un gesto de inquietud, la muchacha se dirigió hacia allí. Jamás había hablado con ese general y este llamado intempestivo le daba mala espina. Su desasosiego se convirtió en franca alarma cuando, al entrar a la tienda del jefe, lo halló sentado detrás de su escritorio, con el doctor Paroissien de pie y a su lado. Frente a ellos, parado rígidamente y con gesto serio, se encontraba el capitán Williams, escoltado a derecha e izquierda por los dos asistentes que los habían visto besarse en el campo de batalla. Lo que la chica tanto había temido durante esos dos días se estaba haciendo realidad y sospechaba que las consecuencias para Juan iban a ser peores que para ella. Las Heras era un hombre muy poco atractivo, de mediana edad, tenía cabellos oscuros, grandes patillas, cejas gruesas, frente alta, nariz aguileña y prominente y labios finos, sin embargo, escondía en el fondo de sus ojos negros una expresión de firmeza y seguridad que le gustó. Lo que no le cayó nada bien fue el gesto adusto con el que contempló, primero a su oficial y luego a ella, antes de carraspear con incomodidad y comenzar a hablar:

—Capitán Williams, los he hecho llamar porque necesito aclarar un hecho bastante engorroso. Los asistentes Prudencio Nevares y Pablo Dominguez, aquí presentes, sostienen que el día 6 de diciembre en horas de la madrugada, estando en pleno campo de batalla, usted tuvo conductas inapropiadas para con el soldado Gutierrez Prado. ¿Qué tiene para decir a eso?

Con su corazón batiendo a un ritmo acelerado, Juan pensó que la única posibilidad que le quedaba, si es que quería que Mercedes pudiese seguir manteniendo su identidad en el anonimato, era negar todo, ya que, como jamás se había dado otro caso así en el ejército, no sabía qué tan severo podría ser el castigo por suplantar a su hermano y no quería arriesgarse, así que, inspirando con fuerza, le contestó:

—No sé a qué actitudes inapropiadas se refiere usted, solo recuerdo que, al ver a mi subordinado luego de más de cuatro meses, lo saludé con un fuerte abrazo.

—Eso está bien, el doctor aquí presente ya me ha explicado que el chico y usted se profesan un mutuo afecto, pero el problema es que estos soldados sostienen que usted además lo besó, y en la boca para ser más precisos. —Las Heras terminó su acusación volviendo a carraspear, ya que esta era la situación más incómoda y vergonzosa que le había tocado investigar en toda su carrera militar, sobre todo por el gran aprecio y hasta admiración que sentía por el inglés, que había peleado a su lado como un valiente y hasta el último momento y no le entraba en la cabeza que un hombre con sus cojones fuese un invertido. “¡Las cosas que hay que aguantar, carajo!”, pensó con impotencia, él había venido aquí para combatir, no para tener que resolver chismes de ese tenor, lo cual no le hacía ni medio de gracia.

Jugándose el todo por el todo, mientras observaba de refilón que la muchacha tenía los labios blancos del susto, el capitán carraspeó también antes de contestarle:

—Eso no sucedió, tal vez, en la oscuridad de la noche y con el caos del combate, estos ayudantes creyeron ver algo que nunca pasó.

Por un segundo el general y el doctor suspiraron con alivio, ya que esa era la respuesta que ambos esperaban escuchar, pero les duró poco, porque, después de adelantarse dos pasos con enojo, Prudencio Nevares, que siempre había estado envidioso del cariño y el respeto que el médico y los pacientes le tenían a ese sucio y maleducado crío, gritó a voz de cuello y señalando al oficial:

—¡Eso es mentira! ¡Pablo y yo estábamos a muy pocos metros y en ese momento un cañonazo iluminó la noche como si fuese de día, vimos claramente cómo se besaban durante más de medio minuto!

“¡Este hijo de puta hasta nos calculó el tiempo!”, pensó Mechi con rabia, recordando todas las veces que había cubierto a ese desagradecido, cuidando por él a los heridos en los turnos nocturnos del hospital, solo para que el muy inútil se fuese a dormir a pierna suelta.

—Es verdad, además con nosotros estaba también un herido que Luis había

sacado del foso y que vio lo mismo, pregúntele si no nos cree —lo apoyó el otro asistente con gesto serio.

Luego de mirar a los acusados con los labios afinados de rabia, Prudencio agregó: —Como granaderos y hombres de honor que somos, no podemos tolerar el hecho de tener que convivir con dos manflorones, con todo respeto, mi general, tiene que tomar medidas severas con esto, si no hacemos nada, hoy son estos dos y mañana puede ser cualquier otro, y no podemos tolerar que el glorioso Ejército de los Andes se llene de degenerados.

—Doctor, vaya de inmediato a interrogar a ese herido —ordenó Las Heras, incómodo y exasperado al ver el turbio cariz que iban tomando los hechos.

—No hace falta, señor, ya lo hice antes de venir, porque ese soldado no puede moverse y, lamentablemente, sostiene la misma versión que estos asistentes —le respondió Paroissien con gesto resignado, impotente y apenado, ya que por desgracia él ya hacía meses que venía sospechando de la rara relación de esos dos.

“¿Por qué no lo habré dejado ahogarse en el pozo? ¿Y por qué este papanatas tenía que actuar tan impulsivamente?”, se dijo Mechi, pensando primero en el convaleciente y luego en el alocado hombre que amaba, aterrada por lo que veía en el gesto adusto y furioso del jefe y observando a Juan de soslayo.

—¿Qué tienen que alegar a esto? —interrogó Las Heras a los acusados, observándolos con fijeza en tanto que se inclinaba hacia adelante.

—Nada, ya dije todo lo que tenía para decir —le respondió el oficial Williams, al tiempo que le sostenía la mirada con serio dolor, pero sin vergüenza.

—Entonces, de momento, no me queda otro camino que degradarlo y quitarle su rango y sus galones, capitán, luego San Martín decidirá qué otra pena les corresponde a ambos, ya que, hasta el momento, jamás habíamos vivido algo así. Y de veras lo siento, porque reconozco que usted es un valiente, pero los soldados tienen razón, en nuestro ejército no podemos tolerar la sodomía —dictaminó el general, en tanto que se incorporaba con lentitud.

Mercedes había estado escuchando su decisión como en una nebulosa, con las piernas flojas y a punto de desvanecerse de puro susto, pero, al tomar conciencia del terrible peso que este castigo iba a tener para el presente y el futuro del oficial, sin contar con las burlas de todo el regimiento, reaccionó, al tiempo que pensaba que era infinitamente preferible que lo acusasen de infidelidad, al fin que la mitad de los hombres de ese ejército lo eran, antes que de ser un manflorón. Así que se adelantó dos pasos y dijo con firmeza:

—Ese castigo es injusto, puede acusar a mi capitán de serle infiel a su esposa,

si así lo quiere, pero él no es ningún invertido y yo tampoco.

—¡Basta, Luis, deténgase por favor! —la amonestó Juan, con temor a que la chica revelase su identidad ante todos.

—¡No! Como usted mismo me dijo una vez, es mi vida y yo soy la dueña de mis decisiones —le retrucó la joven, al tiempo que se desprendía y se quitaba la chaqueta militar, sacaba los faldones de la camisa de adentro de su pantalón, retiraba los alfileres que sostenían sus vendas y las desenrollaba, para extraer finalmente la almohada por debajo de su camisa ante los ojos angustiados de Juan y atónitos de todos los presentes, que se quedaron con la boca abierta y sin poder articular una palabra. Después, ella apoyó las manos sobre su estómago, por encima de la ropa, para que todos pudiesen vislumbrar las curvas de sus pechos y agregó con tono terminante:

—No pienso desnudarme delante de ustedes, general, pero me llamo Mercedes Gutierrez Prado y le aseguro que soy una mujer.

—¡Dios santo bendito! —exclamó Paroissien, al tiempo que se llevaba las manos a la cabeza y se amonestaba por haber sido tan estúpido de no haberse dado cuenta antes, cuando todas las pruebas estaban allí: lo dulce y cariñosa que era con los pacientes, lo pulcro y ordenado que mantenía el hospital, la forma casi maternal con que atendía a sus compañeros. ¡Todo! ¡Y ellos creyéndola un invertido! Le daban ganas de cachetearse solo por haber sido tan idiota. Hasta pudo comprender la forma casi instintiva con la que él siempre la había protegido al igual que ese pícaro de Williams, que había resultado ser un pillo de siete suelas.

Luego de cerrar la boca con incomodidad, Las Heras rompió el silencio, e interpeló con seriedad a Juan: —¿Cuánto hace que conoce este secreto, oficial?

—Casi diez meses, señor —le informó el aludido, e inspiró nervioso antes de continuar—: Pero le pido encarecidamente que no la castigue, porque la joven tuvo razones muy poderosas para suplantar a su hermano —concluyó con tono de ruego.

—¡Ah bueno! Así que también tenemos un hermanito —comentó el general con sorna, antes de sentarse en la silla con las piernas flojas, tanto del asombro como del alivio de no tener que castigar con tanta dureza a uno de sus mejores combatientes.

—Sí, señor, es mi mellizo, pero ni se le ocurra acusarlo de desertor porque él nunca supo que San Martín lo había citado —aclaró Mechi, con tono autoritario y la firme intención de proteger a Luis.

—Creo, Mercedes, que haría muy bien en llamarse a silencio, porque usted no

está en condiciones de imponerle nada a nadie —la amenazó Paroissien, en quien habían resurgido las viejas ganas de acogerla, como cuando la creía un sucio pillete.

—¡Perdón, pero es la verdad, mi hermano es inocente y el capitán también! —le retrucó la muchacha antes de bajar la cabeza, incómoda porque sabía que se merecía la reprimenda.

—Entonces, sí es verdad que la besó a la vista de todo el mundo —afirmó Las Heras, antes de preguntarle a quemarropa a su oficial—: ¿Ustedes son amantes?

—No, señor, de ninguna manera, cómo se le ocurre, Mercedes es una dama —aclaró Juan, molesto y con alarma.

—Pues me parece una conclusión bastante obvia, siendo que ya son tres los hombres que afirman haberlos visto besarse —argumentó el general alzando una ceja con ironía.

—Está bien, la besé porque la amo, pero ella no es mi amante, se lo aseguro —confesó el capitán con gesto serio, en tanto que la chica lo miraba con pena y agradecimiento, al ver que él era capaz de reconocer eso delante de todos y siendo casado.

—Mira, Gregorio, te sugiero que hagas retirar a los testigos y nos quedemos solos con estos dos, a ver si nos explican, de una vez por todas, todo este berenjenal —sugirió el médico, antes de sentarse él también con cansancio y hacerles una seña a los enamorados para que lo imitasen, mientras pensaba que, por más años que tuviese, jamás iba a dejar de sorprenderlo la complejidad de las actitudes humanas.

Las Heras hizo lo que el galeno le había pedido y, en tanto que contemplaba con fijeza a los acusados, se echó hacia atrás en su asiento y se dispuso a escuchar toda la historia.

Una hora después, luego de haberlos oído con atención, el general se incorporó con lentitud, al tiempo que los observaba con seriedad. Cuando vio que los dos cuadraban los hombros en silencio, con gesto contrito y expresión expectante, comenzó a hablar:

—Mire, Mercedes, lo que usted ha hecho, suplantando la identidad de su hermano disfrazada de pillete, burlándose de todo el regimiento y tomándonos a todos por tontos, no tiene perdón. Sin embargo, teniendo en cuenta que es un delito que no registra precedentes en este ejército, por lo cual tampoco existen condenas para él en el tribunal de justicia militar, he decidido encerrarla en un calabozo y enviarle una carta para contarle su caso al general San Martín, para que sea él quien decida cuál es el castigo final que le corresponde.

—¡No puede hacer eso, señor, es una mujer! —protestó Juan con gesto angustiado.

—Pues lo hubiese pensado antes de hacer esta locura. ¡Ahora que afronte las consecuencias de sus acciones! Y en cuanto a usted —continuó Las Heras, en tanto que miraba ahora fijamente al capitán—, pienso que su delito de encubrimiento no amerita que le sea quitado su rango, así que no vamos a sustraerle sus galones por ahora, y menos sabiendo que es uno de nuestros mejores cazadores, pero la decisión final de la pena que le corresponde también la dejo en manos de nuestro jefe máximo... eso sí, tiene prohibido acercarse a menos de veinte metros de la celda donde se encuentre esta joven porque, por si no lo recuerda, usted está casado y no puede cumplirle, así que toca dejarla en paz y respetar su honra y su buen nombre, o lo poco que queda de ellos luego de la burrada que ella ha hecho —terminó el jefe con gesto decidido—. ¿Comprendido?

—Como usted ordene, mi general —le respondió el oficial, en tanto que asentía con gesto serio, pero con una chispa de rebeldía en el fondo de sus pupilas y con la firme decisión de que, si de él dependía, Mercedes no iba a pasar ni un solo día en ese lugar oscuro, húmedo e insalubre.

El calabozo que le habían asignado a la muchacha era una simple pieza construida con paredes de adobe, techo de paja y piso de tierra, no poseía ventanas y su única abertura era la de acceso, fabricada con una gruesa madera de roble y asegurada con tranca y candado. No tenía excusado y el olor a humedad, orín y encierro era nauseabundo. Como únicos mobiliarios había un sucio jergón de lana, una silla de madera y mimbre, chueca y desvencijada, un jarro con agua turbia y, en un rincón, un orinal todavía lleno del ocupante anterior, el cual despedía un hedor espantoso que le quemó las fosas nasales cuando fue a tomarlo con la intención de vaciarlo afuera, antes de que la encerraran. Luego de conducirla hasta allí a punta de mosquete, Iván Cámara, el soldado que la llevaba, la empujó dentro, vació la inmunda pelela en el patio exterior y cerró y aseguró la puerta, para ubicarse después frente a ella con órdenes de no moverse de allí hasta tanto no llegase su relevo. Sin otra cosa que hacer, la chica se sentó sobre el jergón, arrolló las piernas contra su pecho, enlazó sus rodillas con los brazos y se puso a llorar desconsolada. Era de Dios que algún día su buena suerte se iba a ir por el desaguadero. ¿Y cuándo había tenido buena suerte después de todo? La respuesta vino a su mente inmediatamente: antes de que esa infausta guerra le arrancase a su padre y su hermano Manuel del modo más cruel. A partir de allí todo se había ido a la

reverendísima mierda, y eso hablando con delicadeza. Mientras combinaba hipos, llantos y disquisiciones, sintió un movimiento a su lado y en seguida un audible chillido que, con pavor, identificó como el de una rata. Al instante saltó como movida por un resorte y se puso a aporrear la abertura al tiempo que gritaba:

—¡Auxilio, hay una rata! ¡Saquen a este maldito animal de aquí! —Al ver que nadie acudía en su ayuda, tanteó en la oscuridad hasta encontrar la silla estropajosa que había visto al entrar y, al hallarla, se subió a ella de un salto, al momento siguiente las patas cedieron y su débil refugio se vino abajo con ella encima, lo que hizo que la joven se golpearse la cabeza contra la pared en el proceso y entrara en una liberadora inconsciencia.

Media hora después, el sonido de la puerta al abrirse y la luz de la tarde que la encandiló la hicieron incorporarse lentamente. Cuando pudo enfocar la mirada, se encontró con los ojos del joven soldado que la había empujado sin miramientos un rato antes y que ahora la contemplaba con asombro y arrepentimiento. Él entró con una pollera negra y una camisa beige colgando de su mano y se las alcanzó contrito, al tiempo que le decía: —Tome, dejó dicho el general que se ponga esto y que me entregue a mí su uniforme, dijo también que puede quedarse con las botas, porque son muy pequeñas para que le sirvan a nadie más —terminó con gesto incómodo y curioso.

—¿Imagino que no pensará que voy a desnudarme delante suyo, no? —lo retó ella, en tanto que se llevaba las manos a la cintura con el ceño fruncido.

—Por supuesto que no, faltaba más, discúlpeme, señorita, voy a salir y, cuando usted esté lista para dejarme entrar, golpee la puerta —le informó Iván antes de retirarse como alma que lleva el diablo. Minutos más tarde, al escuchar unos suaves golpes sobre la madera, quitó el candado y, al abrir, las formas preciosas de la mujer, que se encontraba parada en el centro del calabozo con el uniforme de granadero colgando de su brazo, lo dejaron sin palabras. “¿Qué rayos pasó con ese abdomen gordo? ¿Y cómo hizo para esconderles esa cintura diminuta y ese par de naranjas rozagantes?”, se preguntó el soldadito sorprendido. La respuesta la halló ubicada en la cabecera del inmundo camastro.

Mechi siguió la dirección de su mirada y le advirtió con firmeza: —¡Ni sueñe que voy a entregarle también mi almohada! Como verá la necesito, no es que me encuentre en un hotel de lujo precisamente.

—No, no, por supuesto, señorita, además, Las Heras no dijo nada de su almohada.

—¿Y dónde se encuentra él? —lo interrogó la chica con tono curioso, al

tiempo que le alcanzaba la ropa.

—Se fue hace un rato a Asunción para reunirse con O´Higgins —contestó el enorme sargento Cuevas, entrando a la celda con gesto adusto, a grandes trancos y sin pedir permiso. Al ver a su eterno protector, la joven se arrojó a sus brazos y lloró con desconsuelo.

—¡Oiga, sargento, usted no puede estar aquí, esta mujer debe estar incomunicada! —le reclamó el chico.

—¿Y quién se va a hacer cargo de echarme, usted? —le preguntó el hombretón con gesto de burla, sabiendo que era el doble de alto y de ancho que el muchachito y, además, tenía más galones.

—Bu, bueno, yo no, pero el general...

—Al general no se lo vamos a contar, haga una cosa, vaya y consígase una palangana con agua, un paño y un jabón, así le lavamos la cara a esta descatada, y de paso tráigale también una manta, unas galletas y un trozo de queso, que se debe estar cayendo de hambre —ordenó el oficial con un tono firme que no admitía réplicas, en tanto que mantenía a la chica abrazada contra su pecho.

—Está bien, pero voy a tener que dejarlos encerrados hasta que regrese —les aclaró Iván antes de retirarse, rogando a la virgen para que Las Heras nunca se enterase de su desobediencia.

—¡Ay, Lucio, qué alegría verlo! ¿Qué hace aquí? —lo interrogó Mechi, antes de apartarse de él y limpiarse las lágrimas para tratar de verlo en la semioscuridad en la que habían quedado, ya que solo un tenue rayo de luz se filtraba por la ranura de la puerta y apenas alcanzaba para divisar su sombra.

—El capitán me envió, él no puede venir por ahora porque lo están vigilando —le informó él con seriedad, antes de cambiar a un tono socarrón para continuar —: Usted sí que nos la hizo buena, gorgojito, o mejor dicho “gorgojita”, nos ha hecho quedar a todos como tremendos marmotas... usted no tiene idea la de mamporros que he tenido que repartir en estos meses para que no me la trataran de maricón y ni hablar de la vergüenza que me da al acordarme de las veces que anduve en cueros delante de usted y de todas las pedorradas que nos hemos echado con el cabo estando usted en la tienda. No hay derecho, gorgojito... ¿Por qué no confió en nosotros? De veras que la hubiésemos ayudado...

—Perdónenme, yo sé que estuve muy mal, pero de verdad que no podía...

—Sí, Juan ya me contó de sus razones, pero... —la interrumpió él con gesto ofendido.

—Y no se preocupe por sus competencias con el cabo. ¿Le cuento un secreto? Cuando éramos chicos, Luis y yo también teníamos nuestras batallas de pedos

—le confesó Mechi con una sonrisa avergonzada y gesto pícaro.

—¿Y quién ganaba? —inquirió Cuevas con asombro inocentón.

—Mi hermano, por supuesto, era tan oloroso y encarnizado como usted, como será que una vez, cuando teníamos ocho años, hasta se hizo encima en su empeño por derrotarme.

—Sí que es una mujercita peculiar usted, eh... Ay, muchacha, en la que estamos metidos y mire nomás de las zonceras que estamos hablando... ¿Qué podemos hacer para sacarla de este lío? —se lamentó el hombre, al tiempo que se llevaba las manos a la cintura y meneaba la cabeza con pena.

—Nada, Lucio, solo nos queda esperar la decisión de San Martín, no voy a permitir que ustedes tengan más problemas de los que ya les traje, bueno, en realidad sí hay algo que puede hacer por mí.

—Diga nomás...

—Hable con las cuarteras que están ayudando en el hospital y consígame unas medias, enaguas, calzones limpios y un corsé... es que ahora que ya no uso las vendas no tengo otra forma de sostener... usted sabe... —terminó en tanto que se ponía del color de las frutillas maduras.

—¡Ay, gorgojito! Mire en los líos en los que me mete, a ver si ahora van a ir por ahí diciendo que el manflorón soy yo.

—Bueno, usted preguntó... —se atajó la chica.

—Está bien, está bien, nomás que se los consiga y se los alcanzo —claudicó él con tono rezongón y gesto resignado.

—¡Gracias, sargento, usted es como mi segundo papá! —le confesó Mercedes, al tiempo que le daba un sonoro beso en la mejilla.

—¡Ja! Menuda hijita que me eché encima —comentó Cuevas con sorna, mientras que le despeinaba el cabello con cariño.

En ese instante la puerta se abrió y entró Iván, con los brazos cargados con todo lo que se le había solicitado tan amablemente. Detrás de él venía otro soldado que traía un balde de lata rebosando de agua tibia y otra silla de madera, baja y chueca, pero más resistente que la anterior. Dejaron el paño y la comida sobre esta y se retiraron no sin antes llevarse los pedazos de la otra.

Como hacía un calor asfixiante en ese lugar, Mechi decidió esperar a que Lucio volviese con la ropa interior antes de bañarse y aprovechó para devorar dos de las galletas con carne asada fría y queso de cabra que le habían traído, acompañadas de un jarro de agua fresca del aljibe que le supo a gloria. Después, ya satisfecha, se dedicó a tantear a oscuras el lugar en una esquina, rozando el piso, donde había vislumbrado una pequeña cueva en el adobe que daba hacia el

exterior y, acto seguido, alzó su jergón de lana contra la pared y comenzó a zapatear y saltar por todo el calabozo, dando gritos como una enajenada para obligar a la rata a abandonarlo, en tanto que pensaba: “¡Esto es la guerra, es ella o yo!”.

Minutos después su estrategia surtió efecto porque, luego de escucharse un chillido animal, proveniente de que acababa de pisarla con sus saltos de loca, el haz de luz que venía del pequeño hueco en la pared desapareció, tapado por el escape de su paciente constructora, y la joven se apuró a taponear el hueco con un sucio trapo que había encontrado en el suelo, para evitar que la intrusa volviera a entrar por allí y, ya más tranquila, sacudió el colchón, volvió a colocarlo sobre la dura tierra y tendió la manta que le habían dejado sobre él.

Una hora más tarde, luego de complicadas diligencias, rojo de la vergüenza y mirando al soldado Iván con un gesto asesino que llamaba a silencio, el sargento volvió a aparecer con un manojo de ropa interior femenina estrujado en una de sus manazas y, con un movimiento de cabeza, le hizo señas de que quitase el candado. El muchacho, que montaba guardia frente a la celda, se apresuró a obedecerlo sin decir ni pio y, aguantándose las ganas de reírse a carcajadas, le abrió. El hombretón introdujo su brazo en el calabozo y, cuando sintió que las prendas eran tomadas desde adentro, lo retiró y se fue sin emitir una sílaba. Desde el interior, se escuchó un sonoro “gracias” y una carcajada cantarina que lo hizo abochornarse un poco más de lo que ya estaba.

Con toda el agua que le habían dejado en los dos recipientes y el grueso pedazo de jabón de lejía, Mercedes no solo pudo lavarse concienzudamente el cuerpo sino también el cabello, al que refregó con energía hasta sacarle brillo y, luego de cambiarse, ya más fresca y tranquila, se acostó en el jergón y se durmió profundamente.

Esa noche, en horas de la madrugada, la despertó el sonido de las voces de dos borrachos cantando alegres su curda y, cuando a pesar del tono pastoso y alargado pudo reconocer una de ellas, se enderezó en su camastro con alarma.

Esa tarde el capitán Williams se había mantenido en constante actividad. Dio diferentes directivas a los hombres de su escuadrón para que aceitasen y preparasen las armas, con el objeto de estar atentos a un eventual contraataque, ordenasen las tiendas, se aseasen e hiciesen curar sus heridas y les diesen agua y alimento a los caballos. Con esa excusa se acercó también a dos arrieros para ordenarles que cargasen dos mulas con pertrechos y provisiones adecuados para realizar el cruce de la montaña. Preparó sus ropas y armamentos y, con la inapreciable ayuda del cabo Farías, que entretuvo a Paroissien y sus asistentes

fingiendo un intenso y repentino dolor en el brazo, se dirigió directamente al armario donde se guardaban las hierbas y medicinas. Media hora más tarde, vigilando desde lejos el calabozo, porque había dos soldados que, de seguro respondiendo a las órdenes de Las Heras, no le perdían pisada, se sentó a la entrada de su tienda para esperar, en tanto que la oscura noche comenzaba a caer sobre el inmenso y castigado campamento patriota.

Luego de compartir una cena grupal al aire libre, alrededor del fogón, el oficial Williams esperó a que la mayoría de los militares, agotados por la reciente lucha, se fuesen a dormir y, tomando dos botellas que tenía preparadas de antemano, se dirigió hacia el frente del calabozo.

—Buenas noches, soldado, como supuse que debido a la tarea asignada usted no iba a poder dormir, le traje algo para que le ayude a sobrellevar la vigilia —le informó con una sonrisa amable, antes de mostrarle dos botellas de uno de los vinos mendocinos más apreciados por sus subordinados.

—Se agradece, capitán, pero, si está haciéndome ese regalo con la intención de que lo deje entrar a ver a la muchacha, desde ya la digo que Las Heras me previno sobre eso y tengo terminantemente prohibido dejarle que la vea —se atajó Iván con gesto de sospecha, en tanto que observaba el delicioso vino con ojos codiciosos.

—Por supuesto que no, soy un militar y, por lo tanto, acostumbro obedecer las órdenes de mis superiores, solo vine para hacerle compañía un rato y compartir unas copas con usted, nada más. Es más, para que no desconfíe de mí voy a tomar yo primero. ¿Qué le parece? —le propuso Juan, al tiempo que se empinaba la botella y fingía beber directo del pico—. Realmente delicioso, ¿gusta?

—Si algo me enseñó el bueno de mi padre es a no mezquinarse garganta jamás a un buen vino —le respondió el soldado, en tanto que aceptaba, empinaba también la otra botella y le daba dos succulentos tragos.

Dos horas más tarde estaban ambos sentados sobre el pasto, con la espalda apoyada sobre la pared del calabozo, una rodilla alzada, una botella semivacia cada uno en una mano y rostro satisfecho. Luego de contarse uno al otro sobre sus respectivas familias, su niñez, sus primeros amores y sus sueños y proyectos, el joven guardia se sintió somnoliento y empezó a parpadear al tiempo que alzaba su brazo para exclamar: —¡Brindo por las *mu mujeres* hermosas y el buen *vi vino!*... Claro que este tiene un *pe pequeño de defecto* y es que me está haciendo dar flor de sueño...

“Y cómo no, si le puse opio y adormidera en cantidades suficientes como para

tumbar un caballo”, pensó Juan con ironía, para volverse hacia el otro, instantes después, y decirle fingiendo el tono pastoso y alargado de los borrachos: —Le propongo algo mi *a amigo*, vamos a cantarnos un cielito a dúo, a ver si así de despabila un *po poco*.

—¡Pero cómo no, mi *ca capitán*! ¿Qué le *pa parece* Media caña para los *li libres*?

—*A arranque* nomás que yo lo sigo...

A continuación, ambos empezaron a entonar penosamente la melodía. A medida que intentaba vocalizar, el joven soldado comenzó a cabecear con lentitud hasta que, minutos después, terminó con el mentón caído sobre su pecho y roncando con sonoridad. El capitán esperó un poco más, hasta que sospechó que el otro había entrado en un sueño profundo. Entonces estiró su mano y le fue sacando despacio el manajo de llaves del grueso cinturón. En las horas anteriores había debido fingir que bebía, tirando de a ratos su vino a un costado cuando Iván se distraía, para que la botella siempre llena no lo delatase pero, ahora que ya había logrado su objetivo, se incorporó rápidamente, mientras vigilaba que nadie viniese, tomó la lámpara de aceite que tenía el otro, abrió la pesada puerta y entró al calabozo, que lo recibió con un calor asfixiante y denso y el aire enrarecido por el hedor a heces y orina.

—¿Mercedes, está ahí? —la llamó con tono bajo y preocupado, en tanto que dejaba la lámpara encendida en el piso.

—¡Aquí estoy, hombre loco! ¿Qué rayos ha hecho con ese pobre soldado? —lo amonestó ella, antes de acercarse a él y tomarlo de un brazo, con la intención de apartarlo y asomarse a ver en qué estado se hallaba su guardia.

—Venga aquí y cálmese, no está golpeado, solo le puse un poco de opio en el vino para ponerlo a dormir más rápido, nada más —la tranquilizó el oficial, al tiempo que la hacía girar hacia él y la apretaba contra su amplio torso, excitado al sentir que ya no existía esa ridícula almohada entre los dos.

—¿Y se puede saber para qué vino?

—A buscarla, por supuesto, nos vamos a Mendoza, tengo dos caballos y dos mulas cargados y esperando por nosotros y dos arrieros que van a guiarnos por los caminos más cortos y seguros —le informó el capitán en voz baja y vigilando hacia afuera.

—¡Ah no, usted enloqueció del todo! ¡Ni sueñe siquiera que voy a acompañarlo! ¿No se da cuenta de que si hace eso puede perderlo todo? ¡Nos van a atrapar y no solo le van a quitar su rango, sino que también lo van a fusilar por desertor! —le siseó ella al tiempo que interponía sus codos entre los dos para

apartarlo.

—¡Ni muerto voy a permitir que se quede encerrada en esta celda del infierno! Va a terminar enfermándose con este calor y este aire viciado —le retrucó él con gesto desesperado.

—¡No sea exagerado! Sabe perfectamente que soy muy fuerte y que he pasado por cosas mucho peores que esta. Es más, hasta podría tomármelo como unas vacaciones, todo el día echada en un jergón y sin nadie para atender — argumentó la muchacha en tanto que se cruzaba de brazos.

—No se haga la tonta, que no es solo eso lo que me angustia, ni usted ni yo sabemos qué es lo que va a decidir San Martín y no quiero pensar siquiera en...

—¡Basta! Usted me ha dicho muchas veces que su jefe es bondadoso y que jamás le ha dado una orden que sea injusta, ¿de veras cree que ese hombre sería capaz de mandar a fusilar o poner en el cepo a una mujer? ¡No sea sonso! Lo más grave que puede pasarme es que me encierre y luego me deporte a Mendoza, además, recuerde que él le prometió a mi madre regresarme a casa con vida.

—¡A Luis, no a usted! —le recordó Juan, molesto.

—¡Pues yo también soy su hija! ¡No, no y no! ¡No voy a aceptar que arruine su carrera y se convierta en un paria social por mi culpa y es definitivo! —le dijo la chica con firmeza.

—¡Usted se viene conmigo y se acabó! —exclamó él, furioso e inquieto, al tiempo que la agarraba de un brazo con energía.

—¿Y cómo piensa hacer para llevarme, eh? ¿Me va a desmayar de un golpe o piensa drogarme como hizo con ese pobre diablo? Porque desde ya le digo que ni bien intente sacarme de aquí voy a empezar a gritar a dos bocas que quiere secuestrarme y...

—¡No sería capaz! —le siseó el oficial, con un párpado temblando de pura furia y unas ganas enormes de acogotarla, al tiempo que la tomaba de ambos brazos para pegarla a él.

—¡Póngame a prueba! —le respondió la muchacha, en tanto que le sostenía la mirada con firmeza.

Aún en la semioscuridad, él pudo ver el brillo de sus verdes ojos de gata y supo, indefectiblemente, que no iba a lograr convencerla jamás. “¡Por qué mierda es tan terca, santo Dios, y por qué tiene que ser tan bella!”, pensó Juan, en tanto que aspiraba el suave aroma de su piel y su cabello limpios en un intento de neutralizar el de ese lugar. Después se rindió con un suspiro, cerró la puerta de una patada y, girándola para apretarla contra la pared con su cuerpo,

empezó a besarla con desesperación, con deseo, con la misma lujuria enfermiza que ella despertaba en él cada vez que se enfurecía y lo enfrentaba con esa pasión tan fogosa y tan suya.

En los primeros minutos de ese ataque frontal a sus sentidos, ella respondió a sus besos con la misma desesperación, enredando los dedos en el cabello oscuro de él para acercarlo más, con un fuego quemante que se arrastraba desde sus pezones, recorría su vientre y se concentraba en su entrepierna, la cual era ahora estimulada por el sexo endurecido de él que la frotaba por encima de su ropa en ese lugar prohibido una y otra vez, y le provocaba unas sensaciones tan placenteras que la hicieron gemir con abandono al intentar tomar aire, entre beso y beso. Lo sintió desprenderle la sencilla camisa casi a tirones y no reaccionó, lo sintió alzar su falda liviana, pasar los brazos por debajo de sus muslos suaves y alzarla más alto contra su cuerpo duro y firme y lo único que le dictó su instinto fue enlazar sus piernas por detrás de las caderas de él para ayudarlo a sostenerla. Lo sintió masajear sus pechos y succionar sus pezones con deleite, provocándole un placer único por lo exquisito, a la vez que su sexo caliente seguía frotándose contra el húmedo de ella, en la imitación de una danza de apareamiento gozosa e intensa. Solo cuando él interpuso su mano entre los dos, desprendió su pantalón de granadero y liberó su miembro hinchado, la joven se dio cuenta de que lo único que los separaba era la fina tela de algodón del calzón de ella, y le vinieron a la cabeza dos imágenes para atormentarla: la de su madrina alzando un dedo y recordándole su promesa y la de la esposa de él con un bebé en brazos. Como otras veces, sacando fuerzas de donde ya ni sabía que tenía, desenlazó sus piernas, las bajó por los costados del cuerpo de él y le apoyó sus pequeñas manos en el pecho para apartarlo con firmeza.

—No me hagas esto... no otra vez, Mercedes, por favor... tú no sabes, no te imaginas siquiera cuánto me duele desearte con esta desesperación y no poder tenerte... —le rogó Juan en un susurro angustiado, tuteándola sin pensarlo, al tiempo que apoyaba su frente en la de ella y la tomaba de las muñecas, para apretárselas suavemente contra la pared en una muda negación a dejarla ir.

—Es que no puedo, le juré a mi tía que no lo dejaría deshonrarme, además, ya le dije que no quiero traer al mundo hijos bastardos para que los miren con desprecio y luego está su esposa, no, no puedo... —le confesó ella en un hilo de voz. Después de unos instantes se sintió culpable también por alentarle y le preguntó con tono bajo e inocente—: ¿Dónde le duele?

—Aquí... y aquí —le respondió el oficial, mientras tomaba una mano de ella y la llevaba primero a sus caderas, a la altura de sus riñones, y luego a sus

testículos, antes de cerrarla sobre ellos con fuerza. Al sentir que Mechi intentaba alejarla se la retuvo y volvió a apretarla, esta vez alrededor del sexo desnudo y endurecido de él, al tiempo que volvía a suplicarle casi en un gemido—: Tócame otra vez... tócame como lo hiciste la noche del hospital, por favor, mi vida, por favor... dame algo al menos para poder soportar toda esta espera, porque si no lo haces creo que voy a terminar perdiendo el juicio. —En tanto que decía esto, el muchacho empezó a mover los dedos de la chica alrededor de su miembro con determinación, pero esta vez ella ya sabía de qué se trataba todo y, con un suspiro claudicante, no solo lo dejó hacer, sino que colaboró y siguió las mudas indicaciones de su mano sobre la suya. Solo se detuvo cuando lo oyó rugir con un liberado abandono, al tiempo que sentía la humedad de su semen en su piel.

En la densa oscuridad, el capitán la sintió temblar en silencio y adivinó que él no era el único que sufría, que ella también necesitaba del mismo alivio, pero era demasiado tímida e inocente como para pedirlo. Confirmó sus sospechas cuando, luego de empezar a besarla con pasión e introducir su mano dentro de la ropa interior de la chica para empezar a frotar su centro de placer caliente y húmedo con círculos apretados, la escuchó gemir también con abandono y adelantar su pelvis para ir a su encuentro, al tiempo que enredaba su lengua con la suya en un juego sensual y erótico que volvió a ponerlo duro como el granito. Instantes más tarde la oyó gritar en forma audible de puro placer, a la vez que echaba su leonada cabeza hacia atrás, para luego apoyarse laxa sobre su pecho y esconder su cara contra su cuello. Él la abrazó y la acunó en silencio, profundamente agradecido de que ella le hubiese permitido y se hubiese permitido gozar con ese abandono a pesar de todas las culpas y prejuicios que la torturaban y supo que, pasara lo que pasase, jamás iba a volver a dejar que ella se alejase otra vez de su lado.

Minutos después, cuando pudo volver a respirar con normalidad, ella le preguntó: —¿Qué piensa hacer ahora?

—No lo sé, por lo pronto voy a correr a buscar un lugar alejado en el bosque para poder masturbarme de nuevo, porque ese último gemido suyo me puso al límite otra vez —le contestó él con una sonrisa pesarosa y sin pensar demasiado en lo que decía, en tanto que volvía a tratarla de usted.

—¿Por qué tiene que ser tan ordinario? —le reclamó Mechi, mientras le daba un suave manotazo sobre el pecho y sentía que las mejillas se le incendiaban de pudor. Luego de un minuto de absoluto silencio cargado de dudas, ella le preguntó—: Esa palabra que dijo... es lo que nosotros acabamos de...

—Aja —le respondió el capitán con una sonrisa pícaro y esperando a la

próxima pregunta que de seguro se avecinaba, conociendo al bicho curioso que solía cargar en su mente la mujer que amaba.

—¿Y... las parejas casadas también hacen eso?

—No lo sé, Mercedes, no estoy metido en medio de la cama de los demás para saberlo —contestó el muchacho antes de suspirar con paciencia.

—¿Y ...usted cree que mi papá y mi mamá también habrán...?

—Teniendo en cuenta que sus padres tuvieron seis hijos en muy pocos años, yo diría que más bien deben haber pasado el tiempo haciendo el amor todo el día como dos gatos en celo... es lo que me gustaría hacer a mí si algún día logro casarme con usted —le aclaró él con una sonrisa ladina que hizo que sus blancos dientes relucieran en la semioscuridad.

—No diga eso por favor, para que eso sucediese usted tendría que ser viudo y suena horrible hacer depender nuestra felicidad de la muerte de una mujer joven y con un bebé que la necesita... —le reclamó ella con renovada angustia.

—Entonces acepte ser mi amante, mi vida, ambos sabemos que Carmina no va a morir de vieja, porque su cuerpo ya está demasiado debilitado por la tisis, pero ninguno de los dos puede saber cuándo, ¿qué hay si fallece dentro de diez años? ¿Va a condenarme a vivir sin usted todo ese tiempo, sabiendo que nos amamos con locura, solo por los prejuicios y el qué dirán?

—¡No, y no puedo creer que usted hable con esa frialdad de la muerte de la madre de su hijo! —lo amonestó la joven con enojo, en tanto que lo empujaba para apartarse de nuevo.

—¡Y yo no puedo creer que usted insista en echarme a los brazos de una mujer dañada sexualmente y que siente asco de que la toque! —le retrucó el capitán, al tiempo que alzaba los brazos con impotente furia y le hacía recordar a ella esa oscura historia entre el padre de Carmina y su media hermana mulata que tanto había traumatizado a la mujer de Juan.

—¡Usted me prometió que no iba a volver a dormir con su esposa! —le reprochó Mercedes achicando los ojos y ciega de celos.

—¡Eso lo dije solo a condición de que usted aceptara ser mi amante! Pero si por un lado la coloradita caprichosa insiste en tenerme a pan y agua y, por el otro, mi mujer de milagro se pone bien y me reclama que cumpla con mis obligaciones maritales, ¿qué hago, eh?

—¡Usted es un cerdo! ¡Váyase inmediatamente de mi celda antes de que le parta la cabeza con la silla! —le gritó Mechi al tiempo que le señalaba la salida, pateaba el suelo en un ataque de furia y comenzaba a lagrimear de pura rabia.

—¡Como guste, señorita, al fin que tarde o temprano termino haciendo siempre

lo que a usted se le antoja! —le gritó también él, antes de retirarse a grandes trancos y hecho un basilisco. Cuando había recorrido unos diez metros, recordó que había dejado la puerta abierta y volvió sobre sus pasos para cerrarla y volver a colocar las llaves en el cinto de Iván, el cual seguía durmiendo su modorra de opio como un bendito, a pesar de la audible gresca que se había montado dentro del caluroso calabozo.

Ya más calmado, el oficial se dirigió a su tienda en tanto que pensaba con ironía que lo único positivo de todo ese altercado era que, con la rabia, la excitación se le había ido al demonio, así que iba a poder obviar el paseíto solitario por el monte.

Tres días después de ese intento de huida fallido, el soldado Iván pidió hablar urgentemente con Las Heras. Al entrar al despacho del general, el muchacho cuadró los hombros e hizo la venia antes de saludarlo con respeto: —Buenas tardes, señor.

—Buenas tardes, soldado. ¿Qué se le ofrece?

—La prisionera, señor, está volando de fiebre.

—¿Cómo es eso?

—Este mediodía abrí para dejarle el almuerzo y ni siquiera se levantó de su jergón, como ahí adentro hace un calor de horno, pensé que solo estaría medio atontada por eso y por la falta de circulación de aire, pero hace unos instantes abrí para dejarle la comida de la noche y ni siquiera respondió a mi saludo, entonces me acerqué para despertarla y noté que estaba ardiendo. Solicito su permiso para llevarle al doctor.

—No, soldado, traslade directamente a la prisionera al hospital, si está enferma lo más probable es que el ambiente viciado de esa celda la ponga peor aún —ordenó el general, inquieto al recordar que San Martín tenía un especial interés en que a ese soldado, que había resultado ser una chica, no le sucediese nada.

—Gracias, señor —le contestó Iván con una enorme sonrisa, antes de girar y correr hacia el calabozo con la velocidad del viento. Es que esos pocos días de tratarla habían bastado para que se enamorase perdidamente de la muchacha y de solo pensar que a ella pudiese sucederle algo se le encogía el corazón.

Desde el campo de entrenamiento, donde estaba haciendo ejercitar a los nuevos reclutas en técnicas de combate, a unos ochenta metros de distancia, Juan vio pasar al soldado, con Mercedes desmayada en sus brazos y, por unos instantes, se olvidó hasta de respirar. Cuando pudo reaccionar, corrió desesperado hacia ellos y los interceptó a mitad de camino.

—¿Qué sucedió? —lo interrogó alarmado.

—Las Heras ordenó que la lleve al hospital porque está ardiendo de fiebre.

—¡Démela! —le ordenó el oficial antes de alargar los brazos hacia ella.

—¡No!

—¡Démela le digo!

—¡No!

—¡Si no me la da, le vuelo los sesos de un tiro! —lo amenazó Juan en tanto que alzaba su mosquete hacia el soldado con desesperación.

—No lo va a hacer porque, si lo hace, ella va a caer al piso y se va a golpear y usted va a terminar preso —aseguró Iván, antes de continuar su avance con aire autosuficiente.

El capitán Williams lo observó resignado y luego le ordenó: —¡Apúrese entonces!

Paroissien los vio llegar casi corriendo y le señaló un catre al soldado para que la acostase allí. Luego le hizo señas de que se retirase y, de inmediato, comenzó a revisar a la chica, la auscultó, le tomó el pulso, le abrió la boca para observar su garganta y se alarmó al ver la alta temperatura que tenía su piel.

—¿Qué tiene? —lo interrogó el oficial, con la cara pegada a la del médico y una mano sosteniendo la de la muchacha.

—No lo sé, hay pus en su garganta, pero también está respirando muy mal y el pulso es irregular, es probable que se trate de una infección en los pulmones y también que la esté incubando desde hace rato.

—¿Neumonía? ¡Dios santo! Pero si estaba perfecta hace tres días.

—Eso parecía, pero no se olvide de que esta joven vino de hacer un viaje de más de un mes casi sin descanso y luego estuvo los dos días posteriores a la batalla atendiendo enfermos día y noche, es probable que el estado de agotamiento, sumado al calor y las condiciones insalubres de la celda le hayan acelerado el mal —aclaró el galeno, en tanto que observaba a su antigua asistente con gesto apesadumbrado.

—¿Y qué hacemos?

—Yo voy a intentar bajarle la fiebre antes de que se le cocine el cerebro y usted se va a ir de aquí antes de que nadie más lo vea.

—¡Jamás! —le respondió Juan con firmeza.

—¡Si no se va ya mismo lo voy a hacer sacar por la fuerza con mis asistentes! —lo amenazó el doctor con tono de enojo.

—¡Hágalo, no sabe lo bien que me va a venir una buena pelea para quitarme la angustia que cargo encima! —lo retó el muchacho con gesto desquiciado.

—Vamos, Juan, no seas terco, sabes muy bien que Las Heras ordenó que te

mantuvieses alejado de ella —intentó persuadirlo el médico con gesto cansado.

—El general no va a molestarse en venir al hospital por una simple prisionera, cuando le llueven miles de problemas cada día, y usted tampoco va a contarle que estoy aquí —argumentó el joven con gesto seguro antes de agregar—: ¡Por favor! ¿Qué tiene miedo que le haga? Por poco y se está muriendo. ¡Solo quiero ayudar!

—Está bien, quédese, busque a dos de mis asistentes y pídale que traigan dos baldes de agua fresca del aljibe y paños limpios, yo mientras tanto voy a tratar de hacerle ingerir un poco de quinina —terminó claudicando Paroissien, al tiempo que llenaba una cuchara con el preparado y se inclinaba para incorporar a Mechi.

Cinco minutos después el capitán estaba de regreso con lo solicitado. Al notar que el doctor desprendía la camisa de la chica para quitársela, le pidió, con un tono que se parecía más a una orden: —Déjela, yo lo hago. —Al ver que el otro lo contemplaba con gesto de hastío le aclaró—: Miguel, esta mujer estuvo cinco días cuidándome y sin moverse de mi lado cuando me hirieron, lo menos que puedo hacer ahora es devolverle el favor.

—Pues hágalo rápido entonces porque, si no logramos bajar pronto esa temperatura, es probable que empiece a convulsionar. —Juan lo obedeció y terminó de desvestirla, así, la dejó solo con la camisa y los calzones, en tanto que el médico empezaba a remojar los paños en el agua fría y apoyárselos en todo el cuerpo. Como tenía que ir a revisar a sus otros pacientes, le pidió al oficial que se los fuese cambiando cada cuatro o cinco minutos. Pero todo fue inútil, cada vez que retiraba las telas estas despedían un tenue vapor, Mercedes continuaba ardiendo en su delirio de fiebre y respiraba con dificultad. A pesar de que ella había abierto los ojos un par de veces, ni siquiera lo había reconocido. Lo peor llegó a las cinco de la madrugada cuando, tal y como lo había pronosticado el galeno y a pesar de todos los cuidados, comenzaron las convulsiones febriles. En ese instante el capitán se desesperó y sintió que a él también comenzaba a faltarle el aire. Se sentó en la cama y la alzó contra su pecho, tratando de detener los temblores incontrolables del cuerpo de ella, en tanto que le rogaba:

—¡Por favor, mi vida, despierta, no me hagas esto, te lo suplico, por favor!

—No se lo hace a usted, muchacho, está inconsciente, la fiebre es demasiado alta como para aplacarla con paños fríos y ya le hemos dado quinina como para congelar a un caballo. No sé qué más hacer, si no logramos combatir la temperatura es muy probable que no pase esta noche —le informó el doctor con gesto angustiado y apenado, ya que, si bien el capitán no había permitido que nadie más la atendiese, el muchacho no se había alejado un instante de la joven,

le había cambiado las compresas por otras frescas una y otra vez y había tratado de hacer que bebiese, para que no se deshidratase por la fiebre y el intenso calor.

—¡No diga eso ni en broma! Yo sé lo que vamos a hacer, voy a llevarla al río y a sumergirla allí casi por completo, el agua fría de la corriente va a tener que bajar su temperatura —propuso Juan con gesto enajenado.

—¿Se volvió loco? ¡Ella está convulsionando! ¡No puede sacarla de aquí en estas condiciones y a esta hora!

—¡Acaba de decirme que si la dejamos aquí se muere! ¡Déjeme intentarlo, por favor! —le rogó el oficial con los ojos brillantes de lágrimas de desesperación.

Verlo llorar lo descolocó, el doctor siempre había admirado al inglés por poder mantener la sangre fría aún en lo más cruento de la batalla, y verlo ahora, destruido ante la posibilidad de perder a esa muchachita, le dio una pauta de la enorme magnitud de su amor, así que asintió con un gesto cansado y le respondió: —Está bien, vamos.

Diez minutos después el capitán estaba metido en el río, vestido solo con sus calzones y con la corriente que le llegaba a mitad del pecho y Mercedes se hallaba en sus brazos, con el óvalo de su rostro sobresaliendo por encima del agua y el resto de su cuerpo hirviendo sumergido. Desde la costa, media hora más tarde, cuando la luna comenzaba a retirarse lenta para darle paso a los primeros colores del amanecer y al oficial ya habían comenzado a acalabrarse los brazos, por el esfuerzo de sostenerla y luchar al mismo tiempo con la correntada, el médico fue testigo del momento exacto en el cual la chica abrió los ojos lentamente y le sonrió con suavidad a quien había sido su jefe, su protector y quién sabe si hasta su amante. Después alzó despacio su nívea mano hacia él para acariciarle la mejilla. Juan la contempló aliviado, unió su frente a la de ella y la apretó más contra él, con el amplio pecho temblándole de un llanto convulso y agradecido a Dios, por haberle hecho el milagro de bajarle la fiebre, en tanto que pensaba que había rezado más en esas pocas horas que en sus largos veintisiete años de vida.

Cuatro días más tarde no hubo santo ni Dios que convenciese a la joven de que permaneciese un segundo más hospitalizada, así que, luego de una feroz discusión entre Las Heras y Paroissien, durante la cual el galeno amenazó con renunciar al ejército si el otro volvía a encerrar a su asistente en ese calabozo insalubre, ambos acordaron que la chica iba a quedar en una especie de arresto domiciliario, hasta tanto se conociese la decisión final de San Martín. No podría transponer los límites del campamento patriota, pero tenía permiso para volver a su viejo puesto de ayudante del doctor, aunque esta vez con su verdadera

identidad y manteniendo la prohibición de que el capitán Williams se volviese a acercarse a ella bajo ninguna circunstancia, ahora que ya estaba francamente recuperada.

Las jornadas siguientes resultaron, para el aludido, una tortura mayor de lo que había pensado, ya que bastó que la muchacha se bañase y recuperase la belleza de su piel suave y su brillante cabello, para que todos los soldados y oficiales solteros y sin compromisos se lanzasen detrás de ella como una jauría de lobos famélicos persiguiendo a una gacela. Ella se había puesto una sencilla camisa de algodón blanco, con mangas cortas y abullonadas y una liviana falda negra, que destacaban las voluptuosas curvas de su cuerpo, y aunque la chica tratase a sus nuevos pretendientes con amable y respetuosa distancia, sin dejarse influenciar por sus halagos ni darles cabida en nada, Juan tenía que soportar verlos todo el día yendo y viniendo detrás de ella, babeando como idiotas y obnubilados por su exótica belleza. “¿Es que esta manga de papanatas no tendrá otra cosa útil que hacer que seguirla?”, pensaba el oficial, lanzando chispas de furia por sus ojos azules, que se oscurecían de celos toda vez que la veía pasar, siempre laboriosa y ocupada, pero con algún fiel pelafustán que la seguía por detrás.

Había resuelto el problema con los combatientes de su propio escuadrón, ya que les había ido asignando las actividades más insólitas para mantenerlos continuamente ocupados. En realidad, con tal de que no se acercaran a la joven, él era más que capaz de enviarlos a trasladar piedras de norte a sur de la cordillera, pero nada podía hacer con los soldados que estaban bajo otro mando, y menos aún con los oficiales que estaban por encima de su rango. En estas situaciones, quienes se miraban entre sí con socarronería y pena, y partían detrás de la muchacha, para oficiarle de chaperona y espantarle los candidatos, eran el sargento Cuevas y el cabo Farías quienes, fieles a su capitán y luego de suspirar con alivio y resignación al enterarse de que su sospechado manflorón era en realidad una bella mujercita, la habían adoptado como a una hija y la protegían más que antes, agradecidos por todo lo buena y paciente que había sido con los dos en esos terribles meses que llevaban de campaña. Además, aun ahora que la chica ya no convivía con ellos, seguía haciéndose tiempo para enviarles a su tienda, de tarde en tarde, con un asistente o las otras mujeres, alguna vianda con tortas fritas, pastelitos o buñuelos, que continuaba cocinando para ellos con cariño, aunque no se animaba a llevárselos personalmente porque, seguramente, respetaba la palabra dada a sus jefes de no acercarse al capitán Williams ni por asomo. Ellos sospechaban que, en realidad, la comida estaba destinada sobre todo a él, ya que la abnegada muchacha debería haber notado cuánto había

adelgazado y empalidecido el oficial en esos casi cinco meses de separación. De todos modos, ellos se devoraban todo como las termitas y, si su jefe no volvía a tiempo para el festín, no encontraba ni las migajas del plato.

Mercedes se adaptó a su nueva situación de asistente y cuartelera con la misma sencillez, simpatía y buen humor con las que había encarado su personaje masculino, aunque debió soportar otra vez las bromas y reproches de los compañeros que le tenían mayor confianza, por haberles permitido desnudarse delante de ella o decir palabrotas sin ponerse siquiera colorada. Por cierto, la seguían llamando con ese espantoso mote de “gorgojito” y le seguían trayendo sus uniformes y medias rotos, con gestos compungidos, para que ella se compadeciese y se los zurciese gratis. Sin embargo, como a la chica siempre la alegraba poder ser útil a los demás, sin contar con el enorme afecto que les profesaba, sobre todo a sus antiguos compañeros de tienda, aceptaba sus encargos sin chistar. Lo que cada vez le costaba más sobrellevar era la mirada de profunda añoranza y dolor de Juan, esos mensajes sin palabras que ella podía contemplar, aún a la distancia, y más aún después de saber con qué afecto y paciencia la había cuidado él durante los días de su convalecencia, en los que le permitieron quedarse a su lado. Si el muy bruto hasta se había agarrado a golpes con un asistente porque el otro había hecho un comentario obsceno sobre el cuerpo voluptuoso que ella les había ocultado. Pero comprendía que todo era mejor así, porque ellos no podían estar cerca sin que el aire se caldease a su alrededor y ella debía respetar la promesa hecha a su tía y a Las Heras. Así que, cada vez que él la incendiaba con sus demandantes ojos azules, ella bajaba la vista, inquieta, y se alejaba rápidamente.

No le era tan sencillo, sin embargo, apartar a sus pretendientes, que se habían convertido en una plaga peor que las siete de Egipto, y la atosigaban desde el alba hasta el anochecer con piropos melosos y queriendo hacerle favores y mandados para ganarse su afecto. Esto último era algo que ella aprovechaba para mantenerlos ocupados y trotando por todo el campamento, detrás de alguna orden diplomática disfrazada de ruego. Y claro pobres, pensaba Mechi, es que había tan pocas mujeres en ese lugar que ellos ya la miraban como si ella fuese la mismísima “perichona”, la antigua amante de Liniers que era famosa en Buenos Aires por su belleza y su aire seductor. Por otra parte, la joven se encontraba asombrada de comprobar que los mismos oficiales que antes, en su papel de Luis, la hacían a un lado al pasar como si fuese un estorbo, ahora por poco se tiraban al piso, si había algún charco, para que ella les pasase por encima sin ensuciarse los pies. ¡Hombres, ja, eran patéticos! Por supuesto excluyendo a

San Martín, a sus hermanos, a su padre, a su amor y a esos dos burlones y sobreprotectores papás postizos que se había agenciado en Cuevas y Farías.

Había un teniente de infantería que, en la modesta opinión de Juan, se había vuelto particularmente encarnizado a la hora de tratar de robarle el amor de Mechi. Se llamaba Ernesto Lara, era porteño y tenía la cabeza del color de una zanahoria, no con ese rojizo con reflejos dorados maravillosos de ella, sino de un naranja rabioso que era vomitivo. Igual tenía que reconocer que el sujeto era pintón y hasta simpático, por lo menos con ella, porque lo que es a él no le decía ni “agua va”. Lo cierto es que el candidato se pasaba todo el santo día, o molestando dentro del hospital, que era lo que más le retorcía el hígado, teniendo en cuenta que él tenía prohibida la entrada a ese lugar y, por lo tanto, no podía saber qué hacían allí adentro ella y ese estúpido colorado, o persiguiéndola detrás como perrito faldero. ¡Es que si hubiese tenido cola la movería al verla de seguro!

Ese día, como varios de los anteriores, el capitán la vio pasar con un liviano vestido mangas cortas color terracota, con vivos blancos y entallado hasta la cintura, que le quedaba como pintado. Era uno de los tres que él había ido a comprarle expresamente a Asunción cuando ella ya estaba recuperada, ya que sabía que los iba a necesitar, porque lo único que tenía para ponerse era esa sencilla muda que le habían prestado las cuarteras cuando la encarcelaron. Había adquirido también para ella varios juegos de camisas, calzones y medias, un par de corsés, pellizas, jubones, guantes y mantillas, en fin, que se había gastado el sueldo de dos meses para vestirla pero, como sospechaba que, si Mercedes se enteraba de que era ropa nueva y comprada exclusivamente para ella, la iba a rechazar, la puso toda en un flamante arcón y se la dio a Paroissien, antes de pedirle que se la entregase a ella con la excusa de que eran prendas usadas, supuestamente confiscadas a una rica joven asunceña que había huido en barco al Perú luego de la batalla de Chacabuco. Lo cierto es que ahora, al ver los ojos de ese marmota pegados a las formas exuberantes del cuerpo de la chica, se arrepentía de no haberle conseguido en cambio un hábito de monja. Mientras Juan afilaba su espada, Mechi pasó a su lado sin mirarlo siquiera y, dos segundos después, apareció el “zanahorión bobo” olisqueando su falda. En ese instante, el capitán se incorporó despacio y comenzó a seguirlos disimuladamente, a varios pasos de distancia, para poder escuchar lo que hablaban sin que ellos lo viesen.

—Buen día, mi preciosa Mechi, dichosos los ojos que la ven —le dijo el teniente, inclinando la cabeza con gesto galante.

“¿Y desde cuándo este tipejo utiliza su apodo?”, se dijo su perseguidor,

hirviendo de los celos.

—Buen día, Ernesto.

“¿Y desde cuándo esta pícara llama a este bicharraco anaranjado por su nombre?”.

—¿Y qué anda haciendo mi princesa tan temprano?

“Ahora es ‘su’ princesa. ¡Progresamos!”.

—Voy a llevar unos ungüentos para el bebé de una cuartelera que tiene la colita paspada —le respondió la joven con amabilidad.

—¿Desea que le alcance eso? —le preguntó el teniente, solícito, aludiendo a la canasta que ella transportaba colgada de su brazo.

—No, gracias, es muy liviana, además estoy segura de que un hombre tan ocupado como usted debe tener muchas obligaciones que atender en esta calurosa mañana —le dijo Mercedes, en tanto que buscaba la forma de sacárselo de encima de una forma diplomática.

—Ah, no se preocupe por eso, ya resolví algunas de las cuestiones más relevantes, además, mi principal obligación es estar a su servicio para lo que guste. ¿De veras que no necesita nada de mí, mi reina? —terminó el porteño con un gesto adulator.

“¿Ahora es “su reina”? ¡Vaya que es empalagoso este cristiano!”, pensó Juan, al tiempo que resoplaba bajo para que no lo oyesen.

En ese instante, a la muchacha se le encendió la mirada con una idea liberadora.

—Pensándolo bien, sí hay algo que usted puede hacer por mí, váyase hasta el río y fíjese que hay unas cuantas sábanas del hospital que lavamos ayer y están colgadas en las ramas de los sauces. Si las toca y ve que ya están secas, tráigamelas, por favor —le solicitó la chica con mirada pícara y tono comprador.

En ese momento, el capitán casi suelta una carcajada al ver el gesto de decepción del tal Ernesto, el cual se recompuso rápido de la impresión, se inclinó y tomó y besó la mano de ella al tiempo que le decía: —Sus deseos son órdenes, mi bien. —Para partir luego a grandes trancos en dirección al río.

Juan no lo podía creer, solo ella podía ser capaz de lograr algo así. De repente, vio que la joven se frenaba y giraba, antes de dirigirse con pasos presurosos de nuevo hacia el hospital, por su gesto contrariado, seguramente había olvidado llevar algo. Escondiéndose detrás de una tienda para que no lo viese, él la siguió a varios metros de distancia. Cuando iban llegando al lugar, vio salir de allí a Paroissien, acompañado de casi todos sus asistentes y en dirección al cuartel general, de seguro iban a dar el parte semanal de heridos y bajas, que por esos

días habían sido muchos. ¡Genial! El lugar estaría casi desierto. Mirando hacia todas partes con la intención de que nadie lo viese, el oficial se metió en el improvisado nosocomio por detrás de la chica e inclinándose le habló al oído desde atrás, con un tono burlón que era acuciado por irrefrenables celos: —¡De veras que eres terrible, cuyanita, mira que mandar a alzar la ropa a un oficial del Ejército de los Andes!

—¿Qué hace usted aquí? ¡Sabe que tiene prohibida la entrada a este lugar! ¡Váyase antes de que lo descubran! —lo instó ella, al tiempo que vigilaba el entorno, preocupada por el castigo que pudiesen darle a él.

—Necesitaba verla, hablar con usted, hace varios días que ni siquiera...

—Pues ya me vio, así que ahora márchese, por favor —le pidió ella, antes de contemplar el piso con gesto nervioso.

—No quiero. Es más, quisiera que me explicase por qué trata con tanta amabilidad y tacto a ese papanatas y a mí me desprecia como pan que no se vende. ¿Es que ese tipo le gusta? —la interrogó él con tono serio, en tanto que la tomaba de un brazo.

—¡No me gusta, solo lo trato de la misma forma que él me trata a mí! ¡Es más, usted debería imitarlo, en lugar de andar rumiando desencantos todo el santo día! ¡Y suélteme que me hace mal, bruto! —exclamó la muchacha, antes de sacudir su brazo con enojo.

—Es que tengo muchos “desencantos” que rumiar “mi reina”, tengo prohibido acercarme a menos de veinte metros de “mi mujer” y mientras tanto debo conformarme con contemplar desde lejos cómo otros la requiebran y, para mayores estrenos, cómo ella les sonrío como si eso le gustase —él comenzó hablando lenta e irónicamente y terminó casi gritando de pura rabia al tiempo que la soltaba.

—¡Yo no soy “su mujer”! —lo contradijo la joven, al tiempo que retrocedía, con los ojos abiertos como platos, para alejarse de él y de la atracción que ejercía sobre ella.

—Ah sí, sí que lo es, ¿o acaso necesita que se lo demuestre? —la retó el oficial en tanto que alzaba una ceja y aludía, con intención, a todas las veces que él la había besado y ella se había derretido entre sus brazos.

—¡Usted y su maldita idea fija! ¿Es que no piensa respetarme jamás?

—¿Y usted se cree que ese tipo la respeta? Para su información, el tal Ernesto dejó una novia de clase adinerada bordando su ajuar de bodas en Buenos Aires, planea casarse con ella ni bien termine la campaña en Chile. ¡Lo único que quiere de usted es un buen revolcón! —le reveló el capitán con mayor enojo.

—¡Eso es mentira! —le gritó Mechi, mientras pestañeaba para contener las lágrimas porque se sentía profundamente insultada.

—¿Ah sí? —se burló él.

—¡Sí! Porque, para que lo sepa, Ernesto me propuso matrimonio —le informó ella con gesto serio.

Él la contempló fijamente, tratando de adivinar si mentía, pero supo que la chica le estaba diciendo la verdad. Inhalando para calmarse, le preguntó: —¿Y qué le respondió usted?

—Que lo iba a pensar —lo desafió ella alzando la barbilla y con los retadores ojos brillando de la furia.

Juan volvió a inhalar, porque se sentía como si hubiese recibido una patada de caballo en el medio del pecho, luego exhaló y trató de vengarse de la forma más cruel.

—¿No me diga? ¡Parece que usted tiene una *doble moral* entonces, porque se niega a engañar a mi mujer, pero no tiene ningún empacho cuando se trata de hacer cornuda a la de otro!

Al oírlo, por un instante Mercedes vio todo rojo, deseó meterle la mano en el pecho y arrancarle de un tirón ese corazón helado que él tenía, pero, como no podía hacerlo, optó por cerrar el puño e incrustárselo en medio del estómago con toda la fuerza de la que era capaz. Tomado de improviso, el oficial se dobló en dos, por un lado, para tratar de paliar un poco el dolor y por el otro porque, francamente, se había quedado sin aire. Igual, en tanto que intentaba volver a respirar con normalidad, supo que se lo tenía más que merecido. Él la había orillado a actuar así con sus celos enfermizos y sus palabras hirientes e injustas. Cuando supuso que estaba en condiciones de poder hablar de nuevo de corrido, se incorporó y, contemplándola con intensidad, le dijo con un tono que fue graduándose desde la leve amenaza hasta el lamento:

—Algún día, Mercedes, algún día... es que, sus cachetadas ya son fuertes... pero su puño... la verdad...

—¡Y agradezca que cambié de idea a último momento, porque mi primera intención fue embocarle un buen rodillazo en las pelotas! ¡Imbécil! —le gritó la muchacha, antes de correr hacia su tienda para poder llorar a sus anchas hasta desahogarse.

Desde el día en que había sido dada de alta en el hospital, la chica dormía en una pequeña tienda de campaña junto a Almudena y Marta, dos robustas matronas

que habían llegado hasta ese lugar acompañando, la primera a su esposo Bartolomé, un chileno que estaba siempre callado y sonriente y amaba profundamente a su mujer, a pesar de que ella nunca había podido darle descendencia, y la segunda, que era una joven viuda de Santiago, a su amante, Álvaro, un pícaro oficial argentino que ya tenía esposa y cuatro hijos viviendo en Santa Fe, hecho que él le había ocultado a ella a la hora de enamorarla y luego ya había sido tarde para lamentos. Ambas se habían convertido en cocineras oficiales de más de trescientos hombres, por lo que estaban todo el día atareadas para poder preparar una comida sustanciosa y nutritiva, con las pocas provisiones con las que contaban, usando las enormes ollas ubicadas sobre el fuego encendido en el centro del patio, rodeado por las tiendas.

Las dos mujeres eran alegres y conversadoras y la habían integrado a su pequeño grupo femenino con cariño y sin hacerle preguntas incómodas, aunque sabían que era vox populi en todo el campamento que la chica se había disfrazado de hombre para poder seguir a la guerra a su amante, ese apuesto capitán inglés que, según decían, también era casado y padre de familia. Como la dulce y laboriosa muchachita era muy reservada con sus cosas, ellas no sabían si esa versión era real o no, pero tampoco preguntaban, “*cada quien en su casa y Dios en la de todos*”, se decían, sobre todo Marta, que no estaba en condiciones de juzgarla.

—¡Y qué quieres que te diga, mi reina, si a mí me hubiese tocado en suerte cruzarme con un papacito de esos, otra que a Chile, a la misma Inglaterra lo seguía yo! —le comentó un día Almudena a Marta, antes de reírse a carcajadas de la preocupación de la otra porque ese bello oficial les fuese a dejar preñada a la pobre niña. Sin embargo, los temores de la cuartelera eran infundados, porque, desde que habían sido descubiertos, él jamás había intentado volver a acercarse a su preciosa amante de cabello cobrizo, según decían, por el miedo a perder su rango.

## Capítulo 5

### LEJOS DE NUEVO

*Dos semanas después de la terrible derrota, viendo que los soldados sobrevivientes ya se encontraban en franca recuperación y podían ser transportados en angarillas, Las Heras decidió acatar las directivas de San Martín y retornar a Santiago con lo que había quedado de sus tropas, así que les ordenó a sus oficiales que comenzasen a organizar el campamento para la partida, la cual se iniciaría dos jornadas después. Ese mismo día Juan recibió una carta que lo alegró en extremo, ya que hacía más de un mes que no le llegaba ninguna y estaba comenzando a alarmarse: era de su madre y, de seguro, estaría plagada de novedades sobre su familia y su hijito. Como era de tarde y el sol caía a plomo, el capitán se alejó para buscar la sombra de los árboles y poder leerla con tranquilidad, sentado sobre el pasto y con la espalda apoyada contra un tronco. Al abrir el sobre, los familiares, redondeados y firmes trazos de María le entibieron el alma:*

*Buenos Aires, 29 de noviembre de 1817*

*Hola, mi vida:*

*Espero de corazón que te encuentres muy bien de salud, quedando nosotros bien gracias a Dios. Voy a comenzar contándote las cosas buenas: a pesar de los conflictos entre Pueyrredón, las provincias litorales y la Banda Oriental, que de seguro ya conoces, en Buenos Aires seguimos viviendo en una relativa calma, aunque tu padre continúa rengo, con ese mal de la gota que no le da respiro. ¡Ah! Te felicito porque vas a volver a ser tío, ya que la esposa de tu hermano está nuevamente de encargo. Te cuento, además, que tu mujer, su madre y*

*Manuela ya hace quince días que han vuelto de Córdoba y están instaladas en tu casa. Tu hijo está hecho un diablillo, aunque no lo creas, ya sabe gatear y anda de aquí para allá con las manos y las rodillas sucias y llevándose todo a la boca, que nos tiene a salto de mata de la preocupación de que se enferme, con tanta porquería que saborea y mastica, porque el muy sabandija ya tiene dos dientes inferiores. Se ve que la leche de Manuela es muy buena, porque el bebé está gordo como un cerdito, pero muy saludable, hasta ahora jamás ha estado enfermo, salvo uno de esos sarpullidos tan molestos y comunes en los pequeños. Como ha empezado a balbucear de a poco, estoy tratando de enseñarle a decir papá, pero no hay forma de que le salga, además, con todo lo que lo mimas y malcrías Carmina, es mucho más probable que, a pesar de todos mis esfuerzos de abuela chocha, termine diciendo primero mamá.*

*No tengo más remedio que contarle ahora lo malo, mi cielo: tu suegro ha fallecido, lo encontraron hace una semana, colgando por el cuello de una soga en un galpón de su estancia, pero no fue suicidio, porque estaba muy golpeado. La gente del lugar sospecha de un tal Gabino, un negro liberto y pendenciero que trabajaba para él y desapareció el mismo día de la muerte de Alcides, así que ya hay varias cuadrillas de soldados buscándolo por todo el territorio. Pero hay algo aún peor que eso, mi vida, tienes que venir urgente porque tu esposa está muy delicada, parece que el aire de las sierras no logró mejorar su salud, la pobre hace tres días que ya no tiene fuerzas ni para levantarse de la cama, escupe cada vez más sangre y, en las noches, no puede descansar porque le dan accesos de tos y, por momentos, le falta el aire. Por eso el doctor Carreras aconsejó que te llamáramos, ya que dice que a tu mujer no le queda mucho tiempo de vida. Lo siento en el alma, Juan, y siento ser yo la que tenga que provocarte este dolor, pero tienes que ser fuerte y estar preparado para todo porque, desgraciadamente, es lo que les ha tocado a ti y a ella. Con tu padre pensamos que deberías ir analizando la posibilidad de dejar definitivamente el ejército, ya que, si bien otros oficiales pueden ocupar tu puesto, nadie podrá reemplazarte como papá, y si Marianito tiene la desgracia de que Dios llame a su lado a su mamá, va a necesitarte más que nunca. Piénsalo, hijito, no puedes embarcarte al Perú estando así las cosas, y, si lo que te preocupa es el dinero, sabes que tu padre lo tiene de sobra y, cuando ya no estemos, todo lo nuestro va a ser de ustedes. Ven rápido por favor, porque ya no puedo más de la angustia de ver sufrir así a Carmina y, aunque no lo creas, sospecho que lo único que la mantiene todavía con vida es el deseo de volver a verte y despedirse de ti. Te quiere con toda el alma;*

A medida que avanzaba en la lectura, gruesas lágrimas comenzaron a fluir de los ojos de Juan, antes de caer sobre el papel y borrar la tinta, en tanto que pensaba con pena, “¡pobrecita, pobrecita!”. A pesar de que Carmina no le había dicho nada sobre su estado de salud en ninguna de las tres últimas cartas que le había enviado, limitándose a contarle las novedades y progresos del pequeño, él había podido adivinar, entre líneas, que ella no se encontraba bien, solo que jamás imaginó que estuviese tan grave. Con un profundo remordimiento de conciencia recordó que, muchas veces, él hasta había llegado a desear que su esposa muriese pronto para poder casarse con Mercedes, pero, ahora que sabía que eso podía llegar a convertirse en una realidad, se sentía una cucaracha y más aun sabiendo que él podría haber acompañado a su mujer en esos últimos meses. Sin embargo, con un profundo egoísmo y desconsideración hacia ella, había antepuesto su profesión, el amor a su patria y la necesidad de estar cerca de la mujer que amaba, por encima de la salud de Carmina. Ahora ya era tarde para lamentarse, pero el arrepentimiento por haberla abandonado en ese estado era una sombra que lo iba a perseguir por el resto de sus días.

Mientras alzaba las rodillas para apoyar después los antebrazos sobre ellas y mirar hacia el cielo con gesto desconsolado, escuchó un suave chistido y, al mirar en la dirección desde donde provenía ese sonido, divisó a Mechi, escondida detrás de uno de los árboles del profuso monte y haciéndole señas con una mano para que la siguiese. Se levantó y fue detrás de ella con profundo asombro ya que, desde el altercado en el hospital, cuatro días atrás, ella ni siquiera había vuelto a saludarlo y desviaba la vista cada vez que él la observaba. La joven caminó hasta un lugar donde la vegetación era más tupida y los cubría de miradas indiscretas, inquieta porque lo había visto llorar al leer la carta y temía que él hubiese recibido malas noticias de su familia, y se giró para enfrentarse a él con la intención de preguntarle qué había sucedido. Lo que nunca imaginó es que Juan iba a aprovechar la situación para abrazarla, apretarla contra un árbol y besarla tan apasionadamente como el día del calabozo, sin darle tiempo ni lugar a protestar o a alejarlo. Al principio, ella lo dejó hacer casi sin reaccionar, porque era tan bello volver a sentir sus labios suaves sobre los suyos y su lengua tibia y demandante enredándose con la de ella y poniendo a revolotear con energía las conocidas alas de su vientre, que no tuvo ni fuerzas ni ganas de apartarlo. Además, para justificarse, pensó que esa era la manera que

ella había encontrado de brindarle consuelo por lo que fuese que lo estuviese torturando. Así que luego de unos instantes iniciales, enredó una mano en sus oscuros cabellos, en tanto que acariciaba su ancha espalda con la otra, y correspondió a sus besos con profunda pasión. Lo que la muchacha jamás pensó era que su capitán iba a aprovechar esa rendición para intensificar sus caricias, aun a sabiendas de que estaban a plena luz del día y que cualquier soldado que se metiese al monte, buscando privacidad para hacer sus necesidades, podría descubrirlos.

Juan estaba enloquecido de deseo, volver a sentir su cuerpo, saludable, blando y tibio contra el de él, luego de todo el terror que había sufrido cuando estuvo tan enferma, lo trastornó y lo hizo olvidarse por algunos minutos de toda su desgracia. Así que, en un fiero e irracional impulso, comenzó a masajear sus pechos llenos, primero por encima de la ropa y, después de desprender y apartar la fina camisa de la chica, sobre su piel. Al ver que ella comenzaba a gemir quedamente, la alzó hacia arriba, le apoyó la espalda contra el árbol, enroscó sus muslos blancos y suaves alrededor de su cintura y comenzó a succionar sus pechos con devoción, al tiempo que continuaba acariciándolos.

—¡Basta, pueden vernos! —le suplicó Mercedes, al tiempo que abría sus rasgados ojos verdes en un segundo de cordura, pero él fingió no escucharla, al sentir los gemidos cada vez más intensos que brotaban de su garganta y la forma sensual y lujuriosa con la que la joven refregaba su pelvis contra el vientre de él, arqueando su espalda contra el áspero tronco. En los segundos siguientes, el oficial se arrodilló en el piso sin soltarla jamás y la recostó sobre el pasto, instantes después colocó un muslo entre sus piernas y, alzándole las livianas faldas de verano hasta las caderas, introdujo su mano dentro de los ahora femeninos calzones y comenzó a acariciarla con pericia, en tanto que volvía a apoderarse de sus labios y a besarla con desesperación, para acallar sus gemidos. Siguió tocándola durante unos momentos más, pero luego se detuvo, porque no quería que le pasase lo de la noche de la tienda, cuando la chica se había dejado ir y lo había rechazado luego. En cambio, con rapidez y decisión, desprendió sus pantalones de granadero y se los bajó de un tirón, junto a sus calzones, haciendo a un lado también los de ella, para recostarse sobre su vientre suave y comenzar a frotar su sexo duro e hinchado contra la entrepierna de la joven. Fue en ese instante en el que Mercedes recordó de nuevo y profundamente avergonzada, el momento y el lugar donde estaban, que él era casado y el juramento que le había hecho a su tía Gertrudis. Así que, con una inquebrantable voluntad y un profundo sentimiento de pérdida, ella volvió a empujarlo con fuerza y

retrocedió, arrastrándose sobre sus manos y su trasero para luego subir su ropa interior, bajar sus faldas y comenzar a prenderse otra vez la camisa con dedos temblorosos, al tiempo que le reprochaba, con los ojos brillantes y a mitad de camino entre el enojo y el deseo insatisfecho:

—¡Basta! ¡No me trate como si fuese su puta, capitán, yo solo lo llamé porque lo vi angustiado y quería consolarlo, no para hacer esto!

—Si no quería esto, no responda a mis besos y no se refriegue contra mí de esa forma, porque, por si no lo sabe, para cualquier hombre eso es una clara invitación a hacer el amor —le reprochó también él, con los riñones doloridos y con ganas de zamarrearla de pura frustración, por ser capaz de pasar del fuego al hielo en un solo instante, en tanto que él continuaba quemándose por dentro. Después se incorporó sobre sus rodillas y volvió a subir y prender su pantalón, al tiempo que la contemplaba aún con un furioso e impotente deseo. Momentos más tarde suspiró con resignación y le confesó, con tono quejoso y acariciante:

—Algún día, Mercedes, usted va a terminar matándome por tanto desearla. ¿Tiene alguna idea de lo hermosa que es? ¿Sabe que aun verla pasar a veinte metros de distancia, bella e inalcanzable, me enciende la sangre de una manera tan intensa que algunas veces tengo que escaparme al monte, solo, para poder aliviar el dolor de mis riñones?

—No me diga esas cosas —le pidió ella, antes de mirar avergonzada hacia el piso.

—¿Por qué? —le preguntó él, en tanto que se acercaba, todavía de rodillas, hacia Mechi y la tomaba de los hombros con suavidad.

—Porque usted tiene una esposa y un hijo y porque son indecentes —le respondió la muchacha, con la vista clavada porfiadamente en el pasto y uniendo las manos sobre sus muslos, con un gesto de desolación y unas terribles ganas de comenzar a llorar a gritos.

Juan puso su mano debajo del mentón de la chica para alzarlo con suavidad y contemplarla con intensidad, antes de comenzar a hablar: —Pero son la pura verdad, son mi única verdad, como ya le dije más de una vez, usted me duele en todo el cuerpo, y me duele porque la amo más allá de toda razón, más allá de toda lógica, más allá de cualquier norma religiosa o moral. Usted fue mía desde el mismísimo momento en que la vi en esa fiesta, con su glorioso cabello incendiándose con las luces de las velas, y por más que esté casado y que el mundo me condene, no puedo cambiar eso, mi vida, yo la amo, la amo tanto que creí que iba a morirme de pura tristeza en todos esos meses en los que estuvimos alejados. Todo había perdido su significado para mí: mi profesión, mi familia, mi

hijo, el amor a mi patria, nada tenía sentido sin usted. Es más, creo que al venir a Talcahuano usted me salvó la vida, porque, si no la hubiese visto esa noche, volando por los aires con la onda expansiva que provocó el cañonazo, lo más probable es que me hubiese dejado matar por algún matucho, para no tener que seguir sobreviviendo sin tenerla conmigo. Así de grande y de intenso es mi amor...

Mercedes lo miró durante largos instantes en silencio, antes de tomar la mano grande y áspera de él y ahuecarla contra su mejilla, para sostenerla con la suya con gesto de devoción. Después giró con lentitud su rostro y lo besó en la palma varias veces, con los ojos fuertemente cerrados, de los cuales fluían gruesas lágrimas. Segundos más tarde volvió a abrirlos y lo contempló con ternura, antes de comenzar a hablar:

—Yo también lo amo, es probable que haya comenzado a amarlo ese día de la fiesta, en el que me habló con esa sinceridad y desparpajo... amo su belleza, su nobleza, su valentía, su bondad, su apostura, su patriotismo, hasta sus rabietas. Amo todo de usted... lo amo tanto, tanto, tanto que el estómago se me llena de pequeños colibríes cada vez que lo veo, pareciera que al sentirlo cerca todos comenzaran a aletear con furia contra las paredes de mi vientre, pugnando por salir... es horrible y hermoso a la vez, y me provoca dolor y frustración, así que, si eso lo consuela, no es usted solo el que sufre... —terminó de confesarle ella con pesar.

—Eso es puro y simple deseo insatisfecho, mi vida, y lo único que lo cura es hacer el amor. ¡Déjeme amarla, Mercedes, olvídese de todo y de todos y termine de una buena vez con esto que se ha convertido en una tortura para los dos! —le pidió el oficial con tono persuasivo, al tiempo que volvía a alzarse sobre sus rodillas, la tomaba de los glúteos para levantarla contra su cuerpo, la apretaba con firmeza contra su renovada erección y comenzaba a besarla en el cuello con ternura.

Ella interpuso sus brazos entre ambos, alejándose de nuevo, molesta e inquieta, antes de increparlo: —¡No estaba invitándolo a hacer el amor, si eso es lo que piensa! ¡Solo quise ser sincera, como usted lo fue conmigo, pero que yo también lo ame no significa que voy a entregarme a usted así como así!

Luego de contemplarla con fijeza por unos intensos momentos, él suspiró con burlona picardía, al tiempo que alzaba una ceja, y rezongó con resignación: — Bueno, parece que los pequeños colibríes se pusieron a dormir.

—¡Sí, gracias a Dios, sí! —le contestó ella, en tanto que se llevaba las manos a la cintura con gesto decidido. Hizo una pausa incómoda e instantes más tarde

volvió a observarlo con detenimiento antes de preguntarle: —¿Por qué estaba tan angustiado, pasó algo?

Juan asintió apenado antes de responderle: —Sí, mi madre me informa que Carmina está muy grave y que debo volver rápido a Buenos Aires, porque el médico piensa que no le queda mucho tiempo de vida.

—¡Dios santo! Lo siento muchísimo —le respondió la muchacha con sincera pena.

—Yo también, pero es la voluntad de Dios, nosotros nada podemos hacer —dijo el oficial al tiempo que meneaba la cabeza con pesar.

—Yo no, pero usted sí. Puede ir con su esposa, acompañarla y cuidarla, para que no esté sola en el momento final, que ella sienta que usted la ama, aunque no sea así, debe estar tan triste y angustiada la pobre —se lamentó la joven.

—Es lo que voy a hacer, mañana mismo parto para Buenos Aires, pero me aterra dejarla a usted aquí sola, con todos esos buitres rodando a su alrededor, ahora que saben que es una mujer.

—No se preocupe tanto por mí, desde que supieron que soy una chica, a falta de Dalmacio, me han surgido dos sobreprotectores padres que no me dejan sola ni a sol ni a sombra —lo calmó ella con una suave y tranquilizadora sonrisa.

—¡Mercedes! ¡Mercedes!

—¿Dónde se ha metido, gorgojito?

Las voces de Cuevas y Farías se escucharon nítidas y a pocos metros de distancia, la muchacha se llevó un dedo a los labios pidiéndole silencio y le hizo señas de que se escondiese. Después se paró, se sacudió el pasto de la pollera, se peinó con las manos y partió en la dirección hacia donde venía el sonido, en tanto que rezongaba:

—¡Aquí estoy, aquí estoy, tanto lío! ¡Solo quería estar un rato a solas!

—Pues no puede, fíjese, si el capitán llega a enterarse de que la perdimos de vista y se quedó sola en el monte, nos corta las pelotas a los dos —le informó el sargento, antes de aparecer detrás de unas ramas y con gesto de pocos amigos.

—Y agradezca que me gustan mucho sus pastelitos, que si no la dejo aquí, abandonada como la caperucita por desobediente, para que se la coma alguno de esos lobos que la andan rondando —agregó el cabo, que venía al lado del otro, aliviado de verla entera y feliz.

—¡Bah, bah, bah! Ustedes y su famoso capitán son mucho ruido y pocas nueces. Además, yo soy más que capaz de defenderme solita —les retrucó la chica con un gesto autosuficiente, mientras se colocaba en medio de ambos, enlazaba sus delgados brazos con los gruesos de ellos y agregaba con una pícara

sonrisa—: ¿Quién tiene ganas de tomar unos mates con tortas fritas?

Esa noche, a las tres de la madrugada, Juan se introdujo en la tienda donde Mercedes dormía junto a Almudena y Marta y en silencio, casi a oscuras, trató de encontrar el catre que contenía la silueta más pequeña. Al verlo se dio cuenta de que, para su desgracia, era el más alejado de la entrada. De todos modos, pensó, él no podía volverse a Buenos Aires sin terminar la charla que había iniciado con ella y que esos dos mastodontes inoportunos habían interrumpido, así que se acercó hasta el camastro de la joven y le tocó un hombro, moviéndolo con suavidad en tanto que le decía en voz baja:

—Venga conmigo.

—No —le respondió ella con tono bajo también, luego de despertarse y contemplarlo asustada.

—¡Venga, le digo! —insistió él.

—No, no es correcto —se mantuvo firme ella, con un mohín terco y los verdes ojos relumbrando en la semioscuridad.

El capitán unió sus labios en un gesto tozudo y decidido y, rápidamente, la destapó, la alzó en brazos contra su pecho y así, con la chica vestida solo con un sencillo camisón de algodón blanco sin mangas y observándolo con furia, partió a grandes zancadas hacia afuera, en tanto que le advertía: —Puede gritar si quiere, pero lo único que va a lograr es despertar a todo el campamento y ponernos en evidencia. ¡No sea tan arisca, yo solo quiero hablar!

—¡Ja! ¡Ya conozco ese vals! ¡Usted jamás quiere solo hablar! —le retrucó ella, enojada, pero después enlazó sus brazos alrededor del cuello de él con gesto resignado.

Mientras tanto, dentro de la tienda, Almudena y Marta se miraban alarmadas, Marta se sentó en el catre con la intención de ir detrás de ellos, pero Almudena se estiró hacia ella y la tomó de un brazo antes de decirle: —¡Déjalos solos! Estoy segura de que ese capitán la ama, no va a hacerle daño. Además, ¿no escuchaste que él le dijo que solo quería hablar?

—¡Pues parece que tú aún crees en los reyes magos! —rezongó la otra.

—No, pero si la coloradita le tuviese miedo, hubiera gritado como una desaforada, que tiene un buen par de pulmones, pero se dejó llevar mansita. Déjalo correr, ¿sí? Por mi parte, no pienso ser quien les arruine la diversión ni quien los eche de cabeza con el general, que bastante deben haber sufrido ya los pobrecitos.

—¡Eres una romanticona incurable!

—¡Y tú una miedosa de siete suelas! Ya duérmete quieres, que con la energía y

la juventud que tienen esos dos ya deben ir por el segundo polvo y tú aquí dando lata —terminó Almudena, al tiempo que volvía a acostarse y le daba la espalda.

Luego de unos instantes de duda, Marta la imitó y se recostó de nuevo en su camastro, pero no pudo pegar un ojo de la preocupación hasta que no escuchó que la muchachita volvía a entrar a la tienda, sana y salva, una hora después.

Por otra parte, al llegar al centro del monte, Juan se detuvo y bajó a Mercedes al suelo. Ella no solo se había mantenido tercamente silenciosa y enfurruñada durante todo el trayecto, sino que ahora se había cruzado de brazos y lo miraba con cara de pocos amigos. Él la contempló en la semioscuridad, molesto, y luego exclamó:

—No me mire así, yo solo quiero terminar la conversación que interrumpieron esos dos papanatas, le prometo que no voy a tocarla si eso es lo que le preocupa.

Más tranquila con respecto a sus intenciones, porque sabía que él podía tener muchos defectos, pero era un hombre de palabra, sintiendo el frío del pasto verde bajo sus pies descalzos y viendo solo retazos de su cara, gracias a los haces de la luna que se filtraban por entre las ramas de los árboles, la joven descruzó los brazos y le contestó:

—Lo escucho, entonces.

—Parto dentro de tres horas y quiero que usted se venga conmigo —le soltó él a boca de jarro.

—¿Qué? ¿Se volvió loco? ¡No, de ninguna manera! —exclamó ella con alarma.

—¿Por qué?

—Porque si desobedecemos a Las Heras lo va a deshonorar y le va a quitar su rango y hasta puede encarcelarlo, y yo no quiero eso, además, ni muerta cruzaría la montaña sola con usted.

—¿Y si le prometo no tocarla en todo el viaje? —insistió el oficial. Al ver que ella negaba con la cabeza, él agregó—: No puedo irme y dejarla sola aquí, con todos esos tipos que la pretenden, tengo miedo de que alguno le haga daño, además, el general me dio su permiso para partir.

—A usted, no a mí, no se olvide que tengo arresto domiciliario, por otra parte, ya le dije que tengo quien me proteja y también sé defenderme sola. ¿Qué le pasa, por Dios? ¡Hay decenas de mujeres en este campamento y a ninguna le ha sucedido nada! —le retrucó Mechi, molesta también.

—Pero todas ellas tienen un marido o amante que las reclame y las cuide, en cambio usted no. Algunos de estos hombres vienen de pasar mucho tiempo sin estar con una mujer, ¿qué tal si alguno de ellos se emborracha y...? —Al llegar

aquí el capitán hizo una pausa y sacudió la frente en un intento de quitarse esas imágenes terribles que se le estaban agolpando en la mente, después suspiró con cansancio y agregó—: Puedo escoltarla hasta su finca en Mendoza y dejarla allí al cuidado de su familia, o, si no desea volver con su madre, puede acompañarme hasta Buenos Aires y quedarse a vivir en la chacra que compré...

—¡Ah bueno, genial! —lo interrumpió la muchacha con los ojos brillantes de furia, para luego continuar—: ¿Y cómo piensa explicarle a sus familiares mi presencia allí, eh? Le doy una ayudita —culminó con tono de sarcasmo e ironía y satirizando su modo de hablar, con grandes ademanes—: ¡Vean, es que como ustedes me han informado que mi abnegada esposa ya está más para tocar el arpa que la guitarra, me he anticipado *a los acontecimientos trayendo conmigo a mi amante para que me consuele de la pérdida!*

—Usted no es mi amante —le recordó él, incómodo por el pequeño dejo de verdad que había en lo que ella le decía.

—Por unos pocos centímetros de distancia, le diré —contraargumentó la chica, roja de la vergüenza.

A Juan la situación le pareció tan delirante que hasta le dieron ganas de echarse a reír, en cambio, alzó una ceja y la acusó con picardía:

—Descarada.

—¡Tonto! —le retrucó la joven en tanto que alzaba el mentón con furia.

—Mercedes, no sea terca por favor, deme el gusto, si lo hace yo le prometo que ni siquiera voy a ir a visitarla, para no dar lugar a murmuraciones, además, nadie sabe todavía que esa chacra es mía, ni siquiera mis padres. Solo quiero que esté segura, nada más —le rogó el muchacho, en tanto que sentía que las manos le ardían de ganas de abrazarla, pero se las aguantó, porque no quería traicionar su confianza.

Mechi lo contempló con pesar, antes de acercarse a él, tomar su rostro áspero por la naciente barba entre sus manos y comenzar a hablar: —No, Juan, ya le dije que no voy a poner su carrera y su futuro en riesgo. Si quiere pedir la baja del ejército, estoy de acuerdo, pero tiene que ser con honor, el mismo honor con el que combatió siempre por su patria. Yo voy a estar bien, se lo aseguro, vaya junto a su esposa, ella es quien más lo necesita ahora, y que Dios lo acompañe y bendiga su viaje.

El capitán la observó con un gesto entre desolado y resignado al pensar que les esperaban, de nuevo, otros largos e interminables meses de separación. Después le preguntó con tono de ruego: —¿No va a darme un beso de despedida?

—Solo si me promete mantener sus manos lejos de mi cuerpo —lo condicionó

la chica, con las lagunas verdes de sus ojos brillando de pena y de tristeza. Al ver que el oficial asentía y seguía con obediencia sus instrucciones, ella acercó su cara a la de él y comenzó a darle besos suaves como el roce de la seda, en diferentes partes de su rostro.

El oficial cerró los ojos y disfrutó durante unos largos instantes de ese gesto de ternura, pero después no soportó más la tensión y buscó los labios de ella, llenos y suaves, antes de comenzar a besarla con desesperación y obligarla a retroceder hasta topar contra el áspero y grueso tronco de un antiguo eucaliptus, donde la mantuvo quieta, con sus grandes manos apoyadas sobre el árbol y a los costados de la muchacha, sin tocarla nunca, pero sintiendo sus pechos llenos y suaves apretados contra su torso, a la vez que sus bocas se sumergían en un ahogante duelo de suspiros, gemidos y lenguas entrelazadas. Sin embargo, él mantuvo sus dedos firmemente apretados sobre la madera, porque era consciente de que, si la abrazaba, no iba a poder detenerse otra vez.

Mercedes, por su parte, sí se permitió enredar sus dedos en el cabello suave y oscuro de él, y responder a sus besos con confianza, lujuria y libertad, en tanto que se apartaba, por momentos, para poder respirar y gemir, todo a la vez, sintiendo cómo las torturantes alas comenzaban a girar alocadas en espirales de placentero fuego que se concentraban en ese punto húmedo, pequeño y atormentador, ubicado en el centro de su pubis. No obstante, segundos después, las imágenes de una mujer agonizando y el sonido del llanto de un pequeño se representaron en su mente con tanta nitidez que, recobrando la cordura, lo apartó de ella con gesto seguro al tiempo que le rogaba:

—Basta, capitán, por favor, usted me lo prometió.

—Está bien —aceptó él, antes de apartarse lentamente y con un gesto de profundo pesar.

La chica se quedó muda y quieta, con la espalda apoyada en el árbol y los pies helados, cerró los ojos y continuó respirando con agitación por unos intensos instantes. Después los abrió, volvió a abrazarlo con desesperación e inspiró profundo en tanto que le rogaba:

—¡Cuídese, cuídese mucho por favor! Y, cuando todo termine, venga a buscarme, porque, más allá del tiempo que transcurra o la distancia que nos separe, yo siempre lo voy a estar esperando... y no sienta esos celos tontos de los demás, ya le dije que yo ni siquiera los veo, al único que veo y veré es a usted, porque usted es mi único amor y siempre lo será.

—Como usted es y será el mío —le contestó Juan, dolorido por su deseo insatisfecho, pero profundamente emocionado por las palabras de la muchacha.

Luego de unos instantes, él la besó en el cuello con suavidad, al tiempo que agregaba con burlona picardía:

—Además, voy a volver a usted porque ni muerto pienso perderme esos pocos centímetros de distancia que nos faltó concretar.

Tres horas más tarde él volvió a partir, después de que ambos volvieran caminando despacio hacia el linde del monte, de que el oficial le recomendase decenas de veces que fuese precavida y se cuidase y de acordar que, si San Martín la perdonaba y le concedía la baja del ejército, como él estaba seguro de que iba a suceder luego de la promesa que le había hecho su jefe a doña Leonor, ella iba a esperarlo en Santiago, en casa de su madrina. Esta vez lo acompañaban solo dos baqueanos, que habían prometido llevarlo por el camino más seguro. Desde la puerta de su tienda, con las primeras luces del amanecer, ella lo vio irse y alzó su mano, deseándole buena ventura, al tiempo que pensaba que verlo alejarse de su lado ya se le estaba convirtiendo en una agridulce costumbre.

Al día siguiente, la joven también salió rumbo al campamento de Las Tablas, cercano a la capital de Chile, junto con los integrantes del hospital de campaña y parte de las tropas, con las provisiones y pertrechos cargados en mulas, más de la mitad de los combatientes a pie y con los heridos transportados en angarillas, las cuales eran sostenidas por dos compañeros que se iba relevando cada media hora. Mechi estaba a cargo de una mula sobre el lomo de la cual llevaba varios recipientes de cuero colgados, los cuales contenían agua fresca con la cual la chica iba hidratando a sus pacientes durante las largas y tediosas jornadas de lenta marcha. Como se desplazaban por zonas escabrosas, pero mucho más bajas, y además estaban en verano, no debieron soportar el frío que los había asolado en el primer cruce por la montaña, pero el calor durante el día resultaba sofocante, sobre todo para las que debían llevar faldas, así que ella extrañaba horriblemente sus pantalones de granadero. En ese interminable regreso luego de la derrota, Almudena y Marta resultaron dos aliadas incondicionales que la entretuvieron con sus relatos y charlas, la protegieron del asedio de sus pretendientes más decididos, la ayudaron a atender a los convalecientes y la cuidaron con un cariño maternal y sobreprotector. Así, a finales de enero, casi cuarenta días después de su partida, la joven regresaba a Santiago junto a los restos de las derrotadas tropas patriotas y, solo dos jornadas más tarde, era llevada al despacho de San Martín en el cuartel general.

Al entrar allí, recién bañada, vestida con una sencilla pelliza y un jubón en

color verde malva y con parte del cabello, ahora más largo, recogido en una media cola sobre su nuca, la joven se quedó de pie, quieta y callada, temblando de puro miedo y esperando a que él acusase recibo de su presencia. El hombre la recibió sentado y escribiendo, a su lado, parado respetuosamente y con las manos enlazadas detrás de su espalda, se encontraba también el doctor Paroissien. Durante dos largos minutos el jefe del ejército no alzó la vista hacia ella, pero, cuando lo hizo, con el ceño fruncido y gesto adusto, se quedó contemplándola con el asombro pintado en el rostro. Ni bien pudo recomponerse de la impresión que la belleza de la chica le causaba y sorprendido por la forma firme y seria en la que ella le sostenía la mirada, comenzó a hablar:

—Vaya, vaya, pero mire qué cambio hemos hecho, Luis se nos fue a Talcahuano como un gordito sucio y retacón y regresa convertido en una limpia, delgada y preciosa señorita. —En ese instante la muchacha bajó la vista, con las mejillas puestas al rojo vivo por la sutil ironía de su jefe, pero no se atrevió a replicar nada. Luego de una larga pausa el general volvió a hablar—: Así que usted es la mocosa que le tomó el pelo a todo el ejército y a mí más que a nadie, porque yo era el único que conocía muy bien a su hermano. Aún no me explico cómo pude ser tan crédulo.

—Es que somos mellizos, señor, además, en ese momento usted tenía demasiados problemas importantes que resolver como para prestarme atención a mí —trató de justificarlo Mechi, al tiempo que se sentía más culpable y avergonzada aún.

—Usted habla cuando yo se lo autorice —la amonestó San Martín alzando una ceja.

—¡Perdón, señor! No se imagina la tristeza que me da haberlo engañado y defraudado así porque, aunque no me crea, yo le tengo un profundo respeto y admiración. ¡Es que de veras era necesario! —le soltó la chica de un sopetón, con los ojos cuajados de lágrimas contenidas.

—Bueno, llevo tanto tiempo viviendo entre hombres que ya hasta se me había olvidado lo difícil que es lograr que una mujer haga silencio —comentó el general en tanto que miraba a su médico personal con una sonrisa socarrona.

—Y esta mujercita en especial ni se diga, es una verdadera plaga —aseguró el doctor, con una sonrisa benevolente dirigida a su asistente que desmentía su dicho.

—Aquí Miguel y el general Las Heras me han explicado cuáles fueron sus razones para hacer semejante locura, por lo que adivino que usted debe ser tan terca y voluntariosa como su progenitora, de veras que compadezco a su

hermano por tener que lidiar con un par como ustedes.

—Luis no sabe nada, señor, es totalmente inocente en todo este asunto, es más, si hasta está creído que pasé estos meses viviendo aquí en Santiago con mi madrina. A usted más que a nadie le consta lo fiel que él le fue y lo bien que lo sirvió durante la guerra de Zapa, aun cuando para hacerlo tuvo que desobedecer las órdenes de mi madre —le aclaró Mercedes, nerviosa y aterrada de que él quisiese castigar también a su mellizo.

—Ya lo sé, por eso no voy a castigar a ese muchacho por algo de lo que no es culpable —le informó San Martín con seriedad y con una mirada que parecía advertirle “*por lo menos no a él*”.

—¡Gracias, señor, es usted un santo! —exclamó la chica, al tiempo que unía sus manos delante de su pecho y dejaba caer gruesas lágrimas de alivio.

—No me agradezca tanto que todavía falta usted —le dijo el general y carraspeó incómodo antes de continuar—: La guerra no me ha endurecido tanto aún como para mandar a encarcelar a una mujer, por más de que se lo haya ganado con creces, así que, en nombre de Luis Gutierrez Prado he decidido darle la baja definitiva del Ejército de los Andes, lo que significa que deberá volver a Mendoza junto a su mandona madre y quedarse quietita y encerrada dentro de su casa, para que no pueda hacer más estropicios.

—¡Gracias, señor! —volvió a exclamar Mechi.

—Sin embargo, no voy a arriesgar su vida enviándola solo con arrieros por la montaña, luego de que nuestro valiente capitán Williams se tomara tan a fondo la tarea de cuidarla —aseguró San Martín, antes de mirar a Paroissien con un gesto irónico y socarrón que hizo que la joven volviese a ponerse del color de la grana.

“*¡Matasanos chismoso!*”, pensó ella, en tanto que contemplaba al galeno con ofuscación, el cual, al acusar recibo, puso cara de angelito de la guarda.

Luego de observar el intercambio de miradas entre los otros dos, el jefe agregó: —La llegada de Osorio, con refuerzos que nos vienen pisando los talones, me hace imposible designarle un destacamento de soldados para que la escolten en el cruce, ya que, ahora más que nunca, necesito a todos mis hombres conmigo, porque aquí no solo nos estamos jugando la libertad de Chile, sino también la de nuestra propia patria. Por esa razón, hasta tanto se dé la batalla final, que estoy seguro de que se nos avecina, le ordeno que, por su seguridad, por ahora permanezca aquí en Santiago.

Al ver que la chica asentía con gesto respetuoso, luego de una larga pausa, el general continuó: —No obstante, como el doctor aquí presente me informa que, por un lado, usted ha sido una gran colaboradora que le ha prestado invaluable

servicios en estos meses y, por el otro, que tiene más de doscientos soldados heridos en el hospital general, la mitad de gravedad, y que le hacen falta más asistentes, he decidido cuál será su castigo: en el tiempo que permanezca aquí, en tanto que la lucha se decante, he decidido condenarla a continuar prestando servicios gratuitos como civil y ayudante de Paroissien, por supuesto, siempre que vista las ropas femeninas que le corresponden, duerma en lo de su tía, si así lo quiere, y no asome ni por broma la nariz en otra batalla en lo que le reste de vida. ¿Entendió? —finalizó el hombre con gesto amenazante, al recordar el pánico que había sentido al enterarse de que la mocosa había participado no en una, sino en dos batallas disfrazada de pillete.

—¡Clarito, clarito, mi general! Pero le aseguro que eso para mí no es un castigo, porque siento un enorme orgullo de poder servir a mi patria de la forma en que sea —aseguró la chica, antes de hacer una venia y suspirando aliviada, porque la verdad, pensó, la había sacado más que barata. Después miró a su jefe fijamente, carraspeó con incomodidad y continuó—: Sé que no tengo derecho a preguntarle, señor, después de lo generoso que ha sido conmigo, pero de veras me gustaría saber qué ha decidido con respecto al capitán Williams.

—Eso ya es abusar, muchacha, pero como estoy seguro de que si no se lo digo yo va a enloquecer a medio mundo tratando de averiguarlo, se lo voy a informar: luego de consultarlo con los otros generales del alto mando, hemos acordado que el delito de encubrimiento del capitán no amerita que le sea quitado su rango, y menos aún si tenemos en cuenta lo valiente que ha sido ese patriota en los servicios prestados a la causa y lo necesario que va a sernos a su regreso para comandar su escuadrón, así que continuará en su puesto y cumpliendo sus funciones... eso sí, cuando vuelva sigue teniendo prohibido acercarse a menos de veinte metros del hospital y de usted, porque le recuerdo que él está casado, así que tiene la obligación de dejarla en paz y respetar su honra —terminó el jefe con gesto decidido—. ¿Comprendido?

—¡Comprendido, don José! —le respondió la muchacha, e hizo otra vez la venia con una enorme sonrisa agradecida antes de agregar—: Y con todo respeto, mi general, Juan se lo merece, porque no hizo más que obedecerlo a usted ya que, si mal no recuerdo, usted fue el que le ordenó que me protegiese de todo y de todos.

—¡Fuera de mi despacho! —gritó San Martín, al tiempo que se paraba y daba un manotazo sobre el escritorio, sin poder creer el descaro de esta muchacha que era capaz de sacar de quicio hasta a un hombre tan centrado y ecuánime como él.

Y fue así que una calurosa y nublada mañana de febrero, Mercedes se presentó

de nuevo en casa de su tía Gertrudis, más delgada que cuando se había ido, con el ondulado cabello rojizo mucho más largo, ataviada con un sencillo vestido gris y con la firme intención de quedarse a vivir definitivamente con ella, o por lo menos hasta que Juan regresase de Buenos Aires, hecho que le alegró a la mujer el día, la semana y el mes.

Así, Mechi retomó sus rutinas habituales en la enorme casona de Santiago, con la alegre compañía de su perro Manchitas, el rostro inescrutable de Vicente, el mayordomo, y los gestos secos y comentarios agrios de su amada madrina. Sin embargo, y respondiendo a la pena impuesta por el general, que para ella no era castigo, iba todas las mañanas a ayudar en el hospital de campaña de la capital como asistente externo, atendiendo con cariño y dedicación a los soldados que permanecían internados. También volvió a su vieja costumbre de leerles textos literarios por las tardes, utilizando diferentes gestos, tonos y modulaciones de voz, para envolverlos en un mundo de fantasía que los hiciese olvidar, aunque fuese por un rato, de la soledad, la tristeza por estar lejos del hogar, el dolor de sus heridas y mutilaciones y la angustiante realidad que atravesaban.

Paroissien estuvo más que conforme con esa pena, sobre todo al ver los rostros de alegría con los que la recibieron los enfermos que habían compartido el largo viaje con ella y disfrutado de sus diligentes cuidados y de su cháchara alegre.

## Capítulo 6

### UNA MUERTE ANUNCIADA

*Varios días después de su llegada al hogar de su tía, la hermosa chica, que esa mañana se hallaba ataviada con un sencillo vestido de color ocre, el cual destacaba su figura esbelta, recibió un sobre desde Buenos Aires en el que reconoció al instante la letra fina y despatarrada del hombre que amaba con destemplanza y al cual ya se le estaba haciendo una costumbre extrañar. Tratando de contener el temblor de sus manos, corrió hasta su habitación y allí, a solas y luego de recostarse en la amplia cama, con la espalda apoyada sobre mullidos almohadones, lo abrió y comenzó a leer:*

*Buenos Aires, 15 de enero de 1818*

*Amada mía:*

*¿Cómo se encuentra usted? Aunque no me lo crea, esta es la primera carta de amor verdadera que escribo en mi vida. Necesito contarle todo lo que sucedió desde que nos separamos, pero ni siquiera sé por dónde empezar. Bueno, lo haré por lo más sencillo: el viaje por la cordillera fue rápido y sin grandes contratiempos, mi mayor dificultad fue tratar de no extrañarla, pensarla y recordarla en cada segundo, de cada minuto, de cada hora, de cada día. Como adivinará, me fue imposible lograrlo, así que renuncié a hacerlo al tercer día de la travesía y me pasé el resto del recorrido en un limbo, con su imagen en mi mente, su voz en mis oídos y el aroma de su piel en mi nariz. En las últimas jornadas, sin embargo, la preocupación por lo que iba a encontrar al llegar a mi hogar me fue ganando y me llenó de zozobra e inquietud... y no estaba errado. Al arribar allí, los carruajes de mis padres, mis hermanos, el médico y mi*

suegra, estacionados uno junto al otro en el frente de mi casa, me hicieron sospechar que pasaba algo muy grave, y así era. Carmina agonizaba desde hacía tres días. Creo que, tal y como pensaba mi madre, mi esposa solo esperaba a volver a verme para poder irse en paz. Pobrecita, casi no la reconocí de tan delgada que estaba, tenía la piel azulada por el esfuerzo de tratar de respirar y de su garganta surgía una mezcla de silbido y ronquido extraño que me apenó, y... ¿Puede creer que a pesar de todo eso sonrió al reconocermé? Pero no fue una sonrisa débil y amarga... no señor... fue una sonrisa ancha, feliz, brillante, como si estuviese entrando a su fiesta de presentación en sociedad. En el fondo pienso que, más allá del alivio de volver a verme, ella les sonreía también a los ángeles, porque estaba a punto de ingresar a las puertas del cielo, como el alma buena que siempre había sido. Usted no puede ni siquiera imaginarse lo poca cosa que me sentí por haberme portado tan mal con ella, por haberla dejado sola sabiendo de su tisis, por ser incapaz de amarla como se merecía, por tantas cosas. Pero disimulé mis pensamientos y mi culpa lo mejor que podía, le tomé una mano y traté de sonreírle también, con una mueca de la máscara en la que se había convertido mi rostro desde el mismísimo instante en el que ingresé a esa habitación transformada por el olor de la muerte. Es raro como, luego de pasar tantos años en los campos de combate, terminas por reconocer el aroma inconfundible que ella impregna en los cuerpos y el aliento de los que se van a ir para siempre. Tal vez con sus últimas fuerzas, mi mujer pudo apretar mi mano y me pidió, con un hilo de voz, que cuidase a nuestro hijo y que no lo dejase solo. Bastó que se lo prometiese, con un nudo de honda pena en la garganta, para que ella volviese a sonreír con alivio y, con un gesto de profunda paz, le entregara su alma al creador.

Así se fue, sin reclamarme ni reprocharme nada, tan silenciosa y tranquilamente como había vivido... o quizás, aún en ese instante final, siguió disimulando detrás de una fingida sonrisa todo el dolor y el espanto que llevaba escondidos por dentro desde su niñez, pero jamás lo sabré.

Los dos días siguientes fueron confusos y caóticos, el velorio interminable, el olor de las flores marchitas y el incienso encendido en el altar a la virgen, el tenue titilar de las velas ubicadas alrededor de la cabecera del cajón al amanecer, la letanía apabullante de las lloronas, el murmullo continuo de los asistentes que hablaban y rezaban, con las cabezas gachas y gestos compungidos. Además, el sonido del llanto doliente de mi suegra y mi madre, el rostro acongojado y desconcertado de mi hijito, el pésame compungido y las palmaditas compasivas de parientes, amigos y vecinos, y yo con un enorme

sentimiento de angustia e impotencia, y sin atreverme a llorarla de pura culpa y vergüenza. Porque, que Dios me perdone, pero lo único que deseaba era que todo terminase para poder regresar rápido junto a usted. ¿Tan grande es este amor que ni siquiera puede respetar los duelos de la muerte? ¿O es que mi alma, que es incendio a su lado, se ha vuelto fría e indiferente a todo lo que no sea usted? ¿Será que estoy tan lleno de su risa, su voz, sus ojos, su perfume, que no puedo guardar espacios en mi ser para nadie más?

El entierro fue en el camposanto de la iglesia de Los Recoletos, nos trasladamos hasta allí en los carruajes, al final de la tarde, y luego recorrimos los últimos cien metros a pie... una larga columna de personas vestidas de negro, caminando bajo la tenue llovizna por un largo pasillo rodeado de tumbas de diferentes formas y tiempos, hasta llegar al lugar donde su maltrecho cuerpo iba a descansar para siempre. Dos de los tíos de mi esposa, mi padre, mi hermano, mi cuñado y yo cargamos el cajón, que el sacerdote había rociado antes con agua bendita y que se sentía tan liviano que costaba creer que tuviese dentro a un ser humano. Y allí la dejamos, bajo dos metros de tierra, cubierta de flores alegres y velas encendidas que ella, con sus jóvenes veintitrés años, ya no podría ver jamás. En ese instante tomé conciencia de que Carmina iba a quedarse sola allí para siempre, en un mundo oscuro, compartiendo las soledades de otros muertos... y me llené de pavor, el dolor me abrió el pecho con la fuerza de un vendaval y recién ahí logré desatar ese nudo que venía apretándome la garganta desde hacía horas y pude descargarme. Al irse los demás, me arrodillé al lado de su tumba y lloré a gritos... lloré por ella, por todo el horror vivido en su niñez, por su injusta enfermedad, su cruel sufrimiento y su temprana partida, lloré por nuestro hijo que iba a verse obligado a crecer sin su cariño, y lloré por no haber podido corresponder jamás a ese raro amor que sé que sintió por mí. Y fue un llanto catártico, liberador, de esos que nos brotan desde el fondo de las entrañas y nos dejan purificados y vacíos.

Tal vez no debería contarle todas estas cosas, porque tengo miedo de hacerla sufrir y más a sabiendas de que no puedo estar a su lado para consolarla, pero necesitaba desahogarme con usted, abrirle mi alma desde hoy y para siempre para que no vuelvan a existir jamás secretos entre nosotros dos.

En fin, mi vida, he decidido que no voy a acompañar a mi querido general a la campaña del Perú, tal y como le prometí a Carmina, mi primera obligación es cuidar de Mariano y espero de corazón que, ni bien podamos casarnos, pueda y quiera colaborar en su crianza, aunque estoy seguro de que así va a ser, porque es un bebé bueno, dulce y cariñoso y va a saber amarla y ganarse su amor. Sin

*embargo, antes de pedir la baja, deseo primero colaborar en la derrota definitiva de los realistas en Chile, creo que es algo que nos debemos y les debemos para que todo el sacrificio que significó ese terrible y glorioso cruce del Ejército de los Andes por los pasos más altos y peligrosos de la cordillera no resulte en vano. Presiento que el final de la guerra está cada vez más cerca, al igual que nuestra unión definitiva. Voy a dejar al niño al cuidado de mi suegra y de mi madre porque, aunque me encantaría llevarlo conmigo, el viaje sería muy riesgoso para alguien tan pequeño. Mañana, sin demora, parto de regreso hacia Santiago y hacia usted. Espéreme, mi bien, porque yo estaré contando cada segundo de cada minuto de cada hora de cada día que me falten para volver a verla. La ama y la amaré por siempre;*

*Juan*

Mercedes terminó de leer su carta con los verdes y rasgados ojos nublados por las lágrimas y con una pena pesada y culposa sobre el pecho que apenas la dejaba respirar. No podía dejar de pensar que, mientras la otra estaba sufriendo postrada en una cama, ella abrazaba y besaba a su esposo con impudicia, y ni siquiera su amor la disculpaba porque, desde un principio, ella no debería haberlo mirado siquiera, sabiendo que era casado. Las únicas dos cosas que la consolaban era la consciencia de que, por un lado, Carmina jamás se había enterado de ese engaño y se había ido pensando que él la amaba, y por el otro, que ella había tenido la suficiente fortaleza para no permitir que esa traición se consumase del todo, lo cual era un pobre consuelo para tanta culpa.

Igual, como otra pobre forma de disculpa póstuma con la difunta, pensó que, si Dios le daba el regalo de poder criar a Mariano, iba a darle tanto amor y cuidados como a los hijos que naciesen de su vientre y que jamás de los jamases iba a hacerlo sentir menos valorado y querido que los demás.

Al día siguiente de la llegada de la carta, al ir como todas las tardes a atender a los heridos del hospital de campaña, Mechi se encontró con que todo el campamento patriota se preparaba para partir rápido hacia Talca, debido a que se habían recibido alarmantes informes de una inminente invasión realista desde el sur, comandada por Osorio, y San Martín ordenaba acudir en ayuda de O'Higgins y su ejército que se hallaban ahora en esa región.

Entre el caos de los miles de soldados que desarmaban las tiendas, alistaban las armas y municiones y cargaban los pertrechos sobre las mulas, la joven buscó alarmada a Paroissien. No tenía muy en claro por qué, sabía que lo correcto y

seguro era volver lo más ligero posible a casa de Gertrudis y quedarse encerrada allí, para tejer y bordar cómodamente sentada sobre un sillón, pero su terco corazón patriota, heredado del valiente Dalmacio, la impulsaba a seguirlos, no para combatir sino para ayudar con los heridos, que sospechaba que esta vez iban a ser muchos más, porque, al igual que en Chacabuco, se decía que iban a volver a enfrentarse los dos ejércitos completos. Así que, olvidada de sus promesas a su tía, a San Martín y a Juan, en el mismo instante en que encontró al jefe del hospital, le preguntó:

—¿En qué puedo ayudar, doctor?

—Vaya a su casa, muchacha, lo que se nos viene encima es demasiado peligroso y no quiero poner en riesgo la vida de una jovencita tan valiosa como usted, recuerde el juramento que el general le hizo a su madre —le respondió el hombre con gesto apenado, mientras colocaba sobre una mesa las vendas limpias y amontonadas.

—Mire, Miguel, San Martín le prometió cuidar a Luis, y él se encuentra vivo y feliz atendiendo nuestra finca, gracias a Dios, y en cuanto a mí, nunca le importé demasiado a mi mamá y, si algo me sucediera, igual tiene otras tres hijas para que la consuelen, así que no se preocupe —le retrucó la chica, en tanto que comenzaba a doblar y enrollar con rapidez y eficiencia las vendas que el galeno había dejado allí.

—Pero a mí sí me importa lo que le suceda, Mechi, y juraría que a muchísimos más de los que usted supone en este ejército también. Quédese aquí y, cuando pase la batalla, si aún lo quiere, puede venir a ayudar con los pacientes. ¿Le parece?

—No, doctor, no me parece. Es que mi corazón me dice que yo tengo que estar ahí con usted, puedo ser muy útil y lo sabe, le prometo que no me voy a meter en el combate si eso es lo que le preocupa —le explicó ella, con sus ojos mestizos fijos en los de él.

—¿Y qué pasa si nos derrotan y atacan también el hospital?

—Eso nunca va a pasar, ¿o ya olvidó quién es nuestro general? Déjeme ir con usted, no sea malo, me moriría de la angustia aquí al pensar en los heridos —insistió la muchacha, con las manos unidas frente a su pecho en señal de ruego.

—¿Y cómo va a convencer a su tía?

—No voy a pedirle permiso, ya tengo diecinueve años y soy muy capaz de tomar mis propias decisiones, ella lo va a comprender.

—Lo veo verde, pero está bien, haga como guste, al fin que aún como civil externa es una gran asistente y, por más que yo se lo prohíba, usted termina

haciendo siempre lo que se le da la real gana. Pero sepa que la voy a estar vigilando, muchachita, y, si la llego a ver asomar la nariz fuera de la tienda hospital, ¡se la rebano con un escalpelo! —finalizó el galeno antes de irse a grandes zancadas. “¡Como si fuera poco con la que se nos viene encima, ahora también voy a tener que lidiar con la testarudez de esa mocosa!”, pensó enfurruñado.

En las semanas transcurridas desde la batalla de Talcahuano, los realistas no habían dejado de trabajar para reagrupar sus fuerzas en el sur de Chile. Así, habían sumado un total de cuatro mil seiscientos hombres con catorce cañones y, al mando del general Mariano Osorio, recién llegado desde Lima, y del ahora general Ordoñez, comenzaron a avanzar hacia el norte, para enfrentar a los ejércitos independientes y con la intención de recuperar primero Concepción y luego Santiago.

Al enterarse de esto, San Martín le pidió a O’Higgins que se reuniera con él en el río Maule, en tanto que la población civil de Concepción abandonaba la ciudad. El general chileno ordenó una táctica de tierra arrasada: hasta cincuenta mil personas, familias completas con sus ganados y todo lo que podían cargar, debieron migrar más al norte y todo lo que quedaba atrás fue incendiado, para no dejar provisiones que pudiesen abastecer al enemigo. El ejército reunido por ambos jefes sumaba, para ese momento, unos ocho mil doscientos hombres.

Así, O’Higgins se retiró a Talca, donde aprobó finalmente, y en un acto de arrojo y provocación, el Acta de Independencia de Chile, fechada el 12 de febrero de 1818, al año exacto de la batalla de Chacabuco y con una nueva invasión realista mordiéndole los talones.

Dos días antes de la firma de esta acta, el capitán Williams llegó a las puertas de la casa de Gertrudis Sánchez en Santiago. Estaba barbudo, sucio y demacrado. Había transcurrido casi un mes desde su partida de Buenos Aires y había recorrido media Argentina a todo galope, cambiando los caballos agotados por otros que estuviesen descansados en las postas del camino y cruzado la Cordillera de los Andes por tercera vez en un año. Con el corazón bombeando a toda máquina de añoranza y expectativa, pidió hablar con Mercedes. Solo ansiaba verla y asegurarse de que la joven se encontraba bien, antes de partir como un rayo hacia Talca, donde ya le habían informado que se estaba preparando la batalla final.

Sin embargo, quien salió a recibirlo con el gesto agrio y displicente de siempre, fue la madrina de la chica, la cual, al verlo, se detuvo, lo miró de arriba abajo con desconfianza y exclamó: —¡Sobre llovido, mojado! ¿Se puede saber qué

quiere usted aquí?

—Ya le dije a su mayordomo que busco a su sobrina, señora, y no vuelva a mentir diciéndome que no está, porque sé perfectamente que ella se encuentra aquí —le informó el oficial, con tono firme y semblante serio.

—Pues fíjese que esta vez no voy a mentirle, al fin que ya Mechi me contó que es usted ahora un hombre libre, el problema es que, si bien esa mocosa terca regresó aquí luego de la derrota en Talcahuano, volvió a irse hace dos días con destino a Talca, para ayudar a su admirado doctor en el hospital. Así que búsquela allá, porque lo único que me ha quedado aquí de esa rebelde es su trenza y su perro —le respondió la solterona con el ceño fruncido, pero gesto sincero.

Juan supo que esta vez la tía le decía la verdad y el alma se le fue a los pies. “¿Es que toda mi perra vida voy a tener que pasármela penando por la seguridad de esta arrojada e inconsciente mujercita de la cual he tenido el mal gusto de enamorarme?”, pensó él, ya molesto y con ganas de acogotarla de puro miedo y frustración. Luego de suspirar con resignación, el oficial le contestó:

—Está bien, señora, le creo, ya venía sospechando que esa cabezota iba a hacer algo así. Voy a partir ahora mismo yo también. Si marchan cargados van a ir más lento, y como me llevan solo dos días de ventaja, tal vez pueda alcanzarlos. De todos modos, le agradezco infinitamente todo lo bien que se ha portado con Mercedes.

—No tiene por qué, como ya le dije una vez, yo siempre protegeré a los que llevan mi sangre, y hablando de eso, como parece que no me va a quedar otra que tolerarlo en la familia, porque Mechi está decidida a aceptarlo por esposo cuando usted termine su periodo de luto, voy a hacer lo mismo con su persona.

—¿Qué quiere decir? —la interrogó él con gesto confundido.

—¡Que usted no está en condiciones de viajar a ninguna parte ahora, muchachito! Y ni mi ahijada ni yo queremos que se nos muera de cansancio justo ahora, que al fin vamos a poder echarle el guante. Así que se va a portar como un niño bueno, se va a bañar y cambiar, se va a afeitarse esa barba espantosa, va a comer algo caliente y sustancioso y va a dormir toda la noche en una cama, como Dios manda, para reponer fuerzas y mañana sí, si gusta, puede irse detrás de esa atolondrada. Aunque, de ser usted, yo ya estaría corriendo en sentido contrario, porque lidiar toda la vida con los caprichos de Mercedes, la verdad, no creo que le sea un peso muy fácil de llevar —comentó la mujer con mordacidad y picardía, en tanto que lo tomaba de un brazo y, apoyándose en su bastón, lo arrastraba hacia los interiores de la casa sin darle lugar a réplicas ni oposiciones.

El capitán se dejó conducir con una media sonrisa agradecida, al tiempo que le respondía:

—Se equivoca, señora, los caprichos y la terquedad de su sobrina son un peso que me encanta llevar y me encantará hacerlo por el resto de mi vida, porque vienen unidos a un sinnúmero de cualidades y atributos que valoro hasta el infinito.

La mujer lo contempló un instante con fijeza y después meneó la cabeza con un gesto comprensivo mientras lo interrogaba: —¿Usted de veras la ama, eh?

—Hasta el cielo ida y vuelta —le contestó él, con un tono que estaba a mitad de camino entre el arrobó y la resignación.

Al día siguiente, bien bañado, alimentado y descansado, Juan se despedía de su sincera y quisquillosa nueva tía con profundas muestras de agradecimiento y partía en soledad y a todo galope en dirección a Talca. Sin embargo, contra lo que él había pensado, no iba a poder alcanzar a la caravana militar antes de que llegasen a su destino, ya que los encontraría finalmente la madrugada del 1 de marzo de 1818, con las tiendas ya instaladas y, salvo unos pocos soldados, que montarían guardia, fusil en mano, al lado de las hogueras encendidas, la mayoría de los integrantes del inmenso campamento se hallarían durmiendo a pierna suelta y arrullados por el sonido del canto de los grillos y el ulular de los búhos.

Esa noche de inicios de marzo, luego de bañarse concienzudamente en un recodo escondido del caudaloso río Maule junto a Marta y Almudena, que habían vuelto a viajar a su lado, Mercedes fue a acostarse en su estrecho catre, luego de zurcir varios uniformes militares, sentada sobre un humilde tronco y a la luz de un oxidado candelabro con tres velas.

Las dos generosas mujeres, que no tenían hijos cuyo cuidado las atase a su hogar, habían decidido no solo acompañar de nuevo a sus hombres en esta aventura, sino también seguir cocinando para los soldados y aportando su patriótico granito de arena en esa lucha por la libertad e independencia de los pueblos sudamericanos que tantas vidas se había cobrado ya, pero que parecía estar llegando a su fin. Era solo cuestión de tiempo para que la guerra se definiese a favor de uno u otro bando y ellas rezaban con devoción para que los laureles de la victoria terminasen coronando a la causa patriota.

Habían sido veinte días de extenuantes jornadas de marcha, con el sol cayendo a plomo durante el día y un frío que ya comenzaba a erizar la piel por las noches. En ese clima mediterráneo habían transitado por planicies estrechas, con valles

menores, flanqueadas al este por la cordillera de los Andes y al oeste por la de la costa. Habían recorrido desde zonas arenosas y casi desérticas, con arbustos resecos y achaparrados de tanto en tanto, hasta pequeños valles más fértiles, con verdes montes de enormes alerces y araucarias y frías lagunas en cuya costa de desperdigaban colonias de rosados flamencos, que echaban a volar ante su cercanía. Habían encontrado también en el camino infinidad de animales silvestres más grandes, como pumas, ciervos rojos, huemules y guanacos, que huían al paso del ejército ante el fundado temor de ser cazados, como de hecho sucedió muchas veces, o pequeños, como los zorros y los ratones topo, que se refugiaban veloces en sus cuevas al sentirlos llegar.

Durante el tercer día de marcha, Mercedes casi se había desmayado de la sorpresa a encontrarse frente a frente con el mismísimo Carlos Arribas, ese apuesto teniente coronel chileno que había tenido la bonita idea de secuestrarla para obligarla a casarse con él. “¡Qué puntería, madre santa! ¿Es que llevo una nube de granizo sobre la cabeza?”, pensó la joven refunfuñando para sus adentros, antes de inclinar la frente con gesto serio y atemorizado, en respuesta a la galante inclinación de él, que llegó después de unos largos segundos de contemplarla, con sus ojos color café inundados de estupefacto asombro.

—Mercedes, qué sorpresa tan grande encontrarla a usted aquí —comentó el hombre con gesto avergonzado y culposo.

“Por lo menos él siente remordimientos”, adivinó la muchacha, antes de contestarle con ironía y tono seco: —Tal parece que el mundo es un pañuelo.

—¡Perdóneme, Mercedes, por favor, no sé qué me pasó, creo que me volví un poco loco por su rechazo, pero le juro por lo más sagrado que no pensaba hacerle daño! —le aseguró él con tono implorante y el ceño fruncido.

—Mire, Carlos, no gaste su tiempo en pedirme disculpas porque no pienso aceptarlas. Se portó como un bruto, imbécil, inconsciente y desconsiderado y me hizo pegar un susto terrible así que, si quiere hacer algo bueno por mí, hágame el grandísimo favor de mantenerse a dos kilómetros de distancia de mi persona —exclamó la chica con impaciencia.

—Es que no puedo, muchacha, estamos en el mismo ejército y vamos hacia el mismo lugar, si no quiere perdonarme, lo acepto, pero por lo menos permítame mantenerme cerca suyo para cuidarla, una mujer de su belleza puede correr muchos peligros en un grupo lleno de hombres solos como este —se justificó el oficial con gesto serio.

—Mire, teniente, debido a los hechos ocurridos recientemente, sospecho que el mayor peligro para mí aquí es usted, ¡así que aléjese de mi vista si es que sabe lo

que le conviene! —le gritó la joven ya ofuscada.

—¿Qué pasa, gorgojito? —le preguntó el sargento Cuevas, que también viajaba en la comitiva y se acercaba a ellos a grandes trancos, acompañado de su inseparable cabo Farías.

—Nada, sargento, solo estaba despidiendo al teniente, que ya se va —le explicó la chica, en tanto que miraba al oficial chileno con gesto amenazante.

Carlos Arribas entendió la indirecta porque, luego de inclinar la frente con gesto más avergonzado aún, se alejó de allí con la velocidad del viento.

—¿Algo que tenga que contarle a mi capitán cuando regrese? ¿Un nuevo pretendiente quizá? —la interrogó Cuevas con gesto socarrón, ya que sospechaba que se hallaban ante otro moscardón al que tendrían que espantar, el problema era que este tenía galones más pesados que los de ellos y los de Juan, así que la cosa se iba a poner complicada.

—Nada para contarle a su capitán, que bastantes preocupaciones tiene ya, pero sí les pido que se mantengan cerca de mí siempre que puedan, porque no confío en este hombre.

—Pues algo muy malo le debe haber dicho este tipo para que nuestra valiente coloradita le tenga miedo —comentó el cabo mirando a su compañero.

—Lo mismo pienso —le retrucó el otro con gesto de sospecha.

—¡Dejen de hablar de mí como si yo no estuviese presente, que no soy un mueble! ¡Solo manténganse cerca de mí por si acaso! ¿Está bien? —les volvió a pedir la joven, alarmada y nerviosa.

—Solo si nos dice ya mismo por qué le teme —la condicionó el sargento con gesto serio.

—De acuerdo, lo haré, pero solo si me prometen dejar de llamarme con ese mote espantoso —les respondió la muchacha, haciendo referencia al polémico “gorgojito” con el que la habían bautizado al conocerla, por considerarla un crío sucio, redondo, pequeño e inútil como un gorgojo. Luego los tomó del brazo y comenzó a caminar junto a ellos hasta la sombra de unos árboles, para contarles allí toda su historia con el teniente coronel.

Esa misma noche, a las tres de la madrugada, Carlos Arribas se despertó con el frío de un puñal quemándole la garganta, al abrir los ojos, en la semipenumbra de la tienda, pudo ver a dos robustos encapuchados parados a ambos lados de su catre. El que sostenía el cuchillo contra su cuello lo alzó de la camisa y caminó detrás de él, al tiempo que le cruzaba un brazo delante del pecho y sin quitarle jamás el arma del gaxate, en tanto que el otro los seguía y lo apuntaba con su mosquete. Lo llevaron en silencio y a los empujones hasta unos cien metros de

distancia y, al llegar frente a un viejo alerce, alejado del campamento, le vendaron apretadamente la boca, le sacaron la camisa, dejándolo solo con los calzones y descalzo, lo ataron de pies y manos al tronco del grueso árbol y, al terminar, el que llevaba la pistola le advirtió con voz ronca y tono amenazante:

—Por esta vez solo lo vamos a dejar unas cuantas horitas a la intemperie, para que el frío de la noche le refresque las pelotas y lo haga reflexionar, pero, si vuelve a acercarse a menos de diez metros de distancia de la señorita Mercedes Gutierrez Prado, vamos a volver a buscarlo y traerlo aquí, pero ahí ya no le van a quedar huevos para refrescar, porque se los vamos a cortar de cuajo. ¿Entendió, mi teniente coronel?

El oficial asintió, aterrado y con la piel erizada de frío, en tanto que el rocío del pasto le mojaba las plantas desnudas de los pies. Luego los vio irse, a tranco cansino y sin ningún apuro, con la aterradora certeza de que se hallaba ante dos veteranos de hígados curtidos y de palabra, que no iban a vacilar un segundo en privarlo de sus atributos masculinos si no prestaba oído a sus amenazas. Así que, teniendo en cuenta que la chica tampoco podía verlo ni pintado, se resignó a contemplarla desde lejos durante el resto del viaje.

Al otro día, dos jóvenes soldados que se dirigían al monte a hacer sus necesidades encontraron al atildado teniente coronel semidesnudo, atado y amordazado, con el cuerpo agarrotado por el frío y la inmovilidad y un pie rojo e inflamado por las picaduras de las hormigas negras, que merodeaban alegres por allí luego de haberse dado un festín.

## Capítulo 7

### EN MEDIO DE UN VENDAVAL

Ese 1 de marzo de 1818, luego de llegar al campamento de Talca en horas de la madrugada, el capitán Jhon Williams se acercó a los soldados patriotas, que se hallaban montando guardia con su fusil cruzado sobre las piernas y sentados alrededor de los fogones. En ese momento, las diferentes hogueras encendidas daban calor e iluminaban las amplias tiendas de campaña, las que se destacaban en la oscura noche como gigantescos fantasmas. Luego de saludar a sus correligionarios, les fue preguntando si sabían dónde dormía una preciosa joven de cabello rojizo y corto llamada Mercedes. No necesitó recorrer demasiado, a pesar de lo numeroso de las tropas, no había muchas mujeres en ese ejército y menos tan bellas y con ese raro corte y color de pelo, así que el séptimo hombre que interrogó le dio la información que solicitaba, contándole que a unos cuatrocientos metros hacia la izquierda se encontraba una tienda más pequeña, identificable porque estaba rodeada por cuatro sogas con ropa colgada a secar. En ella dormía la preciosa pelirroja asistente de Paroissien, junto a otras seis cuarteras que habían viajado con ellos.

Luego de agradecerle al guardia con una enorme sonrisa y una palmada en el hombro, Juan caminó hacia allí, con su fiel caballo de tiro, sucio hasta lo indecible, nuevamente barbudo, con el estómago rugiéndole de hambre y los labios resecaos de sed, pero con unas ganas locas de volver a contemplarla, después de más de dos meses de separación, y de asegurarse de que esa bella mujercita, que se había convertido en su vida entera, se encontraba bien.

Al reconocer la tienda se detuvo, se quitó las botas, se acercó al fuego, tomó de él una gruesa rama encendida, que despedía un suave resplandor, y entró allí caminando despacio en la oscuridad y tratando de no hacer ruido. Enseguida la vio, descansaba en un camastro ubicado entre los de Almudena y Marta, las dos

buenas mujeres con las que había hecho amistad en Talcahuano, pero cerca de la puerta de entrada. Despacio, se arrodilló al costado del catre de la joven y, como en las viejas épocas, se dedicó a contemplarla con embeleso. Ella dormía de costado, con las piernas arrolladas en posición fetal y las pequeñas manos cruzadas delante de su pecho. Tenía puesto su largo y cerrado camisón blanco, pero no estaba tapada porque, al estarse preparando una tormenta, la noche era inusualmente calurosa. La tenue luz despedida por la antorcha le daba al cabello de la muchacha, mucho más largo, limpio y suave ahora, reflejos de oscuro oro que se desparramaban sobre la almohada en desordenada anarquía. Él observó sus pómulos altos, heredados de sus antepasados pehuenches, sus cejas gruesas y bien delineadas, sus pestañas tupidas, su piel blanca e inmaculada, con pequeñas pecas en el puente de la recta nariz y su boca ancha y generosa que lo invitaba a besarla. Pero no podía hacerlo, no ahora que se sentía tan sucio como un estercolero y olía peor que su caballo, así que se limitó a mirarla, mudo y maravillado, durante varios minutos. Cuando él ya había decidido irse, porque el estómago había comenzado a crujirle de hambre, Mercedes abrió los ojos y se quedó viéndolo por unos instantes con fijeza y asombro, casi sin poder creer que él estuviese allí. Momentos más tarde, ella extendió una mano y le acarició la mejilla con suavidad, al tiempo que una lenta sonrisa se extendía por su rostro adormilado, finalmente, le dijo con la mirada brillante y un tono bajo y apenado:

—Siento mucho lo de su esposa, Juan.

Él asintió en silencio, en tanto que una gruesa lágrima de emoción trazaba un lento recorrido desde su pupila hacia la comisura de su boca. Ella la vio y, acercando su rostro al de él, en un impulso, lamió esa gota salada con suavidad, con la punta de su lengua. Ese gesto primitivo y sensual le provocó al oficial una punzada de deseo feroz e intenso que le atravesó el vientre, se instaló en su sexo y lo hinchó de anticipación. Avergonzado e inquieto, se echó hacia atrás y se paró. La joven, sorprendida y turbada, lo imitó, mientras se llevaba un dedo a la boca en señal de silencio y le señalaba la puerta de entrada.

Antes de salir, ella abrió un amplio baúl y extrajo de él dos paños grandes y un trozo de jabón blanco, luego caminó hacia la mesa y tomó dos pedazos de carne con papas frías, que de seguro habrían sobrado de la cena y estaban sobre un plato de lata y tapadas con un repasador, un odre de vino, un pedazo de pan y cubiertos. Al finalizar, con los brazos cargados se dirigió hacia afuera, seguida de cerca por el capitán.

En el lejano horizonte tormentoso, la noche parecía comenzar a aclararse entre las densas nubes, cortadas de vez en cuando por algún rayo, a la vez que

principiaba a oírse el lento y alarmado mugir de las vacas y el canto de los aguiluchos que anunciaban la pronta llegada de un nuevo día.

—Siéntese junto al fuego y coma, que escucho los sonidos de su estómago hambreado desde aquí. Mientras tanto, yo voy a ir a cambiarme y a buscarle una muda de ropa limpia y una navaja para afeitarlo —le informó la chica con tono cariñoso, solícito y levemente avergonzado, luego de ver con qué rapidez el joven se había alejado de ella cuando se le acercó y sabiendo cuánto le disgustaba a él estar en ese estado de abandono.

Como siempre, pensó él, ella estaba pendiente de todas sus necesidades, adivinándolas aun antes de que se las dijese. Aunque en realidad lo que más necesitaba él en este momento era a ella, por eso era que se había apartado tan rápido, por el temor a no poder seguir soportando mantener sus manos alejadas de la chica ni un segundo más. Veinte minutos después, cuando Mercedes salió de la tienda vestida con una sencilla y recatada camisa blanca y una liviana falda marrón, vio que el oficial había terminado de comer y la observaba con una suave y crítica sonrisa, que ella le devolvió con timidez antes de informarle:

—Aquí le dejo todo lo necesario para asearse y cambiarse, si camina ciento cincuenta metros en dirección al oeste, va a encontrar un recodo profundo, pero sin correntada, donde puede bañarse, hay allí también unas piedras donde puede dejar la ropa para que no se le ensucie. Cuando termine vuelva y, si quiere, puedo afeitarlo —luego de hablar, ella tomó unos sorbos del mate cocido que se había preparado y lo miró en silencio.

—¿Como en los viejos tiempos? —le preguntó él, al tiempo que alzaba una ceja con picardía.

—Algo así —le contestó ella, antes de desviar la vista con una sonrisa incómoda.

—No quiero.

—¿Qué?

—Alejarme de usted, hace más de dos meses que no la veo y, si quiere que me bañe, va a tener que acompañarme, porque no pienso volver a perderla de vista en lo que me reste de vida —le respondió él con simpleza y serenidad, pero incendiándola con el fuego de sus ojos azules.

—Pero es que no es correcto... —protestó la chica con timidez, aunque, muy en el fondo de su corazón, la aterraba quedarse a solas con él, ahora que ya no tenía excusas válidas para no hacerlo.

—Mercedes, usted y yo sabemos que dejamos atrás la corrección hace mucho tiempo —afirmó él con tono seductor, en tanto que se acercaba a ella.

La joven retrocedió dos pasos, alarmada, antes de retrucarle: —Bueno, no del todo.

—Solo por unos pocos centímetros —le recordó el capitán con gesto pícaro.

—¿Piensa torturarme con ese comentario por el resto de mis días? —le reprochó Mechi, ya amoscada y con las mejillas del color de su cabello.

—No, solo hasta que ya no existan —le contestó el oficial sonriendo otra vez. Después, le tomó una mano y volvió a decirle con tono comprador—: Vamos, acompáñeme, no voy a pedirle que me enjabone la espalda, solo quiero conversar.

—¿Tengo que recordarle que usted jamás quiere “solo conversar”?

—Pues esta vez sí, fíjese que siento un enorme interés por saber cómo fue eso de que me había prometido esperarme, segura y protegida, en casa de su tía, y me la vuelvo a encontrar aquí, en medio de todo el alboroto —aseguró el muchacho con gesto ya serio, al evocar todo el miedo que había pasado al no hallarla en Santiago.

—Que yo sepa, usted no me ha comprado, ¿o acaso yo le digo lo que tiene que hacer? —rezongó Mechi, sabiendo que estaba en falta con eso, pero decidida a no reconocerlo. Después comenzó a caminar con tranco enérgico en dirección al río, aceptando así implícitamente su pedido.

Juan la siguió, contemplándola de refilón al tiempo que, con tono amonestador, le respondía: —Es distinto, mi cielo, yo soy hombre y es normal que los hombres vayamos a la guerra, pero usted es mujer y...

—Yo solo vine a ayudar con los heridos, no pienso combatir con faldas si eso es lo que le preocupa. Y ahora cuénteme de su hijito —le pidió ella, para cambiar de tema y con la íntima intención de conocer más sobre el niño.

—Es rollizo y fuerte como un roble, gatea por todas partes, se lleva todo a la boca, incluso ha llegado a comer caca de conejo, en un descuido de su nodriza, ha comenzado a dar pasitos, de la mano por supuesto, es alegre y simpático y ya ha aprendido a decir teta y mamá —le contó el oficial, con tono orgulloso y mirada evocadora.

—¿Y cómo tomó lo de la muerte de su madre?

—Estaba triste, por supuesto, porque es un bebé inteligente y percibe todo lo que sucede a su alrededor, pero como todavía es demasiado pequeño para darse cuenta totalmente de las cosas y sus abuelas lo colman de atenciones y de amor, se quedó bastante tranquilo. —Mientras decía esto, llegaron a la orilla del río y él comenzó a desvestirse, al amparo de los árboles del monte. Salvo por el sonido del agua al correr y el graznido de una colonia de patos salvajes que

nadaban en la otra orilla, el lugar estaba vacío y silencioso. Juan dejó su ropa sucia sobre los juncos y apoyó la limpia sobre tres piedras que sobresalían en la barranca, en tanto que veía cómo la joven se había puesto de espaldas a él, de seguro para no verlo desnudo y tratando de avizorar la tormenta, que se cernía sobre el cielo, clamaba cada tanto, y había comenzado a levantar una brisa fresca que contrarrestaba el clima caluroso y húmedo que venían soportando desde hacía varias horas.

De repente, un ruidoso trueno la sobresaltó, al tiempo que un rayo surcaba el horizonte, iluminando el cielo de norte a sur y lanzando destellos por entre las ramas de los árboles, que se mecían cada vez con más fuerza. Desde el campamento comenzaron a llegar los sonidos del relincho asustado de los caballos, el mugir de las vacas y los gritos de los oficiales, ordenándoles a sus soldados que encerrasen a los animales en los precarios corrales que habían encontrado en ese lugar y que pusieran a cubierto los pertrechos que pudiesen arruinarse con el agua, sobre todo, la pólvora.

—Si no se apura a bañarse, creo que la lluvia lo va a hacer por usted —le gritó la joven, que continuaba de espaldas al oficial, el cual, ya dentro del río, se apresuró a enjabonarse el cabello y las axilas, temiendo que ella tuviese razón, porque hasta los patos habían volado a buscar refugio en sus nidos, y el viento ululante, cada vez más intenso, hacía volar las hojas de los árboles en suaves remolinos y levantaba pequeñas ondas en el agua. Escondidas entre los juncos, las ranas croaban con anticipación saludando a la borrasca.

—¿Le tiene miedo a las tormentas? —le preguntó el capitán, al tiempo que veía cómo una ráfaga alzaba la falda de la chica casi hasta sus rodillas y se sentía culpable por tenerla allí, a la intemperie y a merced de un rayo, solo porque él era un egoísta incapaz de dejar que se alejara de su lado.

—¡No! ¿Cómo se le ocurre? ¡Me encantan! De pequeños Luis y yo solíamos salir descalzos a correr bajo el chaparrón, es más, un día llovía tan torrencialmente que no vi a una yarará que estaba enroscada en medio del camino y la pisé en la cola, por supuesto, la víbora saltó para picarme, pero, por fortuna, yo ese día llevaba una gruesa falda y los colmillos se le quedaron atascados allí. Al final, mi hermano la mató de un palazo y yo me desmayé del susto. ¿Por qué se cree que les tengo tanta fobia a esos bichos?

—No sé, pensé que eso les venía a las mujeres por el lado de Eva y el pecado original... —le respondió Juan, con voz sensual y su cuerpo desnudo pegado a la espalda de la muchacha.

Al comenzar a caer las primeras gotas, en medio de pequeños remolinos de

viento, él había salido del agua con la intención de cambiarse rápido y volver al campamento, pero, al oírlo decir que le encantaban las tormentas, cambió de parecer. ¿Qué otra oportunidad iba a tener de quedarse a solas con ella, en medio de un lugar donde había más de cuatro mil hombres? ¿Y quién se iba a aparecer a interrumpirlos ahora, en ese monte y con el cielo cayéndose a pedazos? Además, le recordó su diablo interior, a él tampoco lo asustaban ni los rayos ni los truenos, y mucho menos esa borrasca apenas fría que mojaba la fina camisa de la joven, la pegaba a sus pechos llenos, erizaba sus pezones rosados y lo volvía loco. Al ver que Mercedes se quedaba muda y quieta, él pasó sus brazos por detrás de su cintura, apoyó su pecho amplio contra la espalda de la joven y su sexo erguido y caliente contra los glúteos de ella y comenzó a acariciar sus senos, primero por encima de la ropa y, luego de desprenderle la camisa con suavidad, directamente sobre su piel, blanca e inmaculada, al tiempo que la besaba en el cuello, resollando cada vez con más intensidad. Mientras tanto, la tormenta se desataba en todo su esplendor y, en medio del cielo iluminado por los relámpagos y el ruido retumbante de los truenos, comenzaba a llover en forma torrencial, aun cuando las tupidas copas de los árboles sobre sus cabezas hacían que el agua llegase hasta ellos atenuada y por franjas.

Al sentir su voz arrulladora y sus manos enloquecedoras sobre sus pechos, en un primer instante de estupor, la muchacha pensó en recordarle que debía guardar luto, pero luego se dijo que era inútil, ni él iba a escucharla ni ella quería que lo hiciese, ya habían esperado demasiado tiempo y ella lo necesitaba tanto como él. En tanto que estos enredados pensamientos campeaban por su mente con libertad, la chica sintió que los largos dedos de él acariciaban su vientre redondeado por debajo de su falda y descendían hasta abrir los pliegues que daban paso a su interior, para tocarla con pericia y suavidad en ese sitio prohibido que podía brindarle un placer exquisito. Luego de unos minutos de tensa y deliciosa tortura, gimiendo audiblemente, ella giró hacia él y tomó su rostro, áspero por la barba, entre sus manos, para empezar a besarlo con profunda entrega, al tiempo que enredaba su lengua con la del hombre y apretaba sus caderas contra él, como una forma de comunicarle sin palabras, utilizando solo el lenguaje universal y eterno del instinto, el intenso deseo que la impulsaba a dar y recibir placer, esta vez sin ningún tipo de trabas.

Enloquecido de pasión, al interpretar con acierto su silencioso mensaje, el capitán comenzó a desnudarla con rapidez, sin dejar de besarla y acariciarla constantemente, gracias al cielo ella no tenía puesto el corsé, así que terminó de desprenderle la camisa y se arrodilló sobre el pasto mojado para soltarle también

la falda y bajársela por las caderas, antes de continuar con sus blancos calzones de algodón. Al ver que la chica, avergonzada, intentaba cerrar su camisa para cubrirse, él no se lo permitió y alzó sus manos para deslizársela, por detrás de los hombros de ella, hasta quitársela del todo. Quería verla completamente desnuda, como en sus sueños, o como aquella gloriosa vez en el río, hacía ya más de un año, cuando había descubierto que ella era en realidad una bellísima mujer. Después el capitán se alejó hacia atrás, se sentó sobre sus talones, y allí se quedó, contemplando, quieto y extasiado, el cuerpo amado de ella, su pechos firmes, su cintura pequeña, sus caderas redondeadas, sus piernas torneadas y el color rojo oscuro de su pubis, mientras el agua corría libremente por la piel de ambos y el viento furioso y mordiente remolineaba a su alrededor. Ajena a las inclemencias del tiempo, la joven también observó con detenimiento el pecho amplio de él, surcado de cicatrices de la guerra, su piel trigueña, sus músculos flexibles y firmes, sus caderas estrechas y el vello oscuro, casi negro, que comenzaba debajo de su ombligo y se extendía hacia abajo, en una franja que iba ensanchándose hasta rodear por completo ese apéndice grueso, rojizo y lampiño que, al igual que aquella vez del hospital, le provocaba miedo y a la vez fascinación. Para el muchacho, ver los diamantes verdes de sus ojos fijos en ese lugar lo excitó hasta el infinito y, en un impulso irreflexivo, él se alzó sobre sus rodillas y la tomó de las caderas para acercarla y acariciar con su lengua inquieta el centro de placer de ella, que palpitaba escondido detrás de su vello rojizo. Mercedes soltó un gemido hondo y lastimero, porque esa íntima y sorpresiva caricia y el contraste entre lo frío de la lluvia y lo caliente de la boca de él, la habían arrastrado al borde del orgasmo. Instantes después, gozosa y avergonzada, se arrodilló en el pasto para alejar su rostro de allí y comenzó a besarle de nuevo, apretando su cuerpo contra el de él con honda pasión. En ese momento Juan no pudo seguir conteniéndose por más tiempo, así que la reclinó hacia atrás con suavidad, se acostó sobre ella, le alzó los muslos firmes para flexionarlos contra sus costados y entró dentro de la chica de un único y feroz empuje que acabó de una vez y para siempre con su terca virginidad. Al sentir que ella gritaba e intentaba incorporarse, él se arrepintió de haber sido tan brusco y tembló del miedo a que la joven volviese a rechazarlo, pero, al ver que ella tomaba su cara áspera entre sus manos para empezar a besarle de nuevo con ardor, al tiempo que relajaba su vientre y alzaba sus caderas hacia él en una muda bienvenida, suspiró con alivio. Él pensó que esta no era una frágil muñequita de porcelana, era la bella guerrera que había combatido a su lado con valentía y coraje, la que lo había enamorado desde los pies hasta el alma y la que

jamás iba a amedrentarse por un poco de dolor. Despacio, con sus ojos azules abiertos y clavados en los verdes de ella, para grabar en sus retinas sus gestos de pasión por toda una eternidad, Juan comenzó a moverse, primero con más lentitud y, al ver que la chica se acoplaba a él, acompañándolo en esa lujuriosa danza que desataba huracanes de placer en su interior, el muchacho le imprimió a sus caderas mayor velocidad. El intenso rumor del viento no bastó para acallar los audibles gemidos de ambos, ni las insistentes gotas de lluvia heladas alcanzaron para enfriar el ardor de esos cuerpos calientes, que habían esperado tanto tiempo para poder finalmente ensamblarse, con perfecta simetría, sobre el pasto húmedo del suelo de otra patria.

Mientras afuera la tormenta rugía con furia, el incontenible vendaval de pasiones que se había desatado también dentro de sus pechos terminó arrollándolos a los dos, y fundió los vientres de ambos en un espiral de sublime, placentero, único y exquisito fuego, quemando, en chispazos de luz, las alas de los imaginarios colibríes de la chica, sin dejar nada a su paso.

Minutos después, con las luces de un nuevo día filtrándose por entre las ramas y cuando la borrasca comenzaba a menguar, en tanto que los jóvenes permanecían abrazados y se besaban con ternura, con las piernas licuadas de pura debilidad y contemplándose uno al otro, maravillados por el intenso goce que habían compartido, Mercedes comentó con picardía:

—Bueno, capitán Williams, parece que por fin ha podido avanzar esos pocos centímetros que lo obsesionaban en esta batalla, lo raro es que yo me siento profundamente victoriosa, así que, ¿será que el derrotado ha sido usted?

—Error, combatiente Gutierrez Prado, esta ha sido la victoria más placentera de toda mi vida, porque ambos peleamos siempre en el mismo bando —le contestó el oficial, siguiéndole la broma con un tono zumbón y una mirada de profunda devoción, en tanto que le daba un suave beso en la punta de la nariz. Luego, él se alzó sobre sus codos para confesarle con gesto serio y embelesado —: ¿Tienes una mínima idea de cuánto te amo?

—¿Tanto como yo te amo a ti? —le respondió ella con otra pregunta.

—No, yo te amo más —la contradujo el joven, con un gesto amoroso.

—¿Cuánto más? —lo desafió la chica.

—Hasta el cielo ida y vuelta —le contestó él con una amplia sonrisa, repitiendo la frase que le había dicho ya a su tía Gertrudis, veinte días atrás, antes de volver a besarla con intensa pasión.

Una hora después, recostado en el suelo, impudicamente desnudo y con los brazos cruzados detrás de su cabeza y oficiando de almohada, el oficial la

observaba retorcer la camisa y la falda, tratando de eliminar el agua que las había empapado de nuevo al tener que enjuagarlas en el río, para quitarles los restos de pasto, hojas y barro, que se habían acumulado sobre ellas con el inclemente temporal. La chica tenía el ceño fruncido de preocupación, pero, con su mente sencilla y práctica, luego de volver a hacer el amor, ella se había sumergido en la corriente hasta la cintura, para lavar las manchas que le habían quedado como recordatorio de su virginidad perdida, y ahora se ocupaba concienzudamente de adecentar su ropa. A pesar de que Juan se había prometido a sí mismo no volver a tocarla ese día, porque sabía que la joven estaba lastimada e inflamada, ella había respondido a sus tentativos besos y caricias con la misma pasión del primer encuentro, y él no había podido contenerse. Sin embargo, esta vez había procedido con más lentitud, ternura y cuidado, obteniendo a cambio el mismo desbordante y tempestuoso placer. Mientras la contemplaba vestirse, él vio que ella temblaba, con un estremecimiento de frío, de seguro al sentir las telas heladas y húmedas sobre su cuerpo tibio, y le preguntó con preocupación:

—¿No quieres que vaya a buscarte ropa seca a tu tienda? Vas a enfermarte con esos trapos mojados.

—¿Y desparramar a los cuatro vientos que ahora sí soy tu amante? ¡Ni muerta! ¡Prefiero congelarme! ¡Mi honra y mi buen nombre están primero! —le respondió la joven, frunciendo el ceño con rechazo y alzando un dedo con gesto teatral.

—¡Ey! ¿Eso quiere decir que vamos a tener que seguir escondiéndonos para poder estar juntos? —le preguntó él, al tiempo que se enderezaba alarmado.

—¡Por supuesto! Y vístete rápido, que la tormenta ya pasó y en cualquier momento puede aparecerse alguien —le recriminó la chica, antes de arrojarle el uniforme mojado sobre el pecho con apuro.

—¡Ah, no! Si ese maldito cura sigue vivo por aquí, lo busco y le pido que nos case y se acabó, ya estoy harto de andar jugando a las escondidas, y menos ahora que ya no hay necesidad.

—¿Cómo que no? ¡Te recuerdo que tu esposa falleció hace poco más de un mes! ¿Es que eres tan desconsiderado que no eres capaz de guardarle, aunque sea, seis meses de luto?

—¡Ah bueno, genial! ¡Tampoco te escuché a ti recordándome el temita del luto, como siempre, mi cielo, tú te acuerdas de las cosas cuando te conviene! —le reprochó él, evocando aquella vez de la tienda cuando, luego de que él le había provocado un intenso orgasmo con sus caricias, ella había regresado a sus

viejos escrúpulos y lo había rechazado de plano, orillándolo a emborracharse como una cuba para matar las penas y el deseo insatisfecho.

—¡Cuando te conviene a ti, desgraciado, bruto! ¡Olvídate de que vas a volver a ponerme un dedo encima antes de que nos casemos! Solo porque me apiadé de ti y de tus reclamos, ahora te crees con el derecho de...

—Mentirosa —le retrucó él, antes de acercarse en dos trancos, abrazarla y empezar a besarla de nuevo con pasión, solo para demostrarle que la piedad tenía muy poco que ver con sus apasionadas respuestas hacia él.

En el instante en el que el oficial comenzaba a desprender de nuevo la camisa de la chica, asombrado de que ella fuera capaz de volver a excitarlo en tan poco tiempo, ambos escucharon con alarma, primero, la voz de Farías y luego la de Cuevas.

—¿Dónde anda usted, gorgojito? Nos pareció escuchar su voz.

—Salimos a buscarla porque nos preocupó que no estuviese en su tienda, con semejante tormenta.

—¡Ya está, se acabó, los voy a mandar a picar piedras a la punta del Aconcagua por pelotudos! —exclamó Juan en tono bajo y furioso, al tiempo que la soltaba y comenzaba a vestirse rápidamente.

—¡No te atrevas! ¡Que el que los obligó a vigilarme día y noche fuiste tú, ahora te aguantas! —lo amonestó la muchacha en el mismo tono, mientras volvía a prenderse la camisa y se peinaba el desordenado cabello con los dedos. Luego alzó la vista y le ordenó—: ¡Escóndete!

—¡No! —le retrucó él con porfía, en tanto que saltaba en un pie, tratando de meter el otro en la bota pesada y húmeda. “Su tía tenía razón —pensó el capitán—. Esta es la mujercita más caprichosa y mandona del mundo, pero jamás voy a poder seguir el consejo de la vieja de correr en sentido contrario, porque amo a esta pelirroja hasta el infinito y más allá, así de tonto y pollerudo soy”. En esas disquisiciones estaba cuando los dos inoportunos mastodontes aparecieron desde un costado, sonriendo con asombro e incomodidad al encontrarlo allí.

—¡Capitán, qué grata sorpresa! —exclamó Cuevas, tratando de contener la risa al ver a su siempre impecable y atildado jefe mojado hasta los tuétanos, con la chaqueta y la camisa desprendidas en clara señal de haber estado retozando, tratando de embocar su pie izquierdo dentro de la bota derecha, y contemplándolos a ambos con un gesto asesino.

—Bienvenido, jefecito. No sabíamos que ya había regresado —agregó Farías con tono pícaro.

—Pues sí, aquí estoy —les respondió el oficial con tono de pocas pulgas, luego

se sentó sobre una piedra, para quitarse el calzado y tratar de volver a colocarlo en la extremidad correspondiente.

—¿Y cómo está su esposa? —le preguntó el sargento.

—Falleció hace un mes.

—Lo acompañó en el sentimiento —le dijo Cuevas, apesadumbrado.

—Yo le diría lo mismo, pero la verdad es que tampoco lo veo arrancándose los pelos de la tristeza —comentó Farías con ironía, haciéndole notar que ya había tomado nota de su estado de desaliño y las razones que podrían haberlo llevado a él. Después se acercó a ayudarlo, en tanto que agregaba con sorna—: Parece mentira, un hombre grande como usted y venir a sacarse las botas al monte con semejante tormenta.

—¡Cabo, si no deja esa lengua quieta ya mismo, se la corto! —lo amenazó Juan con el ceño fruncido, al ver que Mechi miraba hacia el piso, muda y roja de la vergüenza. Tratando de componer la situación, el capitán agregó—: Aunque en realidad tiene razón, en vez de darme el pésame deberían felicitarnos, porque Mercedes y yo vamos a casarnos dentro de poco tiempo.

Los dos subordinados sonrieron complacidos, pero, antes de que comenzasen las congratulaciones, fue la chica la que salió de su mutismo para decirle con los ojos echando chispas: —Jamás voy a casarme contigo antes de que se cumplan por lo menos seis meses de luto. ¿Qué diría la gente si vuelves a contraer matrimonio cuando el cuerpo de tu primera esposa ni siquiera se ha enfriado en el cajón?

—¡Pues me importa un cuerno la gente y el qué dirán, solo yo sé lo que he vivido para llegar hasta aquí! Además, mi hijo necesita una madre que lo cuide —le respondió él molesto, en tanto que la muchacha lo contemplaba, avergonzada y enfurruñada.

—Y eso es para lo úúúúnico que él la quiere, *gorgojito* —agregó Cuevas, con ironía y sin poder contener la risa.

—¡Cállese, sargento! —le gritó Juan, perdiendo la paciencia del todo.

—Cuando sea que se matrimonien, felicitaciones a los dos, es una gran alegría para todos saber que por fin van a poder estar juntos, con el perdón de la finadita —finalizó Farías, esta vez cuadrando los hombros con gesto serio y emocionado.

—¿Qué te parece? ¡Nuestro *gorgojo* de jefecita! —comentó el sargento.

—¡La que nos espera! —concluyó el cabo, con un guiño cariñoso a su adorada colorada.

—¡Bah! No se preocupen por eso, prometo hacerlos estaquear al sol todo el día, solo una vez por mes —les aclaró Mechi con gesto serio y displicente, en

tanto que se retiraba de allí a grandes zancadas y felicitándose internamente por haber podido vengarse un poco de las pullas de esos dos sabandijas.

Las dos semanas siguientes representaron una atípica y pasional luna de miel para la nueva pareja. Atípica porque se dio en medio de un numeroso ejército, al que se seguían sumando adeptos día a día y que se aprestaba para un feroz combate, preparando sus defensas en tanto que el enemigo iba acercándose cada vez más. Así que mientras la chica lavaba, cosía y remendaba uniformes, cocinaba para las tropas, clasificaba hierbas y cortaba y preparaba vendas, además de atender a los convalecientes, Juan se dedicaba a entrenar a los nuevos soldados en técnicas de combate, proteger a la ciudad de Talca y a los campesinos de la región del ataque cada vez más feroz de las guerrillas realistas, aliadas en algunos casos con grupos de pehuenches alzados contra su jefe, y aceitar y preparar las armas para la lucha.

Pasional porque, desde esa primera relación sexual en medio de una furiosa tormenta, él aprovechaba toda oportunidad, posible o creada, para disfrutar del cuerpo bello y exuberante y la sensualidad curiosa y desbordante de la mujer que amaba, a cualquier hora y en cualquier lugar, siempre que estuviesen alejados de miradas indiscretas, y, en el despertar a la sexualidad, la joven lo secundaba disfrutando enormemente de esas fogosas cópulas. Todo les venía bien, el monte tupido y silencioso, el río en las madrugadas cálidas, los altos juncos de la orilla y hasta la tienda de campaña, en los pocos momentos en los que quedaba desierta, o una húmeda y silenciosa cueva en la montaña, la que descubrieron luego de un solitario paseo a caballo. En fin, ambos se adaptaban a los sitios más insólitos e impredecibles, con tal de poder compartir ese amor tierno y lujurioso que hacía que cada nueva unión fuese tan única y especial como la primera. Al igual que en sus épocas de soldado, Mercedes se reveló como una aprendiz curiosa, atenta, desprejuiciada y diligente, que aceptaba con una sonrisa, entre gozosa y avergonzada, todas las posiciones amoratorias que él le proponía y las nuevas caricias y formas de darse placer uno al otro que le enseñaba. Aunque, recordando las advertencias de Leonor, aún guardaba las apariencias ante los demás y no había aceptado la propuesta de su amante de dormir solos en una tienda, porque el juicio de los otros y sobre todo los comentarios malintencionados que pudiesen llegarle algún día a su estricta madre, le pesaban como una lápida de mármol sobre el pecho.

—Mi reino por una cama —exclamó Juan, que tenía una insistente punzada de dolor en la espalda y la contemplaba con sus bellos ojos azules y una sonrisa pesarosa.

—No tienes reino —le respondió la joven, mientras le acariciaba el pecho con ambas manos con un gesto pícaro.

—Tú eres mi reino, eres todo lo que necesito para ser feliz, solo que mis huesos se están quejando un poco de tanto traqueteo —se lamentó él.

Estaban los dos desnudos dentro de una cueva, era el atardecer y había comenzado a refrescar, pero sus pieles sudorosas aún conservaban el calor de la pasión. El oficial estaba acostado boca arriba, sobre una manta apoyada directamente en las piedras y tenía sus dedos morenos y largos cerrados alrededor de las redondeadas caderas de la chica, que se hallaba sentada sobre el vientre de él, con las piernas flexionadas a los costados y sus cuerpos aún unidos por su sexo. Suspirando agotada, ella se apartó con suavidad y se recostó de costado, de cara a él, después estiró un brazo hacia atrás para atrapar otra manta que el muchacho había traído, taparse y taparlo, antes de contestarle con tono admonitorio:

—Tú quisiste esta posición, así que no te quejes.

—Por supuesto, no quería que mi mujercita se dañase esa preciosa columna que tiene con estas duras piedras, no podré darte una cama, pero, muy en el fondo de mi abnegado corazón, aún sigo siendo un caballero inglés —le dijo él con tono teatral y seductor.

—Convertido a la causa patriota —le advirtió ella, antes de continuar con gesto tierno—: Ponte boca abajo, a ver si podemos aliviar un poco esa maltratada espalda. —Luego de que él la obedeciese en silencio, y cerrase los ojos con un gesto pacífico y entregado, en tanto que apoyaba el rostro sobre sus brazos cruzados, ella se limpió el bajo vientre lo mejor que pudo, se puso sus blancos calzones, que le llegaban hasta arriba de las rodillas, y volvió a sentarse sobre los muslos de él, con sus piernas a los costados, para comenzar a masajear, con movimientos circulares de sus pulgares, los omóplatos y la región alrededor de la columna del capitán.

—Dicen que San Martín llega mañana al campamento —le comentó él con tono serio, antes de suspirar de placer al sentir cómo los nudos de sus músculos iban cediendo ante las mágicas manos de la chica.

—¿Crees que dirá algo de lo nuestro?

—No lo sé, tiene demasiadas preocupaciones en mente como para ocuparse de nosotros, pero sí me temo que a nuestro jefe no le va a gustar nada encontrarte aquí —aseguró él con tono preocupado.

Como confirmando su sospecha, una soleada tarde, dos días después, mientras la feliz pareja venía conversando, tomados de la mano, en tanto que caminaban

por el amplio campamento, se toparon de frente nada menos que con Las Heras y San Martín, ataviados con sus impecables uniformes militares azules y cargados de galones.

—Bueno, parece que se sigue tomando su misión demasiado a pecho, capitán Williams —exclamó el jefe del ejército con sorna, a la vez que clavaba su mirada en las manos unidas de los enamorados.

Al instante, Mechi tironeó para soltarse, pero Juan sostuvo sus dedos con firmeza, antes de responder: —Bienvenido al campamento, Don José, es un placer volver a verlo.

—Lo mismo digo oficial —le contestó el general, al tiempo que contemplaba con fijeza a la joven, todavía sin poder creer que esa preciosa muchacha fuese el mismo panzón y sucio mozalbete que le había oficiado de intérprete con los pehuenches.

—¿Qué está haciendo aquí, señorita Mercedes? Si mal no recuerdo, le ordené que no volviese a acercarse nunca más a una zona en la que haya riesgo de combate —la interrogó San Martín con gesto serio y admonitorio.

—Así es, señor, pero le recuerdo también que su castigo fue que ayudase en el hospital, y ya ve que sigo sus órdenes al pie de la letra, porque aquí estoy —le respondió la joven, con los ojos redondos de miedo.

—No se haga la sonsa ni me tome el pelo, muchachita, sabe muy bien que mi orden se refería al hospital de Santiago, no a la campaña, dentro de poco esto se va a convertir en un polvorín y no me gustaría que usted quedase metida en medio de la balacera —la amonestó el jefe, frunciendo el ceño con incomodidad.

—Y lo comprendo, señor, pero, con todo respeto, como ya no soy un soldado pienso que usted no tiene más autoridad para mandar sobre mí —le aclaró la chica, alzando las cejas y con los ojos agrandados de puro susto.

—¿Y entonces? —la acicateó el valiente y sagaz general.

—Entonces, estoy aquí como una civil asistente del hospital que desea colaborar fervientemente con la causa patriota —afirmó ella, hablando rápido y con gesto nervioso y comprador.

—Y como mi prometida —agregó el capitán luego de un breve carraspeo, para aclarar desde el vamos cuál era la relación que los unía.

—Disculpe, oficial, pero tenía entendido que usted estaba casado... —le preguntó el jefe del ejército, con duda y asombro.

—Y así era, don José, pero mi esposa falleció de tisis hace un mes y medio —le informó Juan con tono serio.

—Lo siento mucho, capitán —le dijo San Martín con timbre sincero, en tanto

que una sombra de angustia cruzaba por su atezado rostro, al recordar que Remedios Escalada, su joven mujer, padecía del mismo mal y su salud iba deteriorándose día a día sin que nadie pudiese evitarlo.

—Pues sí que resultó rápido para los mandados —comentó con impulsividad y gesto socarrón Las Heras, arrepintiéndose después al ver que las mejillas de la bella pelirroja tomaban el tono de su cabello.

—La vida es corta, general, y mucho más para un militar, así que no pienso desperdiciarla manteniéndome alejado de la mujer que amo solo por tontos prejuicios religiosos o morales. Respeté, cuidé y protegí a mi esposa mientras vivió, aun sin amarla, así que pienso que, ahora que soy viudo, estoy en todo mi derecho de buscar mi felicidad junto a Mercedes —le respondió Juan con tono respetuoso pero serio, al ver él también que la joven se ponía cada vez más incómoda.

—No se moleste en hacer aclaraciones, oficial, porque ni Gregorio ni yo lo estamos juzgando, nadie mejor que nosotros para comprender que, cuando uno no sabe si va a estar vivo al día siguiente, con mayor razón hay que aprovechar y disfrutar los pocos momentos felices que la vida nos brinde. Es más, casi hasta estoy tentado de felicitarlo por su elección, porque me he enterado de que esta muchachita, aún en su papel de varón, ha prestado enormes servicios a la causa, anteponiendo además el bienestar y la tranquilidad de su familia a los suyos, y eso es algo que pocas personas harían. Sin embargo, conociendo el carácter terco y voluntarioso de su prometida, la verdad es que no sé si felicitarlo o compadecerlo —dijo San Martín, antes de guiñarle un ojo a su subordinado para después mirar con afecto a la chica, haciéndole ver que, finalmente, no tenía nada que temer de él.

—Gracias, general, muchas gracias, es usted un gran hombre —exclamó la joven, con los ojos brillando de emoción y alivio.

—No me lo agradezca, señorita, una patriota que es capaz de arriesgar su vida para sacar a soldados heridos de un foso, defenderlos a punta de espada y cuidarlos después con el cariño y la devoción con que usted lo ha hecho, merece todo mi respeto, aun cuando usted y su dichosa almohada nos hayan hecho quedar como unos papanatas a todos durante casi un año —terminó San Martín con una sonrisa socarrona, coronando su ferviente elogio con una breve reprimenda.

—No sabe cuánto me alegra que usted haya podido darse cuenta del tesoro de bondades que es mi Mercedes, Don José —le confesó Juan con un nudo de emoción en la garganta, porque, una vez más, ese hombre sagaz, culto e

inteligente que le había tocado como jefe, volvía a asombrarlo con su generosidad y sus certeros juicios.

—No solo yo, capitán, por lo que me han dicho, hay muchos en este ejército que valoran y agradecen lo que esta jovencita ha hecho por ellos, además, no debemos olvidarnos de que nuestro famoso *gorgojito* va a pasar a los anales de la historia como la única mujer que se atrevió a cruzar los Andes junto a cinco mil cuatrocientos veintidós hombres y por los pasos más altos y peligrosos de la cordillera<sup>[1]</sup> —bromeó San Martín, quien, luego de conversar esa mañana durante largo rato con el sargento Cuevas, se había reído a carcajadas al conocer el tan mentado apodo.

## Capítulo 8

# CON SABOR A DERROTA

Esa breve etapa de paz armada iba a terminarse la noche del 19 de marzo de 1818, cuando el ejército enemigo arribó finalmente al lugar. Los patriotas seguían acampando en Cancha Rayada, a pocos kilómetros de Talca. Sabiendo esto, los realistas continuaron su avance situándose en esa ciudad, allí, entre gallos y medianoche, el temerario Ordóñez convenció a Osorio de atacar de inmediato el campamento revolucionario. Sorpresivamente, en medio de la oscuridad, San Martín fue avisado de que el enemigo salía a toda marcha de la ciudad dirigiéndose hacia ellos, y sin tiempo para organizar la defensa, fue rodeado por las tropas godas. La confusión y el pánico desorganizaron a las filas patriotas, solo el bravo general Las Heras, que conocía de primera mano la táctica realista de tomar por sorpresa al rival, pudo salvar íntegra una división de tres mil hombres, escapando a menos de doscientos metros de la retaguardia contraria, en un acto de estrategia brillante y desesperado. De la misma manera, el teniente coronel Manuel Blanco Encalada, al mando de las piezas de su batería, logró protegerse del ataque enemigo al retirarse con sus hombres y esconderse en el monte cercano.

Finalmente, San Martín logró movilizar a sus soldados hacia una posición donde sus granaderos pudieron parapetarse y comenzar a responder el fuego. Sin embargo, todo fue inútil y las tropas patriotas se retiraron del campo de combate, donde dejaron ciento veinte muertos, trescientos heridos, dos mil combatientes dispersos y veintiún cañones en manos de sus adversarios. Según el parte de Osorio al virrey Pezuela, sus fuerzas perdieron solo cuarenta hombres y terminaron la jornada con ciento diez heridos. Este desastre militar para los revolucionarios sería tristemente recordado como la derrota de Cancha Rayada.

Esa misma noche, luego de volver del espeso monte, donde él y Mercedes se habían escapado para hacer el amor, con la espalda de la chica apoyada contra el tronco de un ciprés y sus muslos suaves enroscados alrededor de su cintura, Juan se durmió, agotado y saciado, con el suave aroma de la piel de su mujer impregnado en su nariz. Tres horas después, se despertó con la mano de su jefe directo, Mariano Necochea, sacudiéndole el hombro con urgencia, mientras que le gritaba:

—¡Levántese, capitán Williams, y organice urgente a su escuadrón, los godos vienen hacia aquí a toda marcha!

En medio del aturdimiento y el sueño, el oficial tomó rápida conciencia del peligro, lo que él tanto había temido estaba pasando, los realistas iban a atacar el campamento y Mechi estaba allí. Tomando sus ropas y sus armas a la disparada, corrió hacia afuera y, al tiempo que se iba vistiendo, se dirigió hacia las tiendas de sus hombres, en tanto que les gritaba como un desaforado para que se despertasen y se preparasen para la defensa. Mientras cargaba su mosquete y su fusil y tomaba otras tres armas de repuesto, aterrado por la seguridad de la chica, comenzó a escuchar el sonido de los cañonazos y los disparos cada vez más cercanos, el tronar de los cascos de los caballos, lanzados a toda carrera sobre la tierra, los conocidos y aterradores alaridos de guerra de los bravos tercios de veteranos españoles, llegados hacía poco desde la madre patria para sofocar las revueltas revolucionarias, y el fuerte batir de los tambores. Junto al impregnante olor de la pólvora y el humo y los chispazos de fusiles y mosquetes, que iluminaban por momentos la oscura noche, comenzaron a llegarle también los gritos de dolor de los primeros heridos. “¡Estos hijos de puta ya están encima!”, pensó angustiado. El sonido de los nerviosos relinchos de los potros entrenados para la guerra, los que, ante el estruendo de la artillería, golpeaban las puertas de los endebles corrales para poder salir, lo hizo dirigirse hacia allí a toda carrera y, al pasar, les gritó a varios de sus soldados para que lo acompañasen a buscar los animales, por miedo a que escapasen y provocasen una estampida.

Al ingresar al cerco, montó en pelo en el primer matungo que encontró a mano, ató rápidamente una soga al cuello de otros dos y partió a todo galope hacia la tienda donde dormía su mujer, que estaba a unos trescientos metros de la suya. Que Necochea lo disculpase, pero Mercedes era su prioridad, y él no iba a poder combatir tranquilo hasta no verla a ella y a las demás escondidas y a salvo en el monte. En medio del caos de los hombres, que corrían y gritaban, a medio vestir y en busca de sus armas y monturas, Juan escuchó el llanto atemorizado de las mujeres dentro de la tienda, saltó de su caballo antes de que se detuviese y corrió

hacia allí. Cuando estaba ingresando, un disparo de advertencia le chamuscó el cabello y, a la luz de un candelabro de tres velas, con el pecho henchido de alivio y orgullo, el capitán pudo ver a las otras seis mujeres, en camisón y llorando, abrazadas en el fondo, y frente a él a su valiente pelirroja, vestida de nuevo con el uniforme de granadero y apuntándole con un fusil con gesto feroz. Al reconocerlo, ella corrió hacia él, lo abrazó y le pidió perdón por dispararle, aterrada ante la idea de que, en la oscuridad, podría haberlo matado.

—¡Vamos, mi amor, tienen que huir y esconderse en el monte porque los realistas ya están llegando, les traje tres caballos, pero apresúrense! —les gritó el oficial, en tanto que escuchaba que los disparos y alaridos se oían ya en los lindes del campamento.

—¡Ni sueñes que voy a dejarte solo ahora! —exclamó la chica con rebeldía.

—No, mi cielo, tu deber ahora es esconder y proteger a estas mujeres, yo no puedo hacerlo porque tengo que ir a organizar y comandar a mis hombres, haz eso por mí por favor, yo voy a ir a buscarte ni bien concluya la lucha —le pidió él, mientras que la tomaba de los brazos y con el tono más calmo que pudo encontrar—. ¡Por favor, mi vida, por favor!

—¿Y si no puedes volver? —le dijo ella, antes de comenzar a llorar de pura desesperación.

Al ver que la joven empezaba a desmoronarse, Almudena intervino rápida, se acercó y la sacudió por los hombros en tanto que le gritaba: —¡Este hombre tiene más vidas que un gato, muchacha! ¡Vente con nosotras y déjalo combatir en paz, que si te quedas a su lado lo único que vas a lograr es que lo maten antes!

En tanto que ella decía esto, llegó a todo galope Bartolomé, su enamorado esposo chileno, que había tenido la misma preocupación que el oficial. Luego de abrazar con fuerza a su mujer, el soldado le informó a Juan con gesto aterrado: —Ya están a unos doscientos metros de aquí, nos están arrasando, hay que poner a salvo a las mujeres.

—Eso mismo les estaba diciendo, vaya usted con ellas, súbanse a los animales e intérnense en el monte, aquí traje tres fusiles y pólvora para que se defiendan. Yo voy a cubrirles la retirada —le gritó el capitán, en medio del tumulto de los aullidos y los disparos, con la fría transpiración del miedo corriendo por su espalda y alarmado porque ya se podía ver la polvareda que levantaban los combatientes que se batían, ahora cuerpo a cuerpo, contra el ejército invasor.

Las mujeres se subieron a los caballos, de a dos, y partieron a toda marcha hacia la oscura espesura, detrás del potro en el que iban montados Almudena y Bartolomé. Con una última mirada de desgarrante angustia, Mercedes recargó su

fusil y montó también sobre la grupa del alazán en el que la esperaba Marta, después tomó las riendas e hincó los talones en los ijares de la bestia, mientras veía cómo su hombre echaba una rodilla en tierra y alzaba su fusil para disparar, certeramente, a uno de los tres matuchos que venían corriendo hacia él, zigzagueando para esquivar las fogatas ubicadas en el medio del campamento. En tanto que se alejaba, la joven contempló también cómo el oficial dejaba el arma descargada a un lado, se paraba y volvía a apuntar, esta vez con el mosquete, con el cual derribó a otro de sus adversarios. Sin embargo, al ver que el tercer godo, con una mueca de triunfo, apuntaba directo al pecho indefenso de Juan, y que este ya no tenía tiempo de volver a recargar, la chica detuvo su potro y, desde una distancia que muy pocos hubiesen podido acertar, alzó su fusil, tomó puntería y, rezando en silencio, le pintó al realista una flor roja en medio de la frente, que se llevó con ella su sonrisa de triunfo y su vida, todo a la vez. Después, con una inquebrantable decisión y con la misma terca temeridad que había heredado de su bravo padre, Mercedes saltó del caballo y le pegó una fuerte palmada en las ancas para que galopase hacia el monte y se llevase a la aterrada Marta sobre su lomo, en tanto que ella corría a toda velocidad hacia su hombre y volvía a extraer pólvora y municiones de la bolsa de cuero que colgaba en su costado para recargar.

El capitán, que estaba volviendo a cargar sus armas, la observaba de soslayo, por un lado, rebotando de emoción y agradecimiento porque esa valiente mujercita había vuelto a salvarle la vida y, por el otro, con unas ganas enormes de sacudirla por desobedecerlo y exponer su vida de esa forma. Pero no tuvo tiempo de decirle nada porque, en el momento en el que iba a comenzar a gritarle que regresase al monte y se escondiese, vio a cinco matuchos que venían a toda carrera hacia ellos y tuvo que apuntar y disparar, para salvar sus vidas, al que corría adelante y con su fusil en alto. Luego de que la detonación hiciese retroceder el arma y le golpease el hombro, el oficial sintió que la chica se paraba a su lado y, tomando antes puntería, frenaba en seco la carrera de otro godo. Mientras tiraba el fusil al piso y alzaba el mosquete, ella le aclaró con un tono firme y decidido, que no daba lugar a réplicas ni discusiones:

—Tú vives, yo vivo, tú mueres, yo muero.

A Juan, esas sencillas y contundentes palabras le golpearon el pecho taladrándole hasta el alma, y supo, sin lugar a dudas, que el amor que la joven sentía por él era tan intenso, inexplicable e irracional como el que lo dominaba a él. Al contemplarla, aún aturdido por su afirmación, él vio que, de repente, otro realista aparecía desde su costado y le apuntaba a ella, así que, en un movimiento

casi reflejo, se lanzó en picada logrando abrazarla y arrojarla al piso, al tiempo que el tiro pasaba zumbando sobre sus cabezas. No obstante, volvieron a levantarse ambos, rápidos como un rayo, porque los tres matuchos restantes se acercaban a ellos, dos con sus espadas desenvainadas y un tercero con una bayoneta. En ese instante el capitán supo lo que era el miedo, porque si bien la chica tenía una puntería infalible, era demasiado liviana e inexperta para la lucha cuerpo a cuerpo, además, ella ni siquiera tenía un arma blanca y él no iba a poder derrotarlos solo a los tres.

Tratando de mantener la calma, el muchacho desenvainó su sable y la cubrió con su cuerpo, al tiempo que esperaba a pie firme la embestida del primer godo, el cual no tardó en llegar y se trenzó con el oficial en un combate feroz. A un lado de los contendientes, Mercedes se apresuró a empuñar la bayoneta, ya que no tenía tiempo de recargar y, al ver que otro enemigo corría hacia ella espada en mano, lo esperó hasta que lo tuvo a un paso y, a último momento, giró rápida a un costado, haciendo que el soldado pasase de largo. Al notar cómo su rival se frenaba en seco y giraba de nuevo hacia ella, recordó la acción de ese herido que la había salvado de morir en Talcahuano y, agachándose velozmente, tomó un puñado de tierra y se lo arrojó a la cara. Logró cegar y desorientarlo por unos instantes, lo que le dio el tiempo suficiente para alzar su bayoneta y, empleando toda la fuerza de sus delgados brazos, clavarla en el estómago del realista, que era un joven de no más de veinte años. Mientras caía, su enemigo la observó anonadado, sin poder creer lo que le revelaban las primeras luces del amanecer: que quien lo había conducido a la muerte era una menuda y preciosa mujer.

Entretanto, el capitán había herido malamente a su primer contrincante, haciéndole un profundo tajo debajo de la axila y cortando una arteria de la que manaba sangre a chorros, y se enfrentaba a otro, aunque, con este último, le bastó ver su rostro surcado de cicatrices y su expresión decidida y feroz, para darse cuenta de que era un veterano que no se arreaba solo con riendas, y que iba a tener que poner toda su maña y su coraje si es que pretendía derrotarlo. Instantes después, se trenzaron en una lucha sin cuartel. Avanzaban y retrocedían en una danza con la muerte, interponían las espadas para frenar una estocada mortal, trataban de adivinar cuál era el punto débil del otro y atacaban sin dar respiro ni tregua. Luego de unos minutos de combate, ambos estaban exhaustos y con los uniformes empapados en transpiración. Juan tenía un corte superficial en el muslo, del que manaba poca sangre, y el español otro a la altura de las costillas, que tampoco era de cuidado, pero los brazos les pesaban por el esfuerzo de sostener las armas y las piernas comenzaban a acalambrarseles, por

los bruscos giros y la tensión. Mercedes había recargado su mosquete y su rifle, pero no se animaba a disparar, porque los movimientos de ambos eran tan veloces que tenía miedo de herir a su hombre, así que se limitó a apuntar y derribar a dos realistas que se acercaban con la intención de intervenir en la contienda.

Al final, la intensa pelea iba a decantarse a favor de quien tuviese más resistencia, y aunque el otro era un robusto y avezado combatiente, el oficial era diez años más joven, así que, en un instante en el que su enemigo, agotado por el esfuerzo, bajó la guardia, el capitán aprovechó para atravesarle la garganta con un certero puntazo de su filoso sable. Después de eso, al tiempo que observaba cómo el veterano español se desplomaba lentamente al piso, él también cayó de rodillas, extenuado, en tanto que veía al lejano horizonte pintarse de rosas, amarillos y violetas. Con un suspiro de alivio, la muchacha se agachó, pasó su cabeza por debajo de la axila de él y un brazo alrededor de su cintura y lo ayudó a incorporarse mientras le decía:

—Vamos hacia el monte, tú ya no estás en condiciones de seguir combatiendo y, de todos modos, ya es inútil, desde aquí se escuchan los clarines victoriosos de los godos.

—¡No, jamás! Ve tú a esconderte, yo no pienso dejar de combatir hasta que San Martín no dé la orden de retirada —le retrucó él con terquedad, tomando su fusil para volver a cargarlo.

—¡Qué necio eres! ¿Acaso no escuchas los gritos? ¿No te das cuenta de que nos están masacrando? —insistió la joven, furiosa y con ganas de patearlo de pura impotencia.

—¡Dije que no! —exclamó el oficial con gesto firme y reconcentrado.

Cuando ella iba a comenzar a insultarlo en castellano y pehuenche, vio venir a Mariano Necochea a todo galope, seguido de cientos de soldados patriotas y llevando varios caballos de tiro. Al verlos, el jefe militar detuvo su carrera y les gritó: —¡Suban a los caballos y sígannos! ¡Las Heras ha dado la orden de huir por detrás de la retaguardia enemiga! ¡Es inútil permanecer aquí, ya nos han derrotado, y, si nos quedamos, lo único que vamos a lograr es que nos masacren o nos tomen prisioneros!

El capitán tomó a Mercedes de la cintura y la subió a un caballo de un solo envión, después él montó en otro, al tiempo que preguntaba: —¿Y San Martín?

—Está retrocediendo también, junto a dos regimientos, tratando de que no nos capturen lo poco que nos quedó de la artillería.

—¡Las mujeres, Juan! ¡No podemos dejarlas a merced de los realistas! —le

recordó la chica con gesto de alarma.

—¿Dónde están? —preguntó Necochea, apurado y preocupado, porque en la actual situación cualquier demora podía costarles la vida.

—Supongo que cerca de un recodo del río, monte adentro, a unos trescientos metros de aquí. Déjeme unos treinta hombres de escolta para ir a rescatarlos y adelántense, y por favor, llévense a mi mujer con ustedes —le contestó el capitán Williams con premura.

—¡Yo me quedo contigo! —lo interrumpió la muchacha con terquedad.

—¡Basta, Mercedes! ¡Te vas porque te vas y se acabó! ¡Yo voy a reencontrarme contigo en menos de quince minutos, pero, por una vez en tu vida, obedéceme! —le gritó el oficial impotente y furioso.

—¿Me lo juras? —le preguntó ella ansiosa y dudando.

—¡Sí! —le contestó él con ceño decidido.

Mechi lo miró fijo por unos instantes, al tiempo que unos treinta hombres que pertenecían al escuadrón del capitán y habían sobrevivido, se abrían del resto y se acercaban a él, luego emparejó su montura con la de su hombre, antes de advertirle con pasión:

—¡No te atrevas a romper tu promesa, me oyes!

Por toda respuesta, él se inclinó sobre su montura, la tomó de la nuca, y allí, en medio de los estruendos de las balas, los gritos de los hombres, la polvareda, el olor de la pólvora, los relinchos de los caballos y los clarines victoriosos del enemigo, la besó con pasión, luego hizo girar su potro y partió a todo galope, en dirección al monte y seguido por sus soldados.

Tres horas después, oteando el horizonte con una mano sobre su frente, para poder enfocar mejor la lejanía, desde una loma ya camino a San Fernando, donde los restos heridos y derrotados del ejército patriota iban a refugiarse, la joven lo vio llegar, en medio del polvo levantado por los cascos de los animales, y seguido de cerca por sus seis compañeras de tienda y el bueno de Bartolomé. En ese instante, ella sintió como si de su aliviado corazón surgieran enormes e impetuosas alas para volar hasta él, en una intensa pero simple mirada que lo dijo todo.

Luego de desmontar, abrazarla con fuerza contra su amplio pecho y hamacarla con ternura, Juan le dijo al oído con tono seguro y profunda emoción: —*Tú vives, yo vivo* —repetiendo, exactamente, las mismas palabras de la muchacha.

—Siempre —le respondió ella, antes de apartarse para mirarlo con devoción, al tiempo que acariciaba su cabello oscuro, sucio y pegoteado de sangre enemiga.

El 22 de marzo de 1818, el militar francés Miguel Brayer, al servicio del ejército independentista, llegó a Santiago trayendo noticias exageradas de la derrota. El terror cundió de inmediato entre la población, porque se afirmaba que San Martín y O'Higgins habían muerto en combate, que el ejército patriota había sido destruido y que la revolución había fracasado de nuevo. Asustados por estos informes, algunos habitantes se aprestaron a emigrar a Mendoza, por miedo a las represalias enemigas, y otros, directamente, buscaron la reconciliación con los realistas triunfantes. Rápido, el general Luis de la Cruz, que había sido nombrado supremo director interino de Chile en ausencia de O'Higgins, convocó a un cabildo abierto, que se reunió en la mañana de ese mismo día y, para contener el pánico, eligieron a Manuel Rodríguez como presidente interino. Con su estilo enérgico y eficaz, este revolucionario que había servido a San Martín ya desde la guerra de Zapa, tomó las primeras medidas para defender la capital ante el inminente ataque godó.

Después de esto, llegó, finalmente, la buena nueva de que el jefe del Ejército de los Andes se hallaba vivo y acampando en la localidad de San Fernando, donde estaba reuniendo a los fugitivos de la batalla. Se supo también que Las Heras había logrado salvar a toda su división, y que aún se disponía de cuatro mil hombres. De esta manera, la calma regresó a la ciudadanía y, lento y sin pausa, la confianza en los patriotas se fue recuperando. En los primeros días de abril de 1818, el general José de San Martín lograba por fin la reorganización del Ejército Chileno Argentino Unido y se encontraba otra vez en condiciones de enfrentarse a las fuerzas realistas, en el que sería el combate decisivo del conflicto: la batalla de Maipú.

## Capítulo 9

# CON EL DOLOR DE LOS QUE SE VAN

Los días posteriores a la batalla de Cancha Rayada fueron para Mercedes los más caóticos y dolorosos de toda su vida. Fueron obligados a avanzar a toda marcha y perseguidos de cerca por el enemigo, que iba diezmado a los soldados que se quedaban en la retaguardia para cubrir la huida. Llevaban cientos de heridos, en diferentes estados de gravedad, amontonados en carretas tiradas por mulas, transportados en angarillas llevadas por los soldados, e incluso, aquellos que tenían lesiones más leves, montados sobre sus caballos. Esto hacía que la situación fuese más angustiante aún. Así, la muchacha veía con desesperación cómo muchos pacientes se iban muriendo por decenas, jornada tras jornada, desangrados o infectados. Además, los soldados se hallaban expuestos a los fuertes soles del día, la falta de higiene, ya que el polvo del sendero se colaba bajo las vendas, las noches cada vez más frías y los traqueteos del enloquecido avance, que a veces provocaba que se les abriesen las heridas, recién suturadas y apenas cicatrizadas. Por otra parte, Paroissien y su gente ya se habían quedado sin vendas limpias para cubrirlos y debían racionar el láudano y la quinina, con la intención de que alcanzase para todos, motivo por el cual los gritos de dolor eran cada vez más frecuentes.

Para cuando lograron llegar a San Fernando, cuatro días después de su partida de Talca, ya se les había terminado la quinina, y la mayoría de los convalecientes deliraban de fiebre. Siguiendo las directivas del jefe médico, y en su deseo de atender a las necesidades de todos, la chica apenas comía y se trasladaba, durante la marcha, de un enfermo al otro, les daba agua para que no se deshidratasen, los alimentaba y trataba de que estuviesen lo más cómodos posible, dentro de su precaria y agobiante situación.

Para terminar de colmar su pena, uno de sus pacientes más graves era su querido sargento Cuevas, que había sido alcanzado por una bala de cañón enemiga, la cual le había arrancado de cuajo la pantorrilla izquierda. Cuando lo encontraron, estaba casi desangrado, pero el hombretón era fuerte como un roble y había logrado sobrevivir a duras penas. Se había arrastrado hasta la sombra de unos árboles y se había realizado él mismo un precario torniquete, utilizando su cinto. Sin embargo, ahora la infección estaba derrotándolo sin remedio, y a pesar de que, al llegar al poblado de San Fernando, el doctor le había vuelto a cortar la pierna a mitad del muslo, en un vano intento por frenar la temible gangrena, el muñón presentaba un aspecto rojo, inflamado y purulento y una temperatura altísima.

Más allá de que Mechi se había afanado por él más que por nadie, administrándole mayores cantidades de quinina y láudano de las que el doctor había autorizado y tratando de hidratarlo y bajarle la intensa fiebre con paños fríos, el valiente patriota Lucio Cuevas, con los dientes apretados de dolor y sin emitir una queja, se encaminaba irreversiblemente hacia la muerte, y por más que ella alternase llantos y rezos al altísimo, con suaves caricias en la frente y palabras de afectuosa ternura hacia quien era, además de su más fiel guardaespaldas, un padre sustituto y un querido amigo, nada podía neutralizar el avance inexorable de la infección, la cual se extendía en una línea roja que le llegaba ya al vientre.

El 28 de marzo de 1817, a las dos de la madrugada, cuatro días después de su llegada al poblado y luego de que San Martín anunciase que, al día siguiente, continuarían su marcha hacia Santiago, con la intención de proteger la capital del indetenible avance realista, Juan se levantó de su catre, ubicado en la tienda donde dormía junto a otros seis oficiales, y se dirigió rápido hacia el improvisado hospital de campaña, con la intención de convencer a su terca mujercita de que durmiese al menos una vez en su catre, porque tenía temor de que, si ella seguía pasando noches de vigilia, caminando de un paciente al otro y sin pegar un ojo, iba a terminar enfermándose de cansancio. Ya iba decidido a cargarla sobre su hombro y llevarla a la fuerza, si ella volvía a negarse a descansar como Dios manda, cuando, al llegar frente a la cama de su sargento, los vio: su subordinado tenía los ojos brillantes, la piel colorada por la fiebre y la boca torcida en una inhumana mueca de dolor, pero aún le quedaban fuerzas para acariciar con afecto el ondulado, rojizo y abundante cabello suelto de la chica, que se encontraba desparramado sobre el pecho del hombre, en tanto que Mercedes roncaba apaciblemente, con los brazos flexionados sobre la orilla de la

cama, el torso inclinado sobre su paciente, el rostro de costado, apoyado sobre el grueso pectoral izquierdo de él, y la boca abierta.

—Se durmió de puro agotamiento, pobre *gorgojito*... acuéstela despacito, no la despierte... que ya hace varios días que no descansa —le dijo el herido con tono bajo y un hilo de voz, al ver que su capitán se inclinaba sobre ella y, con profunda ternura, la tomaba en brazos y la arrullaba contra su pecho, inclinando la cabeza hacia él, en señal de asentimiento.

Antes de retirarse con su dulce carga, e impresionado por el fuerte olor que despedía el muñón inflamado, Juan giró hacia Cuevas y le preguntó apenado: —¿Cómo se siente?

—Muy mal, jefecito... me estoy pudriendo en vida... —le respondió el hombre, con una mueca de amargura.

—Tiene que tener fe y paciencia, tal vez con los días...

—No, capitán... de esta no me salvo, ya siento hasta el chirrido de la guadaña de *la Parca* rozándome el garguero... lo único que la detiene es ese ángel que usted lleva en brazos...

—De veras que lo siento, sargento —le dijo el oficial, en tanto que lo contemplaba con profunda tristeza.

—Yo más que usted...

Viendo que Mechi comenzaba a moverse con inquietud, Juan inclinó la frente en señal de saludo y caminó hacia la tienda de las mujeres. Al llegar junto al camastro de la chica, retiró las mantas, la acostó de costado y le quitó los botines cortos y las medias, para que descansase mejor. Luego, en la semioscuridad, buscó una manta, la dobló en dos, la ubicó en el piso, al lado del catre de la joven, y se acostó allí, antes de tomar una mano de ella entre las suyas para velar su sueño.

Cinco horas más tarde, Mercedes se despertó asustada y dando alaridos, luego de una terrible pesadilla en medio de la cual Osorio le había traído la cabeza de Dalmacio dentro de una caja de sombreros y envuelta en papel de regalo y, al abrirla, ella se había encontrado con la macabra sorpresa. Al enderezarse en la cama, desorientada y de golpe, las conocidas náuseas que la atormentaban desde hacía tres mañanas la asaltaron con tanta fuerza que, al inclinarse sobre el costado, casi termina vomitando encima de Juan. Al verlo durmiendo allí, la muchacha llevó una mano a su boca, para contener la bilis, y corrió hacia afuera, hasta la sombra de un árbol, donde acabó expulsando el poco alimento que había ingerido la noche anterior. Asustado por su intempestiva salida, él la siguió y llegó a su lado justo a tiempo para sostenerla en el momento en que la chica,

luego de incorporarse, ponía los ojos en blanco y se desplomaba como un fardo hacia atrás. Después de dejarla sobre el pasto, con el torso recostado contra un añejo alerce, el oficial fue hasta el aljibe y le trajo agua fresca, la cual, minutos más tarde, fue usada por ella para enjuagarse la boca y saciar su sed. Instantes más tarde, silencioso y atento, él se sentó en el suelo a su lado, la alzó para ubicarla sobre sus piernas estiradas, de costado y con el hombro apoyado contra su pecho, y la contempló con una críptica mirada.

Mientras las demás mujeres seguían durmiendo, ignorantes de todo el alboroto, afuera comenzaban a despuntar los primeros colores de un nublado amanecer, acompañados del canto de los gallos, que paseaban en libertad alrededor de una choza cercana, el lento mugir de las vacas y el piar de los pájaros en las copas de los altos árboles.

—¿Estás embarazada? —la interrogó el oficial con gesto serio y dudoso, luego de unos minutos de incómodo silencio.

—¡No, por Dios! ¿Cómo se te ocurre? —le contestó la joven escandalizada e inquieta.

—Bueno, teniendo en cuenta que nos hemos pasado más de veinte días copulando como conejos, se me ocurrió que podía ser una posibilidad —le aclaró él con un gesto pícaro.

—¡No seas bruto! Además, hace más de una semana que no estamos juntos.

—Eso no importa, ¿o acaso tuviste tu periodo en estos días?

—No —le respondió la muchacha, mientras abría los ojos con alarma.

—Tampoco desde que empezamos a hacer el amor, y me dijiste que eras muy regular... —le recordó el oficial con tono atento.

—Y lo soy, pero esta maldita guerra es capaz de trastocar hasta los periodos menstruales —rezongó ella con un bufido de frustración.

—No, mi bien, lo único que interrumpe los periodos menstruales es un embarazo, y este campo ha sido regado ya tantas veces, que sería casi un milagro que no diese frutos —aseguró él, en tanto que la contemplaba con ternura y acariciaba, en suaves círculos, el vientre plano de la joven, antes de terminar diciendo—: Y juraría que no es la primera vez que tienes náuseas y mareos.

—¿Tú qué sabes de eso? —lo interrogó ella con una mirada amoscada.

—Sé que eres perfectamente capaz de ocultar tus malestares para no preocuparme, y sé que Carmina se embarazó tres veces, aun cuando haya perdido a los dos primeros, y tenía los mismos síntomas que tienes ahora tú, en los inicios —le retrucó él, al tiempo que la observaba con fijeza.

Mechi se recostó, silenciosa y asustada, contra el pecho de él y apretó la frente

contra su cuello. Minutos después, gruesas lágrimas comenzaron a correr por sus mejillas, aterrada al pensar que eso que Juan sospechaba pudiese ser verdad. Al sentirla llorar angustiada, él se echó hacia atrás, tomó el rostro de la chica entre sus manos y agregó: —Ey, que no es para hacer tanto drama, un hijo siempre es una bendición, tranquila, nos casamos más pronto y ya está.

—¡Es que Marianito es muy pequeño aún y no quiero tener que descuidarlo porque viene otro en camino! —le explicó la muchacha, antes de soplarle la nariz con fuerza.

—El mejor regalo que podemos hacerle a Mariano es darle un hermanito. ¿O tú no amas a tus hermanos? —argumentó él con paciencia.

—Claro que sí, pero luego está también mi madre, que es muy capaz de morirse de pura impresión si se entera de que me casé embarazada.

—Le decimos que nos casamos un mes antes y listo. —Suspiró Juan con cansancio, en tanto que pensaba cómo podía ser que ella tomase tan a la tremenda una noticia que debería ser de profunda alegría para los dos.

—¡Es que no quiero traer un hijo al mundo en medio de una maldita guerra! ¡Ni siquiera sé si vas a estar con vida para cuando nazca! ¿Sabes lo horrible que es quedarte sin tu papá? —terminó la joven llorando con desconsuelo.

Ahí sí, por fin, la comprendió, porque él también tenía un terrible miedo de morirse, sobre todo ahora que ella le había dado profundas razones para vivir solo por el hecho de brindarle su amor. Así, el capitán permaneció un rato en silencio, acariciándole el cabello y sin saber qué decirle. Finalmente, con un suspiro pesaroso, la consoló:

—No te preocupes tanto, lo más probable es que sea solo un retraso provocado por el exceso de cansancio y las preocupaciones.

—¿Tú crees? —lo interrogó ella mientras lo contemplaba esperanzada.

—Seguro —afirmó él con tono serio, en tanto que, en su interior, pensaba que la posibilidad que ella no estuviese de encargo era tan poco probable como la de que Osorio se volviese a España, con matuchos y todo, pidiéndoles disculpas antes por todas las molestias ocasionadas.

—¡Lucio, lo dejé solo! —exclamó la joven de repente, al tiempo que se levantaba rápido y corría hacia el hospital, olvidada, por el momento, de sus temores y sospechas. Al llegar frente al camastro de Cuevas, la imagen que vio la paralizó en el lugar, y volvió a surgirle esa horrible sensación de náusea. El herido tenía el rostro ceniciento, los ojos cerrados y su brazo colgaba por fuera del catre, con las venas de su muñeca abiertas en un tajo profundo y la sangre resbalando por su mano y cayendo ininterrumpida sobre un balde de metal. A su

lado, observándolo con enorme pena y sosteniendo entre sus dedos un filoso escalpelo, estaba quien había sido su amigo y compañero de luchas desde 1810. Cuando pudo reaccionar, la chica se acercó a Farías y le quitó el instrumento en tanto que le gritaba:

—¿Por qué hizo eso? ¡El sargento no lo necesita! ¿No se da cuenta de que puede matarlo? —Enseguida comenzó a buscar una venda para frenar la hemorragia, pero, cuando alzó la mano del herido con la intención de vendarlo, este alzó los párpados con debilidad y le dijo:

—Deje en paz al cabo, *gorgojito*... él lo hizo porque yo se lo pedí...

La muchacha lo quedó mirando con ojos enormes, sin poder creer lo que estaba escuchando. Cuando se repuso de la impresión, le preguntó con un hilo de voz:

—¿Por qué?

—Porque me voy a morir lo mismo, Mechi, usted lo sabe y yo lo sé... ya hasta huelo a difunto... de esto no se vuelve, muchacha... y no quiero seguir sufriendo más ni hacerlos sufrir a todos, sobre todo a usted... es mi decisión...

—Ay, Lucio... es que Dios es el que nos da y nos quita la vida... y usted no es Dios... déjeme vendarlo por favor, deje que él sea quien decida, ¿es que acaso no teme a los castigos del infierno? —intentó convencerlo la joven, con los ojos nublados por las lágrimas, al tiempo que apoyaba sus dedos sobre la herida para tratar de contener el sangrado.

—¿Qué peor infierno que la guerra, *gorgojito*? Hace ocho años que vivo en el infierno... —le contestó Cuevas, antes de apartar su mano de la de la chica con suavidad.

Ella giró sus ojos desolados hacia Farías y hacia Juan, que acababa de llegar y contemplaba todo con gesto impotente, para pedirles una muda ayuda. En ese momento, el cabo se adelantó un paso para explicarle con tono angustiado:

—Hace unos veinte minutos vino a verlo Paroissien, dijo que la gangrena está avanzando y que esta tarde va a volver a cortarlo a la altura de la ingle, pero no le dio garantías de que sobreviva.

Mechi se llevó ambas manos a la boca, recordando los alaridos de dolor del sargento y el chirrido del serrucho cortando sus huesos solo unos días atrás, y lo comprendió. “¿Quién soy yo para obligarlo a volver a pasar por esa tortura sin sentido, cuando no conozco a nadie que le haya ganado la pulseada a la gangrena?”, se dijo con desolación. Luego de unos instantes de duda, ella suspiró con resignación, alzó una silla, la ubicó del otro lado de la cama del agonizante, tomó su mano sana entre las suyas y la besó en el dorso con

profundo cariño, en tanto que le preguntaba:

—Dígame qué puedo hacer por usted.

El hombre asintió y, con sus últimas fuerzas, le pidió: —Cuando vuelva a Mendoza, busque a mi mujer y dígame... que me fui queriéndola... no le cuente que aligeré mi muerte... porque es muy religiosa... y se lo va a tomar a la tremenda. —Al ver que la chica asentía, llorando en silencio, el sargento continuó—: Dígame también que cuide mucho a mis hijos... y que jamás... por nada del mundo... les permita que vayan a la guerra...

—Le prometo, le juro que yo me voy a ocupar personalmente de ellos, sargento, jamás va a faltarles nada si de mí depende —le aseguró Mercedes, al tiempo que le acariciaba la frente helada con pena.

—Y hay algo más que quiero de usted, *gorgojito*... quiero que me recite otra vez los versos de los sueños...

—¿El monólogo de Segismundo, de Calderón? —le preguntó ella, después de inspirar para calmarse y desanudar su garganta, agarrotada por el esfuerzo que venía haciendo para no echarse a llorar a gritos.

—Ese mismo... un genio el tipo... lástima... que sea matucho... —dijo el enfermo, alcanzando a imprimirle al comentario un tono de sorna.

—En el siglo XVII, España forjó los mejores poetas y dramaturgos del mundo, aun siendo matuchos... —le informó Mercedes con una tierna y triste sonrisa, antes de continuar—: Le agradezco infinitamente todo lo que ha hecho por mí, que Dios le perdone su decisión, sargento, y que tenga un maravilloso vuelo de guerrero —terminó la joven, evocando un deseo de sus antepasados pehuenches y sonriendo entre lágrimas, con una acariciante mirada de sus bellos ojos verdes. Después se inclinó, lo besó en la frente y, sin soltarle jamás la mano, con su cálida y luminosa voz, que ahora tenía el timbre de un pájaro herido, comenzó a recitar:

*Sueña el rico en su riqueza,  
que más cuidados le ofrece;  
sueña el pobre que padece  
su miseria y su pobreza;  
sueña el que a medrar empieza,  
sueña el que afana y pretende,  
sueña el que agravia y ofende,  
y en el mundo, en conclusión,  
todos sueñan lo que son,*

*aunque ninguno lo entiende.  
Yo sueño que estoy aquí,  
destas prisiones cargado;  
y soñé que en otro estado  
más lisonjero me vi.  
¿Qué es la vida? Un frenesí.  
¿Qué es la vida? Una ilusión,  
una sombra, una ficción,  
y el mayor bien es pequeño;  
que toda la vida es sueño,  
y los sueños, sueños son.*

A medida que el fragmento iba finalizando, los tres fueron testigos del momento en el que ese patriota, humilde y analfabeto, que había sido, además, un hombre generoso y bueno, en medio de todo su dolor sonrió con un gesto de profunda paz y cerró sus ojos para siempre. Se llevó en sus oídos la poesía exquisita y única del genial dramaturgo Pedro Calderón de la Barca, un pilar de la literatura del país contra el cual él había combatido hasta el último instante de su azarosa vida... Contradicciones de la guerra, los hombres o la historia, pero también coincidencias del arte universal y eterno de crear belleza con palabras.

Durante la semana siguiente continuaron avanzando en dirección a Santiago, y sumaron cada vez más combatientes en el camino. Luego de enterrar a Lucio Cuevas y llorar con desconsuelo durante dos días, Mechi estaba taciturna, triste y silenciosa, pero no descuidaba sus obligaciones para con los otros heridos, cuya mayoría estaba ya en franca recuperación. A pesar de deseársela con destemplanza, Juan no había vuelto a pedirle que hicieran el amor, porque comprendía que ella necesitaba un tiempo de luto y recogimiento para aceptar la pérdida de ese hombre que la había querido y cuidado como un padre. Tampoco había vuelto a preguntarle sobre sus sospechas de embarazo, esperando a que fuese ella la que le dijese si tenía novedades en uno u otro sentido.

Él solo se limitaba a estar a su lado, la ayudaba en todo lo que podía y cuidaba que se alimentase y descansase bien, motivo por el cual, y contra las protestas de las otras mujeres, ya se le había hecho una costumbre dormir en el piso, sobre una manta y al lado de la chica que amaba, con su mano enlazada a la suya, porque, tal y como se presentaba el panorama de la guerra, esos podían llegar a ser los últimos días que pasasen juntos.

La noche del 4 de abril, estando ya instalados en los cerros de Maipú, cercanos

al río Maipo, sabiendo que ambos ejércitos se hallaban listos para la lucha y que se preparaba la batalla final para el día siguiente, Mercedes esperó a que las demás habitantes de la tienda se durmieran y, sacudiendo con suavidad a su capitán, que se encontraba descansando en el suelo, se levantó, tomó dos mantas bajo un brazo, sacó del arcón un paquete con ropa, paños gruesos y jabón que había armado esa tarde, y le hizo señas de que la siguiese. Como estaba volviendo a formarse un frente de tormenta, la noche se presentaba lo suficientemente calurosa como para soportar un baño en el agua fría del río, así que, a pedido de la joven, subieron a los caballos y se alejaron del campamento en dirección al torrente. Antes, por precaución, el capitán cargó y alzó un fusil y dos mosquetes, ya que, si bien el lugar no estaba lejos y el ejército enemigo acampaba a varias leguas, siempre podían encontrarse alguna de las guerrillas que venían haciendo estragos por la zona. Salvo los soldados que montaban guardia junto a las hogueras solitarias, todo estaba silencioso y oscuro, solo se oía el canto nocturno de los grillos, el croar de las ranas y el golpe de los cascos de los potros al trotar sobre la tierra. A pesar de los riesgos, el muchacho aceptó acompañarla porque necesitaba volver a estar a solas con ella y fundir su cuerpo desnudo con el suyo, para volver a celebrar el amor y la vida, en medio de tanto odio y tanta muerte.

Al llegar a la orilla de la profunda corriente, desmontaron y ataron los caballos al gajo más resistente de un añoso árbol. El lugar tenía altas barrancas cubiertas de juncos y se hallaba al cobijo de tres solitarios sauces que dejaban ver sus gruesas raíces serpenteando por entre las piedras y cuyas flexibles ramas, cubiertas de afinadas hojas, se extendían por encima de la tierra hasta rozar el agua. Instantes más tarde, la muchacha comenzó a desnudarse, con esos movimientos lentos y sensuales que eran tan inherentes a ella y ante la quieta y arrobada mirada de él, que, agachado entre los juncos y mosquete en mano, no dejaba de vigilar los alrededores, atento a cualquier sonido que pudiese alertarlo sobre algún peligro. Pero nada, la noche estaba calma y silenciosa y el cuerpo blanco y voluptuoso de la chica relucía en la oscuridad, despertando nuevamente en el capitán ese deseo lujurioso e intenso que solo ella era capaz de provocarle. Sintiendo cómo su sexo comenzaba a hincharse, presionando con fuerza contra su pantalón de granadero, él se paró y se quitó las botas y la chaqueta militar, para estar más cómodo, y extendió una de las gruesas mantas bajo la copa del árbol, pero no se acercó a Mechi, sino que se sentó en el suelo, con su espalda apoyada contra el tronco, y siguió contemplándola.

Mercedes tomó un jabón y, sin tantear antes la temperatura del agua con el pie,

porque sospechaba que, si lo hacía, no iba a animarse a entrar, y tomando aire, se lanzó de golpe en lo profundo de la corriente, después emergió con su piel atacada, desde todos los frentes, por finas agujas de agua congelada. Con el vello erizado de frío, ella se apresuró a enjabonarse, mientras tiritaba y refregaba su cuerpo y su cabello con energía, para mantenerse en movimiento y reactivar la circulación. Aunque, habiendo vivido toda su vida cerca de las montañas, ya estaba acostumbrada a bañarse en aguas heladas.

Desde la orilla, el oficial la miró con una sonrisa compasiva, antes de decirle:

—¿Sí que está fría, eh?

—No tanto ahora que el cuerpo comienza a acostumbrarse, ven, luego de tantos días de marcha, tú también necesitas un buen baño —lo invitó ella, antes de alargar su mano hacia él con una sonrisa pícaro.

—No, cuyanita, aprecio demasiado la salud de mis pulmones como para imitarte —le contestó el joven con tono zumbón.

—¡Cobarde! —lo acicateó la muchacha y volvió a sonreír cuando vio cómo él se levantaba de un salto y comenzaba a desvestirse rápido, de seguro picado en su amor propio.

—Ese insulto temerario, y encima dirigido a un oficial patriota, merece un castigo —le respondió él con tono de fingida amenaza, en tanto que tomaba carrera, se lanzaba al río de cabeza, llegaba hasta ella en un santiamén y la sumergía hacia atrás, al tiempo que tenía la sensación de que su sangre había dejado de fluir, congelada en sus venas, y sentía que su reciente erección desaparecía como por arte de magia ante la inclemencia de la naturaleza.

—¡Madre de Cristo! ¿Cómo haces para soportar esto? —la interrogó él después, mientras refregaba sus brazos para reactivar la circulación.

—¡Qué vergüenza, capitán, que un hombre que pelea con su coraje en la batalla, sea capaz de amedrentarse por un poco de agua fría! ¡Qué inglesito porteño más blando y llorón resultó ser! —lo amonestó la chica, en tanto que tomaba el jabón y comenzaba a desparramarlo, con rápidos movimientos circulares, sobre el cuerpo aterido de él.

—¡Mira, indiecita pehuenche, que tú te hayas criado en corrientes congeladas no quiere decir que yo esté obligado a compartir tus gustos! —le retrucó él, mientras le masajeara los brazos y el torso con energía, por miedo a que esa temperatura realmente le hiciese daño a ella o al bebé, porque, luego de ver el tamaño que habían adquirido los pechos de la chica en esas dos semanas, ya no tenía dudas de que iba a volver a ser padre.

—No se trata de gustos, mi vida, se trata de higiene, y ya no soportaba un solo

día más de baños de esponja —le explicó ella, al tiempo que lo abrazaba para tratar de absorber un poco de su calor corporal.

—Está bien, pero ahora que ya estamos limpios salgamos del río, tengo miedo de que de verdad nos haga mal —le pidió él, ya con tono más serio, antes de apretarla contra su pecho, besarla en la frente, colocarle una mano sobre el hombro y guiarla hacia la orilla. Luego de subir a la barranca, Juan se apresuró a tomar un amplio paño y envolvió a la chica con él, secándola con rapidez y fuerza para devolverle el calor. Ella lo dejó hacer por unos instantes, pero después tomó la otra toalla e hizo lo mismo con el cuerpo de él, deteniéndose más tiempo del necesario en refregar y secar su sexo, que volvió a reaccionar con intemperancia ante los tímidos, pero insistentes, masajes de la joven.

—Ven aquí, muchachita provocadora, que tengo cosas muy importantes para hablar contigo —la instó el capitán, luego la alzó en brazos y la llevó bajo el sauce, donde se arrodilló y la depositó con cuidado sobre la gruesa manta, antes de tomar la otra cobija y cubrirla con ella hasta la barbilla.

—¿No me digas que ahora sí quieres hablar? Pues no lo parece —comentó Mechi con tono guasón, en tanto que sus verdes pupilas de gata, clavadas en el sexo alzado de él, adquirirían un tinte brillante y lujurioso en la semioscuridad.

—Hay que ver lo descarada que te has puesto últimamente, pero, ya que insistes... —le respondió el oficial con una sonrisa socarrona, al tiempo que se metía debajo de las mantas, se recostaba con ternura sobre el cuerpo tibio de la chica, y empezaba a besarla y acariciarla por todas partes, mientras iba descendiendo con lentitud por sus pechos llenos, su estómago liso y su vientre redondeado, hasta llegar a ese pubis rojizo que lo había trastornado desde la primera vez que la soñó desnuda. Ella lo dejó hacer, gimiendo gozosa, en tanto que enredaba sus dedos en su cabello oscuro, para apretarlo contra su pelvis. Minutos después fue la joven la que lo empujó hacia atrás, hasta hacerlo recostarse de espaldas, se montó sobre los muslos de él y comenzó ella también a descender, con movimientos felinos y lentos, por el torso y el abdomen de su hombre. Lo adoró con sus manos, sus labios y su lengua, supliendo con intuición e instinto femenino su falta de experiencia, para poder devolverle todo el intenso placer que él le había brindado instantes antes. Cuando Juan sintió que estaba a punto de explotar de puro goce, se incorporó de golpe, acostó boca arriba a la chica y la penetró con empuje. Después empezó a moverse cada vez más rápido, incentivado por los fuertes gemidos de ella y por el movimiento acompasado y pasional de sus caderas, que se alzaban para recibirlo en cada embiste. Fue un reencuentro tierno y salvaje a la vez, que los hizo ascender en violentas espirales

huracanadas hasta la cima del volcán de lujuria en el que se habían fundido, para descender luego nuevamente al llano, convertidos en saciadas y livianas cenizas de pasión.

Una hora más tarde, bajo el calor de la manta, luego de volver a hacer el amor, esta vez con más cuidado y lentitud, y mientras acariciaba el abdomen redondeado y suave como la seda de la chica, él le preguntó con tono intencionado:

—¿No tienes ninguna novedad para contarme?

Ella lo miró, suspirando con resignación, antes de apoyar su pequeña mano sobre la de él y responderle: —No, pero lo hablé con Almudena y ella dice que es demasiado pronto para saberlo con certeza.

—¿Y qué piensas tú? —volvió a interrogarla el oficial, al tiempo que iba plantando besos, etéreos como las alas de un colibrí, sobre el rostro arrebolado de la muchacha.

—No sé qué pensar, solo sé que conozco mi organismo a la perfección y está cambiando a marchas forzadas... tengo sueño todo el día, me duelen horriblemente los pechos y esas odiosas náuseas matutinas no me dan respiro...

—¿O sea...?

—O sea que sí, hombre insistente y cargoso, creo que vas a ser papá de nuevo —exclamó Mechi con una suave sonrisa, entre avergonzada y emocionada, mientras le tomaba la cara entre sus manos para poder contemplar mejor su reacción.

—Y tú mamá, y estoy seguro de que vas a ser una madre maravillosa, tanto para este bebé, al que ya amo por el simple hecho de que sea tuyo, como para Mariano —aseguró el capitán, en tanto que acariciaba el cabello rojizo de la muchacha, carraspeando para aclarar la conmoción que le cerraba la laringe y le impedía respirar con normalidad.

—Dios te oiga, mi amor, Dios te oiga. —Suspiró la joven abrazándolo con fuerza, porque el miedo al peligroso e incierto futuro era aún mayor ahora que tenía otra vida por la cual preocuparse.

## Capítulo 10

### LIBRES AL FIN

El combate final, para liberar definitivamente a Chile de la ocupación española, tuvo lugar el 5 de abril de 1818, en el sector conocido como los Cerrillos del Maipo, ubicados al sur de Santiago. Durante el mismo se enfrentaron las fuerzas del Ejército Unido Libertador de Chile, al mando del general José de San Martín, y el Ejército Real de Chile, bajo las órdenes del general Mariano Osorio.

A pesar de las fuertes pérdidas sufridas durante la batalla de Cancha Rayada, en poco más de quince días el jefe patriota había logrado reorganizar su ejército, el cual tenía de nuevo superioridad en número y armamentos, ya que contaba con unos seis mil soldados y veintiún cañones, en tanto que los realistas sumaban cinco mil hombres en total y disponían de doce cañones. Desde muy temprano, San Martín, con el instinto de lince que lo caracterizaba, organizó a sus regimientos en una posición elevada, esperando el avance de los tercios españoles, los cuales se colocaron también en un lugar alto y plantaron cara a los revolucionarios.

Poco antes del mediodía, los patriotas iniciaron el fuego con la artillería, pero luego de un tiempo, al darse cuenta de que los realistas habían tomado una posición defensiva y de espera, el jefe del ejército libertador decidió iniciar el avance. Así, envió a algunos regimientos a atacar el centro y la derecha de los godos. A pesar de la potencia de las cargas, los escuadrones revolucionarios no podían quebrar las líneas enemigas y la batalla se encontraba estancada. Viendo esto, San Martín decidió enviar los batallones de reserva también a la lucha, arremetiendo tanto por los flancos como por el centro del ejército español. En el frente izquierdo, Las Heras y sus hombres, junto con un bravo grupo de cazadores escolta del Regimiento de Granaderos a Caballo, en el que se encontraba combatiendo el capitán Jhon Williams, bajo las órdenes directas de

Mariano Necochea, tomaron el cerro. Ante este hecho, el general Osorio, que creyó que todo estaba perdido, se retiró a toda carrera del campo de combate con su caballería, para tratar de salvar su vida. Por el contrario, Ordóñez, que nunca se resignó a la derrota, llevó a cabo maniobras desesperadas con las que solo logró desorganizar más aún a sus exhaustos soldados, debido a lo estrecho del terreno y la desigualdad de fuerzas.

Así, con el avance de las horas, la mayor parte del ejército revolucionario logró subir a lo alto, donde solo quedaban resistiendo los cuatro batallones españoles: Burgos, Arequipa, Concepción e Infante Don Carlos, que ya se encontraban cercados por todas partes. A pesar de ello y en una muestra del insigne coraje que los había hecho destacarse en infinidad de combates europeos contra las huestes de Napoleón, esos bravos hombres, en inferioridad de condiciones, se negaron a rendirse o a huir.

En un momento de la tarde, en medio del sonido de los tambores, los alaridos de furia y de dolor, el tropel de los caballos y el olor metálico e inmisericorde de la pólvora, la sangre y la guerra, comenzaron a oírse los legendarios vozarrones del batallón de Burgos, imponiendo, con su valentía y temple casi suicidas, una mezcla de miedo y respeto que hizo que los revolucionarios detuvieran por un momento su avance: *“Aquí está el Burgos. Dieciocho batallas ganadas, ninguna perdida”*. En tanto que gritaban al unísono, estos bravos veteranos hacían ondear su laureada bandera, que había resultado victoriosa en la batalla de Bailén y en tantos otros combates. Al ver este ejemplo de arrojo en medio de la trágica situación, los otros soldados realistas, que estaban a punto de rendirse, decidieron resistir de la misma manera. Así, formaron cuadros para tratar de contener a la caballería revolucionaria, que avanzaba sin pausa, en un indetenible y atronador galope que solo podía encontrar como destino la gloria o la muerte. Si bien los cazadores a caballo fueron rechazados en las primeras cargas, al formar el cuadro, los godos también se convirtieron en un blanco más fácil para los fusiles de la infantería enemiga, y comenzaron a ser diezmados por los disparos. Uno a uno, estos guerreros que guardaban en su sangre el valor de incontables guerras, iban cayendo, desplomándose al suelo entre gritos de impotencia y dolor, con el cuerpo perforado por las certeras balas patriotas. Pero igual no se daban por vencidos, por eso, los que quedaban vivos se reagrupaban y cerraban filas una y otra vez, en un inútil intento de defender su posición.

Finalmente, los cuadros realistas, al ver que los estaban exterminando, empezaron a retroceder, dirigidos por el general Ordóñez, en tanto que buscaban refugio en el caserío de Lo Espejo. Para ese momento quedaban unos dos mil

soldados, los cuales, durante el movimiento de repliegue, fueron atacados de continuo y dejaron un reguero de muertos a lo largo de su trayecto, pero no rompieron las filas. Con una terquedad y decisión casi suicidas, mantuvieron el orden y, lentamente, se fueron retirando del campo de batalla, hostigados por todas partes, hasta lograr guarnecerse en las precarias casas, junto a los combatientes de Primo de Rivera.

Bernardo O'Higgins, el cual estaba convaleciente de una herida que le había sido infringida durante la derrota anterior, junto a más de mil hombres, llegó en ese momento al campo de batalla. Así, lanzó al escuadrón de cazadores de Coquimbo contra las humildes viviendas, creyendo que los fatigados matuchos cederían. Sin embargo, las descargas de los fusiles y de dos cañones, que le quedaban aún al enemigo, provocaron la muerte de doscientos cincuenta soldados, a raíz de lo cual el jefe chileno tuvo que hacer tocar la retirada.

Al ver esto, San Martín no quiso poner en peligro a más hombres, por lo que ordenó concentrar solo el ataque de la artillería contra el lugar donde se refugiaba el enemigo. Diecisiete piezas se dirigieron hacia Lo Espejo y lo arrasaron, pulverizando las paredes asentadas en barro. No obstante, los restos de los batallones españoles continuaron soportando el fuego sin rendirse. Finalmente, los patriotas se lanzaron al asalto definitivo, los escasos defensores que quedaban en el caserío fueron arrollados, y a Ordóñez y Primo de Rivera no les quedó otra opción que capitular. La cruenta batalla al fin había terminado, y la anhelada independencia de Chile dejaba de ser un sueño casi utópico, para convertirse en una realidad.

El general José de San Martín, que fue ese día, nuevamente, el gran estratega y artífice de la victoria, diría después, con la sinceridad y el respeto que lo caracterizaban: *“Con dificultad se ha visto un ataque más bravo, más rápido y más sostenido, y jamás se vio una resistencia más vigorosa, más firme y más tenaz”*.

Al final del combate, el ejército argentino chileno perdió un treinta y cinco por ciento de sus fuerzas, entre muertos y heridos, y sufrió la desaparición total del bravo y sufrido escuadrón de negros de Mendoza. Los realistas, por su parte, tuvieron más de mil quinientas bajas, entre ellas, los batallones completos de Infante Don Carlos y Burgos, el cual no logró sobrevivir a su combate número diecinueve, y regó con su sangre y su coraje el suelo de otra nación. Además, otros dos mil soldados fueron tomados prisioneros. Por otra parte, se capturaron grandes cantidades de municiones, las que se utilizarían después en la campaña al Perú. Solo el general Osorio logró escapar, junto a seiscientos sobrevivientes,

los que fueron perseguidos de cerca por la caballería patriota. Sin embargo, luego de una huida desesperada y suicida, los derrotados lograron llegar hasta Talcahuano y se refugiaron allí.

La batalla de Maipú tuvo importantes consecuencias en diferentes ámbitos: a nivel militar se considera un ejemplo de estrategia y táctica, por el aprovechamiento que se dio de los movimientos previos y posteriores a la batalla, el excelente empleo de las armas, y el uso de la reserva para atacar al enemigo por su punto más débil. Por otra parte, a partir de allí el océano Pacífico pasó a ser controlado por los patriotas, lo que posibilitó así las campañas de San Martín y Bolívar en el Virreinato del Perú, donde había más de treinta mil soldados realistas preparados para dar pelea. Para finalizar, esta derrota dañó profundamente la moral de los españoles en la América Hispana y allanó el camino para concluir la emancipación sudamericana, que se alcanzaría en forma definitiva en los campos de Ayacucho, el 9 de diciembre de 1824.

Ese día crucial para la independencia de Chile, rezando con desesperación y con el alma en un hilo, Mercedes se quedó en el hospital de campaña hasta que el cruento combate concluyó, atendiendo a los heridos que iban llegando por decenas y poblaban los catres a tal punto que, al terminarse estos, los soldados eran acostados en el piso a la espera de ser atendidos. Desbordados totalmente, y respondiendo a las órdenes de Paroissien, hubo dos grupos que fueron dejados para el final: los que tenían lesiones leves y los que estaban demasiado graves para sobrevivir. Para el atardecer, las piernas de la chica habían comenzado a pesarle como plomo, ya que hacía más de ocho horas que no se sentaba ni se alimentaba, en un vano intento de tratar de atender a las necesidades de todos. En medio de los llantos y gritos de dolor, el hacinamiento del hospital y los uniformes destrozados y manchados de lodo y sangre, que se desparramaban por todas partes, la joven comenzó a angustiarse, al ver que la mayoría de los sobrevivientes ya estaban de vuelta y Juan no se encontraba entre ellos. Aún en medio del caos general, él le había prometido buscarla en el hospital ni bien llegase, pero ya estaba anocheciendo y su hombre no daba señales de vida.

Hubo un instante en el que la muchacha se detuvo en medio del pasillo atestado, cerró los ojos, contuvo la respiración y se tapó los oídos, para no ver ni escuchar tanta desolación, ni percibir el olor metálico y mortal de la sangre, pero lo que no pudo acallar fue el dolor sordo e insistente de su bajo vientre. Al volver a abrirlos, divisó al cabo Farías, quien acababa de llegar, conduciendo una

carreta tirada por dos viejas mulas, en cuya parte trasera transportaba tres heridos encontrados en el campo de combate. Ansiosa y desesperada, corrió hacia él al tiempo que le preguntaba:

—¿Ha visto al capitán?

—No, *gorgojito*, estuve luchando a su lado hasta que llegamos a la cima del cerro, ahí nos trenzamos en un combate cuerpo a cuerpo y lo perdí de vista. Lo siento —se disculpó el hombretón con gesto apenado, antes de comenzar a bajar los soldados del precario transporte, ayudado por un asistente.

—Entonces vamos, apúrese, tenemos que ir a buscarlo, si no ha vuelto hasta ahora significa que puede encontrarse malherido o estar desangrándose —le gritó la chica al tiempo que alzaba sus faldas, se subía al pescante de la carreta y lo miraba con un gesto entre mandón e implorante.

—Pero es que ya rastrillamos todo el campo y trajimos a los heridos que faltaban, estos son los últimos. Los que quedan allá son puros muertos, muchacha. ¿Está segura de que él no se encuentra en ningún catre del hospital?

—Muy segura, los revisé personalmente uno por uno.

—Entonces espere que voy a buscar unas antorchas para alumbrar el camino, porque a oscuras no vamos a encontrar ni nuestra propia sombra —le pidió el hombre con gesto resignado, en tanto que pensaba que, antes de adentrarse en el campo de combate, primero deberían haber buscado también entre los cientos de muertos que habían ubicado, al principio en hileras y luego en pilas, a un costado del sendero, a la espera de que los soldados, que ya estaban cavando inmensas fosas a unos cincuenta metros del campamento, se apiadasen de esos cuerpos y los enterrasen, antes de que se convirtiesen en comida de las fieras salvajes y las aves carroñeras.

La chica siguió la dirección de la mirada del cabo y le aclaró: —Ya busqué también entre los muertos y le aseguro que no se encuentra tampoco allí.

Asintiendo en silencio, Farías encendió las dos antorchas que había encontrado, cuya punta estaba envuelta en trapos embebidos en aceite, y las ubicó en dos huecos de los laterales de la carreta para anticiparse a la noche cerrada, luego se sentó al lado de la joven, tomó las riendas y azuzó a las mulas para que partiesen.

Esa tarde, el capitán Jhon Williams, del glorioso escuadrón de cazadores escolta y bajo el mando de Las Heras, peleó como un valiente. Primero a caballo y disparando con armas de fuego y después, cuando su potro se desplomó, alcanzado en el pecho por una gruesa lanza enemiga, continuó su combate a pie, avanzando a punta de bayoneta y a fuerza de sablazos, en medio del fragor de la

contienda. Perdió la cuenta de la cantidad de enemigos que había despachado hacia el otro mundo sin remordimientos ni culpa, porque quería acabar de una vez y para siempre con esta maldita guerra, para poder brindarle a sus hijos una patria más libre y una vida más segura, y para que el día de mañana ellos no se viesen obligados a luchar también. En un momento, con las piernas y los brazos tensionados y casi acalambrados por el esfuerzo, el oficial se detuvo y bajó los brazos, con su cuerpo ardiendo del dolor a causa de tres cortes leves que había recibido en el muslo, las costillas y el antebrazo. Estaba bañado en sangre propia y enemiga, con el uniforme roto y arrancado en partes y la punta de su bayoneta quebrada. Los ojos azules le refulgían en medio de un rostro cubierto de humo, tierra y pólvora. Instantes después, vio a diez metros de donde él se encontraba que los tercios del batallón de Burgos retrocedían desesperados hacia el caserío. Ya comenzaba a vislumbrarse un asomo de la victoria patriota. Sin embargo, segundos más tarde debió alzar de nuevo su sable para frenar un golpe mortal dirigido hacia su cabeza por un veterano realista, el cual, espada en mano y atacado de una suicida y repentina locura, se separó del resto de sus compañeros, corrió hacia los granaderos, degolló a un enemigo a su paso y enfrentó después al capitán.

En los minutos siguientes ambos caminaron al filo de una fina cornisa entre la vida y la muerte, los dos estaban heridos, agotados, acalambrados y dispuestos a vencer o morir en el intento. Cuando, finalmente, Juan había logrado desarmar a su aguerrido oponente de un certero sablazo que partió la espada del otro a la mitad, divisó, por el rabillo del ojo, a una sombra que se cernía sobre su costado izquierdo y, al tratar de girar para enfrentarla, recibió el fuerte culatazo de un fusil en medio de la sien y se desplomó como un fardo, aturdido por miles de luces que explotaron en su cerebro. Antes de perder la conciencia del todo, sintió los cascos de un caballo enemigo que se incrustaban contra su pierna izquierda y el sonido de su fémur al partirse en dos. Después de esto, el insoportable dolor de ambos golpes lo sumió en una silenciosa y compasiva oscuridad.

Tres horas después de su llegada a los cerros de Maipú en el desvencijado transporte, Mercedes estaba desolada. Todo el campo parecía haber sido arrasado por un destructivo ciclón, con el pasto arrancado por los cascos de los caballos, grandes huecos dejados por las balas de los cañones y la tierra regada de sangre y de hombres y de animales muertos. Ella y Farías habían revisado todos los cuerpos que quedaban todavía esparcidos por el suelo, una y otra vez, pero no lograban encontrar al capitán. Solo habían hallado dos nuevos sobrevivientes a los que arrastraron hasta depositarlos en el fondo de la carreta para transportarlos

después al hospital, pero él no aparecía. Para esa hora la chica apenas podía mover sus piernas, pesadas por el esfuerzo y el cansancio, tenía los labios resecos por la sed y el dolor sordo de su vientre endurecido se iba y regresaba como una marea, pero cada vez con más fuerza, en medio de violentas contracciones que la hacían detenerse e inclinarse para tratar de aliviarlas. Sin embargo, muda y enajenada, ella seguía buscando, se agachaba una y otra vez para voltear los cuerpos ya rígidos y así poder reconocer los rostros de los cadáveres, que parecían continuar observándola con los vidriosos ojos que reflejaban el horror de la muerte.

El cabo la secundaba, con una antorcha encendida en cada mano y el rostro pintado de una profunda pena porque, a esas alturas, ya estaba seguro de que era imposible encontrar a nadie vivo en ese campo de profunda y oscura desesperanza. Había intentado convencerla varias veces de volver, pero la joven ni siquiera había querido escucharlo y seguía girando, silenciosa y en círculos atontados, buscando, siempre buscando. Hacía ya más de media hora que gruesas y silenciosas lágrimas habían comenzado a trazar profundos surcos en sus mejillas cuando, al alzar su antebrazo para limpiarse la cara, alcanzó a divisar, en medio de una cerrada oscuridad y a unos veinte metros de distancia, un bulto extraño al que aún no habían revisado. Con el vientre que le quemaba de dolor y el corazón galopando de expectativa, la muchacha corrió hacia allí, al tiempo que le gritaba a Farías que la siguiese para alumbrar el lugar. Al llegar a dos metros de esa forma extraña, notó que estaba conformada por dos cuerpos superpuestos. El que se encontraba debajo era de un oficial patriota y se hallaba boca abajo e inmóvil. Cruzado al cejo sobre su torso, con los oscuros y abiertos ojos, ya ciegos de muerte, mirando hacia el cielo y los brazos y piernas que le caían rígidos hacia los costados, estaba un teniente español, con el pecho destrozado por un disparo de fusil.

Aun antes de que las antorchas iluminasen el sector, la joven supo, tal vez por instinto, por la emoción que sentía al tenerlo cerca o por la forma de sus delgadas manos, con las palmas vueltas hacia la tierra, que el oficial era Juan. Sin embargo, cuando ella intentó alzar el cuerpo rígido del otro para quitárselo de encima, una punzada dolorosa como una cuchillada le atravesó el vientre de lado a lado y la hizo gritar. Al oírla, el cabo clavó las antorchas en el piso y la ayudó a correr al godo a un costado y dar vuelta boca arriba a su capitán, el cual tenía los ojos cerrados, la sien cortada e inflamada, la mitad de la cara bañada en sangre y la pierna izquierda ubicada en una posición antinatural y macabra. La desesperación de ver que el oficial no se movía y la creencia de que él también

estaba muerto, cegó tanto a Mercedes que se arrodilló en el piso, pasó sus delgados brazos por detrás de la espalda de su hombre y lo alzó contra su pecho, antes de empezar a sacudirlo y llamarlo a gritos, pero ya sin esperanzas de que él le respondiese. Con un cinturón de doloroso fuego que le cercaba las caderas y el vientre y con una tibia y pegajosa humedad que fluía finalmente de su entrepierna y se desparramaba por sus muslos, esa valiente muchacha a la que nadie había logrado doblegar jamás bajó sus hombros, derrotada por primera vez, y pensó que ahora sí no le quedaba nada. Con su cordura zigzagueando al filo de un abismo, sintió que su pecho se convulsionaba por profundos y desgarrantes sollozos que brotaban desde las raíces de su alma. Mirando hacia el oscuro cielo con desolación, lloró por todo: por el desamor y el maltrato de su madre, por el sufrimiento cruel e inútil del sargento Cuevas, por la risa franca de su padre que jamás iba a volver a escuchar, por su bondadoso hermano Manuel, al que una bala enemiga le había robado los sueños y el aliento, por su bebé, que era apenas un puñadito de vida y se había convertido en una víctima más de esa sangrienta guerra, pero por sobre todas las cosas lloró por él, por ese bello capitán de ojos azules y rasgos árabes que la había enamorado, robándole el sosiego y el corazón, desde el mismísimo instante en el que lo vio, con su brillante uniforme de granadero, en esa fiesta de Mendoza hacía ya un año y medio. Habían proyectado tantos sueños que nunca iban a poder cumplir. Tantas ilusiones perdidas, tantas, tantas...

Arrodillado a su lado y respetando en silencio su dolor, el bravo Farías solo atinó a estirar una mano para tocar el cuerpo de su jefe y, al hacerlo, notó con alivio que, si bien este se hallaba inmóvil, no estaba rígido y conservaba su temperatura.

Instantes después, al alzar la vista, la joven adivinó una luz de esperanza en el rostro del cabo y, segundos más tarde, sus oídos se llenaron de la música más bella que iba a escuchar jamás, porque oyó la voz del hombre que amaba con destemplanza regresando de las catacumbas de la muerte.

—Ey... tú vives... yo vivo... —le recordó él, luego de abrir con pesadez sus ojos, con tono débil pero amoroso y una mirada de intensa ternura.

—Tú vives, yo vivo... lo imitó Mercedes en un susurro. Luego sonrió entre lágrimas, a la luz de las antorchas, y lo abrazó fuerte contra su pecho, al tiempo que sentía cómo la sangre espesa traspasaba ahora sus faldas y humedecía sus pantorrillas y pensaba, con el fatalismo de su dulce sangre mestiza y su generoso corazón creyente: “El señor da... y el señor quita... bendito sea por siempre el nombre del señor”.

Diez días después de la victoria, Mechi y Juan partieron rumbo a la cordillera de los Andes, acompañados de un grupo de soldados, la firme e inquebrantable tía Eduviges y el sufrido Vicente y guiados por arrieros, los que llevaban de tiro también varias mulas que transportaban mantas, tiendas y provisiones. Pensaban utilizar los pasos más tranquilos del sur, pero estaban apurados, porque debían cruzarla antes de que el frío se hiciese más intenso y las primeras nevadas volvieran intransitables los caminos. Antes de eso, Paroissien se aseguró de que la pareja estuviese en condiciones aptas para viajar, ya que ambos se estaban reponiendo, él de sus heridas y ella de su aborto espontáneo. Por fortuna, al ser un embarazo tan reciente, no había habido necesidad de intervenirla para limpiarla a fondo y no tenía peligro de infección. Es más, el médico les había asegurado que podrían volver a encargar otro niño sin inconvenientes en muy pocos meses. No obstante, los dos habían llorado esa pérdida con profunda pena. Juan, sin embargo, debió realizar el penoso cruce postrado en una angarilla, porque su pierna quebrada y entablillada no le iba a permitir cabalgar durante un buen tiempo. Había sido una quebradura limpia que no había roto arterias ni venas mayores, y tampoco había originado una importante infección, ya que, luego de solo tres días de inflamación y fiebre, el oficial comenzó a recuperarse rápido. Pero esta última herida iba a traerle consecuencias graves para su profesión porque, al haber pasado tantas horas sin atención, primero en el campo de batalla y luego en el caos del hospital donde los médicos no daban abasto, el hueso soldó mal y su pierna izquierda le quedó más corta, motivo por el cual no solo obtuvo una baja honrosa del ejército sin tener que solicitarla, sino que también tuvo que caminar apoyándose en un bastón por el resto de su fructífera vida.

Tres días antes de su salida, el capitán se había dirigido al cuartel general, donde San Martín y sus jefes seguían celebrando la victoria y diagramando planes para el viaje a Perú. Llegó caminando lento, con la cabeza aun vendada, la pierna izquierda firmemente apretada entre dos tablillas, ayudándose con muletas y con la intención de despedirse de sus jefes y compañeros de armas. Ni bien entró al amplio despacho, escuchó las palabras cariñosas y elogiosas de su líder y el alma se le llenó de orgullo.

—Qué gusto me da ver que ya se encuentra mejor, oficial Williams. Aquí Mariano y Gregorio me han contado que usted fue uno de los más destacados héroes de la jornada. Hombres con unos cojones como los suyos no se encuentran todos los días, por eso lamento profundamente que no pueda acompañarnos a patearles las puertas a los godos en su principal guarida —

exclamó San Martín con su característica tonada campechana.

—Yo también, don José —le respondió el oficial emocionado, evitando mencionarle que, de todos modos, él ya había decidido pedir la baja del ejército.

—Son los males que trae la guerra —afirmó el jefe con tono pesaroso antes de continuar—: No obstante, tengo el agrado de comunicarle que, en premio a su arrojo y su coraje, he ordenado que lo asciendan al grado de mayor —completó con un tono teñido de solemnidad, en tanto que le apoyaba una mano en el hombro con afecto.

—Es un honor, general, y se lo agradezco profundamente, pero vengo a informarle que debo partir de inmediato para Buenos Aires, antes de que el frío haga imposible el cruce. Como usted sabe, mi esposa falleció hace más de dos meses y mi hijito se encuentra solo así que, aunque lo lamente mucho, no voy a poder esperar a que se realicen las condecoraciones —le contestó el muchacho con gesto serio.

—¡Por supuesto, hombre, faltaba más, primero está la familia, voy a ordenar que esta misma tarde se le entregue su nuevo uniforme con sus correspondientes medallas y galones junto con el documento que acredita su baja, así ya se los lleva con usted.

—Gracias, don José. Por lo que veo, piensan partir pronto para el Alto Perú —dijo Juan, con un tono que estaba a mitad de camino entre la pregunta y la afirmación.

—Eso es lo que nos gustaría, pero no, fíjese que nos va a llevar unos cuantos meses volver a reclutar tropas, fabricar más armamentos y reorganizar el ejército, eso sin contar con que tenemos que conseguir y equipar los barcos de guerra que necesitamos, si es que queremos tener posibilidades de tomar El Callao —le informó San Martín paseándose de un lado al otro, como era su costumbre cuando algo lo inquietaba.

Con un sentimiento de enorme orgullo por haber peleado a las órdenes de un jefe de su talla y su valía durante tantos años y con una emoción que le cerraba la garganta al saber que sus caminos iban a bifurcarse para siempre, el excapitán fue a saludar con un apretón de manos a ese hombre inteligente, valiente y generoso que por mucho tiempo había sido para él, más que su líder, su segundo padre. Pero don José lo sorprendió al abrazarlo fuerte contra su pecho y, luego de apartarlo y colocarle las manos en los hombros, decirle con voz ronca: —Le agradezco infinitamente su fidelidad y todos los servicios que prestó a nuestra causa. Que tenga un buen viaje, mayor, y que Dios los bendiga y proteja a usted y a su familia.

Un rato después, al volver junto a Mercedes con su ascenso y su baja firmados y convertido para siempre en un civil, el exoficial atrajo a la chica hacia él, la apretó contra su torso y lloró durante un buen rato, por todo lo perdido y lo ganado. Sabía que por fin iban a ser libres de rehacer su vida lejos de esa infausta guerra y le agradecía íntimamente a Dios por haberle hecho el regalo de seguir vivo y de poder tenerla a su lado, aún con el dolor agridulce de comprender que nunca más iba a poder volver a luchar por la libertad de su joven, turbulenta y amada patria.

Así, una soleada mañana de mediados de abril, la dulce muchacha, feliz y aliviada, iniciaba de nuevo el cruce de las inclementes montañas, soñando despierta con encontrarse con quien sería su hijo para toda la vida, con construir un hogar pacífico, alegre y seguro para él y para todos los que llegasen después y con dormir todas las noches que le restaban de vida abrazada al hombre que adoraba más que a nadie en el mundo. Días antes de salir Mechi había enviado varias cartas: una a su querida tía Gertrudis, en la cual le informaba de su próximo casamiento con Juan, que planeaban concretar ni bien arribasen a Mendoza, y le agradecía profundamente por todo lo que había hecho por ella. Las otras iban dirigidas a sus tres hermanas y a Luis y Sol, en ellas les contaba también las buenas nuevas y les avisaba de su llegada, con la intención de que le allanasen el camino con la inconforme doña Leonor. Por descontado, ya era capaz de imaginar, con anticipación, las crueles quejas que podrían llegar a salir de la boca de su madre: *“Qué desastre eres, Mercedes, mira que buscarte un viudo, con un mocoso a cuestas, y lisiado para colmo de desgracias”*, la imitó mentalmente la chica con una mueca resignada. De todos modos, no pensaba permanecer demasiado tiempo en su antiguo hogar, ya que su expectante corazón de madre adoptiva la urgía a llegar cuanto antes a la ciudad capital. Pero cuál no sería su sorpresa cuando, el día anterior a la partida, vio ingresar al campamento a su delgada y avinagrada madrina, vestida de riguroso negro, con Manchitas bajo el brazo y con un resignado Vicente detrás de ella, cargado de baúles. Al reconocer a Mechi, el cuzco empezó a ladrar y mover la cola con desesperación, en tanto que se retorció para que lo bajasen al piso y poder así correr hacia la joven. Ni bien llegó a su lado, la solterona la saludó con un magro beso que no logró ocultar la mirada emocionada con la que le expresaba todo lo que la había extrañado y lo feliz que estaba de encontrarla con vida. Segundos después le informó con tono seco que había quemado de nuevo sus naves y le había vendido su casa y sus negocios en Chile a su socio, porque tenía la firme intención de comprarse otra en Buenos Aires para poder estar cerca de ellos y

ayudarla a criar ese niño que le había caído de regalo. Al escucharla, la muchacha se limitó a abrazarla en silencio, entre llantos y risas, porque esa mujer agria y amargada había sido siempre un puntal tan importante en su vida que celebraba infinitamente el poder tenerla a su lado para siempre. Desde el piso, el perrito gemía y ladraba una y otra vez, con las patas delanteras apoyadas en los muslos de su amada dueña y la cola batiendo a todo contento.

## Capítulo 11

### VOLVIENDO A CASA

El viaje de regreso fue lento, abrigados hasta los dientes por la llegada del otoño, debieron soportar en las noches temperaturas casi tan bajas como las del anterior cruce de Mercedes, que había transcurrido por zonas mucho más altas, frías y peligrosas, pero en verano. Aunque ahora tenían la ventaja de que podían encender enormes fogatas para calentarse, sin correr el peligro de que el enemigo los descubriese y atacase por sorpresa. Además, al ser lugares menos elevados y con más espacio, la mayoría de las noches pudieron armar sus tiendas, para protegerse del frío viento de la montaña. Solo se habían encontrado a mitad de camino con un grupo de pehuenches de la tribu de su bisabuela los cuales, al reconocer a la muchacha, se acercaron a saludarlos y les dejaron de regalo dos pieles de vicuña y una llama que acababan de cazar, para que la aprovecharan en el almuerzo. En retribución, Juan les obsequió un pequeño tonel de vino y otro de aguardiente, los que fueron muy apreciados por los nativos.

Durante esa travesía, Gertrudis fue testigo del profundo amor que se profesaban esos jóvenes y del cariño y paciencia con los que se cuidaban y protegían uno al otro. Él, pendiente de que ella estuviese abrigada y cómoda y de que se alimentase bien, porque Mechi había adelgazado varios kilos luego de las dolorosas pérdidas del sargento Cuevas y de su bebé y de haber permanecido días y noches enteras pendiente de que Juan se recuperase de sus lesiones. Ella, por su parte, cabalgaba al lado de la angarilla que lo transportaba a él, la cual era sostenida con dos varillas atadas a los costados del vientre de dos mulas ubicadas en fila india y a un metro de altura del piso. La joven llevaba un recipiente de cuero con agua, para que el herido bebiese, y controlaba que las gruesas mantas que lo tapaban no se desplazasen para que no tuviese frío. En los

días más crudos llegó incluso a atarlas con gruesas sogas a su improvisada camilla, dándole al hombre el aspecto de un matambre listo para echar al fuego. “Dios me salve de las garras de esta terrible mujercita”, le decía él a la solterona, al tiempo que contemplaba a su novia con una sonrisa enamorada y cómplice, a lo que Gertrudis le respondía con una carcajada y un guiño socarrón: “Y luego no diga que no se lo advertí”.

En las largas y crudas noches de la montaña, en las cuales dormían los tres en una misma tienda, con Mercedes ubicada en medio de los dos y Manchitas recostado a sus pies, la mujer también fue testigo de cuánto los atormentaban a ambos las imágenes de la guerra y los sucesos que habían vivido en ella, ya que muchas madrugadas, alguna vez uno y otra el otro, se despertaban gritando aterrados o hablaban inquietos en sueños. La sabia solterona se consolaba pensando que el tiempo, que todo lo cura, iba a ayudarlos a restañar también sus heridas internas, aunque, por otra parte, sospechaba que había algunas, como el horror de haber visto morir a tanta gente querida, que no iban a poder sanarse jamás.

En las sombras, ubicados en medio de la tienda de campaña, Juan dormía boca arriba, ya que su pierna entablillada no le permitía colocarse de lado, con su pecho apoyado contra la espalda de la chica y un brazo rodeando su fina cintura, como a él le gustaba. Él se consolaba pensando que, de todos modos, con su amorcito durmiendo de costado y tan pegada a su madrina, igual no hubiera podido abrazarla, porque hubiese corrido el peligro de tocar el magro e inmaculado culo de su altiva y venerada nueva tía y esa sola idea le provocaba un escalofrío de terror.

Ahora que los pasos eran más anchos y podían desplazarse uno al lado del otro, la enamorada pareja aprovechó la larga travesía para dialogar con calma de todas las cosas de las que nunca habían podido hablar antes, cegados por sus desencuentros y por la profunda y prohibida atracción que los había obnubilado al punto de no dejarlos pensar en nada más. Así, fueron relatándose las travesuras de su niñez, lo que les gustaba y lo que no, las bondades y manías de sus hermanos y el profundo amor que se tenían sus padres. Aunque, comparando, la relación entre Leonor y Dalmacio había sido mucho más tormentosa, debido al fuerte carácter de la mujer, que la de Brandon y María, la cual había corrido siempre por carriles más dulces y comprensivos. Él le narró su vida de militar en España y ella le contó del amor profundo y secreto de Gertrudis por su papá, aprovechando que su tía viajaba varios metros detrás de ellos. Esta se hallaba ocupada ordenándole al bueno de Vicente que por ningún

motivo se atreviese a bajar de sus brazos al perro, porque tenía miedo de que lo atacasen las serpientes, los pumas o vaya a saber que otra sabandija que pudiese encontrarse acechando en esos infernales senderos alejados de la mano de Dios.

Los jóvenes fueron rememorando también, paso a paso, el largo camino que habían recorrido ambos antes de conocerse, y se dieron cuenta de que ese encuentro en la fiesta fue un punto de inflexión que había significado un profundo cambio de rumbo en la vida de los dos. Con pudorosa sinceridad, Mercedes se dijo que, aun en forma inconsciente, el deseo de volver a verlo había influido no poco en su decisión de disfrazarse para entrar al ejército y, con el mismo sentimiento, Juan le confesó cuánto lo habían confundido ese intenso afecto y esa profunda necesidad de tenerla siempre a su lado, cuando aún no sabía que ella era una mujer. Él le contó también de los caóticos y excitantes sueños donde la veía desnuda y le hacía el amor con pasión, y de lo asombroso que le había resultado descubrir, esa vez en el río, que el cuerpo de la chica era idéntico al de su imagen onírica. Ella se rio a carcajadas al recordar el susto mayúsculo que se llevó la vez que se despertó con el duro sexo de él apretado contra sus nalgas y su mano morena taladrándole los huesos de las caderas para sostenerla contra su vientre, estando dormido, y él le reveló las ganas enormes que había tenido de estrangularla en esa ocasión, creyéndola un mocoso, por haberlo despertado mientras soñaba que estaba enterrado profundamente en la pelirroja de sus sueños.

—¡Ahora entiendo! ¿Por eso me dijiste que los colores de tu sueño eran rojo, verde y blanco? —lo interrogó la muchacha con los ojos redondos de asombro.

—Ajá, son los colores de la mujer que amo —le respondió el oficial con una pícaro sonrisa y alargó su mano para tomar la de ella, al tiempo que avanzaban a paso de hombre.

Veinte días después de su partida de Chile, llegaron a la finca de Mendoza y, al avistar su enorme y antigua casa, luego de casi un año y medio de ausencia, Mercedes sintió que incontenibles lágrimas de emoción y añoranza partían desde sus ojos color mar y se desplazaban lentas por sus altos pómulos pehuenches para desembocar en su boca ancha y expresiva y dejar un reguero salado a su paso. A su lado, Juan contempló el hogar de su novia por primera vez y supo que solo un lugar rodeado de una naturaleza tan bella y agreste podía haber sido la cuna donde se criase una joven tan peculiar, aguerrida y maravillosa como ella. La casona estaba levantada en el centro de un verde valle atravesado por un río, rodeada por una prolija cerca de madera, con montes y arbustos a su alrededor y altas montañas de diferentes tonalidades como marco de fondo.

Cuando llegaron frente a la puerta principal, al ver que la muchacha se detenía y dudaba, su madrina se le adelantó y, ayudada por su infaltable bastón, entró a la sala dando grandes trancos y saludó a todos con su voz sonora y seca: — ¡Buenas tardes!

Al oírla, cuatro pares de ojos giraron hacia ella, los de Luis lo hicieron con alegría y asombro, los de Sol y Facundo con curiosidad, ya que era la primera vez que la veían, y los de Leonor con enojo ante tanto atrevimiento. Los tres mayores estaban sentados en los amplios sillones, disfrutando de unos ricos mates con tortas fritas recién horneadas y el pequeño de nueve meses se hallaba en brazos de su madre que lo amamantaba con ternura.

—¿Se puede saber qué rayos haces aquí? —la increpó Leonor, antes de levantarse y caminar hacia ella con gesto beligerante.

—¡Ah, yo también me alegro muchísimo de verte, mi querida hermana! —se burló la otra con tono zumbón, al tiempo que se acercaba a la joven madre, le quitaba al bebé de los brazos sin pedirle permiso y lo alzaba en alto. Después lo inspeccionó exhaustivamente, antes de comentar con gesto complacido: —Es el vivo retrato de su abuelo, que en paz descansa. De ti no sacó nada, Leonor, gracias a Dios.

—¡Te hice una pregunta, y ya que te metes aquí como Pancho por su casa, al menos hazme el favor de responderla! —volvió a increparla Leonor con tono furioso, en tanto que le sacaba al pequeño de los brazos y lo arrullaba contra su pecho.

—Vine acompañando a Mercedes y a su futuro esposo y, si no te gusta, pues te jodes y te recontrajodes, hermanita, porque, por si no lo has notado, no estoy pidiendo tu opinión —le retrucó Gertrudis, al tiempo que se llevaba las manos a la cintura y adelantaba la barbilla con gesto belicoso.

—¡Si serás...!

—¡Basta las dos! ¡Parecen dos viejas urracas locas y ya están haciendo llorar al niño! —las interrumpió Luis perdiendo la paciencia, mientras se dirigía hacia su madre para quitarle a Facundo, el cual miraba a una y a la otra con ojos azorados y haciendo enormes pucheros en el proceso.

En ese momento Mercedes ingresó despacio a la sala, ataviada con un gastado y sucio vestido azul de viaje. Juan caminaba detrás de ella, con su pierna entablillada y apoyándose en muletas. Al verla, Sol se levantó y corrió hacia la chica, la abrazó primero con fuerza y se separó después para besarla en las mejillas, entre llantos y risas, al tiempo que le acariciaba la corta y abundante melena rojiza. Al contemplarlas juntas, el flamante mayor no tuvo dudas de

quién había sido la cómplice de su novia en toda esa aventura, aunque Mechi jamás la había delatado.

Con un párpado latiéndole por la emoción contenida de volver a ver a su hija menor, luego de haber temido que la joven no volviese jamás, Leonor se cruzó de brazos y, dirigiéndose a la solterona, comentó con tono displicente: —Espero que al menos hayas resultado ser una buena chaperona.

—¡Por supuesto, hermanita! Fíjate que hace más de veinte noches que me he tenido que sacrificar durmiendo en medio de estos dos tórtolos, y no te imaginas la de veces que he debido evitar a punta de pistola que este mal hombre me saltase por encima para arrojarse sobre mi ahijada con pierna quebrada y todo — le respondió Gertrudis con tono teatral y burlón, al tiempo que se giraba hacia el oficial, que estaba rojo como un tomate del bochorno, y le guiñaba un ojo con picardía.

—Tía, usted es terrible —la amonestó Luis, en tanto que caminaba hacia Mercedes con los ojos brillantes de emoción y le ponía a Facundo entre los brazos, antes de abrazarlos a ambos contra su pecho con ternura y alivio, al tiempo que le decía suavemente—: Bienvenida a casa, hermanita.

La muchacha se quedó unos instantes contemplando embobada a su sobrino y le besó los gordos carrillos una y otra vez, después alzó los ojos para decirle a su adorado mellizo con una enorme sonrisa:

—De veras que es idéntico a nosotros este coloradito. —El bebé se quedó viéndola confundido por unos segundos y luego le correspondió con otra brillante sonrisa, adornada por dos incipientes dientes de leche, al tiempo que alzaba su manita regordeta para meter los dedos en la boca de su recién descubierta tía, la cual fingió mordérselos y le provocó ruidosas carcajadas, antes de decirle:

—¡Mira que nos vamos a divertir tú y yo, repollito!

—¡Ja! Ni te pienses que te voy a permitir que lo conviertas en un desobediente malcriado como... —le advirtió Leonor, mientras tendía los brazos hacia su nieto con la intención de quitárselo.

—No se atreva, madre, porque ahí sí que me va a conocer —la frenó su hijo con tono de advertencia y echando chispas por los ojos.

—¡Y a mí también! —lo apoyó Sol, colgándose de su brazo para después continuar—: En ningún lugar va a estar mejor Facundo que en los brazos de su futura madrina. ¿O no mi vida? —terminó la rubia y miró a su esposo buscando su asentimiento.

—¿De veras? ¿No me digan que aún no han bautizado a esta preciosura? —les

preguntó Mechi, con nuevas lágrimas de emoción corriendo por su rostro sucio y cansado del viaje.

—¿Tú me lo pediste, recuerdas? —le respondió Luis con gesto también emocionado.

—Sí, pero pensé que... —se interrumpió ella, al tiempo que se limpiaba las mejillas con vergüenza.

—Jamás se lo hubiese dado a nadie más —le contestó su mellizo, antes de acariciarle la barbilla con una mirada de honda ternura.

Parado a un costado, quieto y silencioso, Juan los contempló juntos por primera vez y se maravilló del enorme parecido entre ambos. Al leer en sus ojos el profundo amor que se profesaban esos hermanos, pudo comprender mejor la loca decisión que había tomado la chica. Aunque, para ser sinceros, con una madre como esa vieja bruja, él también hubiese huido despavorido sin necesidad de invocar motivos más altruistas, pensó con una mueca de indignación y rechazo dirigida directo a su futura suegra. Como si le leyese los pensamientos, su novia giró hacia él y le tendió una mano para que se acercase, pero sin soltar a su ahijado ni dejar de hacerle monerías para oírlo reír. Luego les dijo a todos con gesto firme y tierno: —Les presento al mayor Jhon Williams, mi futuro esposo y el hombre que amo con toda mi alma.

—Bueno, bueno, cuñada, ya ves que para algo ha servido toda esta aventura que nos ha tenido meses con el Jesús en la boca, ¡al fin sí vas a poder casarte por amor! —comentó Sol con su cara brillando de felicidad, y abrazó a Mechi desde un costado mientras le apoyaba la cabeza en un hombro.

—Encantado de conocerte, cuñado, supongo que debes ser un gran hombre para haber logrado enamorar a una mujer tan maravillosa como mi hermana —le dijo Luis, antes de acercarse a Juan para darle la mano con gesto franco y palmearle afectuosamente la espalda.

—No sé si seré un buen hombre, lo que sí sé es que amo con locura a esta chica —le respondió el oficial, al tiempo que sonreía y acercaba a su novia hacia él.

—¡Hasta el cielo ida y vuelta! ¿O no, muchacho? —intervino Gertrudis, en tanto que se acercaba a Juan y le recordaba esa vieja frase que él le había dicho meses atrás.

—Así es, señora, hasta el cielo ida y vuelta.

Con la alegría y el alivio de poder matar dos pájaros de un tiro, casando de una vez a su rebelde y desobediente hija, que ya pensaba que le iba a quedar para vestir santos, por más que el candidato no fuese lo que ella había deseado, y

bautizando por fin a su adorado nieto, que ya temía que iba a entrar dando pasitos a la iglesia si esa mocosa seguía sin volver, doña Leonor se resignó a tolerar, a regañadientes, la presencia de su hermana mayor en su casa.

Sentada en una mecedora alejada, mientras tejía una capita blanca para ponerle a Facundo en el día de su bautizo, la morena mujer observaba a Gertrudis conversar alegremente con los mellizos y sus respectivas parejas y, al escuchar las fuertes carcajadas que surgían de ellos de a ratos, recordó los celos enfermizos que le provocaba ver bromear y reír de esa forma a Dalmacio con esa estaca vestida. ¿Qué es lo que ellos verían en el humor ácido y avinagrado de su hermana para buscar su compañía y carcajearse con ella del mismo modo en que lo había hecho su esposo en el pasado? ¿Por qué, más allá de que a ella le constaba que él la había amado con locura y regalado infinitas noches de pasión, era a la otra flaca escuálida a la que él buscaba siempre para conversar hasta de política y reírse como locos de todo y de todos? Por eso, hasta el mismísimo día en el que la solterona anunció que se iba a vivir a Chile, ella había vivido atormentada con la idea de que Dalmacio la prefería para dialogar porque la consideraba mucho más inteligente, culta e ingeniosa que ella y nunca había podido evitar que los celos le clavasen puñales en el pecho de la misma forma en que lo hacían ahora, cuando veía cómo Gertrudis le robaba la atención y el cariño de sus hijos con sus gestos secos y sus comentarios ocurrentes, irónicos y ácidos. ¡Y claro, cómo no iba a ser así si esos dos estaban cortados con la misma tijera torcida que el idealista y tarambana de su padre! Se lamentó, con los ojos repentinamente húmedos, tal y como le sucedía cada vez que se ponía a recordarlo.

Por su parte, Juan congenió desde el primer instante con su simpático y gracioso cuñado y, durante las dos semanas que permanecieron allí y en la medida en que su pierna, ya en franca recuperación, se lo permitía, lo acompañó a realizar sus labores en los viñedos y con la cría de animales. De este modo se gestó entre ellos una profunda y fructífera amistad que el oficial aprovechó para preguntarle sobre todo lo referido a la cría y faenamiento de vacunos, ya que, con la paga obtenida luego de la batalla de Maipú, pensaba comprar unos campos cercanos a su chacra en Buenos Aires, los cuales en ese momento se ofrecían a precios muy bajos a condición de que se los trabajase, porque deseaba dedicarse a realizar actividades rurales. Si bien por carta Brandon le había ofrecido participar en los emprendimientos comerciales de la naviera, el excapitán no pensaba aceptar su proposición. De ninguna manera iba a inmiscuirse en el trabajo de Stuart, su hermano mayor, que ya lo realizaba muy

bien sin su ayuda y se hallaba dedicado en cuerpo y alma a la empresa familiar. Por otra parte, Gertrudis lo alentaba en su proyecto porque, con su ojo siempre sagaz para hacer negocios, ella estaba decidida a invertir su dinero en un saladero y una curtiembre, así que iba a necesitar de los animales que criase su nuevo sobrino para procesar los cueros y salar y preparar la carne para su venta a otros países. Lo más complicado fue que, como Luis estaba interesadísimo en conocer detalles sobre la guerra, el exmilitar tenía que tener mucho cuidado de no incluir a “gorgojito” dentro de sus anécdotas, lo cual era bastante difícil porque, de una forma u otra, la joven había participado en la mayoría de las batallas, pero ella se negaba de plano a revelarle esa parte de su vida a su hermano y, sobre todo, a su madre y él la respetaba, no fuera a ser que su suegra se enterase, le diese un soponcio y les arruinase la boda tan largamente planeada.

Mercedes, por un lado, estaba dedicada por completo a la preparación del casamiento y el bautizo, que iban a ser muy sencillos y con sus amistades más íntimas, porque esos tiempos de sacrificios y guerras no daban para grandes fiestas, y por el otro, a mimar y malcriar a su ahijado hasta lo indecible. Juntos jugaban al cuco y ella le cantaba canciones, le enseñaba a hacer “qué linda manito” y lo hacía girar por los aires entre carcajadas, hasta tal punto que la joven madre se había puesto celosa al ver que el pequeño le tendía los brazos y le hacía monerías antes a su histriónica tía que a ella misma.

Además, fiel a la promesa hecha al sargento Cuevas, Mechi averiguó dónde vivía su humilde familia y se dirigió hacia allí, acompañada de su prometido. Al llegar al precario rancho, ubicado en las orillas de la capital mendocina, la mujer del fallecido oficial salió a recibirla con el rostro surcado por una honda pena. Luego de transmitirle sus últimas palabras y deseos a su esposa y sabiendo que tres de sus hijos mayores, unos adolescentes de entre doce y dieciséis años que ya presagiaban un cuerpo tan robusto e imponente como había sido el de su padre, aún no tenían trabajo, la joven les ofreció que se fuesen con ellos a Buenos Aires, para vivir y realizar labores relacionadas con la cría de animales en la chacra que Juan ya poseía y en otra que tenía en vista para comprar ni bien se instalasen allí. Ellos aceptaron su oferta agradecidos, porque no habían quedado muchas posibilidades de progreso por esos días en esa sacrificada Mendoza, luego del enorme esfuerzo que la región había hecho para solventar la organización del Ejército de los Andes y los gastos de la guerra. Mientras se alejaba, alzando la mano para saludarlos, la muchacha no pudo evitar que gruesas lágrimas de dolor volvieran a recorrer su rostro, en tanto que pensaba que, detrás de los laureles de la gloria y la victoria, quedaban las familias como

esa, arrasadas por la impiadosa destrucción de la miseria y la muerte, representadas en la pérdida de quienes habían sido sus pilares y cabezas de familia. Al igual que lo que había sucedido con la suya luego de lo de su padre y su hermano, no les quedaba otro camino que tratar de juntar y recomponer los pedazos que habían logrado sobrevivir a la barbarie de las batallas.

Por otra parte, ahora que se había repuesto totalmente del aborto y que el sangrado había desaparecido por completo, la muchacha comenzó a desear retomar la intimidad con su novio y más cuando, de a ratos, él la incendiaba con el calor de sus ojos azules y una mirada pasional y demandante que ella le conocía muy bien.

Lo que para ella había comenzado como un tierno deseo, para Juan ya se había convertido en una dolorosa obsesión, ya que, aunque en el viaje tampoco habían estado a solas, a él no se le hubiese ocurrido jamás pedirle nada sabiendo que ella se estaba recuperando de la pérdida del bebé, pero ahora, en su cálido hogar y rodeada del afecto de su familia, Mercedes estaba floreciendo y él jamás la había visto tan bella ni la había deseado más. Ella parloteaba todo el día con sus tres hermanas, que habían venido, una desde el convento y las otras desde sus hogares, para asistir al doble festejo, había recuperado peso, tenía las mejillas arreboladas, sus bellos rulos ondulados y dorado rojizos brillaban como oro negro al sol y le llegaban ya hasta el final de los omóplatos y su suave perfume de jazmines lo atontaba cada vez que pasaba a su lado. Además, ahora él sentía a todas horas el arrullo de su risa cantarina y, para aumentar su pasión insatisfecha, ella se ataviaba con hermosos vestidos hechos a su medida que le sentaban de maravillas. Todo eso, sumado al cariño, la ternura y la devoción con la que lo cuidaba y estaba pendiente de todas sus necesidades, hacía que el deseo de volver a tenerla desnuda entre sus brazos lo torturase cada vez más y su entrepierna reaccionase por su cuenta ante la más mínima sonrisa de la mujer que amaba.

Sin embargo, la cosa estaba complicada porque, por un lado, el ojo atento, desconfiado y avizor de su castradora suegrita no los perdía de vista ni para ir al excusado y, por el otro, con la casa repleta de gente que iba y venía por todas partes no había forma posible de conseguir que les concediesen ni dos minutos a solas. Escaparse de noche y meterse a su cuarto también quedaba fuera de sus posibilidades, porque a él lo habían ubicado en una habitación junto con un tío solterón que había llegado desde San Luis también para la boda y roncaba como un rinoceronte, y a ella la habían puesto a dormir nada menos que con su hermana, la virginal monjita, que menudo susto se iba a pegar si se lo encontraba

a mitad de la noche en el medio de la pieza. Para completar sus males, Leonor no les permitía ir a ninguna parte sin la compañía de una chaperona, que las había y de sobra por esos días, así que, incluso cuando fueron a la catedral de Mendoza para solicitar las dispensas y confesarse, lo hicieron con la presencia, ida y vuelta, de su hermana Dolores y sus dos críos, que no pararon de gritarse, pegarse y darse patadas dentro del estrecho carruaje en todo el maldito viaje, poniendo en peligro hasta la salud de su convaleciente pierna a la cual acababan de sacarle las tablillas. Por eso, la noche anterior a su boda, hartos ya de tanto ruido y tanta parentela metiche y con los riñones doliéndole de puro deseo insatisfecho, él decidió que ya era suficiente. Tomó esa determinación sobre todo después de una multitudinaria cena en la que ella no solo había estado arrebatadoramente hermosa, sino que también, en un momento de incesante cháchara familiar, la muy pícara se había quitado el zapatito de raso y, aprovechando que estaba sentada frente a él, se había deslizado un poco sobre su silla y, mientras lo contemplaba con los labios entreabiertos y los ojos brillantes de deseo, había estirado su pie descalzo por debajo de la mesa hasta llegar a apoyarlo con suavidad sobre el miembro de él, el cual reaccionó al instante endureciéndose dolorosamente. ¡Cuyanita ladina! ¿Así que él no era el único que estaba extrañando el sexo? Juan le respondió con la misma lujuriosa mirada, al tiempo que atrapaba entre sus manos ese pie inquieto y provocador, enfundado en suaves medias de seda, lo apretaba contra su falo hinchado y lo movía hacia arriba y abajo con excitación. Como siempre, al ver venir a su madre a tranco largo desde la cocina, Mechi se asustó, se alejó rápido y se reacomodó de nuevo en su silla, muy erguida y compuesta. El oficial la miró con una sonrisa ladeada y una ceja alzada en un gesto interrogante que reclamaba revancha, y la chica se puso del color de las cerezas del postre. Por eso, luego de tomarse un coñac con sus futuros cuñados y hablar de los conflictos entre el litoral y Buenos Aires, que eran cada vez más candentes, Juan se excusó diciendo que salía a tomar aire y se dirigió directo a las oscuras caballerizas. Allí encontró un lugar alejado y cómodo en el último cerco, destinado a encerrar los animales más ariscos para aislarlos del resto, y llevó dos mantas y una lámpara de aceite, dispuesto a recuperar la intimidad con su bellísima novia así tuviese que raptarla de su casa y violarla como un salvaje. Si bien el aroma no era de lo más apetecible, el ambiente era cálido y confortable, si se obviaba el sonido de los suaves relinchos y coces de los caballos que se hallaban encerrados en los otros cercos. Por otra parte, sabía que el lugar había sido limpiado ese día porque él mismo había ayudado a Luis a traer heno fresco y seco desde el granero y a desparramarlo con

la horquilla, formando un mullido y cómodo colchón sobre el que ahora extendía una gruesa manta con gesto decidido y ánimo expectante. Hecho esto volvió adentro, dio las buenas noches, saludó a Mercedes con un casto beso en la frente y a los demás con un alzamiento de manos y se fue a su cuarto a esperar con paciencia a que todo el mundo se fuese a dormir.

Para la una de la madrugada, la casa ya estaba sumida en la más completa y silenciosa oscuridad así que, aprovechando esto, el excapitán se colocó una gruesa bata sobre su pijama, se calzó unos zapatos de lana que Luis le había prestado para irse a dormir y que eran mucho menos ruidosos que sus botas y, tomando una lámpara que proyectaba apenas un tenue resplandor, se dirigió a la habitación de Mechi. Como sabía que en ese lugar solo las puertas de salida tenían llave, tanteó suavemente el picaporte y entró. Tuvo que orientarse en la oscuridad, porque por nada del mundo iba despertar a su cuñada para que les terminase arruinando el pastel, y debió decidir al voleo cuál de las dos camas era la de su novia. Por intuición optó por la de la izquierda y no se equivocó, porque al acercarse el perfume de jazmines lo mareó, y las monjitas no usaban perfume. Guiándose solo por la débil luz que entraba por la ventana lateral, llevó su mano hasta la boca de la chica y la apretó, por las dudas de que, con el susto, se le diera por gritar. No quería hablar, porque hacerlo sería demasiado peligroso con el sueño liviano que decían que se gastaba la religiosa, pero, al ver que Mechi abría los ojos y lo miraba con espanto, como si no lo hubiese reconocido, no le quedó otra que decirle en un susurro:

—Ven.

—No —le respondió ella, antes de incorporarse al reconocer su voz y mirar atemorizada hacia la cama de su hermana.

—¡Ven! —insistió él mientras la tomaba de una mano y la alzaba con decisión.

Al ver que él se inclinaba para tomarla en brazos, la muchacha claudicó y le hizo señas de que hiciese silencio, al tiempo que buscaba y se colocaba sus zapatitos de lana con plantilla de cuero y su gruesa bata rosa y lo seguía callada, por miedo de que a ese tonto se le ocurriese cargar con su peso y se volviese a quebrar esa terca pierna apenas recuperada.

En medio de un mutismo conventual y tomados firmemente de la mano, él la condujo por la casa a oscuras, bajaron las escaleras, atravesaron la sala y salieron a la intemperie en dirección a las caballerizas. Desde la ventana del segundo piso, donde Sol se había asomado en una de sus idas y venidas acunando a Facundo, que se negaba a dormirse, la joven madre los vio pasar y sonrió con picardía al rememorar las viejas épocas en el granero de su casa donde había

sido concebido su hijo. En su fuero íntimo, se alegró de que Mercedes también hubiese sabido pasar por encima de tantos prejuicios y reglas morales retrógradas, puritanas e injustas. Después miró a su bebé, que pestañeaba en la semioscuridad y comentó con gesto arrobado:

—Ay, hijito, qué bello es el amor.

—¿Qué dices? —la interrogó su esposo desde la cama, el cual, además de semidormido, estaba pasado de copas.

—Nada, nada, duermo, mi vida, solo estaba admirando la luna —le respondió ella con una cálida sonrisa, antes de recomenzar sus paseos arrullando al niño.

Mientras tanto, Mechi y Juan habían entrado al oscuro estable. Luego de trancar la puerta con una ancha madera, él la abrazó, la apretó contra la gruesa pared de adobe y ambos comenzaron a besarse, tocarse y morderse uno al otro con anhelo y desesperación, en medio de gemidos entrecortados y jadeos de pasión. Con una necesidad tan intensa como genuina él la despojó de su bata y le desprendió y bajó el camisón hasta la cintura para poder apretar y succionar sus pechos con devoción, en tanto que ella cerraba los dedos alrededor de su miembro duro y caliente y lo acariciaba con movimientos rápidos y envolventes por encima de la ropa. El oficial hubiese querido alzarla contra la pared y tomarla allí mismo, pero supo por instinto que su pierna apenas recuperada no iba a soportar sostenerla en esa posición así que, sin dejar de abrazarla y adorarla con cortos besos que fue desparramando por todo su rostro, la condujo hasta el último cerco para recostarla con ansiedad sobre las mantas. Instantes después él liberó su miembro del calzoncillo que lo comprimía, le subió el largo camisón hasta la cintura y entró dentro del interior húmedo y expectante de la chica de un solo envión, como aquella gloriosa vez de la tormenta cuando habían sellado su amor y su destino para siempre. Ella alzó las caderas para recibirlo y se acopló a sus rápidos e intensos movimientos con absoluta entrega, al tiempo que lo tomaba de la nuca para acercarlo y succionarle los labios gimiendo sin control. Momentos más tarde, desmadejado sobre el cuerpo tibio y suave de la joven, que tenía el camisón enrollado en la cintura como una incómoda y gruesa cuerda, él pensó que este había sido el coito más corto, más liberador y más intenso de todos los que habían vivido hasta ahora. Cuando se incorporó a medias sobre sus brazos, para no seguir aplastándola con su peso, vio que ella sonreía con sus verdes ojos de gata entrecerrados y una expresión satisfecha que dejaba adivinar que había disfrutado esto tanto como él. Sin embargo, instantes después lo miró con el ceño fruncido y gesto de reproche, en tanto que le decía con tono quejoso:

—Mañana era nuestra noche de bodas, mi amor. Podrías haber esperado.

—Si querías que esperáramos a mañana, no me hubieses provocado de esa forma tan descarada durante la cena, cuyanita, por poco y acabo en mis pantalones y sentado a la mesa —le señaló él antes de alzar una ceja con gesto pícaro.

—Perdón, fue solo un impulso, pero de veras que estaba pensando en mañana —volvió a protestar ella con tono mimoso, en tanto que trazaba círculos concéntricos con la punta de su dedo índice sobre el pecho de él.

—¿Sí, no me digas? Pues te diré que lo acabas de disimular muy bien, casi provocas una estampida de caballos con tus aullidos —la azuzó él con tono burlón, para castigarla por atreverse a negar que estaba deseando esto tanto como él.

—¡Mentira! En todo caso fueron tus bramidos lo que los asustó —le retrucó ella, en tanto que miraba hacia un costado avergonzada, porque de veras que los animales se habían inquietado con tanto ruido.

—Como sea, no sé tú, pero yo pienso aprovechar cada instante de esta noche y cada centímetro de este precioso cuerpo que tienes, ahora que por fin no tenemos a tu parentela respirándonos en la nuca —le confesó el oficial con una sonrisa ladina, antes de inclinarse para poder succionar un pezón con deleite en tanto que su mano se desplazaba hacia abajo hasta encontrar el sexo cálido y húmedo de la chica, la cual lo recibió con un jadeo de placer.

Cuatro horas más tarde, agotados y exhaustos luego de haber hecho el amor otras dos veces, ambos regresaron a la casa besándose de a tramos y abrazados, pero, al llegar a la puerta de enfrente, decidieron por precaución que ella fuese antes a su habitación y él la siguiese unos minutos después para no despertar sospechas. Sin embargo, cuando la joven iba a comenzar a subir las escaleras, la voz furiosa de su madre la estaqueó en el lugar.

—¡Mercedes Gutierrez Prado! ¿Se puede saber de dónde cuernos vienes?

—Yo... —balbuceó la muchacha, con el corazón bombeando a toda máquina, pálida como un difunto y con los ojos redondos del susto, mientras giraba para contemplar la imagen de su progenitora, parada detrás de ella en la sala, enfundada en una bata verde, con el oscuro cabello matizado de canas en las sienes suelto y sosteniendo una lámpara encendida en su mano.

—De la cocina, adonde fue a devolver un vaso de agua que yo le pedí. ¿O acaso no puedo? —tronó la voz seca de su adorada madrina desde lo alto de las escaleras, antes de comenzar a descender con porte de reina, para terminar parada al lado de su ahijada y poniéndole una mano sobre el hombro al tiempo que continuaba—: ¡Y no me mires como si hubiese criado monos en la cara,

Leonor! Tuve sed y me dio flojera bajar a la cocina, así que le pedí a esta niña que lo hiciese por mí, ¿o ahora tengo que pedirte permiso también para beber el agua de tu aljibe? —la retó, antes de llevarse una mano a la cintura con gesto ofendido.

—No, por supuesto que no, es solo que a estas horas y a oscuras, pensé que...

—¡Pero mira que mente más sucia tienes! ¡Venir a desconfiar así de esta inocente! Aunque claro... por algo dicen que “*quien de otros desconfía de sus maldades se acuerda*” —terminó Gertrudis, en tanto que observaba a su hermana con gesto intencionado para hacerle recordar aquella vez que los había pescado a ella y a Dalmacio, dos semanas antes de la boda, escondidos detrás de un frondoso pino, besándose apasionadamente y con las manos de él aferradas a los pechos de su novia.

Leonor comprendió el mensaje a la perfección, porque se puso roja como una grana, apretó los labios y volvió sobre sus pasos, antes de encaminarse a grandes trancos a la cocina.

Al verla alejarse, Mercedes se giró hacia su tía, la abrazó y le dio un ruidoso beso en la mejilla en tanto que le decía:

—¡Gracias, madrina, no se imagina cuánto se lo agradezco!

—No me agradezcas tanto y ve ya mismo a avisarle a ese pícaro capitán tuyo que no se le ocurra entrar por la cocina porque la bruja de su suegra se encuentra allí. ¡A ver si ese torpe nos arruina la mentira con lo bonita que nos salió! ¡Y quítate esas pajas del pelo, niña, que hasta un miope se daría cuenta de lo que has estado haciendo si te las ve! —la amonestó la solterona en tanto que le sacudía el cabello y la espalda para soltarle el pasto seco, mientras la muchacha, muda y avergonzada, miraba hacia el piso con gesto contrito.

Se casaron al día siguiente en la catedral, fue una ceremonia emotiva y sencilla en la que estuvieron acompañados solo por los familiares y amigos de ella y unos pocos amigos de él, ya que, si bien Juan avisó por carta a sus padres sobre su nueva boda, el sobre no iba a llegar a tiempo a su destino como para que ellos también pudiesen asistir.

Ese día él usó su reluciente uniforme azul de mayor con todas las nuevas condecoraciones y ella un vestido blanco de seda rasada con aplicaciones de encaje y canutillos en el cerrado escote cuadrado, el cinturón, el ruedo y las mangas. Entallado hasta la fina cintura, se abría luego en una amplia falda. La joven llevaba el cabello recogido en un rodete alto adornado con flores de

azahar, en su mano un pequeño ramo de jazmines y, sobre el peinado, se había colocado una blanca mantilla de encaje que le dejaba el rostro libre, pero colgaba por detrás cubriéndole la espalda. Sabía que, por tradición, debería haber llevado algo de color en su atuendo, porque no llegaba virgen al altar, sin embargo, ni muerta pensaba anunciar a su madre de su falta de pureza con ese detalle. Entró a la catedral del brazo de Luis y con el Ave María como acompañamiento de fondo, tocado al piano y cantado por una tía suya que tenía una preciosa voz de soprano. Al ver a Juan, más apuesto que nunca, parado allí acompañado de Leonor, y contemplándola con una amplia sonrisa de bienvenida, a Mercedes empezaron a sudarle y temblarle las manos de pura y genuina emoción y su hermano le dio un caluroso apretón para tranquilizarla. Al llegar a su lado, el oficial estiró su brazo para enlazarlo con el de ella y ambos se pararon frente al sacerdote que dio comienzo a la ceremonia. Media hora después ambos se retiraban de la catedral entre los aplausos, abrazos y besos de los asistentes y tratando de esquivar los puñados de arroz que les llovían desde todos los frentes como una señal de buenos augurios. Al mediodía compartieron un sencillo almuerzo familiar, en el que no faltaron el tradicional asado de vaca, el pan casero, las empanadas criollas y, como postre, la torta de bodas. A media tarde, luego de comer opíparamente, los nóveles esposos se retiraron a dormir una reparadora siesta, en medio de las bromas y chanzas de los invitados. Sin embargo, contra todo lo que estos pensaban, bastó que llegaran hasta su cuarto para que se desvistieran uno a otro rápido y se durmiesen como dos benditos, luego de que él le quitara las horquillas del cabello para soltárselo y se metieran bajo las sábanas, acostados de lado, acurrucados y abrazados. Despertaron casi cinco horas después y porque los llamaron. Es que la noche de bodas ya la habían disfrutado en forma anticipada y, aunque no había transcurrido sobre sábanas de seda, había resultado tan placentera y pasional para ambos que los había dejado exhaustos.

Dos días después de la ceremonia, los recién casados, Vicente, Gertrudis y los tres hijos del sargento Cuevas, luego de despedirse de todos con besos y abrazos, partían de nuevo con destino a Buenos Aires. Ellos iban montados a caballo y acompañados de cinco soldados y dos guías y Mercedes y su tía, esta última con Manchitas acurrucado sobre su falda, en un amplio carruaje de cuero negro prestado a regañadientes por Leonor. Sobre el techo del mismo viajaban también varios baúles atados que contenían el ajuar de la chica, con sábanas, manteles y paños bordados, entre gallos y medianoche, por todas las integrantes femeninas de la familia, además de los regalos de la boda destinados a adornar y

complementar su nuevo hogar.

Desde el frente de la casa, un nutrido grupo de familiares y amigos los saludaban con los brazos alzados. Contra lo que Mechi había pensado, luego de unos primeros días de desconfianza y ninguneo de su madre hacia su novio, esta había terminado por aceptarlo y hasta había empezado a mirarlo con buenos ojos en los últimos días de su estadía. Es que la matrona había reflexionado y llegado a la conclusión de que, más allá de su pierna lisiada, su hijito de regalo y su viudez a cuestas, él era el hombre indicado para lidiar con su pequeña rebelde, teniendo en cuenta el inmenso cariño y respeto con el que ese oficial trataba a su hija y el amor incondicional con el que sus ojos azules la seguían por todas partes, sumado a los cuidados solícitos, la devoción y ternura que la muchacha también le dedicaba a él y a la enorme sonrisa de felicidad que pintaba la cara de los dos desde el alba hasta el anochecer. Dicho sea de paso, era la primera vez que ella veía a esa mocosa obedecer a alguien sin rechistar. Con una profunda paz, Leonor supo que ellos iban a ser muy felices, porque eran tan complementarios como lo habían sido ella y Dalmacio y se amaban con la misma intensidad. Aunque, la pura verdad, con el grado de confianza con que esos dos se trataban, como si llevaran un matrimonio de años, ella estaba más que segura de que su Mercedes, para variar, no había escuchado sus consejos de llegar virgen hasta el altar ni de chiripa, pero, mientras no lo supiese la otra gente, tampoco la cosa era tan grave.

Por otra parte, esos días compartidos con su avinagrada hermana, luego de tantos años de separación, la habían llevado a recomponer la relación con esta hasta un grado de relativa tolerancia mutua, tal era así que hasta se había animado a darle también a Gertrudis un beso de despedida, aunque la otra se había limitado a ofrecerle solo la mejilla, con la boca fruncida y un gesto displicente.

Sumida en sus pensamientos, en tanto que el carruaje se perdía en la distancia y dejaba una estela de polvareda, Leonor giró y se dirigió hacia adentro, limpiándose las lágrimas en el proceso y sospechando que, ahora que Mercedes y su esposo ya no estaban, ese pesado de Hipólito iba a recomenzar sus visitas de la tarde y a retomar la enamorada y empalagosa cantaleta de que lo aceptase como su segundo esposo. Es más, ella estaba más que segura de que ese viejo pícaro se encontraba en complicidad con su joven nuera, que de seguro se pasaría el día rezando para que su suegra aceptase al candidato de una buena vez y ella pudiese así sacársela de encima. Quién sabía si, tal vez, pronto le iba a dar el gusto, *“el casado, casa quiere”* y esos chicos merecían quedarse solos con su

hijito y disfrutar de una mayor intimidad familiar. A ella, por otra parte, no le disgustaba la idea de tener un nuevo compañero que le calentase los pies en las crudas noches de invierno que se avecinaban, aunque adorarlo como a Dalmacio, ¡eso jamás!

## Capítulo 12

# UN HIJO DEL CORAZÓN

El viaje por tierras mucho más llanas resultó mucho menos complicado que el cruce por la montaña ya que, a medida que avanzaban, los cerros fueron dando paso lentamente a las quebradas y valles y, al final, a la amplia y verde llanura pampeana. Si bien los hombres viajaban alertas, porque en la zona andaba un grupo de indios alzados que atacaban a los viajeros desprevenidos y los persiguió de lejos durante tres largos días, ver a once aguerridos hombres armados, cinco de ellos militares, los disuadieron de enfrentarlos porque, por más que los salvajes fuesen superiores en número, sabían que sus arcos, flechas y lanzas poco podían contra las armas de fuego.

Durante la travesía fueron cruzándose con elegantes ñandúes, que pastaban en manadas estirando sus largos cuellos para curiosear el paso de los viajeros, que rompía con la monotonía del lugar, y tropillas de ganado cimarrón vacuno y ovino que, en esa época donde los alambrados eran casi desconocidos, se desplazaban libremente de una estancia a otra en busca de pasto tierno. También encontraron pequeñas mulitas o peludos, que atravesaban los caminos polvorientos y buscaban esconderse en sus cuevas, rápidas liebres de un suave pelaje marrón claro con largas orejas y que podían correr a más de sesenta kilómetros por hora y pequeñas lechuzas de un plumaje gris amarronado, pico encorvado e inmensos ojos que ululaban en el amanecer, posadas sobre los árboles de pequeños montes que se esparcían cada tanto a orillas del sendero. Por otra parte, de vez en cuando hallaban una posta que les permitía parar a comer una buena comida caliente y descansar bajo techo, aunque la mayoría de las veces los hombres debieron dormir a la intemperie, en tanto que se relevaban cada dos o tres horas en las guardias nocturnas, y las mujeres recostadas en los incómodos asientos del carruaje.

Dos semanas después de su partida de Mendoza llegaron a Buenos Aires, se despidieron de los soldados, enviaron a los hijos adolescentes del sargento Cuevas con destino a la chacra y llevando una carta por escrito de su nuevo patrón y, luego de pagarle a los guías, se internaron en la ciudad portuaria. Esta los recibió con sus únicos e inconfundibles sonidos, colores, olores y hasta sabores. Recién arribados, Juan le compró dos docenas de tortas fritas doradas y crocantes a una alegre mulata que acababa de cocinarlas y las fueron degustando de camino al hogar de Brandon y María, con los cuales se encontraba viviendo Mariano. Mientras avanzaban por las calles eternamente barrosas, escucharon los insistentes pregones de los vendedores ambulantes y el sonido de las campanas de la catedral llamando a la misa y contemplaron el continuo ir y venir de los porteños en la templada mañana.

Gertrudis, que era bastante huraña a la hora de tratar con desconocidos, aclaró que ella no pensaba caer como peludo de regalo en la casa de nadie así que, hasta tanto pudiese comprarse una propia, pensaba buscar una fonda limpia y cómoda y, desde allí, dedicarse a averiguar qué viviendas decentes se encontraban en venta en esa ciudad atestada de cristianos, bastante mugrienta y detestable por lo bulliciosa. Mercedes la miró sonriendo, la abrazó, le pidió su bendición, le encomendó que cuidase a Manchitas hasta que ella pudiese instalarse en casa de Juan y se despidió, al tiempo que los saludaba alegremente con la mano, tentada al ver la cara de sufriente resignación con la que Vicente bajaba los baúles del carruaje para ingresarlos a la fonda, en tanto que su madrina, cruzada de brazos y golpeando el piso con el pie, le daba órdenes e indicaciones a grito pelado con todo el porte de un general en jefe del ejército de Bonaparte.

Al llegar frente a la casona de los padres de Juan, ubicada a una cuadra de la plaza mayor, ambos se encontraban descansados, limpios y con el cabello brillando al sol. Él lucía su reluciente uniforme de granadero y ella sus mejores ropas de día: un jubón color verde botella, bordado en negro en los orillos, y una pelliza color esmeralda que destacaban su figura esbelta y delicada. La chica llevaba además los hombros cubiertos por una fina mantilla negra y había atado su abundante y ondulado pelo cobrizo, que ya le llegaba casi a media espalda, en una media cola sostenida por horquillas sobre su nuca. Tanto acicalamiento había sido posible porque Mechi, deseosa de que el niño y los padres de él tuviesen una primera imagen agradable de ella, había insistido en pernoctar en una fonda la noche anterior. Allí pudieron darse un concienzudo baño en una tina de agua humeante y recostar sus huesos doloridos y agotados en una blanda

cama con colchón de lana recién esquilada, la cual, iluminada por la tenue claridad que ingresaba por la ventana, fue mudo testigo de la inagotable, intensa y enamorada pasión de la pareja.

Cuando el oficial, tomándola primero de una mano para infundirle valor, transpuso el portón que daba a la calle y comenzó a caminar hacia la casa, Mercedes se asombró de la riqueza y amplitud del lugar, el cual ocupaba toda una manzana. Desde el ingreso, por el camino principal, se accedía a un zaguán que comunicaba con un primer patio interno, alrededor del cual, seguramente, se desarrollarían las actividades sociales de la familia, seguido de otro destinado a las labores de la servidumbre, en su mayoría mulatos que ya desde temprano transitaban de aquí para allá. A medida que avanzaban, en la parte trasera de la amplia vivienda empezaron a vislumbrarse ya las humildes casitas de los esclavos y las letrinas.

La construcción principal, enorme y elegante, con techo de tejas coloniales y pintada de blanco, tenía una maciza puerta doble de entrada, a la que se accedía siguiendo un camino largo, empedrado y estrecho, y dos plantas, la superior con varios ventanales y balcones y la inferior con aberturas protegidas por gruesas rejas de hierro que daban a una extensa galería, la cual contenía infinitas macetas de cerámica con arbustos y flores, dos mecedoras y varios bancos rústicos, asentados sobre impecables pisos de terracota.

En todos los espacios se apreciaban el orden y la limpieza. Sin embargo, lo que más impresionó a la joven fue la exótica belleza del amplio jardín de su suegra, poblado de plantas y pimpollos de distintos colores los cuales, según le había contado Juan, habían sido traídos por Brandon desde diferentes regiones del mundo. Sobresaliendo entre ellos, cada tanto, se veían pequeñas fuentes de agua con peces de colores y, a la izquierda, una enorme jaula encerraba una amplia variedad de pájaros, de distintos tamaños y formas y con un plumaje colorido y suave, que trinaban al sol. Con asombro y sorpresa, Mercedes pensó que, entre tantas cosas de las que habían hablado, él jamás le había contado que su familia fuese tan rica, y se sintió orgullosa de la sencillez y humildad del hombre que había elegido para compartir el resto de sus días.

Luego de tocar la aldaba de la puerta principal, salió a recibirlos un caballero maduro, alto y robusto, vestido elegantemente y que rengueaba ayudándose con un bastón, con los rubios cabellos matizados de canas, unos ojos profundamente azules y unos labios finos y delineados que, al verlos, se curvaron en una enorme sonrisa. La chica no necesitó contemplar el fuerte abrazo en el que se fundieron ambos hombres, para adivinar que ese señor de porte aristocrático era, sin dudas,

su suegro.

—¡Juan! ¡Qué alegría enorme tenerte de vuelta entre nosotros! —exclamó el comerciante, palmeando los hombros de su hijo menor con profundo afecto antes de soltarlo, girar hacia la joven y, tomando sus blancas manos entre las suyas, estrecharlas con cariño al tiempo que le decía:

—Así que usted es la preciosa muchacha que cruzó los Andes disfrazada de varón y enamoró perdidamente a mi hijo. ¡Bienvenida a la familia, Mercedes!

—Gracias, señor —le respondió Mechi con tono suave, mirándolo con ojos brillantes y emocionada por el cálido recibimiento ya que, teniendo en cuenta que hacía menos de cinco meses que había fallecido Carmina, había temido un trato más frío por parte de los familiares de él. Era evidente que su esposo debería haberles hablado muy bien de ella en sus cartas.

—Pero pasen por favor, Marianito aún duerme, pero María acaba de levantarse y está a punto de preparar el mate, han llegado justo a tiempo para desayunar — les informó el hombre con tono alegre, en tanto que colocaba una mano sobre los hombros de ambos y los dirigía hacia adentro.

—¿Sigues mal de tu gota, papá? —le preguntó el muchacho, apenado al verlo renguear e ignorando que su padre sentía una pena aún mayor al ver a su joven hijo condenado a usar un bastón de por vida.

—No, estoy mucho mejor, pero ni en sueños se lo cuentes a tu madre, porque es capaz de ponerme a puntear la tierra de la mañana a la noche. Es que ahora se le ha dado por plantar malvones hasta debajo de las piedras —rezongó Brandon en voz baja, mientras ingresaban a la amplia y lujosa sala. En medio de la misma había una gruesa y antigua mesa de caoba, rodeada por doce sillas con el asiento forrado en terciopelo. En el centro de esta se ubicaba un jarrón de porcelana china repleto de flores frescas que una mujer bella y madura acomodaba con esmero. Mercedes la observó con atención, era de formas bien proporcionadas, llevaba el negro cabello, matizado de canas en las sienes, atado en un rodete alto y sostenido por un discreto peinetón, estaba vestida con un jubón y una pelliza en tono bordó y tenía un rosario de nácar colgado al cuello. En su hermoso rostro andaluz, de labios gruesos y nariz levemente aguileña, la chica reconoció el parecido con las facciones exóticas de su hijo.

Al verlos entrar, María se incorporó y se quedó contemplándolos con fijeza y en silencio, luego se llevó ambas manos a la cintura y, dirigiéndose a Mechi, declaró:

—¿Así que tú eres ese famoso Luis que le sacó canas verdes a mi hijo durante todo un año? —Al ver que la muchacha abría grandes los ojos y miraba a Juan

en un mudo pedido de ayuda, la mujer soltó una sonora carcajada y, en tanto que se acercaba y la estrechaba en un fuerte abrazo, agregó—: ¡Ven aquí, preciosura! ¡No te imaginas lo que me he divertido todo este tiempo con las anécdotas de Juan sobre ti! ¡Porque mira que yo le he tomado el pelo a varios hombres en mi vida, pero a cinco mil cuatrocientos juntos ni de broma!

La chica se dejó abrazar, con el ceño fruncido y gesto avergonzado, pensando que iba a tener que acostumbrarse al humor negro y zumbón de su futura suegra.

—¡Claro, palmaditas a ella, y a mí, que soy tu benjamín, que me parta un rayo! —rezongó el oficial con tono pretendidamente ofendido, al tiempo que se cruzaba de brazos con gesto pícaro.

—¡Ven aquí, amor de mis amores, que para ti también hay mimos! —exclamó su madre, extendiendo un brazo hacia él para abrazarlo también, pero sin soltar a la joven ya que, al ver la mirada de profundo amor con la que ese pillo descarado contemplaba a la muchacha, supo que iba a tener que llevarse muy bien con ella, si quería conservar intacto el afecto que su hijo le había profesado siempre. Luego la matrona, contemplando con fijeza su pierna izquierda, le preguntó—: ¿Te duele mucho, mi vida?

—No, no te preocupes, solo tengo una ligera molestia luego de haber cabalgado tantos días. Mamá, si no te importa, nos gustaría ver a Marianito —le pidió el oficial con una suave sonrisa, luego de apartarse.

—Por supuesto, mi cielo, vengan conmigo, que ya es hora de que ese diablito se levante, no te imaginas lo que ha crecido en estos meses. ¿Y qué crees? Hace veinticinco días que se largó a caminar y nos tiene a todos con el Jesús en la boca de los porrazos que se ha dado, no para quieto en ningún lado, hasta en eso se parece a ti —comentó la mujer, mientras terminaban de subir las escaleras con peldaños de mármol y balaustradas de bronce y se adentraban en el cuarto en penumbras.

A partir de ese instante el corazón de Mercedes, que ya venía bombeando con fuerza, comenzó a golpear contra su pecho, como si quisiera escaparse de allí para ir hacia la preciosa cuna de madera lustrada, que se hizo visible cuando María corrió los gruesos cortinados de la ventana e inundó la habitación con una cálida luz matinal. Luego de eso, Juan se inclinó sobre los barrotes y tomó en brazos a su hijo, el cual, descalzo y vestido solo con una blanca camisa de dormir, alzó sus lagañosos y adormilados párpados para contemplar a su padre con asombro, por unos momentos, antes de reconocerlo y sonreírle, feliz, con una boquita de labios gruesos y repleta de pequeños y brillantes dientes. Después de que su papá lo acunase contra su pecho, y lo besase en la frente con los ojos

reluciendo de dicha, el pequeño giró su rostro de querubín hacia Mechi, que estaba muda y estática, con las verdes pupilas clavadas en él, y la observó con intensidad.

Al verlo allí, con sus preciosos ojitos azules, las suaves y despeinadas ondas de su cabello castaño oscuro, tan idéntico a Juan que parecía una copia en miniatura y mirándola con el gesto serio, reflexivo e interrogante de un adulto, la joven se sintió liviana como una pluma. Con la certeza de que el pecho iba a explotarle de puro amor y con una emoción tan profunda e incondicional como si lo acabase de parir, ella estiró su mano para acariciar su mejilla regordeta con suavidad, en tanto que su hermosa carita de ángel se le borroneaba entre las lágrimas. Al sentir sus dedos tibios y percibir todo el afecto que querían transmitirle, el niño comenzó a dibujar una lenta sonrisa y le tendió los rollizos brazos con gesto seguro. En ese momento, riendo entre el llanto, la chica extendió sus manos para alzarlo y arrullarlo contra su pecho, en tanto que lo hamacaba despacio hacia uno y otro lado y lo besaba en la mejilla, ante la mirada emocionada del hombre que ella había amado, amaba y amaría por siempre jamás.

Instantes después, el pequeño volvió a apartar su carita para observarla con arrobos, en tanto que ella le decía con honda ternura:

—Hola, Marianito... hola, mi amor.

Mechi se adaptó a su nuevo hogar, sus nuevos sirvientes y su nuevo hijo con el mismo buen humor, calidez, energía y paciencia con los que se había adaptado a todos los lugares donde le había tocado vivir en los últimos años. Roberta, la joven criada, y Marieta, la madura cocinera mulata, que habían quedado al cuidado de la casa luego de la muerte de Carmina, la recibieron con enorme alegría, asombradas de tener una señora tan inquieta y trabajadora que tanto ayudaba en la limpieza como punteaba y desmalezaba el jardín, o preparaba encurtidos, verduras en conserva o frutas en almíbar y todo eso sin separarse jamás del niño, al que llevaba de la mano o calzado en su cintura a todas partes, hasta el punto de que su esposo solía embromarla con que cualquier día iban a quedar pegados. Y es que ese amor a primera vista creció tanto con el paso de los días y semanas que ni el bebé ni su madre adoptiva se hallaban tranquilos cuando no estaban cerca.

La chica solo tuvo que lidiar con dos conflictos en sus primeras semanas de matrimonio: uno con Juan y el otro con Magdalena. Si bien María le había cedido completamente la crianza del niño, y se conformaba con visitarlo casi

todas las tardes para hacerlo jugar, la madre de Carmina, ahora viuda y sola, se hallaba empeñada en convencer a su antiguo yerno de que le permitiese llevarse a Mariano a vivir con ella, con la excusa de que, cuando comenzasen a llegar sus propios hijos, Mercedes iba a empezar a mezquinarse su afecto. Escondida detrás de la puerta de la biblioteca, la chica escuchaba los alegatos de esa vieja bruja con la boca abierta de indignación hasta que, cuando la furia la ganó, no pudo más y entró al recinto echando una tromba, sin saludar ni pedir permiso, se giró hacia la matrona y, señalándola con el dedo y achicando los ojos, le dijo con tono de advertencia:

—Mire, doña Magdalena, yo no tengo ningún problema con que usted, en su papel de abuela, venga a visitar a Marianito todos los días, mañana y tarde si así lo quiere, pero él ahora es “mí” hijo y vive, come y duerme conmigo, y si llego a volver a escucharla decir que voy a despreciarlo o que quiere quitármelo, ¡la pongo de patitas en la calle y le prohíbo que vuelva a entrar a esta casa! ¿Me entendió? —finalizó la chica antes de retirarse hecha un basilisco y dejar a los otros dos mudos y asombrados.

Luego de tamborilear con los dedos sobre su escritorio en medio de un incómodo silencio, Juan carraspeó y comenzó a hablar: —Qué quiere que le diga, suegra, yo tendré la patria potestad, pero la que manda en esta casa es ella, y le aseguro que esa mujercita nunca advierte en vano, además, esos dos están embobados uno con el otro, así que sáquese la idea de que Mechi va a dejar de quererlo, porque eso nunca va a suceder. Cuando ella ama lo hace así, con pasión y de por vida.

—Entiendo, yerno, dígame a su esposa que me disculpe por pensar mal, es que ese niño es lo único que me ha quedado en este mundo y... ¡Por favor, permítame que lo siga visitando! —terminó la mujer, al tiempo que lo contemplaba con gesto apesadumbrado.

—Tiene la palabra de mi esposa de que así será —le contestó él con una suave sonrisa, antes de levantarse y acompañarla hasta la puerta. Al volver de la calle, Juan encontró a su colorada enfurecida y tranqueando la sala de un lado al otro, con las mejillas encendidas y el cabello despeinado alborotando alrededor de su cara. Excitado, como le sucedía cada vez que la veía enojada, se acercó a ella y detuvo sus paseos para decirle en el oído con tono zumbón: —No sabía que acostumbrabas a escuchar detrás de las puertas, mi cielo, eso es muy feo.

—Y yo no sabía que tú eras tan tonto como para dejar que esa vieja metiche pretendiese quitarte a nuestro hijo en tus propias narices —le reclamó ella con rabia.

—Vamos, mi amor, solo la estaba dejando hablar, sabes que jamás le entregaría al niño.

—¡Sí, pero no quieres que él duerma con nosotros! —le reprochó ella, volviendo al único tema que los hacía discutir desde hacía semanas.

—¡Porque ese pícaro tiene su cuna! —le retrucó él con tono molesto y ceño fruncido, al tiempo que alzaba los brazos.

—¡Pero está siempre fría y él prefiere dormir calentito contra mi pecho! ¡Lo que pasa es que tú quieres hacer el amor a cada rato y el niño te molesta!

—No me molesta, es mi hijo y lo amo, no seas irrazonable, Mercedes, somos un matrimonio y los matrimonios tienen que dormir solos, sin niños, así son las cosas —trató de argumentar él con tono más calmado, al tiempo que se mesaba el cabello con frustración al recordar todas las noches que, luego de ser acostado en su cuna de la habitación de al lado, el pequeño amanecía, como por arte de magia, dormido, hecho un bollito contra el pecho de su esposa y sin siquiera gorjear para que él no lo descubriese. Bueno, eso sin hablar de las veces que él se había despertado luego de un sueño erótico y con su miembro entumecido de deseo y, al querer comenzar a acariciar el vientre de su mujer, que dormía siempre en posición fetal y de espaldas a él, se había encontrado con los fríos piecitos del bebé apretados entre los muslos de ella para darles calor.

—¡No cuando son tan chiquitos! Si Luis y yo dormimos hasta los tres años en medio de papá y mamá, y eso que éramos dos —contraargumentó la chica, molesta por el egoísmo de él, al recordar que ella tampoco lo descuidaba como hombre a causa del niño, porque cada vez que él se lo solicitaba y ni bien el pequeño se dormía calentito contra ella, la chica se levantaba, tomaba a su esposo de una mano y lo arrastraba hasta la enorme cama de la habitación de huéspedes para brindarle con creces, y brindarse, todo el placer que él le demandaba.

—¡Pues eran dos malcriados entonces, porque yo dormí siempre aparte y no me traumé ni me morí congelado! —exclamó él con gesto avisado.

—Vamos, es que crecen tan rápido, cuando menos lo pensemos ya va a estar grande y podrá dormir en su camita y tú, marido egoísta, vas a poder tenerme toda para ti —claudicó ella esta vez, en tanto que se acercaba a él con gesto regalón, lo abrazaba y pegaba su vientre al suyo con una mirada provocativa.

—Eres una descarada, cuyanita —le dijo él con una sonrisa torcida, al tiempo que la tomaba de las caderas para alzarla contra su erección y comenzaba a besarla con pasión.

—Por tu culpa, siempre por tu culpa —le respondió la joven con tono denso, al

tiempo que deslizaba su mano hacia abajo para acariciarle el sexo por encima de la ropa.

Minutos más tarde estaban los dos en la biblioteca, llave de por medio, ella recostada sobre el escritorio, desnuda de la cintura para abajo, con la falda enrollada alrededor de su torso y sus blancas pantorrillas ubicadas sobre los hombros de su esposo, el cual, con sus pantalones desprendidos y a mitad de pierna, bombeaba dentro de su mujer con tanto ímpetu y energía como si en ello le fuese la vida.

Para Gertrudis, la vida en Buenos Aires le resultó más grata de lo que había pensado en un principio. Por empezar compró una casa cómoda y grande, ubicada a dos cuadras de la de Mercedes y rodeada de vecinos amables y pesados que la visitaban a cada rato. Luego, escoltada por su fiel Vicente, adquirió un amplio terreno en las afueras, cercano a los campos que acababa de comprar también Juan, y se recorrió la ciudad de cabo a rabo, buscando gauchos, mestizos y mulatos que tuviesen experiencia en el curtido de cueros y en el salado de carnes, al tiempo que hacía construir dos amplios galpones, con paredes de adobe y techo de paja, donde los puso a trabajar de sol a sol. Así, el saladero y la curtiembre con los que había soñado en Mendoza ya estaban en marcha, abastecidos no solo por el ganado que había comenzado a criar su compinche y sobrino político, al que había llegado a respetar y querer casi tanto como a su propia ahijada, sino también por el de otras estancias vecinas, para, finalmente, comercializar los productos ya elaborados en los barcos que Stuart y Brandon cargaban con destinos tan disímiles como Inglaterra, Francia, Marruecos o Singapur.

Organizado y encaminado su negocio, la solterona se caía de tarde en tarde por la casa de su sobrina y era recibida indefectiblemente con pastelitos en almíbar, tortas fritas o buñuelos, mate amargo y una enorme sonrisa. Eso, además de la imagen de las piernitas regordetas de Mariano, corriendo hacia ella con los brazos abiertos y llamándola “Abuviges”, hacían que su magro pecho rebosara de amor hacia esa pequeña familia y hacia ese angelito que la había aceptado como abuela adoptiva con las mismas dulzura y ternura con las que había adoptado a su nueva madre.

La mujer jamás se arrepintió de haber dejado atrás su antigua vida para seguir a su ahijada y, en una de esas largas noches de invierno, acurrucada en una mecedora junto al fuego del hogar, con un viejo gato dormitando enroscado sobre su falda y el silencio nocturno como única compañía, ella pensó que, si eso no era la felicidad, se le parecía bastante.

## Epílogo

*Chacra de la familia Williams cercana a Buenos Aires; invierno de 1823.*

Juan despertó con las primeras luces del amanecer colándose por la antigua ventana que se hallaba ubicada enfrente de la enorme cama con dosel. Estaba de costado, vestido con un calzoncillo y una gruesa camiseta de algodón que oficiaban de pijama, con su pecho pegado a la espalda de su mujer y las piernas de ambos arrolladas en perfecta sincronía. Con los ojos cerrados, acercó su nariz hacia la nuca de ella para aspirar el suave aroma a jazmines que provenía del largo y espeso cabello de la chica, que se hallaba desparramado sobre la almohada y, al instante, sintió cómo su sexo impenitente comenzaba a endurecerse de expectativa. Como Mercedes se había dormido profundamente luego de hacer el amor, varias horas antes, agotada por el trajín del día, aún permanecía desnuda de la cintura para abajo y con el grueso y cerrado camisón rosa enrollado alrededor de su cadera. Despacio, él apretó más su cuerpo contra el de ella para sentir su calor y metió su mano por debajo de la ropa de la joven hasta encontrar sus senos llenos y pesados, antes de comenzar a masajearlos con suavidad, en busca de una respuesta. Minutos después, al rozar el grueso pezón, sintió que sus dedos se humedecían con la leche espesa y tibia y, avergonzado, volvió a deslizarlos con lentitud hacia abajo, en tanto que recorría su estómago plano y su vientre redondeado y dejaba un reguero de pegajosa humedad a su paso.

“Y ahí va otra vez, a mezclar lo dulce con lo salado. Qué hombre insaciable, Dios Santo”, se dijo la muchacha, al tiempo que esbozaba una suave sonrisa que desmentía sus pensamientos quejosos, apretaba su mullido trasero contra el sexo en pie de guerra de su marido y separaba los muslos, dándole una cálida bienvenida a esos dedos demandantes que tanto placer sabían brindarle. A

continuación, él comenzó a pasar su lengua con lentitud por el cuello de la chica y para terminar, apresó entre sus labios y succionó el lóbulo de su oreja con avidez, en tanto que su mano jugueteaba retozona, haciendo círculos alrededor del centro de placer de su mujer y exploraba, como un experto navegante, su interior caliente y húmedo. Correspondiendo a sus caricias, la joven echó su brazo hacia atrás, por debajo de las sábanas, hasta encontrar el miembro henchido de lujuria y amor de él, bajarle el calzoncillo hasta las caderas y empezar a masajearlo todo a lo largo con pericia.

Minutos más tarde y a punto de explotar de puro goce, él pasó una mano por debajo del muslo de su esposa hasta llegar al lado interno de su rodilla y lo alzó, para poder introducirse profundamente dentro de ella, antes de comenzar a moverse con energía. Con el cuerpo aún ubicado de costado y gimiendo de placer, Mercedes volteó una mano hacia atrás para sostenerse del cuello de él, mientras que, con la otra, se tomaba del grueso espaldar de roble, para poder acompañar los movimientos demandantes de su hombre con más empuje.

Un rato después, en tanto que ambos permanecían de lado, aún unidos por su sexo y acariciándose las manos con ternura, escucharon el rezongo bajito del bebé, que provenía de la habitación de al lado. De inmediato, Mechi hizo ademán de incorporarse para ir a buscarlo, pero Juan la sostuvo por la cintura apretándola contra él al tiempo que le decía: —Déjalo estar, mi amor, no lo malcríes tanto, que recién está comenzando a rezongar.

—Es que debe tener mucha hambre, hace ya más de seis horas que no se alimenta —se justificó ella, antes de volverse hacia él y darle un suave beso en los labios en tanto que agregaba—: Buen día, mi amado capitán Williams, gracias por regalarme un despertar tan agradable. —A pesar de los años transcurridos y de que él se había retirado con otro rango, Mechi seguía llamándolo con el mismo con el cual lo había conocido.

—Lo mismo digo, mi vida —le respondió él y le devolvió el beso con devoción. En ese momento, sintieron una estampida que hizo que ambos se giraran alarmados hacia la puerta, y vieron entrar a María Luz, de cuatro años, descalza, con su cerrado y largo camisón con florcitas, el abundante y rojizo cabello convertido en un nido de caranchos que campeaba alrededor de su precioso rostro y su hermanito de once meses abrazado contra su pecho, con sus piecitos regordetes casi tocando el piso y, ahora sí, llorando a dos bocas por la forma tan incómoda en la que era conducido.

—¡Dámelo, niña tonta, que lo vas a hacer caer! —la amonestó Mariano, que había entrado detrás de ella. Con sus seis años cumplidos, él ya se había

convertido en un hombrecito y pugnaba por quitarle al bebé de los brazos a su terca hermana.

—¡No, yo lo agarré primero! —porfió la pequeña, con las mejillas rojas por el doble esfuerzo de sostener al gordo retoño y evitar que ese odioso hermano mayor se lo quitase.

—¡Luli! ¡Dale a Manuel inmediatamente! —tronó la voz de su padre, alterada por el temor a que su hijo menor terminase estampado en el piso.

—¡Ufa! —rezongó la coloradita echando chispas por sus ojos azules, antes de obedecerlo de mala gana.

—Tráemelo, hijito, que debe estar muerto de hambre —intervino Mechi alargando los brazos, al tiempo que agradecía que su esposo no le hubiese quitado el camisón un rato antes. ¡Menudo papelón hubieran hecho! En su enorme casona de Buenos Aires no tenían conflictos para mantener su intimidad fuera del alcance de los niños, porque todas las puertas tenían llave, pero en su sencilla chacra de fin de semana no había una sola cerradura interna que las tuviese, así que debían trabar los picaportes con las sillas y hacer el amor semivestidos y rogando para que sus hijos no se apareciesen en el momento más inoportuno. Después ella se sentó en la cama y tanteó sus pechos con el ceño fruncido, tratando de encontrar el que estaba más lleno. Juan la contempló meneando la cabeza con una sonrisa pesarosa, porque la joven jamás lograba acordarse con cuál de los dos había amamantado al bebé por última vez. Como él y ella funcionaban sincronizados, su esposo le recordó: —El izquierdo. —En tanto que le colocaba varias almohadas detrás de la espalda para que estuviese más cómoda.

—Gracias, mi amor —exclamó Mercedes con una luminosa sonrisa, al tiempo que volvía a tender sus brazos hacia el infante.

De inmediato su hijo mayor se lo entregó con una mansa sonrisa y se quedó parado a la orilla del colchón contemplándola con devoción. Al ver que él también estaba descalzo, su madre se trasladó al centro de la cama para hacerle lugar en tanto que le pedía con tono cariñoso: —Ven, hijito, métete bajo las mantas que hace mucho frío. —El pequeño la obedeció y al notar ella que sus pies estaban helados los tomó y los colocó debajo de sus muslos tibios para calentarlos, al tiempo que le daba un suave beso en la nariz y le decía:

—Buen día, mi tesoro.

—Buen día, mamita —le contestó Mariano, antes de acurrucarse contra su costado con gesto feliz, en tanto que veía cómo su hermanito dejaba de berrear y se prendía al pezón, empezando a mamar con energía al tiempo que apretaba el

seno hinchado con una de sus regordetas manitos.

—Despacio, glotoncito, que vas a volver a ahogarte —le advirtió la joven madre, en tanto que acariciaba sus rizos rubios y pensaba en lo disímiles que eran sus retoños entre sí: Nano, el mayor, con su cabello oscuro, su piel trigueña y sus facciones árabes seguía siendo el vivo retrato de Juan. Luli, en cambio, salvo por el color de ojos, era idéntica a ella en lo físico y, desgraciadamente, también en el carácter, y el pequeño Manuel se había saltado una generación, porque les había salido un cuadro en miniatura de Brandon, su suegro, con su pelo amarillo, su piel blanquísima y sus facciones aristocráticas. Solo un punto en común compartían los tres niños y era que tenían los mismos preciosos ojos azules de su padre.

—¿Puedo subir yo también? —preguntó María Luz, mientras se balanceaba hacia los costados con gesto comprador.

—Por supuesto, princesa, ven con papá —le respondió su padre, al tiempo que se corría hasta el filo de la cama para hacerle lugar en medio de los dos. La niña saltó alegremente, con una ancha sonrisa pintada en su rostro, se metió rápido bajo las cobijas y colocó sus pies contra los muslos de su progenitor para calentárselos.

¡Ay, mi Dios! ¡Estás congelada, hijita! Ya te he dicho mil veces que debes ponerte los zapatos de lana que te tejió la abuela Eduviges cuando te levantas o vas a terminar con un resfrío —la amonestó Juan, al tiempo que comenzaba a masajearle con energía los pequeños y blanquísimos piecitos en un intento de devolverles el calor.

—¡Es que no los encontré, papito! —se lamentó Luli con un simpático mohín. Como dando razón y respuesta a la pequeña, entró Manchitas a toda carrera con el zapato destrozado en su boca y, a continuación, apoyó las patas sobre la orilla del colchón, gimió bajito y miró con fijeza al dueño de casa, como si le estuviese pidiendo permiso.

—¡Ah no, perro sucio y malcriado! ¡No vas a volver a dejar las frazadas perdidas de pelos y mugre! ¡No, señor! —rezongó el hombre frunciendo el ceño y observándolo con gesto amenazante.

—Déjalo pobrecito, ya ves que él también debe tener frío, además lo bañé ayer —lo contradijo Mercedes, luego contempló al canino con una sonrisa y palmeó el colchón como dándole autorización para subir. El animal comprendió el mensaje al instante, porque saltó olímpicamente por encima de los pies de Juan y se acostó muy cómodo en medio de la cama, con las dos patas apoyadas por delante y la trompa sobre estas. Después los miró con gesto bobalicón.

—Cuéntame un cuento, papito —le pidió Luli, apurada por borrarle ese ceño fruncido a su padre y hacer que se olvidase de echar a Manchitas de la tibia y abarrotada cama.

—Sí, papá, cuéntenos la historia de Gorgojito —la apoyó su hermano mayor, que siempre hacía causa común con la coloradita cuando se trataba de proteger al perro.

—¿Otra vez? —rezongó su progenitor, antes de suspirar, incorporarse sobre las almohadas y contemplar al cuzco con un gesto claudicante y resignado, el cual fue premiado por su esposa con un ruidoso beso en la frente.

—¡Síiiii! Es el más bonito —insistió la niña, después se giró hacia Juan y colocó su cabecita sobre el brazo de su padre en posición de escucha.

El hombre miró a su mujer como invocando auxilio, pero, como ella parecía estar muy concentrada amamantando a Manuel, aunque sabía que era, de hecho, mucho mejor narradora que él, no le quedó otra que tomar aire y comenzar a hablar:

—Había una vez una princesa muuuy bonita que se llamaba Gorgojito, y tenía un precioso y siempre despeinado cabello rojo...

—Como yo —lo interrumpió la niña con los ojos redondos y el gesto atento.

—Sí, como tú, mi tesoro —afirmó su padre acariciándole la frente antes de continuar—. Gorgojito tenía un mellizo que era muuuy bueno y al que ella amaba mucho. Un día, el rey mandó una carta que decía que su hermano tenía que ir a la guerra y, como ella no quería que él corriese peligro, decidió disfrazarse de varón e ir en su lugar, y así vivió muuuchas aventuras: cruzó cinco picos nevados y enfrentó a unos indios salvajes, a una serpiente y a un precipicio...

—Acompañada de cinco mil cuatrocientos veintidós hombres —completó Mariano con gesto concentrado, porque él también ya se sabía el cuento de memoria.

—Cuéntenos del príncipe, papito —le recordó la niña.

—Ah sí, cierto, en la guerra había un príncipe muuuuy simpático, apuesto, viril y valiente que...

—Tenía “cola que le pisen” —lo interrumpió Mercedes, antes de fruncir los labios para enviarle un beso con picardía.

—Y le enseñó a Gorgojito a combatir con espadas —completó el hombre, en tanto que alzaba una ceja con gesto amonestador y sonrisa condescendiente, no obstante, reconocía que “tal vez” había utilizado algunos adjetivos de más para su personaje.

—¿Y cómo supo que ella era niña? —inquirió María Luz, con los ojitos brillándole de expectativa, aunque ya se conociese la respuesta de memoria.

—Ah, porque un día ella fue a bañarse y él la siguió a escondidas y la vio desnuda...

—¡Qué príncipe más cochino! —exclamó Mechi antes de guiñarle un ojo a su esposo.

—¡Cállate, mami, cómo iba a hacer él, sino, para descubrir que ella no tenía cosito! —la retó la pequeña con ceño fruncido y gesto serio, luego suspiró largamente y se lamentó—: Yo tampoco tengo cosito, y de veras que me encantaría tener uno.

Al oírla, Juan se atragantó con la saliva de puro susto y tosió varias veces para recomponerse, en tanto que su mujer se descostillaba de la risa. Cuando pudo recuperar el habla, él miró a la niña y le preguntó alarmado: —¿Y tú para qué lo quieres, bonita?

—Porque quiero jugar a ver quién llega más lejos con el pis como hacen Nano y Facundo —le explicó Luli con seriedad.

—¿Nos espiaste? ¡Te voy a dejar pelada, mocosa! —gritó Mariano enfurecido, antes de estirar su brazo por encima de su madre y darle un buen tirón de pelos a su hermana, a lo que ella respondió con un grito quejoso y fregándose la cabeza en el lugar que le dolía.

—¡Ey! —lo retó Juan con enojo.

—Escucha, hijita, tú no tienes que preocuparte por eso, mira, voy a contarte un secreto: cuando yo tenía tu edad también quería tener un cosito como el de mi hermano, pero, cuando fui mayor, me di cuenta de que no tenía que hacerme problema por eso porque, con lo que yo sí tenía, iba a poder conseguir muuuuuchos cositos como ese —la tranquilizó su madre con tono serio y tratando de contener la risa, antes de guiñarle un ojo a su marido con gesto pícaro. Él la contemplaba en silencio, avergonzado y con ganas de acogotarla por decirle esas cosas a la pequeña y porque, con el doble sentido de sus palabras, casi había vuelto a excitarlo, así como estaban, rodeados de niños, perros y pulgas.

—¿Entonces cuando yo sea grande también voy a poder conseguir muchos cositos, mami? —la interrogó María Luz con gesto esperanzado.

En ese instante su padre se incorporó, ya al borde del soponcio y, tomando a la coloradita de los hombros, protestó: —¡Eso jamás, hijita! —Luego contempló de refilón la mirada irónica que le dirigía su esposa, acompañada de una burlona ceja alzada y pensó que, si en eso también salía igual a ella, lo más probable era

que su espíritu de padre celoso y sobreprotector estuviese soñando imposibles. Así que, luego de carraspear para aclararse la garganta, agregó: —Bueno, tal vez sí lo consigas algún día, ¡pero uno solito y dentro de muuuchos, muchísimos años!

—¡Gracias, papito! ¡Y el día que me consiga uno yo también voy a jugar a hacer pis bien lejos y les voy a ganar! —aseguró Luli con gesto orgulloso.

La cara de terror que puso Juan provocó que Mercedes comenzase de nuevo a reír a carcajadas, haciendo que a Manuel se le desprendiese el pezón de la boca con tanto movimiento y empezase otra vez a lloriquear. Luego de girar al bebé para prenderlo al otro pecho y cuando pudo recomponerse un poco, la madre comentó con picardía: —Es más que seguro que te va a gustar jugar con él, hijita hermosa, pero no creo que sea a eso precisamente.

—Eres una descarada, indiecita —la acusó su esposo, meneando la cabeza con una sonrisa ladeada.

—Y tú un tonto celoso —le retrucó su mujer, despeinándolo cariñosamente.

Mientras tanto, Mariano contemplaba a sus padres con el ceño fruncido y gesto desorientado, porque era aún muy pequeño como para entender por dónde venía la broma. Suspirando, se dirigió a Juan para recordarle: —Tienes que terminar de contarnos el cuento, papi.

—Ah sí, cierto, ¿por dónde andábamos?

—Llegamos hasta la parte donde el príncipe descubrió que Gorgojito era una chica —le informó María Luz con gesto atento y se dispuso a escuchar de nuevo.

—Bueno, entonces luego de vivir muuuchas aventuras, superar incontables peligros y ganar la guerra, el valiente y apuesto príncipe se dio cuenta de que se había enamorado perdidamente de la princesa Gorgojito y que la iba a amar por toda una eternidad —continuó Juan, al tiempo que contemplaba a su mujer con honda ternura.

—¿Y qué más? —quiso saber la pequeña, con los ojos brillando de emoción.

—Y luego se casaron y fueron muuuy felices.

—¿Y qué más? —insistió la coloradita.

—¿Falta algo? —inquirió el hombre con tono dudoso.

—¡Te faltan los hijitos, papá! —lo amonestó la niña con gesto ofendido.

—¡Ah sí, cierto... y años después tuvieron tres hermosos hijitos que...

—Mi amor... vas a tener que modificar esa parte de la historia —lo contradijo Mechi frunciendo la nariz.

—¿Por qué lo dices? —la interpeló él al tiempo que se enderezaba y giraba hacia ella con curiosidad y expectativa.

—Porque ya no son tres, son cuatro —le informó su mujer, antes de contemplarlo con fijeza e intensidad.

—¿Estás segura? —la interrogó su esposo, en tanto que empezaba a sonreír emocionado.

—Mi querido capitán, “*cuando yo le digo que va a llover...*” —afirmó ella, mientras inclinaba el rostro hacia él con una sonrisa cómplice y los ojos brillantes y depositaba en sus labios gruesos y firmes un beso tan suave como la caricia de una pluma.

Juan se incorporó de nuevo en la cama, carraspeó para aclararse la garganta, que se le había anudado de repente, miró fijamente al perro y le dijo:

—Bueno, Manchitas, tal parece que vamos a tener que hacer agrandar la cama.

FIN

## Hoja de ruta

*Destinada con afecto solo a los lectores que no han leído el libro anterior.*

Una mujer en el cruce de los Andes, la primera parte de esta maravillosa historia comienza a fines del siglo XVIII, en Mendoza, se extiende hasta julio de 1817, en Chile y Buenos Aires, y se desarrolla en el contexto de las guerras independentistas sudamericanas.

Esta primera novela cuenta la historia de Mercedes, una preciosa, rebelde y menuda pelirroja mendocina, de dieciocho años, cuyo padre y hermano mayor son héroes que fallecieron combatiendo en Ayohuma contra los realistas, la cual, al enterarse de que Luis, su hermano mellizo y único varón que queda vivo en su familia, ha sido convocado por el general José de San Martín para integrar el Ejército de los Andes como intérprete de los pehuenches, aprovechándose del enorme parecido que existe entre ambos, toma la decisión de esconderle la citación, disfrazarse de varón, e ir ella en su lugar. Antes se corta el cabello y se coloca una almohada apretada con vendas sobre su abdomen, para disimular sus formas. Decide hacer esto por varias razones: la primera es que la novia de Luis está embarazada y van a casarse, y además él está a cargo de la administración de la finca familiar, la segunda es que doña Leonor, su madre, que tiene devoción con su hijo, pero se lleva muy mal con Mercedes, no soportaría el dolor de perderlo a él también, y la tercera es la necesidad de escapar a un matrimonio no deseado, ya que su familia quiere obligar a la chica a casarse con Hipólito, un hombre que es treinta años mayor que ella y al que no ama. En cambio, a lo largo del relato, la muchacha se enamorará profundamente del capitán Jhon Williams, o Juan, jefe de uno de los escuadrones escolta del Regimiento de Granaderos a Caballo, un hombre de veintiséis años, generoso, bondadoso, valiente y apuesto que, creyéndola varón y siguiendo las órdenes de San Martín, estará a cargo de protegerla y entrenarla en técnicas de combate. Ambos sostendrán fuertes y graciosas discusiones que darán un toque de humor

y picardía al relato, en medio de tanta guerra y muerte. El principal conflicto es que el oficial es casado y Carmina, su mujer, que padece además tuberculosis, está esperando un hijo, con lo que los temas de la moral, la ética y el honor se entrecrozarán con el profundo amor que los protagonistas irán sintiendo uno por el otro al avanzar la historia y a partir de que él descubra la verdadera identidad de ella, provocando un dilema de muy difícil resolución para ambos.

Otros personajes de importancia para el relato son el sargento Cuevas y el cabo Farías, que se convertirán en amigos y protectores incondicionales de la protagonista, y su tía madrina Gertrudis, la cual vive en Chile y le dará asilo en su casa a la muchacha, después de que ella huya del campamento patriota escapando a la profunda atracción que siente por el capitán Williams y luego de que él le proponga que se convierta en su amante. También aparecen el doctor Paroissien, jefe del hospital de campaña que tendrá a Mercedes como una de sus principales asistentes en el cuidado de los heridos y, por supuesto, el general San Martín, ese genial estratega, noble y generoso que, con la mirada del águila, irá más allá de las disputas entre los territorios que habían pertenecido a España para inculcarles a los sudamericanos un mensaje de libertad e independencia que los unirá a todos detrás de una misma causa.

A nivel histórico, la novela aborda también la epopeya que significó el famoso y arriesgado cruce de los Andes, llevado a cabo por el ejército argentino por los pasos más altos y peligrosos de la cordillera, con la intención de sorprender a los realistas en Chile y lograr la liberación de este país. Cuenta además la preparación del ejército en El Plumerillo, Mendoza, la guerra de Zapa y los pactos con los pehuenches para confundir y engañar al enemigo, las intrigas políticas en Buenos Aires y los conflictos para conseguir fondos que les permitiesen continuar con las luchas independentistas. Por otra parte, desarrolla las estrategias y misiones, cuidadosamente planificadas, de cada una de las columnas que transitarán los seis pasos hacia Chile y los conflictos más grandes que debieron enfrentar, como el apunamiento, el intenso frío, las tormentas de nieve y los desbarrancamientos, estos últimos debidos a lo estrecho e irregular de los senderos por los que debieron pasar. Narra además los combates librados durante el cruce, como el de Las Coimas, en el cual la joven, camuflada bajo su disfraz, deberá pelear por primera vez junto a los demás soldados y descubrirá la cara horrorosa de la guerra. Termina con la famosa batalla de Chacabuco y el sitio al fuerte de Talcahuano, donde los realistas se refugian para resistir y reorganizarse luego de la derrota.

En cuanto a la historia de amor, esta queda abierta, ya que finaliza a inicios de

julio de 1817, con la huida de Mercedes a Santiago, donde se esconde en la casa de su madrina Gertrudis, y la llegada de Juan a la misma, luego de intensos días de búsqueda, con la intención de asegurarse de que la chica se encuentra segura y protegida, antes de partir junto a su escuadrón con dirección al sur, para combatir en el sitio al fuerte de Talcahuano.

#### NOTA DE AUTORA

Esta parte final de la novela está basada en una intensa investigación en fuentes y documentos y contiene hechos, fechas y personajes históricos reales sobre la campaña libertadora de San Martín en Chile, por ejemplo, las batallas de Cancha Rayada y Maipú y el logro de la independencia de Chile. Sin embargo, con los permisos que nos concede la ficción, hay hechos o batallas en los que incluí personajes ficcionales que responden a la parte romántica del relato. Es una conjunción entre historia y romance, pero que está realizada con el mayor de los respetos por la historia y la figura del general José de San Martín, con el íntimo deseo de que los lectores no solo disfruten del relato amoroso, sino también que recuerden esa grandiosa epopeya y a los arriesgados héroes que la forjaron.

Desde ya pido disculpas a los historiadores si he cometido algún error involuntario, ya que esa nunca fue mi intención, es decir, traté en todo momento de adaptar la historia de amor a los hechos y fechas reales y no a la inversa, pero también les recuerdo que esto es, en primer lugar, un relato de ficción romántica, aunque sea hecho, reitero, con el mayor de los respetos y admiración por la historia de mi país.

Deseo decirles que mi profundo amor a la historia argentina hizo que esta novela sea la que más he disfrutado escribir, tanto en su etapa de investigación como en el armado y la redacción del relato amoroso. Más allá de lo complejo que resultó hacer coincidir los conflictos, idas y venidas ficcionales de esta relación tan fuerte y apasionada entre Juan y Mercedes, con los avatares reales de las guerras independentistas sudamericanas, sin hacerle trampas, en el proceso, a los hechos que sucedieron en esa gloriosa y sufrida época.

#### AGRADECIMIENTOS

A mi familia y amigos, por comprenderme y acompañarme en este arduo y complejo camino de la escritura. A mis queridas lectoras beta: Norma, Mariela, Victoria y Nélica, que me señalaron errores para que pudiese mejorar el relato. A mis compañeras de editorial, que son las que más me alentaron a seguir. Para finalizar les agradezco siempre a mis lectores, los que me leyeron y los que espero que sigan haciéndolo si algún día decido volver a escribir.

Si te ha gustado  
*Amar en tiempos de guerra*  
te recomendamos comenzar a leer  
*Pasajero 64A*  
de *Luciana V. Suárez*



Capítulo 1

## EL PRIMER ENCUENTRO

*Aeropuerto LAX, Los Ángeles, domingo 2 de noviembre de 2014*

Cuando las puertas del avión se abrieron, yo ascendí. En cuanto llegué al asiento 70C, me senté allí. Nunca antes había viajado en primera clase, pero la empresa para la que estaba trabajando me enviaba a Nueva York y corría con los gastos, por lo que era la primera vez que viajaba en esa categoría, o en avión siquiera. El asiento que estaba a mi lado estaba desocupado; pensé que alguien se sentaría allí, pero luego las puertas del avión se cerraron y nadie se sentó. Saqué un libro, disponiéndome a leer, cuando una azafata se acercó a mí.

—¿Desea algo de beber? —me preguntó amablemente.

—¿Un té podría ser? —le pregunté.

—Desde luego. ¿Algo de comer?

—No, gracias, solo el té —le dije.

La azafata regresó casi al instante con lo que le había pedido, por lo que dejé el libro que iba a leer sobre mi regazo y me dispuse a beber el té. Mientras lo bebía volteé a mirar a los pasajeros, no porque tuviera curiosidad de ellos, sino solo por mirar alrededor, cuando me percaté de que en diagonal, en el asiento 64A, había un muchacho observándome fijamente. Al principio fijé mis ojos en los de él esperando que se percatara de ello y dejara de escrutarme, pero no lo hizo; siguió con su vista puesta en mí. Yo me quedé contemplándolo un rato más hasta que ya no pude; me sentía inhibida y avergonzada al mismo tiempo. No sabía por qué me sentía así; no era yo quien debía sentir vergüenza, sino él por su actitud.

En cuanto terminé de beber el té, dejé la taza sobre el respaldo de la mesa, tomé mi libro y comencé a leerlo. Luego de leer las dos primeras páginas, aparté la vista de manera cautelosa hacia donde estaba el asiento 64A y observé que el pasajero que estaba sentado ahí todavía me miraba; pensé que era un descarado. ¿Podía alguien tener tanto descaro de escudriñar a otra persona de esa manera? Probablemente era un acosador, le gustaba elegir a sus presas y las inhibía con la mirada, pero no tenía mucho sentido; los instigadores, por lo general, no acechan en lugares públicos y con gente alrededor.

Una hora después aparté mi libro porque sentía la vista cansada y el cuerpo también. Había sido un día largo: desde la mañana que había estado armando

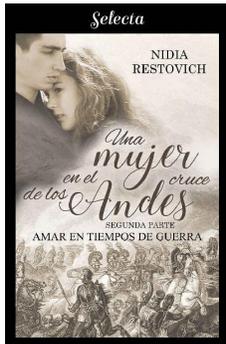
mis valijas y embalando cosas. Cerré los ojos y en un santiamén me quedé dormida.

Me desperté de manera brusca, sin recordar ni en dónde estaba. Miré la hora y vi que eran las siete: había dormido cuatro horas. Tomé mi bolso de mano, saqué unas píldoras para el dolor de cabeza, dado que sentía el cerebro embotado; debía ser porque era la primera vez que viajaba en avión, por lo que las ingerí. Observé a través de la ventanilla y unos relámpagos comenzaban a asomarse entre las nubes. De manera sigilosa comencé a voltear hacia el asiento 64A, pero el muchacho ahora estaba dormido. Tomé el libro que había estado leyendo y continué con mi lectura.

Una hora después el avión aterrizaba en Nueva York. Las puertas se abrieron y los pasajeros comenzaron a descender de él. Yo tomé mi bolso de mano y me dispuse a bajar cuando observé hacia el 64A, que el muchacho se estaba yendo, pero me sorprendió que esta vez ni siquiera me mirara; incluso, cuando pasé por al lado de él, no reparó en mi presencia. Era como si de repente yo hubiera dejado de existir. No es que me sintiera mal por ello; durante muchos años me había sentido invisible (por no decir durante toda mi vida), pero el hecho de que, hasta hacía unas horas atrás, me hubiese estado mirando como si yo fuera una extraterrestre y ahora pareciera ser un fantasma ante sus ojos era algo que me extrañaba.

Luego de tomar mi equipaje, me dirigí hacia la salida del aeropuerto John F. Kennedy, disponiéndome a buscar un taxi, cuando volteé a mirar hacia la multitud que estaba concentrada en el aeropuerto, esperando divisar al muchacho, pero no lo vi por ninguna parte. Subí al taxi y emprendí rumbo hacia mi nuevo hogar.

**«Quisiera que pudiese entrar en mi mente y verse a través de mis ojos para que entendiese la magnitud de mi amor, la amo tanto, tanto... que a veces me duele».**



Octubre de 1817. Santiago de Chile. Hace tres meses que el capitán Jhon Williams se ha marchado a combatir en el fuerte de Talcahuano y Mercedes está decidida a mantenerse alejada de la prohibida tentación que él representa para ella, pero nuevos acontecimientos los harán reencontrarse. A partir de allí, más allá de la culpa y los tabúes religiosos y morales, ninguno de los dos podrá escapar del tormentoso deseo que sienten el uno por el otro.

En medios de las victorias y derrotas, de los feroces y encarnizados combates para lograr concretar el sueño de la libertad e independencia de Chile, esa fuerte atracción se convertirá en un amor sin barreras que los arrastrará por los tortuosos caminos de la guerra y la pasión. A partir de allí, todo será posible.

**Nidia Restovich** nació el 27 de diciembre de 1971 en la localidad de Teodelina, ubicada en el sur de Santa Fe, Provincia de Argentina, donde vive actualmente. Es profesora de Castellano, Literatura e Historia y ejerce la docencia con profunda vocación. Está casada y es madre de dos hijos. Le encanta escribir y es una lectora apasionada de las novelas románticas desde su adolescencia. Hace siete años comenzó a escribir obras teatrales para realizar con sus alumnos, las cuales tuvieron un gran éxito y aceptación. Por esta razón, se decidió hace un par de años a escribir novela romántica.

Edición en formato digital: octubre de 2018

© 2018, Nidia Restovich

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17606-02-2

Composición digital: leerendigital.com

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

| Penguin  
| Random House  
| Grupo Editorial |

megustaleer

## Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás  
recomendaciones de lecturas  
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

## NOTAS

- [1] En investigaciones posteriores a la escritura de la novela, descubrí que sí hubo unas pocas mujeres en ese cruce, en su mayoría esposas y madres de los soldados, que siguieron al ejército ubicándose en la retaguardia, aun cuando San Martín se oponía. En esto no se han respetado los hechos históricos para privilegiar la ficción.

# Índice

Amar en tiempos de guerra

Prólogo

Capítulo 1. Entre las luces de la tierra

Capítulo 2. Cuando el destino nos hace trampas

Capítulo 3. Juntos otra vez

Capítulo 4. El final de una máscara

Capítulo 5. Lejos de nuevo

Capítulo 6. Una muerte anunciada

Capítulo 7. En medio de un vendaval

Capítulo 8. Con sabor a derrota

Capítulo 9. Con el dolor de los que se van

Capítulo 10. Libres al fin

Capítulo 11. Volviendo a casa

Capítulo 12. Un hijo del corazón

Epílogo

Hoja de ruta

Si te ha gustado esta novela...

Sobre este libro

Sobre Nidia Restovich

Créditos

Notas